

HERNÁN DÍAZ

A lo lejos

Traducción de Jon Bilbao



IMPEDIMENTA



A lo lejos



Hernán Díaz

Traducción del inglés a cargo de
Jon Bilbao



Finalista del Pulitzer y del PEN/Faulkner. La novela que reinventó el western. Un periplo épico que nos trae ecos de Cormac McCarthy y de las aventuras de Jeremiah Johnson.

«El argentino Hernán Díaz es el nuevo chico prodigioso de las letras norteamericanas que con su debut en inglés, ‘A lo lejos’ (Impedimenta / Periscopi) ha creado un "western" atmósferico emparentado con ‘Meridiano de sangre’ o ‘Los odiosos ocho’»

El periódico

«Una novela increíble, emocionante. Un viaje de la inocencia a la experiencia. David Copperfield con sabor a Tarantino, a Deadwood, a Meridiano de sangre.»

The Guardian

«Exquisita, conmovedora. Una obra maestra. Capaz de evocar la soledad de un modo en el que ninguna otra novela que haya leído ha sido capaz.»

Lauren Groff

Para Anne y Elsa

El agujero, una estrella abierta a golpes en el hielo, era la única alteración visible en la blanca planicie fundida con el blanco cielo. Ni asomo de viento ni de vida ni de sonido.

Dos manos salieron del agua y tantearon los bordes del anguloso agujero. Los dedos, evaluadores, tardaron unos segundos en escalar las altas paredes de la abertura, que recordaban a los riscos de un cañón en miniatura, y alcanzar la superficie. Una vez sobre el borde, se clavaron en la nieve y tiraron hacia arriba. Apareció una cabeza. El nadador abrió los ojos y miró al frente, hacia la extensión sin horizonte. Tanto su largo cabello blanco como su barba estaban entreverados de mechones pajizos. Ninguno de sus gestos revelaba agitación alguna. Si le faltaba el aliento, el vapor de su respiración resultaba invisible sobre el fondo incoloro. Apoyó los codos y el pecho en la nieve aplastada, y volvió la cabeza.

Alrededor de una docena de hombres impacientes y barbudos, abrigados con pieles y lonas, lo miraban desde la cubierta de la goleta atrapada en el hielo, a unos escasos treinta metros de distancia. Uno de ellos gritó algo que llegó hasta él como un murmullo ininteligible. Risas. El nadador resopló para librarse de una gota que le colgaba de la punta de la nariz. Frente a la rica y detallada realidad de esa exhalación (y de la nieve que crujía bajo sus codos y del agua que chapoteaba contra el borde del agujero), los débiles sonidos provenientes del barco parecían filtrarse desde un sueño. Ignorando los gritos amortiguados de la tripulación y sujeto aún al borde, apartó la vista del barco y miró, de nuevo, el blanco vacío. Sus manos constituían las únicas señales de vida que alcanzaba a ver.

Salió del agujero, tomó la hachuela que había usado para romper el hielo y de pronto se detuvo, desnudo, entrecerrando los ojos ante el cielo brillante y carente de sol. Parecía un Cristo anciano y fuerte.

Tras enjugarse la frente con el dorso de la mano, se inclinó y tomó el rifle del suelo. Solo entonces pudieron apreciarse sus colosales dimensiones, pues no resultaba fácil estimar su tamaño en aquella vacía inmensidad. El rifle no parecía más grande que una carabina de juguete en su mano y, aunque lo sujetaba por el cañón, la culata no alcanzaba el suelo. Con el rifle como referencia, la hachuela apoyada en el hombro resultó ser un hacha. Aquel hombre desnudo era todo lo grande que se puede llegar a ser sin dejar de ser humano.

Observó las huellas que había dejado de camino a su baño helado y las siguió de regreso al barco.

Una semana antes, desoyendo el consejo de la mayoría de su tripulación y de algunos pasajeros francos, el joven e inexperto capitán del Impeccable había puesto proa al estrecho,

donde los témpanos de hielo, cementados por una tormenta de nieve a la que siguió una severa racha de frío, terminaron por aprisionar el barco. Dado que estaban a principios de abril y la tormenta solo había interrumpido fugazmente el deshielo iniciado unas semanas atrás, las consecuencias no fueron más allá de un racionamiento estricto de las provisiones, una tripulación aburrida y molesta, unos pocos mineros contrariados, un funcionario muy preocupado de la Compañía de Refrigeración de San Francisco y la destrucción de la reputación del capitán Whistler. La primavera liberaría el barco, pero también comprometería su misión: la goleta debía cargar salmón y pieles en Alaska, y, a continuación, al haber sido fletada por la Compañía de Refrigeración, debía hacerse con un buen cargamento de hielo para San Francisco, las islas Sándwich y puede que incluso China y Japón. Al margen de la tripulación, la mayoría de los hombres a bordo eran mineros que habían pagado el pasaje con su trabajo; arrancaban a fuerza de explosivos y mazas los grandes bloques de los glaciares, que acto seguido eran transportados al barco y almacenados en la bodega sobre un lecho de heno, bajo una pobre cobertura de pellejos y lonas. Navegar de regreso al sur, surcando aguas cada vez más cálidas, mermaría el cargamento. Alguien había mencionado lo curioso de que un barco de hielo quedara atrapado precisamente en el hielo. Nadie se rio, y el comentario no volvió a repetirse.

El nadador desnudo habría sido incluso más alto si no fuera tan estevado. Pisando nada más que con la parte exterior de las plantas de los pies, como si caminara sobre piedras afiladas, inclinado hacia delante y meciendo los hombros para conservar el equilibrio, se acercó despacio al barco, con el rifle cruzado a la espalda y el hacha en la mano izquierda, y, con tres ágiles movimientos, trepó por el casco, alcanzó la borda y saltó a cubierta.

Los hombres, ahora callados, fingieron apartar la vista, pero no podían evitar mirarlo de reojo. Aunque su manta seguía donde la había dejado, tan solo a unos pasos de él, el nadador se quedó donde estaba, mirando más allá de la borda, por encima de las cabezas de los demás, como si se encontrara solo y el agua de su cuerpo no se estuviera helando lentamente. Era el único hombre de pelo blanco en el barco. Su constitución, castigada y no obstante musculosa, exhibía una delgadez extrañamente robusta. Por fin, se tapó con su manta de retales, que le cubrió la cabeza de un modo monacal, para después encaminarse a la escotilla y desaparecer bajo cubierta.

—¿Y decís que ese pato mojado es el Halcón? —preguntó uno de los mineros, y a continuación escupió sobre la borda y se rio.

Así como la primera carcajada, cuando el alto nadador estaba todavía lejos en el hielo, había sido un rugido colectivo, esta no fue más que un manso murmullo. Solo unos pocos soltaron unas risitas tímidas, mientras que la mayoría simuló no haber oído el comentario del minero ni haberlo visto escupir.

—Vamos, Munro —suplicó uno de sus compañeros, tirándole suavemente del brazo.

—Pero si hasta camina como un pato —insistió Munro, librándose de la mano de su amigo—. ¡Cuac, cuac, patito! ¡Cuac, cuac, patito! —entonó al tiempo que anadeaba imitando los peculiares andares del nadador.

Esta vez solo dos de sus compañeros se rieron, con cierto disimulo. Los demás se alejaron lo máximo posible del bromista. Unos pocos mineros se reunieron alrededor de la agonizante hoguera que algunos de los tripulantes trataban de mantener encendida en la popa; al principio, el

capitán Whistler había prohibido hacer fuego a bordo, pero, en cuanto resultó evidente que permanecerían atrapados en el hielo bastante tiempo, al humillado capitán no le quedó suficiente autoridad para sostener la prohibición. Los hombres de mayor edad formaban parte de un grupo que se había visto forzado a abandonar sus minas en septiembre, cuando el barro comenzó a transformarse en piedra, y ahora estaban tratando de volver a su hogar. El más joven, el único pasajero sin barba, no debía de tener más de quince años. Planeaba unirse a otro grupo de mineros, con la esperanza de hacer fortuna más al norte. Alaska era toda una novedad, y los rumores sobre ella corrían como la pólvora.

De pronto, llegaron gritos agitados desde el extremo opuesto del barco. Munro sujetaba por el cuello a un hombre escuálido, con una botella en la otra mano.

—El señor Bartlett ha tenido la amabilidad de invitarnos a todos a una ronda —anunció Munro. Bartlett hacía muecas de dolor—. De su bodega privada.

Munro tomó un trago, soltó a su víctima e hizo circular la botella.

—¿Es cierto? —preguntó el chico, volviéndose hacia sus compañeros—. Lo que se dice del Halcón. Las historias. ¿Son ciertas?

—¿Cuáles? —replicó un minero—. ¿La de aquellos hermanos a los que mató a mazazos? ¿O la del oso negro de la Sierra?

—Querrás decir el león de montaña —intervino un hombre desdentado—. Era un león. Lo mató con sus propias manos.

A unos pasos, un hombre con un andrajoso abrigo cruzado, que había estado escuchando con disimulo, dijo:

—Una vez fue jefe. En las Naciones Indias. Fue allí donde se ganó su nombre.

Poco a poco, la conversación fue captando la atención de aquellos que se encontraban en cubierta hasta que la mayoría acabaron reunidos en la popa, alrededor del grupo original. Todos tenían una historia que contar.

—La Unión le ofreció su propio territorio, como un estado, con sus propias leyes y todo. Solo para mantenerlo alejado.

—Camina de esa manera tan extraña porque le marcaron los pies con un hierro candente.

—Tiene todo un ejército escondido en la tierra de los cañones, esperando su regreso.

—Su banda lo traicionó, y los mató a todos.

Los relatos se multiplicaron y no tardaron en surgir varias conversaciones simultáneas, que iban aumentando de volumen a medida que los hechos narrados ganaban en audacia y rareza.

—¡Mentiras! —gritó Munro, acercándose al grupo. Estaba borracho—. ¡Todo mentiras! ¡No hay más que mirarlo! ¿Es que no lo habéis visto? Solo es un viejo cobarde. Yo mismo podría acabar con una bandada de halcones en cualquier momento. Como si fueran palomas, ¡acabaría con ellos! ¡Bang, bang, bang! —Disparó al cielo con un rifle invisible—. En cualquier momento. Que venga ese, ese, ese líder bandolero, ese, ese, ese, ese jefe indio. ¡En cualquier momento! Es todo mentira.

La escotilla que conducía al sollado se abrió con un crujido. Todo el mundo calló de golpe. Trabajosamente, el nadador salió a cubierta e, igual que un coloso debilitado, avanzó hacia el grupo como si le costara caminar. Vestía unos pantalones de cuero, una camisa raída y varias

capas indefinidas de lana, cubiertas a su vez por un abrigo confeccionado con pieles de linces y coyotes, castores y osos, caribúes y serpientes, zorros y perros de las praderas, coatíes y pumas, y otras bestias desconocidas. Aquí y allá pendía un hocico, una zarpa, una cola. La cabeza ahuecada de un enorme león de montaña colgaba a su espalda como una capucha. La diversidad de los animales que conformaban el abrigo, así como los diferentes niveles de deterioro de las pieles, daban una idea bastante aproximada del prolongado tiempo que había llevado la elaboración de la prenda, y también de la amplitud de los viajes de su portador. Este sostenía en cada mano la mitad de un tronco.

—Sí —dijo, sin mirar a nadie en particular—. Casi todo es mentira.

Todos se apresuraron a apartarse de la línea invisible que se acababa de trazar entre Munro y el hombre del abrigo de pieles. La mano de Munro se cernía sobre su pistolera, pero él permanecía inmóvil, ahí plantado, con la aturdida solemnidad propia de los borrachos y de los hombres aterrados.

El hombre gigantesco suspiró. Parecía inmensamente cansado.

Munro no se movió. El nadador suspiró de nuevo y de pronto, sin darle tiempo a nadie ni para parpadear, estrelló las dos mitades del tronco, una contra la otra, con un estruendo ensordecedor. Munro cayó al suelo y se encogió allí mismo, formando un ovillo; los demás hombres recularon o alzaron los brazos para protegerse la cara. Una vez que el eco del estallido se apagó y se disolvió en la planicie, todos miraron a su alrededor. Munro seguía en el suelo. Con cautela, levantó la cabeza y se puso en pie. Sonrojado y sin despegar la vista de sus botas, se escabulló detrás de sus compañeros y a continuación desapareció en algún escondrijo del barco.

El titán aún sostenía las dos mitades del tronco en el aire, como si todavía reverberaran; luego se acercó al fuego agonizante mientras el grupo se dividía a su paso. Sacó del abrigo unos cuantos hilos y jirones de lona alquitranada. Arrojó ese combustible a las brasas, seguido de una de las mitades del tronco, y usó la otra para revolver los carbones antes de echarla también a las llamas, provocando un torbellino de chispas que se elevó hacia el cielo cada vez más oscuro. Cuando el vórtice resplandeciente se hubo extinguido, el hombre arrimó las manos al fuego para calentarlas. Cerró los ojos, un poco inclinado hacia la hoguera. Bajo aquella luz cobriza parecía más joven, y se diría que hasta sonreía de satisfacción; pero a lo mejor no fue más que la mueca que un calor intenso arranca al rostro de cualquiera. Los hombres comenzaron a alejarse de él con su habitual combinación de reverencia y miedo.

—Quedaos junto al fuego —les dijo con calma.

Aquella era la primera vez que se dirigía a ellos. Los hombres vacilaron y se detuvieron, como si sopesaran las opciones, ambas aterradoras, de acceder a su solicitud o desobedecerla.

—Casi todo es mentira —repitió el hombre—. No todo. Pero sí la mayoría. Mi nombre… —dijo, y tomó asiento en un barril. Apoyó los codos en las rodillas y la frente en las palmas de las manos, respiró hondo y después se irguió, cansado pero regio.

Los mineros y marineros se quedaron donde estaban, con la cabeza gacha. Haciendo rodar un barrilito, el chico apareció por detrás del grupo. Lo dejó osadamente cerca del hombre y se sentó. Es posible que el hombre alto asintiera con aprobación, pero fue un gesto tan fugaz y poco perceptible que bien pudo ser una mera inclinación de cabeza sin significado alguno.

—Håkan —dijo el hombre, mirando fijamente el fuego, pronunciando la primera vocal como una u que inmediatamente se fundió en una o y, a continuación, en una a, no una tras otra en sucesión, sino en una honda o curva, de modo que por un instante los tres sonidos fueron uno solo—. Håkan Söderström. Nunca he necesitado el apellido. Nunca lo usaba. Y nadie podía decir mi nombre. Ni siquiera hablaba inglés cuando llegué aquí. La gente me preguntaba cómo me llamaba. Y yo respondía: Håkan —dijo, llevándose una mano al pecho—. Ellos preguntaban: *Hawk can?* ¿El halcón puede hacer qué? ¿Qué puedes hacer?[1] Para cuando aprendí inglés y pude explicarlo, ya era el Halcón.

Håkan parecía dirigirse al fuego, como si no le importara que los demás lo estuvieran escuchando. El chico era el único que estaba sentado. Algunos permanecían en su sitio; otros se habían escabullido hacia la proa o habían abandonado la cubierta. Al final, media docena de hombres se acercaron al fuego con toneles, cajas y fardos sobre los que sentarse. Håkan calló. Alguien tomó una pastilla de tabaco y una navaja, cortó meticulosamente una mascada y, tras examinarla como si fuera una gema, se la metió en la boca. Mientras tanto, los oyentes se congregaron alrededor de Håkan, al borde de sus improvisados asientos, listos para levantarse de un salto en caso de que el humor del gigante virara a la hostilidad. Un minero sacó pan seco y salmón; otro tenía patatas y aceite de pescado. Circuló la comida. Håkan la declinó. Los hombres parecieron relajarse al comer. Nadie decía nada. Finalmente, después de volver a atizar el fuego, Håkan comenzó a hablar. Haciendo largas pausas, y a veces con una voz casi inaudible, siguió hablando hasta la salida del sol, dirigiéndose siempre al fuego, como si sus palabras debieran arder nada más ser pronunciadas. En ocasiones, no obstante, parecía dirigirse al chico.

---

[1]. La confusión procede de la similitud fonética, en inglés, del nombre del personaje, Håkan, con las palabras *Hawk can:* «El halcón puede». *(Todas las notas son del traductor.)*

I.

Håkan Söderström nació en una granja al norte del lago Tystnaden, en Suecia. La tierra exánime que trabajaba su familia pertenecía a un hombre adinerado al que no habían conocido nunca, aunque periódicamente recaudaba su cosecha a través de un administrador. Con los cultivos mermando año tras año, el propietario había ido apretando el puño, forzando a los Söderström a subsistir a base de setas y bayas del bosque, y anguilas y lucios del lago (donde Håkan, animado por su padre, se aficionó a los baños helados). La mayoría de las familias de la región llevaban vidas similares, y al cabo de escasos años, a medida que los vecinos iban abandonando sus casas, rumbo a Estocolmo o más al sur, los Söderström empezaron a quedarse aislados, hasta perder todo contacto con el resto de la gente, salvo por el administrador, que acudía unas pocas veces al año a recaudar su cuota. El hijo menor y el mayor enfermaron y murieron, lo que dejó solos a Håkan y a su hermano Linus, cuatro años mayor que él.

Vivían como náufragos. Había días en que nadie en la casa pronunciaba una palabra. Los niños pasaban todo el tiempo que podían en el bosque o en las granjas abandonadas, donde Linus contaba a Håkan una historia tras otra: aventuras que afirmaba haber vivido, relatos de proezas supuestamente escuchadas de primera mano a sus heroicos protagonistas y descripciones de lugares remotos que, de algún modo, parecía conocer al detalle. Dado su aislamiento —así como el hecho de que no sabían leer—, la fuente de todos aquellos relatos no podía ser otra que la prodigiosa imaginación de Linus. No obstante, pese a lo descabellado de las historias, Håkan nunca ponía en duda sus palabras. Confiaba en él sin reservas, tal vez porque Linus siempre lo defendía de manera incondicional y no dudaba a la hora de asumir la culpa de sus pequeñas faltas y recibir los golpes correspondientes. Cierto es que seguramente Håkan habría muerto de no ser por su hermano, pues este siempre se aseguraba de que tuviera comida suficiente, se las apañaba para mantener la casa caldeada mientras sus padres estaban fuera y lo distraía con historias cuando la comida y el combustible escaseaban.

Sin embargo, todo cambió cuando la yegua se quedó preñada. Durante una de sus breves visitas, el administrador le dijo a Erik, el padre de Håkan, que se asegurara de que todo fuera bien; ya habían perdido demasiados caballos por culpa de la hambruna, y su señor agradecería una nueva incorporación a su mermado establo. Pasó el tiempo, y la yegua engordó de manera un tanto anormal. Erik no se sorprendió lo más mínimo cuando el animal parió gemelos, y, quizá por primera vez en su vida, decidió mentir. Con ayuda de los chicos, despejó un claro en el

bosque y construyó un corral secreto; allí llevó a uno de los potros en cuanto se destetó. Pocas semanas después, el administrador acudió y reclamó a su hermano. Erik mantuvo escondido a su potro, cuidando de que creciera fuerte y sano, y, llegado el momento, se lo vendió a un molinero de un pueblo lejano, donde nadie lo conocía. La noche de su regreso, Erik informó a sus hijos de que partirían hacia América al cabo de dos días. El dinero que había ganado con el potro solo bastaba para pagar dos pasajes. Y, en cualquier caso, él no iba a huir como un criminal. La madre no dijo nada.

Håkan y Linus, que nunca habían visto una ciudad, se apresuraron a llegar a Gotemburgo, donde esperaban pasar uno o dos días, pero apenas tuvieron tiempo de tomar el barco que los llevaría a Portsmouth. Una vez a bordo, dividieron el dinero, por si algo le sucedía a alguno de los dos. Durante esa etapa del viaje, Linus le habló a Håkan de las maravillas que les aguardaban en América. No hablaban inglés, así que el nombre de la ciudad a la que se dirigían era para ellos un talismán abstracto: «Nujårk».

Llegaron a Portsmouth mucho más tarde de lo esperado, y todo el mundo se apresuró a embarcar en los botes de remos que los conducirían a tierra. En cuanto Håkan y Linus pusieron un pie en el muelle, se vieron arrastrados por una gran corriente de gente. Iban pegados el uno al otro, casi al trote. De cuando en cuando, Linus se volvía hacia su hermano para instruirlo sobre las rarezas que los rodeaban. Trataban de absorberlo todo mientras buscaban su siguiente barco, que había de zarpar esa misma tarde. Comerciantes, incienso, tatuajes, carros, violines, torres, marineros, almádenas, banderas, vapor, mendigos, turbantes, cabras, mandolina, grúas, malabaristas, cestas, fabricantes de velas, carteles, rameras, chimeneas, silbidos, órgano, tejedores, narguiles, buhoneros, pimienta, muñecas, peleas, lisiados, plumas, ilusionista, monos, soldados, castañas, sedas, bailarinas, cacatúa, predicadores, jamones, subastas, acordeonista, dados, acróbatas, campanarios, alfombras, fruta, tendederos. Håkan miró a la derecha; su hermano había desaparecido.

Acababan de pasar frente a un grupo de marineros chinos que estaban comiendo, y Linus le había contado a su hermano un par de cosas sobre su país y sus tradiciones. Después habían seguido caminando, embobados y con los ojos abiertos de par en par, observando las escenas que se desarrollaban ante ellos; entonces Håkan se había vuelto hacia Linus, pero este ya no se encontraba allí. Miró a su alrededor, retrocedió sobre sus pasos, cruzó el muro, siguió adelante y regresó al punto donde habían desembarcado. El bote se había marchado. Volvió al lugar donde se habían separado. Se encaramó a una caja, sin aliento y tembloroso, llamó a su hermano a gritos y contempló el torrente de personas que avanzaba ante él. El regusto salado de su lengua se convirtió de pronto en un estremecimiento paralizante que se propagó por todo su cuerpo. Apenas capaz de sostenerse sobre sus trémulas rodillas, corrió hacia el muelle más cercano y preguntó por Nujårk a unos marineros montados en una lancha. No le entendieron. Al cabo de varios intentos, probó con «Amerika». Eso lo entendieron de inmediato, pero negaron con la cabeza. Håkan fue muelle por muelle preguntando por Amerika. Por fin, después de varios fracasos, alguien le respondió «América» y señaló un bote de remos, y a continuación un barco anclado a tres cables de la costa. Håkan se asomó al bote. Linus no estaba allí. A lo mejor ya había embarcado. Un marinero le ofreció la mano y Håkan subió a bordo.

En cuanto llegaron al barco, alguien le reclamó el dinero, se lo arrebató y le indicó un rincón oscuro bajo cubierta, donde, entre literas y baúles y fardos y toneles, debajo de linternas oscilantes colgadas de vigas y cáncamos, varios grupos de emigrantes ruidosos trataban de hacerse un pequeño hueco en el entrepuente, que olía a repollo y establo, preparándose para el largo viaje que les aguardaba. Håkan buscó a Linus entre las siluetas distorsionadas por la luz parpadeante, abriéndose paso entre bebés dormidos, mujeres macilentas que reían a carcajadas y hombres robustos y llorosos. Cada vez más desesperado, corrió de nuevo a cubierta, entre multitudes que agitaban los brazos y marineros atareados. Los visitantes estaban abandonando el barco. La plancha fue retirada. Gritó el nombre de su hermano. Se izó el ancla; el barco zarpó. La multitud lanzó una ovación.

Eileen Brennan lo encontró medio muerto de hambre y presa de la fiebre pocos días después de zarpar, y ella y su marido, James, un minero de carbón, lo cuidaron como si fuera uno de sus hijos, obligándolo amablemente a comer y atendiéndolo hasta que recuperó la salud. Él se negaba a hablar.

Al cabo de un tiempo, Håkan por fin salió del entrepuente, pero se apartó de toda compañía; se pasaba los días escrutando el horizonte.

Aunque habían salido de Inglaterra en primavera, y para entonces el verano debería estar bien avanzado, cada día hacía más frío. Transcurrieron varias semanas y Håkan seguía negándose a hablar. Más o menos en las fechas en que Eileen le dio un capote informe que había cosido a partir de diversos harapos, divisaron tierra.

Navegaron hacia unas aguas inusualmente marrones y largaron el ancla frente a una ciudad pálida y baja. Håkan observó los edificios pintados de un rosa y un ocre descoloridos, buscando en vano las referencias que Linus le había descrito. Varios botes de remos atestados de cajas iban y venían del barco a la costa arcillosa. Nadie desembarcó. Cada vez más preocupado, Håkan le preguntó a un marinero ocioso si aquello era América. Fueron las primeras palabras que pronunció desde que gritara el nombre de su hermano en Portsmouth. El marinero le dijo que sí, que aquello era América. Conteniendo las lágrimas, Håkan le preguntó si estaban en Nueva York. El marinero escrutó los labios de Håkan cuando este volvió a pronunciar aquel engrudo de sonidos líquidos, «¿Nujårk?». Mientras la frustración de Håkan iba en aumento, una sonrisa empezó a ensancharse en la cara del marinero, hasta convertirse en una carcajada.

—¿Nueva York? ¡No! Nueva York no —dijo el marinero—. Buenos Aires.

Y volvió a reír, aporreándose una rodilla con una mano y sacudiendo a Håkan por el hombro con la otra.

Esa tarde, zarparon de nuevo.

Durante la cena, Håkan intentó comunicarse con la pareja irlandesa para averiguar dónde estaban y cuánto tardarían en llegar a Nueva York. Les llevó un rato entenderse, pero al final no quedó lugar para la duda. Mediante señas y con la ayuda de un trocito de plomo con el que Eileen trazó un tosco mapa del mundo, Håkan comprendió que estaban a una eternidad de Nueva York, y que a cada instante que pasaba se alejaban aún más. Supo que navegaban hacia el fin del

mundo, para doblar el cabo de Hornos, y luego poner rumbo al norte. Aquella fue la primera vez que oyó la palabra «California».

Después de capear las furiosas aguas del cabo de Hornos, el clima se volvió menos severo, y la ansiedad de los pasajeros, en cambio, creció. Se hicieron planes, se discutieron posibilidades, se formaron sociedades y grupos. En cuanto comenzó a prestar atención a las conversaciones, Håkan se dio cuenta de que la mayoría de los pasajeros discutía sobre un único tema: el oro.

Por fin largaron el ancla en lo que parecía ser, extrañamente, un concurrido puerto fantasma: estaba repleto de barcos a medio hundir, saqueados por las tripulaciones, que habían desertado para partir rumbo a las minas de oro. Pero las embarcaciones abandonadas habían sido ocupadas de nuevo e incluso las habían transformado en tabernas flotantes o en tiendas donde los comerciantes les vendían sus bienes a los mineros recién llegados, a cambio de sumas exorbitadas. Esquifes, gabarras y barcas navegaban entre aquellos negocios improvisados, transportando clientes y mercancías. Más cerca de la costa, varios navíos de mayor tamaño se habían ido lentamente a pique, al tiempo que las mareas hacían que sus cascos podridos adoptaran las más caprichosas posiciones. De manera intencionada o no, unos pocos barcos habían embarrancado en aguas poco profundas y se habían convertido en posadas y tiendas, con andamios, cobertizos e incluso anexiones a edificios situados en la costa, llegando así a tierra firme y proyectándose hacia la ciudad. Más allá de los mástiles, se extendía un gran número de tiendas de campaña, con lonas de color pardo encajadas entre casas de madera renegridas por el humo; o bien la ciudad acababa de surgir, o bien parte de ella acababa de venirse abajo.

Solo habían transcurrido unos meses desde que se hicieran a la mar, pero, para cuando atracaron en San Francisco, Håkan había envejecido años; aquel niño escuálido se había convertido en un joven alto de rostro endurecido, atezado por el sol y el aire salado, fruncido en una permanente mirada de soslayo cargada tanto de duda como de determinación. Había estudiado con gran detalle el mapa que Eileen, la irlandesa, había trazado para él con el trozo de plomo. Aunque su decisión lo obligaba a atravesar todo el continente, concluyó que el camino más rápido para reunirse con su hermano sería por tierra.

2.

Los Brennan insistieron a Håkan para que se uniera a su expedición minera. Su plan era viajar al interior y necesitaban ayuda para transportar el equipo. Confiaban asimismo en que se quedara un tiempo excavando con ellos; a Håkan le haría falta dinero para llegar hasta Nueva York, y a ellos les sería muy útil contar con otro hombre a la hora de reclamar su parcela, una vez que encontraran el oro. Tenían muchas posibilidades, decían, ya que James era minero de carbón y sabía de rocas. Håkan accedió. Por muy deseoso que estuviera de partir lo antes posible, sabía que no podría atravesar el continente sin caballos ni provisiones. No le cabía duda de que su hermano había logrado llegar a Nueva York; Linus era demasiado listo como para perderse. Y, aunque en ningún momento habían previsto una situación como aquella, Nueva York constituía el único punto donde podrían llegar a reencontrarse, puesto que se trataba del único lugar de América cuyo nombre conocían. Todo lo que Håkan tenía que hacer era llegar hasta allí. Y, entonces, Linus lo encontraría a él.

En cuanto pusieron un pie en tierra, los Brennan descubrieron que los ahorros de toda su vida carecían de valor. Un arnés valía en California lo que un caballo en Irlanda; una hogaza de pan, lo que una fanega de trigo. Con el dinero que habían obtenido al vender todas sus posesiones en su país, apenas pudieron comprar dos viejos burros, una carretilla, unas provisiones básicas y un mosquete. Resentido y mal equipado, James guio a su familia hacia el interior poco después de desembarcar.

El pequeño grupo no habría llegado muy lejos sin Håkan: uno de los burros se desfondó y murió nada más emprender el viaje, de modo que, a partir de entonces, él se ocupó de la mayor parte de la labor de carga. Incluso ideó una especie de yugo —confeccionado con cuero, cuerda y madera— para tirar más fácilmente de la carretilla en las cuestas. Los niños montaban en ella por turnos. Varias veces al día, James hacía un alto, examinaba el suelo y se alejaba de ellos a solas, siguiendo un rastro que solo resultaba visible para él. Daba unos golpes de pico a una roca o cribaba el barro con una batea, estudiaba los resultados murmurando para sí mismo y entonces hacía una seña a los demás para seguir adelante.

América no le causó una honda impresión a Håkan. Después de haber escuchado tantas historias de Linus, esperaba un mundo extraño y de ensueño. Aunque era incapaz de nombrar los árboles, no reconocía los cantos de las aves y le sorprendía el rojo-azul de la tierra árida, todo (plantas, animales, rocas) conformaba una realidad que, pese a resultarle desconocida,

pertenecía, al menos, al ámbito de lo posible.

Avanzaban en silencio a través de un interminable campo de artemisa, cuya monotonía se veía interrumpida, de cuando en cuando, por pequeños grupos de perros de las praderas y roedores afanosos y aterrorizados. James no acertaba a abatir las liebres, pero rara vez se le escapaba un gallo de las praderas. Los niños revoloteaban alrededor de la carretilla y del burro, en busca de guijarros brillantes que luego sometían a la evaluación de su padre. También recogían leña por el camino para la hoguera de la cena; con esa luz, Eileen curaba las manos y los hombros de Håkan, cubiertos de ampollas por el roce con las asas de la carretilla y el arnés, y le leía la Biblia a toda la familia antes de dormir. Fue un viaje tedioso que puso más a prueba su paciencia que su coraje.

Después de atravesar un bosque de árboles gigantes (el único paisaje que guardaba cierto parecido con las fantásticas viñetas americanas de Linus), se encontraron con un trampero hirsuto y lacónico, vestido con un grasiento atuendo de cazador, y, pocos días más tarde, alcanzaron los primeros campamentos mineros. Pasaron junto a toda una serie de asentamientos modestos, compuestos de precarios refugios de lona y deformes cabañas de troncos con techo de arpillera, guardados por mineros hostiles que nunca los invitaban a tomar asiento junto al fuego ni a compartir con ellos una taza de agua. Lo poco que pidieron (comida para los niños, un clavo para la carretilla) les fue ofrecido a precios exorbitantes, y solo a cambio de oro.

Håkan solo entendía fragmentos sueltos de aquellas conversaciones; palabras ocasionales y, en el mejor de los casos, la idea general sugerida por el contexto. Para él, el inglés todavía era un alud de sonidos grumosos, semilíquidos, inexistentes en su lengua materna: *r, th, sh* y ciertas vocales especialmente gelatinosas. *Frawder thur prueless rare shur per thurst. Mirtler freckling thow. Gold freys yawder far cration. Crewl fry rackler friend thur. No shemling keal rearand for fear under shall an frick. Folger rich shermane furl hearst when pearsh thurlow larshes your morse claws. Clushes ream glown roven thurm shalter shirt. Earen railing hole shawn churl neaven warver this merle at molten rate. Clewd other joshter thuck croshing licks lurd and press rilough lard. Hinder plural shud regrout crool ashter grein. Rashen thist loger an fash remur thow rackling potion weer shust roomer gold loth an shermour fleesh. Raw war sheldens fractur shell crawls an row per sher.* Al principio, los Brennan (en especial Eileen) se tomaron la molestia de mantener a Håkan informado de sus planes, pero al final acabaron por olvidarse de él. Håkan los seguía sin hacer preguntas. Avanzaban principalmente hacia el este, y eso le bastaba.

Prefiriendo mantenerse alejado de los demás buscadores, James se negó a continuar por la vaga senda que atravesaba las montañas. Trataron de hallar su propia ruta a través de los valles y las pequeñas colinas, a pesar de que la carretilla fuera demasiado voluminosa para ese terreno. Así llegaron a un paraje sin hierba donde escaseaba el agua. La piel de las manos de Håkan, así como la de los hombros (donde se ajustaba el arnés de cuero para tirar de la carretilla), estaba desgarrada, y su carne, de un rosa pálido, brillaba bajo el viscoso barniz meloso de una infección incipiente. Durante un ascenso empinado, las compresas con que Eileen había envuelto las manos de Håkan se desprendieron, y las ásperas asas le quemaron las palmas ampolladas, le levantaron las costras y le hirieron la carne con docenas de astillas, obligándolo a soltarlas. La

carretilla se precipitó colina abajo cada vez a mayor velocidad, primero rodando, después tambaleándose y dando botes y finalmente ejecutando piruetas y vueltas de campana con una elegancia sorprendente, hasta que se estrelló contra un gran peñasco y se hizo pedazos. Håkan yacía sobre las rocas, casi inconsciente por el dolor, olvidado por los Brennan, quienes, hipnotizados por la catástrofe, contemplaban la estela que sus pertenencias habían trazado a lo largo de la ladera. Al final, James salió de su estupor, se abalanzó sobre Håkan y le pateó el vientre entre chillidos; un grito sin palabras, un profundo aullido. Eileen se las apañó como pudo para contener a su marido, que cayó de rodillas al suelo, lloroso y babeando.

—No es culpa tuya —le repitió ella a Håkan, una y otra vez, mientras le examinaba las manos —. No es culpa tuya.

Recogieron sus cosas, acamparon junto a un arroyo cercano, trataron de dormir al lado de una débil hoguera y aplazaron hasta la mañana siguiente la discusión acerca de qué hacer a continuación.

Al parecer, había un pueblo a pocos días de camino, pero no querían abandonar sus enseres. Tampoco podían enviar a Håkan en busca de ayuda, y James parecía algo reacio a dejarlo a solas con su mujer, sus hijos y sus pertenencias. El amable irlandés que había embarcado en Portsmouth desaparecía por momentos; desde que pusieron un pie en San Francisco, el desencanto le había oscurecido el carácter, y lo estaba convirtiendo rápidamente en una sombra irascible y desconfiada de su antiguo ser.

Sumido en sus pensamientos, James se encaminó al arroyo con su batea, llevado más por la costumbre que por un designio claro, y la sumergió con aire ausente en el agua mientras murmuraba para sí mismo. Cuando sacó la batea, se quedó mirándola fijamente, paralizado, como si contemplara un espejo y no pudiera reconocer el que se suponía que era su rostro. A continuación, por segunda vez en dos días, se echó a llorar.

Esa fue la primera vez que Håkan vio oro, y aquellas diminutas pepitas le parecieron de una palidez decepcionante. Pensó que el cuarzo y hasta las partículas de mica de cualquier piedra vulgar resultaban más impresionantes que aquellas migajas opacas y esponjosas. James, sin embargo, estaba convencido. Para terminar de asegurarse, colocó un pálido guisante amarillo sobre un canto rodado y lo martilleó con otra piedra. Era blando y no se rompía. No cabía duda: se trataba de oro.

Trazando una línea desde el lugar del hallazgo hacia la montaña, James se puso a picar la desconchada ladera a la vera del arroyo. Su familia se limitó a contemplarlo. Al cabo de un rato, se detuvo, escupió sobre una roca y la frotó con los dedos. Pálido, jadeando y tambaleándose con la rigidez de un ave herida, se acercó a sus hijos y los condujo a rastras hasta la ladera, donde pareció explicarles lo que acababa de encontrar. Con los ojos cerrados, señaló en primer lugar al cielo, después al suelo y por fin a su corazón, mientras repetía la misma frase una y otra vez. La única palabra que Håkan entendió fue «padre». Los niños estaban asustados por el éxtasis de James, y Eileen se vio obligada a intervenir cuando su marido aferró al más pequeño por un hombro, lanzándose a un soliloquio tan ardoroso que acabó por hacerlo llorar. James no se percataba del efecto que su estado ejercía sobre su familia. No interrumpió en ningún momento su vehemente parlamento, dirigido a las rocas, a las llanuras y a los cielos.

Las semanas siguientes se parecieron, en gran medida, a la vida que Håkan había llevado en Suecia. Principalmente se encargaba de recolectar alimento y cazar, para lo que se embarcaba en largas excursiones con los niños, igual que hacía con su hermano. Resultaba evidente que James no lo quería cerca de la mina. Solo le confiaba tareas secundarias y de gran dureza que lo mantenían apartado de la verdadera extracción: desplazar rocas, palear tierra y, más adelante, cavar un canal desde el arroyo a la mina. Mientras tanto, James trabajaba solo, con pico, cincel y martillo, arrastrándose por sus agujeros e inclinándose para examinar los guijarros, escupir sobre ellos y luego frotarlos con la camisa. Cavaba desde el amanecer hasta bien entrada la noche, cuando se le secaban y se le enrojecían los ojos por trabajar a la débil luz de dos lámparas de mecha. Concluida la labor de la jornada, desaparecía en la oscuridad, presumiblemente para esconder su oro, y luego regresaba al campamento para comer algo y caer rendido junto al fuego.

Sus condiciones de vida empeoraron con rapidez. Absorbido por el trabajo, James ni siquiera se había tomado la molestia de construir un refugio en condiciones para su familia; Håkan había intentado levantar una precaria cabaña, pero solo servía para que los niños jugaran en su interior. Expuestas a los elementos, sus ropas se desgastaron, y, bajo los andrajos, su piel enrojecida bullía de ampollas. Eileen y los niños, que eran muy pálidos, incluso desarrollaron escamas blancas en labios, fosas nasales y lóbulos de las orejas. Dado que James no quería atraer atención disparando el mosquete, solo podían reforzar sus provisiones, cada vez más mermadas, con pequeñas piezas de caza; en su mayor parte gallos de las praderas, los cuales, como pronto descubrieron, estaban tan poco familiarizados con los humanos que los niños no tenían más que acercarse a ellos caminando y asestarles un garrotazo en la cabeza. Eileen cocinaba las aves en una salsa espesa y agridulce elaborada con una variedad de arándanos que Håkan nunca volvió a encontrar en sus posteriores viajes. Los niños correteaban detrás de él todo el día, escapando de los intentos poco entusiastas de su madre de darles clase. James, que trabajaba sin interrupciones y apenas se alimentaba, se estaba convirtiendo en un espectro demacrado; sus ojos —idos y enfocados a la vez, como si contemplaran el mundo a través de una ventana sucia e inspeccionaran el cristal mugriento en lugar de mirar a través de él— sobresalían, protuberantes, en su rostro macilento y ojeroso. Perdió al menos tres dientes en cuestión de días.

Cada noche se escabullía a su rincón secreto. En una ocasión, resultó que Håkan se encontraba en las proximidades del escondite y lo vio retirar una losa de piedra que cubría un agujero; James colocó dentro la producción del día y se quedó allí un rato, en cuclillas, mirando fijamente el pozo. A continuación, volvió a poner la losa en su sitio, la cubrió con arena y guijarros, se bajó los pantalones y defecó encima de ella.

No podían seguir posponiendo el viaje al pueblo. Necesitaban provisiones básicas y, por encima de todo, herramientas para seguir adelante con la operación; a James le urgía conseguir un par de lámparas que le permitieran continuar trabajando durante la noche. Al cabo de unos preparativos complejos y secretos, decidió que había llegado el momento de partir. Les dio a Eileen y a los niños una serie de detalladas instrucciones que siempre volvían sobre la misma orden primordial: nada de fuego. Cargó ligeramente al burro, ordenó a Håkan que lo acompañara y, sin más dilación, partió.

Fue un viaje sin contratiempos. No se cruzaron con nadie. Rara vez se rompía el silencio. El

débil burro arrastraba los cascos detrás de ellos. James casi nunca se despegaba la mano del pecho, donde, debajo de la camisa hecha harapos y atado a un cordel que le rodeaba el cuello, pendía una bolsita de lona. A la tercera mañana, llegaron a su destino.

El pueblo solo medía el largo de una manzana: una taberna, un almacén y alrededor de media docena de casas con los postigos echados. Las construcciones, toscas y torcidas, parecían haber sido levantadas esa misma mañana (el aire aún olía a serrín, alquitrán y pintura) con el único propósito de ser derribadas al anochecer. Nuevas aunque precarias, como si la decrepitud formara parte de ellas, las casas parecían ansiosas por tornarse ruinas. La calle no tenía más que un lado; las llanuras comenzaban donde terminaban los umbrales.

Atados a una serie de postes a lo largo de la calle, unos pocos caballos demacrados se agitaban bajo enjambres de moscas. Mientras tanto, los hombres apoyados en las paredes y en los marcos de las puertas parecían inmunes a los insectos, que probablemente se sentían repelidos por el fuerte tabaco que fumaban. Al igual que James y Håkan, los transeúntes también vestían con andrajos, y, bajo los sombreros de ala ancha, sus rostros curtidos por la intemperie semejaban abstracciones de corteza y cuero. Aun así, aquellos mirones conservaban leves rastros de civilización, algo que la vida en la montaña había erradicado completamente del semblante de los recién llegados.

James y Håkan caminaron bajo el silencioso escrutinio de los fumadores, y ese mismo silencio los siguió cuando entraron en el almacén. El tendero interrumpió su conversación con un anciano que vestía un desteñido uniforme de dragón. James los saludó mediante una inclinación de cabeza. Ellos respondieron del mismo modo. El irlandés recorrió el establecimiento cogiendo lámparas de queroseno, herramientas, sacos de harina y de azúcar, mantas, charqui, pólvora y otras provisiones que solicitó desde el mostrador, mediante lacónicos gruñidos. Cuando James hubo terminado, el tendero repasó los artículos, señalándolos uno a uno con los dedos índice y corazón, como si los bendijera, y mostró a su cliente una cuenta anotada a lápiz. James apenas la miró. Se retiró al fondo de la tienda, se ocultó pobremente detrás de unas cajas, les dio la espalda a todos, se encorvó como si estuviera haciendo algo obsceno y, tras echar un vistazo por encima del hombro en un par de ocasiones, volvió al mostrador, donde dejó unas pocas pepitas de oro.

El tendero debía de ser un experto, porque ni regateó ni examinó el oro, sino que se apoderó de él inmediatamente, dándole las gracias a su cliente. Un niño más o menos de la edad de Håkan, pero con la mitad de su tamaño, empezó a arrastrar las compras al exterior. El dragón desapareció sin despedirse.

Mientras les cargaban el burro, James y Håkan fueron a la taberna. Las cabezas se giraron, varios pares de ojos los observaron por encima de las jarras de cerveza coronadas de espuma, una mano que se disponía a repartir cartas se detuvo en el aire, una cerilla se demoró demasiado ante un cigarro. El irlandés y el sueco también se detuvieron. Todos los miraban. Y, en cuanto dieron un paso, los parroquianos volvieron a la vida.

El camarero asintió al verlos acercarse, y cuando llegaron hasta él ya tenían dos cervezas y un plato de carne seca esperándolos en la barra. Håkan nunca había probado el alcohol, y aquel brebaje tibio y amargo le pareció repugnante. Sin embargo, era demasiado tímido para pedir agua, y cometió el error adicional de comer un trozo de charqui. James le dio un trago a su

cerveza. Nadie los miraba, pero ambos eran, indiscutiblemente, el centro de atención. James se palpó el pecho, tratando de esconder la bolsita que no cesaba de asomar entre los desgarros de su andrajosa camisa. El camarero no paraba de rellenarle la jarra.

Una puerta se abrió en la segunda planta, al otro lado de la estancia, frente a la barra. Solo James y Håkan se dieron la vuelta y miraron hacia arriba. El muchacho entrevió a una mujer alta con un vestido púrpura de lentejuelas. Por encima del corsé, el pecho también le relucía con purpurina. Su cabello se derramaba en espesos bucles ambarinos sobre sus hombros, y sus labios eran de un rojo muy oscuro, casi negro. La mujer irguió la cabeza, miró a Håkan con una intensidad que, de algún modo, surgía de los labios más que de los ojos y desapareció tras el marco de la puerta. En cuanto ella se esfumó, el desaliñado dragón salió del cuarto, seguido por un gordo atildado. Aquel petimetre tan corpulento bajó cojeando la escalera, por delante del dragón, y fue directo hacia los dos extraños. Pese a hallarse empapado en sudor, era el único hombre aseado del lugar, el único que no estaba cubierto por una costra de mugre. Lo rodeaba un aura de perfume de flor de naranjo. Se enjugó la frente con un pañuelo inmaculado que dobló con fastidioso cuidado antes de devolverlo al bolsillo del pecho, para después alisarse el cabello hacia un lado con las manos y aclararse la garganta. Realizó toda esa operación con la seriedad más absoluta. Luego, como si un muelle hubiera activado un mecanismo oculto, sonrió, efectuó una pequeña reverencia y, en voz notablemente alta, se dirigió a los extraños. Parecía tratarse de un discurso formal. Mientras hablaba, el gordo trazó un arco con la mano vuelta hacia arriba, abarcando la totalidad del bar o puede que incluso el desierto que se extendía más allá, y luego extendió el otro brazo, como si aceptara u ofreciera un gran regalo, cerró beatíficamente los ojos y, al cabo de una pausa solemne, concluyó: «Bienvenidos a Clangston».

James asintió sin levantar la vista.

Con la ruidosa y afectada cordialidad que Håkan encontraría más tarde en predicadores y vendedores ambulantes, el hombre perfumado formuló una pregunta muy larga y después ensanchó su corpachón, enganchando los pulgares en las sisas del chaleco.

James gruñó una respuesta breve con una sequedad tan desafiante como atemorizada.

El gordo, detrás de su imperturbable sonrisa, asintió compasivamente, como si tratara con un niño enfermo o un idiota inofensivo.

El dragón, que se había deslizado al rincón más oscuro de la estancia, se apretó una fosa nasal y sopló con fuerza por la otra, de la que salió disparado un tapón de moco. El gordo suspiró, hizo un vago gesto con la mano señalando al dragón y se disculpó en tono fatigado y, en cierto modo, maternal. Entonces se volvió hacia James y le hizo otra pregunta, siempre sonriendo, siempre educado. James se quedó mirando fijamente su jarra de cerveza. El gordo repitió la pregunta. Solo unos pocos jugadores y bebedores fingían que aún continuaban enfrascados en sus conversaciones. James barrió varias veces la barra mugrienta con el dorso de la mano. Con afectada paciencia, el hombre señaló hacia el almacén donde habían comprado las provisiones y explicó algo en tono condescendiente. Después, se encogió de hombros y volvió a mirar a James, que, tras una larga pausa, dijo: «No». El gordo volvió a encogerse de hombros, plegando el labio inferior bajo el superior, y luego se palmeó los muslos, despidiendo una fuerte oleada de aroma a flor de naranjo. Meneó la cabeza, como si se estuviera resignando a aceptar algún capricho

descabellado como una verdad irrefutable. Guardó silencio un momento, adoptando un aire contemplativo, y luego arqueó las cejas y asintió, fingiendo haber asimilado la respuesta de James y no tener ninguna objeción al respecto. El dragón sopló por el otro agujero de la nariz. Esta vez no salió nada.

El camarero estaba a punto de rellenar la jarra de James una vez más cuando el niño del almacén se asomó al bar y anunció que el burro estaba listo. James se sacó unas monedas del bolsillo del pantalón, pero el gordo, fingiendo sentirse muy ofendido, exclamó: «¡No, no, no, no, no, no!» e interpuso su almidonada manga entre James y el camarero. Hizo una breve afirmación ceremoniosa, respiró hondo y finalmente repitió, mientras sus dedos rebuscaban entre los botones del chaleco: «Bienvenidos a Clangston».

Håkan y James salieron al exterior y revisaron las cuerdas y las correas que sujetaban sus compras al burro. James se puso en marcha despacio, sin mirar atrás, pero Håkan se demoró junto a los postes de amarre. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no había nadie mirando y bebió con avidez del abrevadero, junto a los caballos cubiertos de moscas, formando un cuenco con las manos para llevarse el agua marrón a la boca. Los hombres del bar soltaron una carcajada. Håkan miró hacia atrás, sorprendido y avergonzado, pero la puerta no era más que un agujero negro estampado en la soleada fachada. Se acordó de la mujer y alzó la vista. La ventana resplandecía impenetrable. Alcanzó a James, y juntos recorrieron de nuevo la única calle del pueblo de Clangston.

Realizaron el viaje de regreso lo más rápido posible, deteniéndose cuando ya había anochecido y poniéndose en marcha antes del amanecer. Durante largos tramos, James ordenó a Håkan que lo siguiera caminando de espaldas y barriendo el suelo con una rama para borrar sus huellas. De cuando en cuando, James se paraba repentinamente y se quedaba observando el vacío, con el índice apoyado en los labios y la otra mano ahuecada alrededor de una oreja, a la escucha de posibles perseguidores. Comían charqui y galletas (James tenía que empapar ambas en agua) y nunca hacían fuego.

A pesar de que habían pasado un tiempo muy breve en Clangston —y aunque su corta y desvencijada calle apenas justificaba que se lo calificara de pueblo, con aquellos escasos y mugrientos habitantes que casi habían sido borrados por los elementos—, Håkan se quedó asombrado al volver a ver la rústica mina de James junto al arroyo. El campamento no se componía más que de un montón de ramas, unas tablas rescatadas de la carretilla siniestrada y basura que solo en aquel aislamiento extremo se podía considerar valiosa; todo ello desperdigado alrededor de un foso de ceniza. Eileen y los niños, que se pusieron a saltar de alegría a su llegada, se habían transformado en unas criaturas extrañas, ataviadas con jirones y cubiertas de pústulas y quemaduras. No solo su ropa, también su piel era un montón de harapos, y colgaba de su carne como gasas viejas. Estaban demacrados pero hinchados por el exceso de sol, y sus ojillos, entre el gris y el azul, brillaban febriles en sus cuerpos contradictorios, lo que convertía su dicha algo temible de presenciar. Håkan se acordó de las bestias condenadas que, en las historias de su hermano, moraban en los bosques.

Más que mejorar su situación, las nuevas provisiones no hicieron sino profundizar el vacío que separaba a los Brennan del mundo. Después de colocar las lámparas nuevas, James comprobó

que podía trabajar sin límite de tiempo. Se transformó en un esqueleto demente, martilleando día y noche, deteniéndose solo para escabullirse en la oscuridad y esconder los hallazgos del día. Eileen y los niños seguían tan alegres como siempre, pero ponían buen cuidado en mantenerse alejados de James, cuyos desconfiados ataques de cólera se estaban volviendo imposibles de contener. Cuando no se dedicaba a excavar el canal o a acarrear piedras, Håkan pasaba el rato con los niños, que le enseñaron algo de inglés, aunque las palabras que aprendió no abarcaban mucho más que su entorno inmediato y las modestas exigencias de sus juegos.

Transcurrieron unos pocos días. Cuántos, Håkan no sabría decirlo; ni siquiera estaba seguro de cuánto tiempo había pasado desde que desembarcó en San Francisco. En Suecia, cuando vivía en la granja, no tenían calendarios ni relojes, sino que el trabajo dividía los días en segmentos regulares y los agrupaba en ciclos constantes. En la mina, en cambio, el tiempo se comportaba de forma distinta: a veces, parecía estar congelado, mientras que, otras veces, parecía escurrirse entre las manos. James trabajaba sin cesar. Eileen se inventaba tareas para sí misma. Los niños se dedicaban a vagar por ahí. Cada día se parecía más al anterior, y sus vidas permanecieron inalterables hasta que una mota de polvo apareció en el horizonte.

Para cuando Eileen alertó a James, la mota ya había crecido hasta convertirse en un borrón ocre que pendía sobre el horizonte, y, mientras este iba en busca del mosquete, se transformó en una nube que envolvía a seis jinetes y un carruaje. James observó el convoy que se aproximaba al tiempo que introducía un proyectil en el cañón y manipulaba con torpeza el cuerno de pólvora. Su mujer no paraba de hacerle preguntas nerviosas. Él la ignoró mientras amartillaba el arma. Junto a su padre, los niños contemplaban el horizonte. Sin dejar de mirar hacia delante, James los apartó de él. Los caballos se aproximaban con lentitud. Gradualmente, fueron captando diferentes sonidos: el crujido de los guijarros bajo las llantas de acero, el chirrido de los amortiguadores y de los ejes mal lubricados, el tintineo de los bocados, las hebillas y las espuelas. Todos los ojos estaban puestos en el carruaje. Se trataba de un coche púrpura, salpicado de puntitos brillantes que reflejaban el sol del mediodía. Los cuatro caballos empenachados que tiraban de él parecían sentirse ofendidos por el calor. Nerviosas borlas colgaban de los laterales del techo. A medida que el carruaje se acercaba más y más, los puntitos brillantes se convirtieron en volutas, flores, encajes y guirnaldas doradas que enmarcaban escenas vívidas de hombres sufriendo los mayores tormentos y mujeres forzadas de maneras inimaginables, pueblos en llamas y pilas de animales en descomposición, latigazos y empalamientos, decapitaciones y piras, picotas y horcas, rostros agonizantes y entrañas desparramadas. Al frente del grupo, Håkan reconoció al gordo atildado y al dragón.

Se detuvieron a una distancia prudencial, pero lo bastante cerca como para hablar con James sin necesidad de gritar. Nadie desmontó. Todos portaban pistolas al cinto, y uno de ellos llevaba a dos burros por la brida. James no se movió. Los niños se abrazaron a la cintura de su madre. La puerta y las ventanillas del carruaje permanecieron cerradas. Las pesadas cortinas de terciopelo negro se hinchaban y se deshinchaban, despacio, regularmente, como si el coche respirara.

El gordo le dio unas palmaditas a su resplandeciente yegua y se inclinó sobre su cuello, susurrándole al oído. Luego se aclaró la garganta; el muelle oculto activó su sonrisa mecánica y —tras alzarse el sombrero ante Eileen, quien respondió con una tímida reverencia— dio

comienzo a uno de sus extensos y engreídos discursos. Se dirigió a Eileen la mayor parte del tiempo, pero también dedicó una serie de sonrisas santurronas y gestos admonitorios con el dedo a los niños. De pronto, simuló fijarse por primera vez en la mina y en el canal, y se mostró muy impresionado. Se enfrascó en una enérgica perorata. Al terminar con su panegírico condescendiente, fingió que le costaba reprimir su entusiasmo, pero, cuando por fin se recompuso, se arregló los puños de papel, se frotó las manos y se dispuso a abordar las cuestiones serias. Después de un prolongado preámbulo, alzó trabajosamente su alforja y la abrió para mostrarles su contenido. Estaba a rebosar de billetes. Hizo una pausa dramática, que remarcó estirándose enfáticamente el chaleco. James no despegaba la vista de él. El gordo se enjugó la frente con un pañuelo y pronunció algunas palabras más con pompa sacerdotal. Volvió a hacer un gesto hacia la mina. Esta vez, pareció referirse a ella con cierto desdén, y para concluir, muy satisfecho, volvió a señalar el dinero.

—No —dijo James con determinación.

El gordo suspiró estoicamente, como un médico que tratara con un paciente supersticioso que rechaza lo que es mejor para él; se volvió entonces hacia Eileen y, retomando el tono condescendiente, canturreó algo acerca de los niños.

James, temblando de furia, se puso a vociferar. Ordenó retroceder a su familia y gritó al convoy, blandiendo el viejo mosquete. El gordo simuló escandalizarse ante tal arranque de ira. James dirigió su cólera hacia el carruaje. Håkan no entendía sus palabras, pero resultaba evidente que James preguntaba quién se hallaba dentro y le reclamaba que se mostrase ante él. Acabó por gesticular con demasiada vehemencia hacia el carruaje, lo que llevó a los hombres a desenfundar sus armas. James palideció. El dragón hizo avanzar a su caballo dibujando una lenta curva, situando a Eileen y a los niños en su línea de fuego. El gordo intervino con flema conciliatoria, como si fuera el único adulto presente. De nuevo, dijo algo sobre los hijos de James, con tono resignado. Esta vez fue breve. Después se produjo un momento de silencio, y el gordo chasqueó los dedos para que sus hombres le entregaran los burros a James. Luego le lanzó la alforja con el dinero y le explicó que los burros eran para Eileen y los niños.

—Fuera de aquí —concluyó con sorprendente brusquedad—. Ahora.

James trató de replicar.

—Ahora —repitió el gordo.

James miró la mina con los labios temblorosos. Tenía la expresión de un perro obsequioso al que obligan a obedecer una orden que no entiende. Lanzó un vistazo hacia el agujero secreto donde escondía su oro. Eileen montó a los niños en uno de los burros y fue a por su anonadado marido. Håkan se puso a recoger las provisiones que tenía más a mano.

—No. Tú no —dijo el dragón, señalando a Håkan con un gesto de la cabeza. Su voz era sorprendentemente agradable—. ¿Cómo te llamas?

—Håkan.

—¿Cómo?

—Håkan.

—¿Halcón?

—Håkan.

—¿Halcón puede hacer qué?

—Håkan.

—¿Qué puede hacer?

Håkan guardó silencio.

—Sube al coche, Halcón.

Håkan miró a su alrededor, confuso. Los Brennan se hallaban demasiado atareados y aturdidos como para acordarse de él. Caminó vacilante hacia el carruaje y abrió la puerta. Cegado como estaba por el sol del mediodía, el interior le pareció tan vasto como el cielo nocturno. Olía a incienso y a azúcar quemado. Se sentó torpemente en un mugriento asiento de terciopelo, y, a medida que las sombras iban tornándose visibles, poco a poco cobró forma la tenue y aun así resplandeciente silueta de la mujer de labios llenos y cabello ámbar.

—No hablas inglés. No entiendes nada. No importa.

Las palabras parecían derramarse de entre sus gruesos labios. Eso fue todo cuanto dijo la mujer en los cuatro días que duró el viaje hasta Clangston.

Håkan comía y dormía con los hombres, pero viajaba con la mujer en el interior del oscuro y sofocante carruaje. Hacia la mitad del recorrido, ella le solicitó, mediante gestos y guiando su cuerpo con firmeza, que reclinara la cabeza sobre su regazo. La mujer no hizo más que acariciarle el pelo y la nuca durante los dos siguientes días.

3.

Dos hombres escoltaron a Håkan a través del bar vacío y escaleras arriba, hasta una habitación contigua a la de la mujer. Una cama, una ventana con barrotes, un cubo lleno de agua con olor a pino. Le ordenaron que se desnudara y se lavara. Cuando consideraron que sus esfuerzos eran demasiado tímidos, uno de los hombres agarró un cepillo y se puso a frotarle el cuerpo con vigor. El otro salió de la habitación, volvió con dos fardos y arrojó sobre la cama un conjunto de prendas nuevas, y también algunos trapos para secar el agua jabonosa del suelo. Acto seguido, ambos se marcharon del cuarto, echando el cerrojo tras de sí.

Håkan se metió en la cama; la piel le ardía por el frío, por las cerdas del cepillo y por el aceite de pino. Debajo de ese dolor, la vastedad de las llanuras le pesaba en el corazón. Pero, aún más abajo, en una parte de sí mismo que incluso a él le resultaba desconocida, se sentía satisfecho y en paz, cosa que lo sorprendió. Era agradable estar en una cama, dolorido, solo. Y era agradable entregarse a la profunda tristeza que lo embargaba desde que perdió a Linus. Resultaba imposible distinguir su pena de su comodidad; ambas poseían la misma textura y temperatura. El confort y la melancolía, se percató, surgían de la combinación del agua fría y el olor a resina de pino. No sentía ese hormigueo desde sus baños helados en el lago, en Suecia. Y ese olor. Håkan y Linus, siguiendo las instrucciones de su padre, solían abrir un agujero en un punto seguro (el hielo tenía que ser lo bastante fino como para poder romperlo con el hacha, pero lo bastante grueso como para soportar su peso) y se zambullían en el agua plomiza, moviendo las piernas en lentos semicírculos, conteniendo la respiración tanto como podían para mantenerse a flote, y luego trepaban fuera del agujero, imitando la relajada entereza de su padre ante el frío y reprimiendo el impulso de correr hacia la orilla, donde los guijarros como nudillos que allí se extendían los obligaban a caminar con los brazos abiertos, como equilibristas, hasta alcanzar el pino bajo el que habían dejado su ropa, a buen resguardo de la nieve que pesaba sobre el intrincado y anguloso tejido de agujas perennes.

Las sábanas ásperas le raspaban la piel de un modo grato. Se preguntó si su hermano también habría pasado meses sin dormir en una cama. Trató de imaginar la distancia que lo separaba de Nueva York, donde sabía que Linus estaría esperándolo, pero solo pudo pensar en aquella extensión infinita en términos temporales: los innumerables días y estaciones que necesitaría para atravesar el continente. Casi se alegró de verse forzado a realizar ese viaje; a su llegada, ya sería un adulto y, por una vez, sorprendería a su hermano con sus propias historias.

Un tintineo de cristales y de vajilla le llegó desde la planta baja, junto con las voces de tres o cuatro hombres que conversaban con tranquilidad. Se levantó y examinó su ropa nueva. Como había vestido prendas usadas y remendadas durante toda su vida (ropa de Linus, heredada de su padre, quien, a su vez, la había obtenido de alguna fuente desconocida), extendió con gran reverencia los pantalones y la camisa; tenían un aspecto flamante. Pese al apresto, el tejido era suave y velloso al tacto. Se acercó la camisa sin cuello a la nariz. Desprendía un aroma que no había olido nunca, una fragancia que solo podía describir como nueva. Se vistió. Los pantalones azul marino no le llegaban a los tobillos, y las blancas mangas le quedaban unos centímetros por encima de las muñecas, pero por lo demás las prendas se le ajustaban a la perfección. Con aquel nuevo atuendo, sintió, con un ímpetu que ni siquiera las interminables planicies habían logrado transmitirle, que verdaderamente se encontraba en América.

Apoyó la mano en la ventana. El desierto abrasado por el sol vibraba tras el cristal. Más tintineos llegaron desde abajo. El local empezaba a llenarse. Ya no había forma de discernir las voces individuales entre aquel constante estruendo masculino, interrumpido de cuando en cuando por un estallido de risas o por un puño que se estrellaba contra una mesa. El sol se ocultó con discreción; resultaba imposible decir en qué momento sus últimos débiles rayos fueron reemplazados por los insuficientes esfuerzos de la luna. En la planta baja, dos hombres parecían haberse enzarzado en una trifulca fingida; los presentes los jaleaban y abucheaban por turnos, y la discusión concluyó en una carcajada generalizada. Håkan volvió a la cama. Alguien se puso a tocar un instrumento musical que él nunca había escuchado: sonaba como las patas inquietas de un insecto feliz. Los pies de los parroquianos aporreaban el suelo sin cesar, y, si no se tratara exclusivamente de hombres, Håkan habría jurado que oyó el arrastrar de pies de las parejas al bailar. Las sombras de su habitación se fueron desplazando despacio, junto con la luna. Se quedó dormido.

Lo despertó un grito bajo la ventana. Un borracho estaba azotando a su caballo y, con cada golpe, el hombre soltaba un grito de desconsuelo, como si fuera él, y no la yegua, quien recibía los latigazos. El animal, que resoplaba a cada golpe, brillaba cubierto de sangre; su sufrimiento resultaba evidente, pero soportaba la azotaina con una dignidad conmovedora. Al final, el hombre se desplomó en el suelo, sollozante, y sus amigos se los llevaron de allí, a él y a la yegua.

Aún quedaban unas pocas personas en el bar. Hablaban tranquila y esporádicamente. Puede que estuvieran jugando a las cartas. La luna se había desplazado al otro lado de la única calle de Clangston, y ahora quedaba fuera de su vista. Håkan orinó silenciosamente en el balde de agua con olor a pino. Cuatro o cinco hombres abandonaron el bar, y con ellos cesaron las conversaciones apagadas de la planta baja. Alguien se puso a barrer, se retiraron los vasos. Un hombre tosió, y aquel fue el último sonido del bar. Håkan se quedó sentado en la cama, en silencio, asustado por el susurro de su ropa nueva.

Nada interrumpía el silencio mineral del desierto. En aquella quietud absoluta, el mundo parecía un objeto sólido, como si estuviera hecho de un único bloque compacto.

El rumor de unos pasos ascendió las escaleras y se acercó a la habitación de Håkan. Él se puso en pie, más por educación que por miedo. La puerta se abrió. Reconoció a dos de los hombres del convoy. Le dijeron que los siguiera a lo largo del pasillo y hasta el umbral de una habitación

a oscuras. Le indicaron por señas que pasara al interior, y cerraron la puerta con cuidado tras él.

El olor a incienso, flores marchitas y azúcar derretido que saturaba el aire resultaba un tanto adormecedor. La mujer de labios llenos estaba sentada junto a la ventana. Giró la llave de una débil lámpara, y un resplandor tembloroso alumbró su rostro y la habitación. Se humedeció los brillantes labios, los frunció con suavidad y se cambió de asiento, pasando a ocupar una pequeña silla con faldón. Su maquillaje estaba más cargado que de costumbre, y llevaba más purpurina en los pómulos y en el escote. Enroscándose alrededor de su terso cuello, el cabello ámbar se le derramaba sobre el pecho hasta alcanzar el corsé, finamente bordado. Sin dejar de mirar a Håkan, la mujer alzó la barbilla y su ojo izquierdo desapareció bajo una onda de pelo.

Adornos y brocados pesados oscurecían la habitación. Allá donde mirara, Håkan veía una estatuilla de marfil o un viejo bibelot, un gobelino desvaído o alguna otra baratija. Destellos dorados y toques carmesíes temblaban en la oscuridad, difuminados por ondulaciones de gasa y cretona. Varias capas de cortinas, festones y flecos velaban cada ventana. Había espejos con marco de plata, chismes varios y libros dorados con cerraduras de latón sobre las mesitas de marquetería con patas ahusadas, y figuritas de porcelana, cajas de música y bustos de bronce en las consolas de mármol. Las intrincadas vitrinas mostraban, tras sus cristales biselados, toda una colección de dípticos, camafeos, huevos de esmalte incrustados de joyas y demás fruslerías. También había un lugar de honor, ocupado por un estuche con un sable cubierto por una pátina verde, medallas con sus cintas, cartas lacradas, cordones militares deshilachados y una caja de rapé labrada.

La mujer cerró los ojos e inclinó la cabeza con un movimiento suave pero severo, ordenando a Håkan que se acercara. Se situó delante de ella, avergonzado por su visible erección. Cuando intentó cubrirse la entrepierna, ella le tomó delicadamente las manos entre la suyas, que estaban frías y muy suaves, adornadas con gemas. De una mesita auxiliar, la mujer cogió un par de puños y, con el cuidado de una experta, los abrochó a las mangas de Håkan, para después ajustarlos con unos gemelos de oro tachonados de rubíes. Håkan mantenía la mirada baja, sonrojado, fingiendo no notar el contacto de la mujer. Ella continuó con un cuello almidonado. Señaló al suelo al tiempo que alzaba la barbilla. Håkan flexionó las rodillas. Ella repitió el gesto. Håkan se arrodilló. Frunciendo el ceño y los labios, la mujer le abrochó el cuello a la camisa. Sus manos le rozaron la nuca y él se avergonzó de tener la carne de gallina. Trató de retroceder tímidamente, pero ella le retuvo la cabeza con firmeza, junto a su pecho, mirando por encima de su hombro mientras trabajaba. Después de prender el cuello, prosiguió con una corbata de seda. Håkan la oía respirar mientras se la ataba y luego la aseguraba mediante un alfiler coronado por una piedra roja. Lo empujó hacia atrás con delicada firmeza, lo contempló de arriba abajo y tomó una chaqueta de terciopelo de un galán de noche. Se inclinó hacia delante y se la puso despacio, ceremoniosamente, prestando atención a cómo el cuerpo de Håkan llenaba poco a poco el tejido. Una vez más, las mangas eran demasiado cortas, pero en el pecho y en los hombros le quedaba perfecta. La mujer le acarició los brazos, las costillas y la espalda, como si tratara de comprobar que la chaqueta era de su talla, y después se puso en pie. Håkan continuaba de rodillas. Ella le acarició el pelo y tiró de su cabeza hacia sí, indicándole que debía apoyarla en su vientre. Los brazos de Håkan le colgaban a ambos lados del cuerpo. Ella retrocedió un poco, sin soltar la

cabeza del muchacho, lo que lo obligó a inclinarse hasta la falda de la mujer. El olor a flores marchitas, entremezclado ahora con el del sudor, se volvió más intenso. Se quedaron en aquella posición largo rato, oyendo y sintiendo la respiración del otro. Al cabo de un rato, ella lo soltó. Empezaba a hacer frío en la habitación. Håkan tenía el pelo pegado a la frente. Ella le tomó las manos y, mediante un gesto de la barbilla, le indicó que se levantara. Se acercaron a un diván que quedaba en la periferia del círculo iluminado por la lámpara, y, con un gesto, le pidió que se tumbara. Acto seguido, le desabrochó los pantalones, se subió el vestido hasta la cintura y lo montó. Estaba saliendo el sol. Håkan sintió que ascendía hacia una región nueva y más solitaria. La mujer lo miraba desde arriba y, mientras el amanecer dibujaba polvorientos trazos de luz en la habitación, ella cerró los ojos, sonrió y abrió los labios, revelando unas encías negras, brillantes y desdentadas, recorridas por protuberantes venas de pus; y, con un gemido, le echó el aliento en el rostro, cargado del olor a azúcar quemado.

Casi todas las mañanas, entre la primera luz del día y la salida del sol, Håkan era escoltado de regreso a su cuarto tras haber pasado un rato con la mujer. Sus encuentros siempre se producían en el más absoluto de los silencios (ella le comunicaba sus deseos a través de gestos sutiles y no obstante asertivos, o bien doblando y moldeando el cuerpo de Håkan), e invariablemente giraban en torno a la ropa. Lo vestía, lo desvestía y lo volvía a vestir con uniformes, camisas, fracs, fajas, calzones, guantes, pantalones bombachos y chalecos, para después adornarlo con numerosos accesorios. Tales pruebas de vestuario ocupaban la mayor parte del tiempo que Håkan pasaba en su habitación. Ponía un cuidado meticuloso en vestirlo, siguiendo cada extremidad a medida que esta iba entrando en el agujero de la tela, y, a continuación, al igual que la primera noche, le apretaba las mangas, le tanteaba el pecho, le tiraba de las perneras y le presionaba la espalda, asegurándose de que el tejido que, momentos antes, había estado espectralmente vacío se hallaba ahora lleno de un cuerpo vivo. Disponía a continuación una larga serie de detalles: broches, alfileres, polainas, anillos y algún elemento para darle el toque final, una pequeña reliquia manipulada con reverencia, que invariablemente provenía de una de las vitrinas de cristal. Tras concluir, la mujer retrocedía y examinaba el resultado sin mirarlo a la cara, tras lo cual lo moldeaba hasta hacerle adoptar alguna pose común pero precisa (lo más habitual era que lo hiciera permanecer en pie en el centro de la habitación, mirando al frente con la barbilla paralela al suelo, los pies separados en línea con los hombros, las manos a una distancia específica de los muslos), que ella le pedía que mantuviera largo rato, hasta que por fin le indicaba que se arrodillase y apoyara la cabeza en su regazo. Se quedaban así hasta el amanecer. No siempre lo llevaba al diván, pero, normalmente, le exigía que la complaciera de un modo u otro antes de dejarlo marchar.

De regreso en su habitación, Håkan se lavaba la cara con el agua con olor a pino que le sobraba después de haberse restregado a conciencia al comienzo de la noche, e intentaba eliminar los restos de aquel aroma a azúcar quemado. Se le alojaba detrás de la frente y en el fondo de los ojos, se le pegaba al paladar y le tapizaba las paredes de la garganta. ¿Provenía solamente de la mujer o acaso eran sus propias encías, en proceso de descomposición, a punto de dejar caer los

dientes, las que emanaban ese pútrido perfume? Håkan se tanteaba los incisivos e intentaba moverse las muelas para asegurarse de que seguían firmes. Si hubiera conocido la palabra, habría pedido un espejo.

Dedicaba los días a observar el desierto, con la esperanza de que Linus percibiera su mirada a través de aquel vacío óseo. Al cabo de un rato de contemplación, la planicie se tornaba vertical, una superficie que había que escalar en lugar de atravesar, y él se preguntaba qué encontraría al otro lado si consiguiera llegar hasta arriba y montarse a horcajadas en aquella muralla sepia que se erguía hacia el cielo reseco y pálido. Aunque escrutara el horizonte con toda su atención, lo único que alcanzaba a ver eran espejismos ondulantes, y las motas fosforescentes que sus propios ojos exhaustos hacían brotar y desaparecer en medio de la nada. Se imaginó a sí mismo allá afuera, corriendo, como un insecto, a lo lejos. Aunque lograra escapar y evitar, de algún modo, a los hombres montados que seguramente lo perseguirían, ¿cómo podría atravesar él solo semejante vastedad estéril? Todo cuanto sabía era que Nueva York se hallaba al este y que él, por lo tanto, debía avanzar hacia el amanecer. Pero tal viaje, sin ayuda ni provisiones, parecía imposible. Hacía mucho tiempo que había dejado de tratar de forzar los barrotes de la ventana.

En su habitación había tres libros. Sabía que uno era la Biblia, y la había colocado devotamente bajo la almohada. Nunca hasta entonces había tenido la oportunidad de examinar un libro a su antojo. Varias veces al día, hojeaba los otros dos de principio a fin, estudiando aquellos caracteres indescifrables. Los signos, hacinados en las páginas, pero de forma ordenada, le proporcionaban una sensación de calma después de haber estado admirando la amplitud uniforme del desierto. Escogía una letra y, con el dedo, trazaba el dibujo que sus repeticiones formaban por toda la página.

La habitación temblaba de calor cuando sufría la embestida del sol. Håkan se desmayaba a menudo y, a veces, sin saber cuánto tiempo había pasado inconsciente, lo despertaban de una bofetada. Lo sacaban de la casa dos veces al día, poco después de las comidas, que siempre le servían en su habitación. Antes del anochecer, le llevaban el agua para el baño y una muda de ropa. Los primeros parroquianos acostumbraban a llegar al bar cuando terminaba de restregarse. Y la mayoría de las noches, en cuanto se marchaba el último cliente, un guardia abría el cerrojo de su puerta y lo conducía hasta la mujer. Había ocasiones en que nadie acudía a buscarlo, aunque no sucediera con regularidad, y al final comprendió que, si llegaba el amanecer y todavía no había aparecido su guardián, significaba que no lo iban a llevar a la habitación de la dama. Estos eran los únicos eventos que, vagamente, daban forma a su existencia, la cual se desarrollaba en un presente elástico que no cesaba de estirarse, sin la menor distorsión y sin promesa alguna de llegar a quebrarse.

4.

El verano llegó a su fin. Las mantas harapientas que le proporcionaron eran del todo insuficientes, pero estaba acostumbrado a pasar frío. El paisaje se mantuvo impasible ante las temperaturas heladoras. Nada cambió. Mirando por la ventana, Håkan se imaginaba que solo hacía frío en su habitación y que, si asomara la mano, fuera se encontraría con un calor abrasador, igual que el día en que llegó.

La ropa le quedaba cada vez más pequeña. Los pies le asomaban por el borde de la cama. Algunos de sus guardianes comenzaron a mirarlo con cierta aprensión.

Pero Håkan solo podía pensar en Linus. A veces, fantaseaba con que su hermano había prosperado de alguna manera ambigua y extravagante; se lo figuraba dedicado a trabajos diversos e indeterminados, resuelto a triunfar de modo espectacular y alcanzar una posición prominente, no llevado por la ambición ni la codicia, sino para resultar más fácil de localizar para su hermano pequeño. Su éxito sería como un faro. Cuando Håkan llegara a Nueva York, todo el mundo hablaría de Linus Söderström. Cualquier desconocido podría señalarle dónde vivía. En otras ocasiones, Håkan cohibía sus fantasías y veía a su hermano trabajando con dureza y esfuerzo, recorriendo las hostiles calles de la gigantesca ciudad (que seguía imaginando de acuerdo a las caprichosas descripciones de Linus) y regresando todas y cada una de las tardes, una vez concluida su jornada de trabajo, al puerto, para preguntar por su hermano a los pasajeros y marineros recién llegados. En cualquiera de los casos, Håkan estaba convencido de que Linus terminaría dando con él.

El calor regresó, y Håkan sintió que había retrocedido un año en el tiempo.

La primera mañana verdaderamente calurosa de aquel nuevo verano, poco después del amanecer, uno de los guardianes de Håkan entró en la habitación para entregarle una serie de prendas: un traje malva que reconoció al instante, pues se lo había puesto unas semanas atrás; un par de zapatos con unas hebillas enormes, que a menudo le solicitaban que se calzara, y un sombrero de copa baja que no había visto jamás. Era la primera vez que le llevaban ropa cuando aún era de día. Le dijeron que se vistiera de inmediato. Håkan se sorprendió alisándose la camisa, tirándose de las solapas de la chaqueta, cepillándose las mangas y prestando atención a otros pequeños detalles de modo idéntico a como la mujer habría hecho después de vestirlo. El guardián, que había esperado impaciente, lo condujo al bar y le hizo salir por la puerta trasera. Media docena de hombres armados y montados a caballo aguardaban tras el dragón y el gordo

atildado. A su lado, bajo la única sombra disponible, se hallaba el carruaje, enganchado a sus caballos emplumados y arrogantes. Le indicaron que subiera al coche. Fue como zambullirse en una tina de melaza. La mujer lo ignoró cuando él se sentó frente a ella. La puerta se cerró; la oscuridad se tornó absoluta. El coche partió en dirección desconocida, balanceándose sobre sus tirantes y sus muelles, con las cortinas de terciopelo hinchándose hacia fuera y curvándose hacia dentro como si se tratara de membranas.

Casi resultaba imposible respirar en aquel ambiente tan recargado y viscoso. Empapado en sudor bajo la chaqueta de terciopelo, Håkan tiritaba de calor. Incluso en la completa negrura del interior, podía sentir cómo la mujer se esforzaba por no mirarlo. Finalmente se quedó dormido.

Fue el silencio lo que lo despertó. Se habían detenido. La puerta se abrió, y, cuando sus ojos se adaptaron a la afilada luz del exterior, vio que le estaban ordenando apearse. Habían viajado al menos durante medio día, pero, a juzgar por el paisaje, Håkan habría dicho que no se habían movido ni un centímetro: la misma extensión ininterrumpida de terreno llano, la misma monotonía opresiva. El cochero había desmontado para dar de beber a los caballos, que soltaban espumarajos por el calor. El resto de los hombres habían formado una hilera y estaban tomándose un descanso, con excepción del gordo, que se hallaba inclinado sobre el carruaje, con la cabeza metida en el interior, es de suponer que ofreciendo sus servicios a la mujer. Sin sentarse en ningún momento, los hombres comieron galletas de soda y morcilla. La mujer no se dejó ver. Aún masticando, los jinetes volvieron a montar y el cochero regresó al pescante. Håkan se metió en el carruaje, con la esperanza de que se estuvieran dirigiendo al este. No le importaba nada más.

Poco a poco, refrescó. Seguramente se estaba poniendo el sol. De pronto, unas ramas azotaron los costados del coche. La estepa uniforme parecía haber quedado atrás. Al cabo de una larga y tortuosa marcha por un terreno irregular, el coche se detuvo por fin. Una vez más, le ordenaron a Håkan que se apease. En esta ocasión, la mujer también emergió tras él, oculta tras un velo que le cubría los ojos y le acariciaba la barbilla.

El pálido sol del atardecer se colaba entre las copas cónicas de las píceas y los abetos, atravesaba el tamiz formado por las plumosas hojas de los enebros y por las pálidas ramas verdes de los álamos temblones y finalmente se posaba, como la niebla, sobre la cebadilla ratonera, el musgo y el liquen. Aquellas eran las primeras plantas que Håkan veía en mucho tiempo, con la salvedad de la omnipresente artemisa. En un claro al pie de un otero, había un pequeño pueblo de seis o siete casas; cada una, a su particular modo, parecía una versión angulosa del bosque que las rodeaba. La construcción más sólida era una cabaña de troncos; también había algunas chozas endebles, con los huecos entre los maderos rellenados con mortero de arcilla; otras, que recordaban a balsas cúbicas, combinaban tablones irregulares y sin desbastar con lonas alquitranadas, uniendo el conjunto mediante cuerdas de cáñamo. En el centro de la aldea, se erguía un buen montón de troncos jóvenes y ramas a las que aún les quedaban unas pocas hojas secas. Parecía una pila de leña, pero se sostenía sobre una serie de columnas y tablas. Debajo de aquel tosco refugio, un grupo de niños, sentados sobre varios tocones, sostenían sus pizarras y sus libros mientras miraban a los recién llegados. Junto a aquella escuela improvisada, una mujer había interrumpido su labor de batir mantequilla, mientras que otra se secaba las manos en el

delantal, después de haber retirado una olla de hierro del fuego, y una tercera, al fondo, seguía tiñendo lana lenta y mecánicamente. Las tres mujeres se quedaron observando al grupo. A pesar de su precariedad, se trataba, por lo que Håkan podía apreciar, de una colonia armoniosa y próspera. Las pieles que se curaban colgadas ordenadamente alrededor de la pequeña curtiduría; los estampados que iban cobrando forma en el telar; el humo que manaba despacio entre las hojas, procedente de un horno de arcilla; los cerdos lozanos en la pocilga; los sacos de arpillera rebosantes de grano; todo indicaba lo industriosos y resueltamente disciplinados que eran aquellos colonos. Las mujeres y los niños transmitían una imagen de serena decencia. Håkan se avergonzó de su atuendo.

Siguiendo su costumbre, el gordo activó su mecanismo interno (se alisó la pechera, enderezó su corbata, se peinó, se aclaró la garganta), lo que resultó en una sonrisa que no hizo más que enfatizar la impaciencia que buscaba esconder, y procedió a recitar uno de sus pomposos discursos. Apenas había pronunciado unas pocas palabras solemnes, que él mismo parecía prender en el aire con el pulgar y el índice unidos por las yemas, cuando la mujer dio un paso al frente y alzó la palma de la mano sin mirarlo.

—Caleb —ordenó apenas abriendo la boca, examinando con ferocidad a las colonas a través del velo.

De pronto Håkan se dio cuenta de que hacía una eternidad que no oía pájaros. Ahora, durante la tensa expectación que siguió a la única palabra emitida por la mujer, la arboleda bullía de cantos desconocidos.

La mujer que teñía la lana se aproximó a los recién llegados, secándose las manos azules, y repuso que Caleb no se encontraba allí.

—Bien, lo llamaré —respondió la mujer del velo, y le susurró algo al gordo, quien, a su vez, le dio una breve orden al dragón.

El viejo soldado fue a la parte trasera del carruaje y reapareció poco después llevando un flácido saco de cuero en las manos. La dama señaló la vivienda de madera y lona más alejada de la escuela. El dragón se encaminó hacia allí sin prisas, abrió la vejiga, vertió sobre las paredes el líquido que esta contenía, encendió una cerilla y la arrojó a uno de los charcos. El aire se onduló, las ondas se transformaron en olas azules, y las olas azules en llamas amarillas. Las mujeres echaron a correr hacia los niños y los sacaron de la escuela cubierta de matojos, que ahora no era más que una pila de leña vulnerable, a merced de la menor chispa procedente del fuego cercano. Siguiendo las instrucciones de la mujer del velo, el dragón condujo a las colonas y a sus hijos a la cabaña de troncos, situada a una distancia segura del fuego, y ubicó a dos centinelas a ambos lados de la puerta. La casa en llamas, mientras tanto, se había transformado en una esfera tersa y abrasadora que parecía rotar en el sitio; la cresta de las llamas se rizaba sobre sí misma y volvía a prenderse de nuevo, en un ciclo que se intensificaba sin cesar. Håkan miró a su alrededor en busca de agua, moviéndose desesperado de un lado a otro. Encontró una tina con ropa a remojo y la arrastró hacia el fuego, pero pronto fue prendido por uno de los hombres, que volvió a llevarlo junto a la mujer. Sonreía como si estuviera conmovida por la desesperación y por la buena voluntad de Håkan, y le acarició brevemente la mejilla. Las llamas silbaban en el aire. Sobre la bola de fuego, como un reflejo negativo de las llamas, flotaba una bola de humo. Una ráfaga de

viento transformó el silbido en un rugido y disipó el humo, que primero se curvó y luego se arrastró y se retorció en tirabuzones, formando una serie de tétricas circunvalaciones que finalmente se disolvieron en el cielo del atardecer.

Un grupo de jinetes, emborronados por el incendio, descendió la colina al galope. El líder aferró las riendas y, de un tirón furioso, se detuvo junto a la mujer. Tanto el animal como el hombre jadeaban. Con un gesto del dedo índice, el recién llegado indicó a sus amigos que se dispersaran, y luego miró a la mujer.

—Has venido —dijo ella con una sonrisa, no muy diferente a la que acababa de dedicarle a Håkan.

Caleb, que parecía asfixiarse con cada bocanada de aire, le preguntó bruscamente por los niños. La mujer hizo un gesto con la barbilla hacia la cabaña de troncos. Él desmontó y se puso a caminar en círculos más y más estrechos, con la cara desfigurada por pensamientos desesperados, y luego se detuvo para lanzarle una mirada iracunda a la mujer. Algo semejante a la ternura se filtraba a través del velo de esta última. Después de enjugarse los labios y la frente, Caleb logró serenarse y, en un tono que requería de todos sus esfuerzos para sonar sensato y razonable, comenzó a dar explicaciones. La mujer guardó silencio, con una amable sonrisa que no se correspondía con la grave súplica de Caleb. Era como si mirara a través de él, hacia otro tiempo distinto. Con un esfuerzo supremo, Caleb mudó de tono. Ahora, en un intento por amoldar su cadencia al semblante de su interlocutora, pareció rememorar recuerdos gratos o incluso invocar un futuro prometedor. Hasta logró sonreír. Ella sacó, de la nada, una pequeña y ornamentada pistola de bolsillo. Caleb miró el arma con la misma expresión de alguien a quien le mostraran un insecto gigante. Alzó los ojos hacia el velo, y la mujer le disparó entre las cejas. Su cabeza salió despedida hacia atrás, seguida por el resto de su cuerpo.

De la cabaña de troncos les llegaron los gritos de las mujeres y los niños. El dragón y los suyos rodearon y desarmaron rápidamente a los compañeros de Caleb. Håkan no podía despegar los ojos del rostro del hombre que yacía en el suelo, ya descolorido por la muerte. Estaba perplejo por la brusquedad con la que había dejado de existir. Parecía cosa de magia.

Junto a Håkan, la mujer del velo respiraba mediante breves inhalaciones, como si solo pudiera tomar pequeñas porciones de aire. Miraba fijamente al hombre al que acababa de destruir. Se llevó una mano temblorosa a la boca, y poco después sus gemidos apenas audibles crecieron hasta convertirse en un lamento, en un ulular prolongado, interrumpido nada más que para inhalar aquellos fragmentos de aire que el dolor, de algún modo, unía en su interior y expulsaba como una manifestación sostenida de su desesperación. Los niños seguían llorando. Las mujeres seguían gritando. Habían empezado a aporrear la puerta de la cabaña. Tras soltar unos cuantos aullidos continuados, los lamentos de la mujer del velo se entrecortaron tanto como su respiración, de manera que cada breve inhalación iba seguida por un grito igualmente breve. Al final, como si acabara de tomar una decisión repentina, dejó de llorar. Con los ojos aún fijos en Caleb, la dama musitó unas palabras a uno de sus hombres, quien, a su vez, hizo una seña a dos de sus compañeros. Se llevaron el cuerpo entre los tres. La mujer agachó la cabeza, se hundió las palmas de las manos en las cuencas de los ojos y recobró el control de sí misma y de la situación. Se irguió, firme, hasta parecer incluso más alta que antes, y lentamente enrolló el velo, se lo

prendió al sombrero y abrió los ojos, brillantes de furia.

—¡Tú! —rugió, señalando al gordo—. Ven aquí.

Se aproximó y se plantó, compungido, a unos pasos de ella. Se miraron el uno al otro en silencio. Los hombres que se habían llevado el cuerpo habían empezado a amontonar ramas secas en el suelo, procedentes de la techumbre de la escuela. Incapaz de soportar el silencio, el gordo se alisó el pelo, se aclaró la garganta y empezó a hablar. Sin embargo, no había pronunciado más que una palabra cuando la mujer arremetió con el más despiadado ataque verbal que Håkan hubiera presenciado jamás.

Su boca podrida y gelatinosa escupía odio. Todo el cuidado que solía poner en ocultar sus encías desapareció por completo. De hecho, aquel hediondo agujero negro parecía representar el insulto y la amenaza definitivos, más intimidatorio que las retumbantes, babosas y deformes palabras que derramaba a borbotones, acompañadas de salivazos. La mujer aún sostenía la pistola, y la usaba para señalar una y otra vez al cadáver y luego al gordo. La relación entre ambos constituía el punto principal de su diatriba. Parecía haber olvidado que su puntero era una pistola, lo cual hacía que el arma resultara todavía más temible; como si, tan pronto como recordara su verdadera naturaleza, fuera a verse obligada a darle su verdadero uso. Las mujeres de la cabaña habían redoblado los gritos y embestían la puerta con algún objeto pesado. Los niños seguían llorando. Adelantándose un paso e inclinándose sobre el gordo, de manera que su cara quedara a unos centímetros de la de él, la mujer lo cubrió de insultos y saliva. Håkan entendió las últimas palabras, subrayadas por la pistola, que apuntaba al orondo pecho cubierto por el chaleco: «Tu culpa». La mujer le enseñó sus negras encías y siseó. Más que de ella, el siseo pareció provenir de la pareja de babosas que relucían en su boca.

Colocaron el cuerpo de Caleb sobre la pira improvisada, junto a las ruinas de la escuela.

—Con cuidado —dijo la mujer, y volvió a cubrirse con el velo.

Mediante un gesto de la cabeza, ordenó a los centinelas que pusieran fin a los golpes que daban las mujeres. Los niños seguían llorando. Con otro movimiento de la barbilla, indicó al dragón que encendiera la pira. Todos los hombres, tanto los invasores como sus víctimas, se descubrieron la cabeza. El fuego prendió con rapidez. Las frágiles ramas cedieron, y el cuerpo se hundió repentinamente en las llamas, desprendiendo un siniestro olor a carne asada.

Tras un momento de silencio, la mujer, ya en plena posesión de su frialdad acostumbrada, se volvió de nuevo hacia el gordo y le dio una orden escueta. Con un temblor en los labios, él se dispuso a replicar, pero, antes de llegar a emitir una palabra, decidió que era mejor obedecer. Se desprendió de la chaqueta, del chaleco, de la pechera y de la camisa. Todos los ojos estaban fijos en él. La tarde se desangraba; unas estrellas empezaban a brillar en el azul oscuro del cielo. Se quitó los zapatos y los pantalones. La mujer hizo un gesto de impaciencia. Vacilante, el hombre se deshizo de su ropa interior y se quedó allí plantado, mantecoso, con nada más que los calcetines y las ligas. Alguien se rio. Un gesto apenas perceptible de la mujer, y la ropa del gordo fue arrojada a las brasas de la casa incendiada. Otro breve gesto de la cabeza, y las mujeres y los niños fueron liberados. Sus maridos corrieron a su encuentro, pero una mujer se quedó sola con su hijo. Miró a su alrededor, confusa, y luego, al ver la pira, cayó de rodillas y se echó a llorar. La mujer del velo la examinó con interés. Los hombres de Clangston se subieron a sus monturas,

salvo el gordo, que se quedó junto a los colonos mientras el dragón se llevaba a su yegua de la brida. El gordo no paraba de balbucear, suplicante. Ordenaron a Håkan que siguiera a la mujer al interior del carruaje. Emprendieron la marcha junto con el convoy. Pronto dejaron de oírse los gemidos del hombre al que acababan de abandonar.

La segunda noche después de su regreso, Håkan fue llevado a la habitación de la mujer. Estaba sentada ante una pequeña mesa y le señaló la silla de enfrente. Håkan tomó asiento, fijándose en un estuche enrollable de cuero. Como en tantas otras ocasiones, ella lo ignoró de un modo cuidadoso y estudiado, con aire impaciente, como si la presencia de Håkan —solicitada por ella misma— estuviera retrasando la llegada de otra persona. Finalmente, después de un largo rato, la mujer desató y desplegó el estuche. Estaba dividido en secciones y contenía tijeras, pinzas, frascos, cortaúñas, pequeñas dagas y otros instrumentos que Håkan no reconoció. La dama dio unos golpecitos con el índice sobre la mesa. Håkan no la entendió. Molesta, le indicó por señas que debía colocar las manos sobre la mesa, y él obedeció. Le sujetó la muñeca izquierda contra la superficie con una fuerza que no se correspondía con la docilidad de Håkan, sacó el cortaúñas más grande de su compartimento e hizo uso de él. Las manos de Håkan se habían suavizado durante el cautiverio, pero las uñas seguían siendo igual de toscas e irregulares que siempre; algunas crecían hasta romperse por sí solas, otras se las recortaba con los dientes o con el cuchillo que le llevaban en las comidas. Cuando hubo terminado de cortarle las uñas, la mujer procedió a limarlas, y a continuación se dispuso a eliminar y empujar las cutículas mediante una herramienta plana de extremo afilado, que sorprendió a Håkan y le hizo retirar la mano instintivamente. La mujer le aferró la muñeca con más fuerza aún y le pinchó la mano con el instrumento. No le perforó la piel, pero la firmeza del gesto bastó para dejarle claro que le atravesaría la mano y se la clavaría a la mesa si volvía a oponer resistencia. Una vez completado el proceso, le retocó y le pulió las uñas. De un frasco, vertió un ungüento con olor a rosa sobre las manos de Håkan y le frotó las palmas. Tal vez porque la mujer nunca le había acariciado las manos de aquel modo, Håkan se decidió a hablarle por vez primera.

—Debo irme —dijo.

Ella alzó la vista de sus manos, con una expresión que, brevemente, dejó ver que aquel acontecimiento, pese a ser extraordinario, no la sorprendía en absoluto. Le sonrió.

—No puedo —respondió—. No puedo dejarte ir.

Entonces apagó la luz e hizo algo que nunca antes había hecho: se arrodilló y apoyó la cabeza en el regazo de Håkan, tal como solía pedírselo a él; luego, tomó una de sus flácidas y recién acicaladas manos y se acarició el pelo con ella, como si estuviera jugando con una muñeca de trapo.

Después de aquello, la vida volvió a sumirse en su inalterable rutina. Pese a no estar habituado a la violencia, Håkan comenzó a idear un plan de huida que implicaba vagamente el uso del cuchillo romo que utilizaba para comer. Su propio tamaño le daba valor, pues cada vez intimidaba más a sus captores. No obstante, pocas noches después sucedió algo que libró a Håkan de tener que poner en práctica sus vagos designios.

En el intervalo de serenidad que se producía entre el cierre del bar y el momento en que los dos guardias acudían a su cuarto para llevarlo ante la mujer, Håkan oyó que alguien abría sigilosamente el cerrojo de su puerta. La cautelosa lentitud de la operación resultaba inusual, y le llamó aún más la atención el hecho de no haber oído, como sucedía siempre, el sonido de dos pares de botas al subir las escaleras. Un viento silbante había estado soplando sobre Clangston toda la noche, y ahora ventanas y paredes tableteaban y crujían bajo la creciente fuerza de sus embistes. El cerrojo se movió todavía más despacio al deslizarse por las guías; estaba claro que aquel que lo estuviera abriendo trataba de evitar el chasquido al final del recorrido. Silencio. Håkan tomó un libro entre sus manos, nada más que por sostener algo sólido.

La puerta se abrió, y el gordo, cubierto de cicatrices, mugriento y aún desnudo, apareció en el umbral. La hinchazón de su mejilla izquierda se fundía con su ceja inflamada, sumiendo al ojo en una masa de lustrosa carne púrpura. Tenía cortes, quemaduras y cardenales por todo el cuerpo, y el desierto abrasador le había deformado los pies. Miró a Håkan con su único ojo sano y sonrió, mostrándole los dientes, que se había roto recientemente. Llevándose el dedo índice a los labios cuarteados, el hombre ordenó a Håkan que guardara silencio, se apartó de la puerta y señaló hacia la escalera.

—Vete —susurró.

Håkan se quedó mirándolo perplejo.

—Vete —repitió él—. Vete ya. Vete. Rápido.

Håkan cogió sus zapatos, pasó por delante del gordo, cuya maliciosa sonrisa empezaba a transformarse en una grotesca risa silenciosa, bajó las escaleras de puntillas, atravesó el bar, salió por la puerta, se detuvo brevemente en el umbral y, en cuanto puso un pie en la llanura, echó a correr.

٥٠

El amanecer era una intuición, cierta aunque invisible, y Håkan corría a su encuentro, con la vista fija en el punto distante que, estaba convencido, pronto enrojecería mostrándole el camino que lo llevaría directo a su hermano. El viento intenso que soplaba a su espalda era un buen presagio; una mano alentadora que lo empujaba hacia delante al tiempo que borraba sus huellas.

Con un poco de suerte, la dama no lo llamaría esa noche, y nadie se percataría de su ausencia hasta por la mañana, puede que incluso hasta por la tarde. Pero, si la mujer requería su presencia, los guardias subirían en breve las escaleras hacia su habitación. Después de haber corrido durante un buen rato, Håkan miró a su espalda, hacia las débiles luces del pueblo. Para su asombro, Clangston había desaparecido. Ahora que lo azotaba de frente, Håkan advirtió que el viento iba cargado de arena. Al principio no distinguía más que el aura nocturna de las piedras y de los matojos, tan solo apreciables cuando tales obstáculos aparecían a uno o dos pasos de él, pero luego su visión se anuló por completo. Pronto, la noche misma fue arrasada por el torbellino de arena. La fuerza del vendaval, junto con los aguijonazos del polvo que arrastraba, conformó un elemento nuevo; algo que, pese a su aspereza y su sequedad, se hallaba más próximo al agua que a la tierra o al aire. Håkan tenía que volverse para poder respirar. Continuó corriendo, sintiéndose encubierto por la tormenta, que le taponaba los oídos con su bramido. Su rostro estaba cerrado como un puño; incluso aunque el viento cargado de proyectiles lo hubiera permitido, le parecía absurdo abrir los ojos en aquella oscuridad redoblada. Tropezaba casi a cada paso, pero agradecía las caídas, pues yacer en el suelo le permitía descansar de aquella rasposa corriente que lo zarandeaba. Aun así, pronto volvía a ponerse en pie y reemprendía la huida a ciegas, jadeando entre los labios apretados.

No amaneció. Solamente palideció la negrura.

Sacudido por el viento, Håkan ya no sabía en qué dirección avanzaba. Solo confiaba en que no hubiera trazado un amplio círculo y no estuviera yendo de regreso a Clangston.

Cuando la tormenta por fin remitió, el sol del mediodía brilló directamente sobre la cabeza de Håkan, revelando un paisaje idéntico a la franja de desierto que solía ver desde su ventana. Mantuvo, como pudo, su incierto curso. Pronto, no obstante, su sombra comenzó a alargarse ante él, y Håkan se aseguró de que siempre lo precediera, convencido de que lo guiaría hacia el este. Ningún rastreador sería capaz de seguir sus huellas después de una tormenta semejante, pero Håkan seguía preocupado. ¿Cuánto había avanzado? ¿Se encontraba lo bastante lejos de

Clangston? ¿Realmente estaba consiguiendo huir de sus captores, o estaba regresando hacia ellos? No le cabía duda de que la mujer lo querría de vuelta a toda costa y de que habría enviado partidas de búsqueda en cuanto el tiempo se lo permitió. Håkan no sabía cómo se organizaban tales partidas, pero, aunque la mujer las hubiera enviado en todas direcciones, pensaba, no disponía de hombres suficientes para peinar la llanura. Confiaba en que su rumbo cayera entre dos de las líneas que irradiaban desde los postes de amarre situados frente al bar. Se preguntaba, sin embargo, hasta dónde podría llegar sin comida ni agua. Y, en caso de que tuviera la fortuna de encontrar ayuda, ¿no estarían todos los asentamientos cercanos a Clangston bajo el control de la mujer?

Cayó la noche e, incapaz de orientarse en la oscuridad, Håkan se detuvo. Se tumbó en la tierra caliente, entre las matas de artemisa. El desierto, tan inmóvil durante el día, bullía ahora de actividad: los animales gruñían, se apareaban, devoraban a otros, eran devorados por otros. Håkan no estaba preocupado. No había visto más que roedores, reptiles y pequeños perros de las praderas, y dio por sentado que su propio tamaño bastaría para intimidar a tan pequeñas criaturas. Aún no había aprendido a temer a las serpientes.

Se despertó mucho antes del amanecer, en parte por costumbre (siempre se levantaba en mitad de la noche para estar listo cuando llegaran sus guardianes), pero también porque el suelo se había enfriado. El cielo nocturno había cambiado. A Håkan le maravillaba el movimiento sincronizado de las estrellas, y lamentaba no haberle preguntado a su hermano cómo aquellos puntos brillantes eran capaces de viajar juntos por el cielo, conservando siempre la distancia que mediaba entre unos y otros. Linus le había explicado otras maravillas de la naturaleza. Por ejemplo, el hecho de que cada día poseyera su propio sol. Durante su recorrido por el cielo, el brillante disco se consumía poco a poco, para después hundirse detrás del horizonte, derritiéndose y vertiéndose como cera por el precipicio del fin del mundo. Y, a semejanza de un fabricante de velas, dios reutilizaba esa cera derretida para moldear un nuevo sol. La noche duraba el tiempo que dios necesitaba para fabricar el nuevo astro, al que encendía y liberaba cada mañana. Pero, sobre las estrellas y su movimiento, Linus no le había contado nada.

En cuanto la primera claridad sobre el horizonte le indicó el camino, Håkan se puso en marcha hacia el este.

Si no hubiera sido por los gallos de las praderas, habría muerto en cuestión de días. Cada jornada, abatía de un porrazo o una pedrada un par de aves y se bebía su sangre. Aquello aumentaba su sed, pero también le daba fuerzas. Las primeras veces, vomitó nada más escurrir aquel sirope caliente en su boca, pero pronto aprendió a controlar el reflejo. Su barbilla y sus ropas, reducidas a jirones por la tormenta de arena, estaban cubiertas de salpicaduras coaguladas. En un momento dado, Håkan advirtió que aquella sangre parda, una vez endurecida, lo protegía de los rayos del sol, así que empezó a untarla generosamente sobre sus brazos, su pecho, su cuello y su cara. La capa de sangre se convertía en un engrudo chorreante al mezclarse con el sudor, y Håkan se veía obligado a detenerse continuamente para recomponerla y echarse más. Pasados unos días, sin embargo, contaba ya con tantas capas, endurecidas por el sol y estucadas por el polvo, que casi no necesitaba nuevas aplicaciones. Para entonces, ya había dejado de notar el hedor demencial de su revestimiento protector.

Perdió la noción del tiempo. Le parecía que llevaba una eternidad caminando cuando cayó presa de un delirio febril. Comenzó a oír voces y sonidos de cascos, y se volvía una y otra vez para apagar esos ruidos imaginarios. En ocasiones se arrojaba al suelo, convencido de que se aproximaba el tintineo del carruaje oscuro. A fin de silenciar estas alucinaciones, empezó a hablar solo, casi siempre con Linus. A veces, Linus le respondía. Poco a poco, su cuerpo se tornó liviano y rígido. Caminar suponía un milagro continuo. El momento más difícil de cada paso era el de posar el pie. Håkan se miraba el zapato, asombrado de verlo suspendido en el aire, preguntándose cómo había llegado allí y cómo se las apañaría para volver al suelo. A continuación, al paso siguiente, se contemplaba el otro pie con idéntico desconcierto. Y en cada ocasión su sorpresa se renovaba, como si fuera la primera vez que levantaba un pie. Sus andares se convirtieron en un extraño balanceo, pues alzaba el pie cada vez más alto y lo dejaba suspendido un momento, con los brazos ligeramente abiertos para guardar el equilibrio, como un monstruo agarrotado. La monotonía del paisaje no hacía sino agravar su trastorno. Entraba y salía de la inconsciencia sin cesar, y a veces se despertaba en mitad de un paso, marchando a través de un paraje idéntico al que había visto antes del enajenamiento. Resultaba imposible saber cuánto tiempo había transcurrido o cuánta distancia había recorrido. A veces pensaba que caminaba sin desplazarse.

Una mañana, se despertó tiritando, abrazado a un perro muerto. No recordaba haberlo atrapado ni haberle roto el cuello.

Siguió caminando hasta que, de pronto, su pie no acertó a encontrar el suelo; continuó bajando, cayendo lentamente en un vacío abierto en la arena. Su último recuerdo sería mirar hacia arriba, hacia la planta del pie que aún seguía en la superficie.

6.

Un fuego calentándole el rostro. Las estrellas sobre las llamas. Un paño húmedo en los labios. El sol filtrándose a través de un toldo. El sabor de la fiebre. El temible sonido de las ruedas de un carruaje. El atardecer o el amanecer. Voces. El sabor de la miel. Gafas. Linus sonriendo. Un caballo relinchando. El olor a avena cocida y a café. Sus propios gritos. Una cuerda de cáñamo alrededor de muñecas y tobillos. Linus contándole una historia. Un fuego calentándole el rostro. Voces. Un paño húmedo en los labios. Gafas. El sabor de la miel.

Se despertó por culpa de las ampollas de las muñecas, pero se sintió agradecido por aquella quemazón que le ardía bajo las cuerdas, pues le demostraba que su cuerpo y él se habían reconciliado. Estaba tumbado en un carromato cubierto. El sol era una mancha caliente en la lona. Dos siluetas conversaban tranquilamente en el pescante. Oyó a más hombres a su alrededor, montados en caballos o en burros. El tiempo fluía mansamente a través de él. Siluetas, sonidos y texturas volvían a formar parte de una única realidad.

A medida que su percepción de lo que lo rodeaba se iba tornando más clara, advirtió que de los costados del carromato le llegaba una amplia variedad de repiques: dins breves y agudos, y dons lentos y graves. Giró la cabeza y se topó con una extensa colección de tarros, colgados de ganchos y de clavos o bien asegurados a la caja del vehículo. En ellos, suspendidos en un líquido amarillento, había lagartos, ratas, ardillas, gatos, arañas, zorros, serpientes y otras criaturas. Algunos de los tarros albergaban animales no natos, vísceras, extremidades y cabezas. Håkan trató de moverse, pero descubrió que estaba firmemente atado al carro. Al alzar la cabeza, avistó unas jaulas en las que aleteaban pájaros, cestas en las que se arrastraban insectos y baúles de mimbre en los que siseaban serpientes. Pensó que su recuperación no había sido más que una ilusión y que continuaba atrapado en una pesadilla. Hizo un ruido, y uno de los hombres del pescante se volvió hacia él. Håkan solo pudo distinguir su silueta recortada contra el brillo del sol. El hombre pasó a la trasera del carromato y se inclinó sobre Håkan, revelando el rostro con gafas que se había cernido sobre él durante su agonía. Sonrió.

—Has vuelto —dijo.

Håkan trató de sentarse, pero las cuerdas se lo impidieron.

—Lo siento —exclamó el hombre, horrorizado al acordarse de las ataduras de Håkan, y procedió a desatarlo con premura.

Mientras manipulaba las cuerdas, se puso a hablarle con tono tranquilizador. Para cuando

terminó con los tobillos, ya había concluido su discurso. Håkan lo miraba fijamente. El hombre le preguntó algo. Silencio. Se quitó las gafas y probó con otra pregunta. Håkan se limitó a contemplar sus ojos grises; eran inquisitivos, sin llegar a indiscretos; compasivos, sin llegar a condescendientes. Al igual que todos los hombres que Håkan había visto en el desierto, iba sin afeitar, pero, a diferencia de todos ellos, a él le favorecía aquella poblada barba rojiza, que le llegaba al botón superior de la camisa. La mugre le había aplastado y domado la melena, y no costaba imaginar que, cuanto más limpia estuviera, más ingobernable sería. Las llanuras habían mejorado a aquel hombre. Cuando su ojo derecho comenzó a desviarse hacia un costado, se puso las gafas de nuevo.

—¿No hablas inglés? —preguntó.

—Poco —contestó Håkan.

El hombre le hizo otra pregunta. No sonó a inglés. Luego volvió a intentarlo con una lengua gutural y áspera. Håkan seguía mirándolo, frotándose las muñecas laceradas. Al percatarse, el hombre se disculpó de nuevo e imitó, mediante gestos, a un ser delirante y rabioso que lanzaba patadas y puñetazos al aire. Señaló a Håkan, le tocó el bíceps con el índice y retiró rápidamente el dedo, como si el músculo estuviera al rojo vivo.

—¡Eres fuerte! —dijo, y soltó una carcajada.

Guardaron silencio mientras el hombre examinaba las ampollas de Håkan.

—¿De dónde eres? —preguntó, acomodándose las gafas cuando hubo terminado.

—Suecia.

Aquella respuesta le agradó y le preocupó a partes iguales. Acariciándose la barba y entrecerrando los ojos, el hombre pareció retrotraerse al pasado, hasta que, finalmente, dijo algo que sonó muy parecido a «Me llamo John Lorimer» en sueco. Håkan dio un respingo. Lorimer continuó hablando en una versión un tanto onírica de su lengua materna; un idioma que era sueco y que no lo era, que a veces sonaba familiar, pero que de pronto se volvía incomprensible; que evocaba el hogar nada más que para, acto seguido, enfatizar la remota procedencia de sus sonidos. Más tarde, Lorimer le explicaría que se trataba de una mezcolanza de alemán y holandés, suturados con inglés.

Laboriosamente, en aquella jerga de lenguas entremezcladas, Lorimer le contó a Håkan que, cuando lo avistaron caminando rígidamente con los brazos estirados al frente, algunos creyeron que era un demonio. Cuando se acercaron y repararon en su piel oscura, otros creyeron que era un indio. Cuando se aproximaron lo bastante para ver que en realidad estaba cubierto de sangre seca, todos se convencieron de que lo habían herido de muerte. Håkan no pareció percatarse de ellos, pero, cuando intentaron meterlo en el carromato para curar sus heridas, se resistió con fiereza, e hicieron falta tres hombres para someterlo. Poco después, perdió el sentido y permaneció seis días sumido en un desmayo delirante. Lorimer se quedó perplejo al no encontrar ninguna herida grave después de lavarle la sangre seca.

En un sueco entreverado de inglés, Håkan le relató brevemente sus experiencias, comenzando por la mujer de Clangston. Insistió a Lorimer para que se mantuviera lejos de sus secuaces y le dijo que abandonaría el convoy a la mañana siguiente, porque sus perseguidores no dudarían en matar a todo el grupo si lo encontraban allí. Solo necesitaba un poco de agua y comida, si es que

tenían algo de sobra. Pero Lorimer no estaba dispuesto a aceptar esto. Håkan permanecería bajo su cuidado hasta que se recuperara del todo, y hasta que ellos se aseguraran de que se encontraba fuera del alcance de la mujer. El convoy se dirigía al este, en cualquier caso; al menos hasta alcanzar su próximo destino, el gran lago seco de Saladillo, donde Lorimer y sus hombres virarían hacia el sur. Mientras tanto, añadió Lorimer, a él le gustaría aprender sueco. Y, además, le sería útil tener un ayudante. Håkan miró con alarma evidente las cabezas guardadas en los tarros. Lorimer se rio, le dijo que no se preocupara y le explicó que solo había capturado a aquellas criaturas para beneficio del ser humano.

Gracias a la comida, el agua y el descanso apropiados, Håkan se recuperó enseguida. No tardó en salir del carromato y unirse al convoy, compuesto por cinco hombres que ayudaban a Lorimer en sus labores y le prestaban protección. Håkan, encargado de los caballos y burros de refresco, cabalgaba junto a Lorimer siempre que podía, y ambos se dedicaban a enseñarse sus idiomas el uno al otro. Lorimer aprendía rápido, y su ansia por practicar el sueco actuaba en detrimento del inglés de Håkan, pero, después de tanto tiempo chapoteando en el fango resbaladizo de los sonidos extranjeros, Håkan agradecía escuchar las sólidas palabras de su lengua materna.

Originario del sureste de Escocia, John Lorimer había viajado a América con su familia a la edad de once años. Habían montado una granja en una tierra sin colonizar, cuyo nombre Håkan no logró retener. El señor Lorimer quería que John se ordenara sacerdote, y le hacía recitar de memoria libros enteros de la Biblia y componer sermones biográficos, que profería ante los miembros de su familia cada domingo, antes del amanecer. Sin embargo, John, amante de la vida salvaje en todas sus formas, prefería las cuestiones terrenales a las celestiales. En un matorral cercano, el niño construyó una suerte de ciudad (fosos, baluartes, calles, establos) y la pobló de escarabajos, ranas y lagartos. Cada noche cubría la estructura amurallada y cada mañana la volvía a inspeccionar, tomando nota de qué criaturas habían desaparecido o perecido, de cuáles se habían trasladado de un compartimento a otro, de cuáles eran más temidas por las demás y de otros asuntos similares. Trabajó incansablemente en su ciudad de animales hasta que su padre, sospechoso de sus largas ausencias, lo siguió al matorral, derribó la estructura a patadas, pisoteó a sus habitantes y azotó a su hijo con una rama de un árbol cercano. Era —recordaba la rama claramente, y más adelante había aprendido su nombre— un abedul amarillo. Mientras le asestaba un latigazo tras otro, su padre le susurró que debía expiar su orgullo blasfemo; Dios, y solo Dios, tenía el poder de crear un mundo; cualquier intento de imitarlo suponía un arrogante insulto a Su labor. Pocos años después, John fue enviado a la universidad para estudiar teología, pero pronto la botánica y la zoología (disciplinas que al principio dejaron perplejo a Håkan) desplazaron a los estudios religiosos. No tardó mucho tiempo en viajar a Holanda para convertirse en alumno de uno de los principales botánicos de Europa, Carl Ludwig Blume; aquel nombre se quedaría grabado en la memoria de Håkan, pues le parecería graciosamente apropiado para su profesión.[2] Una vez concluidos sus estudios, John regresó a América con la intención de clasificar especies del oeste que nunca antes habían sido descritas ni bautizadas. Pero, durante el transcurso de sus investigaciones, ideó una nueva teoría; y decía que, si su padre hubiera vivido para escucharla, no lo habría azotado con una rama de abedul, sino que directamente lo habría aplastado bajo una viga de roble. A lo largo de las siguientes semanas, en un sueco

entrecortado, y con la ayuda de los especímenes de los tarros, de los nuevos animales que atrapaban por el camino y de las antiguas criaturas que hallaban cristalizadas en las rocas, Lorimer le explicó su teoría a su nuevo amigo, que casi siempre permanecía callado pero que claramente estaba desconcertado. Su propósito, decía el naturalista, era el de retroceder en el tiempo y revelar el origen del hombre.

A sabiendas de que Håkan tenía experiencia con los gallos de las praderas, Lorimer le propuso que comenzaran por ahí. Le pidió que matara a uno retorciéndole el cuello y que después lo desplumara. Sentado a la estrecha sombra del carromato, Lorimer sajó al ave con una cuchilla pequeña y afilada, y la abrió como un libro. Le mostró a Håkan la espina dorsal rota, y le explicó por qué esa fractura (a diferencia de lo que sucedía con un ala o con una pata) había matado al pájaro. Siguieron la columna vertebral hasta el cerebro, y Lorimer le contó a su amigo que todo cuanto nosotros hacemos, desde respirar hasta caminar, desde pensar hasta defecar, se halla gobernado por ese cordón que discurre a lo largo del tronco. Håkan se quedó impactado con aquella revelación, y supo, sin necesidad de mayores evidencias, que se trataba de la verdad. No podía decir por qué aquella idea tan novedosa, relativa a órganos que nunca antes había oído nombrar, le parecía correcta; pero, al contemplar el ave abierta en el suelo, no le cupo ninguna duda al respecto. Håkan nunca había visto a un animal de aquel modo. Parecía tan limpio, tan sencillo y ordenado, aunque desconociera las leyes que gobernaban aquel armonioso sistema. Formuló a Lorimer gran número de preguntas, e incluso aventuró algunas teorías de su propia cosecha.

Lorimer valoraba el entusiasmo de su nuevo estudiante, y, con el paso de las semanas, le impartió otras muchas lecciones, mayormente en inglés, dado que ninguno de los dos conocía los términos anatómicos en sueco. Håkan no tardó en empezar a diseccionar toda clase de animales por su cuenta. En sus grandes y cuidadosas manos, el escalpelo se deslizaba con delicadeza sobre los pequeños órganos semejantes a gemas, y también demostró poseer una muy refinada intuición acerca de la función de cada uno y la forma en que se relacionaban entre ellos. Al cabo de una docena de disecciones, ya dominaba los rudimentos de la mecánica de los huesos, comprendía el funcionamiento de los tejidos musculares y de los tendones, tenía una noción básica de la arquitectura cardiaca, había trazado el mapa de los principales vasos sanguíneos y era capaz de identificar los conductos y sacos del tracto digestivo. Su infalible destreza con los instrumentos quirúrgicos y la claridad con que percibía, de un solo vistazo, la organización interna del cuerpo lo llevaron a realizar (con la discreta ayuda de Lorimer) un descubrimiento asombroso: toda vida animal era, en esencia, la misma. Y, una y otra vez, Lorimer concluía sus demostraciones de dicha verdad llamando la atención de Håkan sobre la espina dorsal y el cerebro.

Poco a poco, su pequeña caravana avanzaba, dejando tras de sí un rastro de pájaros, perros de las praderas, reptiles y roedores despiezados.

Durante sus lecciones, Lorimer a menudo le recordaba a su estudiante que su notable talento con el escalpelo no le serviría de nada si no empuñaba la hoja con una mano amorosa guiada por

la búsqueda de la verdad. El estudio de la naturaleza se convierte en una empresa estéril si piedras, plantas y animales se ven reducidos a meros objetos inanimados bajo la lupa, decía Lorimer. Todo naturalista debería contemplar el mundo con un afecto cálido y hasta con un amor ardiente. La vida a la que el escalpelo ha puesto fin debería ser honrada mediante una apreciación solícita y devota de la irrepetible individualidad de la criatura, y del hecho de que, al mismo tiempo, por extraño que pueda parecer, tal vida representa al conjunto del reino natural. Examinada con atención, la liebre diseccionada puede arrojar luz sobre las partes y las propiedades de todos los demás animales y, por extensión, de su entorno. La liebre, al igual que una hoja de hierba o un trozo de carbón, no es simplemente una pequeña fracción de una totalidad, sino que alberga esa totalidad en su seno. Eso hace que todos seamos uno. Cuando menos, porque todos estamos hechos del mismo material. Nuestra carne se compone de los residuos de las estrellas muertas, y esto también se aplica a la manzana y al árbol del que crece, a cada pelo de las patas de la araña y a la roca que se corroe en el planeta Marte. Cada ser vivo, por minúsculo que sea, irradia rayos que se extienden hacia el conjunto de la creación. Algunas de las gotas de lluvia que caían sobre las plantas de patata de tu granja en Suecia estuvieron una vez en la vejiga de un tigre. A partir de toda criatura viviente se pueden predecir las propiedades de cualquier otra. Observando cualquier partícula con la suficiente atención, y siguiendo la cadena que la une con todo lo demás, podemos llegar hasta el propio universo; las relaciones están ahí mismo, si el ojo es lo bastante diestro para detectarlas. Las entrañas de la liebre diseccionada son una representación fidedigna del conjunto del mundo. Y, puesto que la liebre lo es todo, también es nosotros. Tras haber comprendido y experimentado esta maravillosa congruencia, el hombre ya no puede seguir examinando su entorno como una mera superficie salpicada de criaturas y objetos extraños, a los que tan solo lo une una relación de utilidad. El carpintero que solo ve mesas mientras pasea por el bosque, el poeta que solo recuerda sus propias tristezas mientras ve caer la nieve, el naturalista que solo tiene una etiqueta para cada hoja y un alfiler para cada insecto; todos ellos corrompen la naturaleza al convertirla en un almacén, en un símbolo o en un hecho. Conocer la naturaleza, repetía Lorimer a menudo, significa aprender a existir. Y, para alcanzar este objetivo, debemos escuchar el incesante sermón de las cosas. Nuestra tarea principal consiste en descifrar sus palabras para ser así partícipes, del mejor modo posible, del éxtasis de la existencia.

Håkan había sido convertido.

El paisaje que antes le había parecido tan anodino era ahora un enigma en constante expansión; ansiaba descifrarlo, pero no le quedaba mucho tiempo libre tras ocuparse de las tareas necesarias para mantenerse con vida. Cuando no estaban aprovisionándose de agua y de leña, cazando o vigilando potenciales amenazas, Lorimer recolectaba y ordenaba sus especímenes. Por la noche, se sentaba junto al fuego en compañía de los hombres y se ponía a escribir en su cuaderno, mientras ellos se dedicaban a fumar y a compartir historias (en tales ocasiones, siempre esbozaba una sonrisa tenue y amable; Håkan nunca llegó a saber si esa sonrisa se debía a la charla de los hombres o a lo queestaba escribiendo). En los escasos momentos libres que les concedía la vida en la llanura, Lorimer intentaba enseñarle a leer a su amigo, pero a Håkan le resultaba imposible discernir en qué sentido se escribían las letras, y a menudo le parecía que los

caracteres que componían las palabras cambiaban de posición por iniciativa propia. Sus conocimientos prácticos, sin embargo, crecían a un ritmo vertiginoso, y no pasó mucho tiempo hasta que Lorimer juzgó que ya estaba preparado para escuchar su teoría en toda su extensión. Esto requería, según él, unos conocimientos básicos de anatomía, pero también una mente libre de prejuicios. Creía que Håkan había adquirido ambas cosas.

—Ya has visto por ti mismo cómo toda vida se halla conectada con el resto, cómo todo se encuentra albergado en todo, y cómo cada individualidad conduce a la totalidad —le dijo Lorimer a Håkan—. Todos los seres existentes se encuentran ligados entre sí. Pero esta relación también se extiende a lo largo del tiempo. Cada evento natural surge de otro, que a su vez surge de otro más, y así sucesivamente: se trata de una red de vasos tributarios, riachuelos y torrentes que discurren desde un mismo manantial. En consecuencia, cada ser vivo alberga en su interior trazas y huellas de todos sus ancestros. Durante el transcurso del tiempo, no obstante, se van introduciendo modificaciones menores, pequeños ajustes y mejoras. Dónde y cómo concluirá este proceso es algo que nadie sabrá jamás, ya que nada en la naturaleza es definitivo; todos los finales son efímeros, pues se hallan preñados de nuevos comienzos. Pero hay una cuestión a la que sí podemos dar respuesta. ¿Cuál fue la fuente primera? ¿Cuál fue el principio de la vida? ¿De dónde venimos?

Lorimer dejó pasar unos días antes de revelarle la respuesta a Håkan, dándole tiempo a su joven estudiante para que meditara sobre tales cuestiones.

Saladillo no se encontraba lejos. El desierto se había vuelto más seco aún. No había ni rastro de plantas ni de vida animal. El suelo estaba duro como una roca, y la ausencia de polvo otorgaba al paisaje una quietud definitiva. Había algo anguloso y afilado en aquella planitud.

Siempre acampaban en cuanto se ponía el sol, para aprovechar al máximo la luz diurna. No había un lugar mejor que otro. Tan solo se limitaban a desmontar y a sentarse en el suelo. El guía ponía mucho cuidado en dejar su silla de montar apuntando al frente, para disponer de una referencia inmediata cuando se despertara por la mañana en mitad de la llanura uniforme. Consumían la comida, el agua y la leña con frugalidad. Se envolvían profusamente en mantas y abrigos de cuero, pues dejaban que el pequeño fuego se apagara en cuanto terminaban de preparar la cena. Fue durante una de aquellas noches sin fuego, mientras yacían abrigados con pieles y mirando las estrellas, cuando Lorimer le reveló a Håkan su descubrimiento.

Dios no creó al hombre. Dios creó algo que luego se convirtió en el hombre. Si pudiéramos retroceder lo suficiente en el tiempo, millones de años, nuestros ancestros comenzarían a perder los rasgos humanos. Poco a poco, se parecerían menos a los hombres y más a las bestias. Y, si retrocediéramos hasta los albores de la vida, descubriríamos que la criatura de la que descendemos todos nosotros ni siquiera se asemejaba a ningún animal que conozcamos. Nos encontraríamos con que Adán, el antepasado de nuestros antepasados, fue una gelatina pasiva y translúcida, un grumo de médula en mitad de un océano por lo demás estéril.

La historia de la transformación de esponja viscosa en hombre, dijo Lorimer, podía leerse en la espina dorsal. Recordándole a Håkan algunos de sus fósiles grabados en piedra amarilla, Lorimer le explicó que, en tiempos remotos, la espina dorsal era un conducto flexible hecho de cartílago. Fue al cabo de cientos de siglos cuando ese tubo gomoso que envolvía la médula se

osificó, endureciéndose para formar la espina dorsal, tal y como la conocemos hoy en día. Pero ese cartílago no era solo un conducto o una vaina para la médula. También era, en sí mismo, médula fosilizada. Y la médula, a su vez, era una proyección del cerebro. Cerebro, médula y espina dorsal eran la misma sustancia en distintos niveles de desarrollo. Y, si nuestras cuatro extremidades parten de la espina dorsal y se hallan subordinadas a la misma, puede concluirse que todo nuestro cuerpo fue una proyección del cerebro. El cerebro fue lo primero. Así, citando a un naturalista sudamericano cuyo nombre Håkan no retuvo, Lorimer infería que ese mismo principio era aplicable al conjunto de la historia natural. Todas las especies, en su inagotable variedad, brotaron de una única fuente: un sencillo ganglio cerebral. Todos los seres vivos son meras dilaciones de ese órgano, de aquella primitiva materia inteligente que guardaba en su seno todas las posibilidades de las formas de vida del futuro. Las cualidades de cada especie se hallan determinadas por el momento de su creación o por el punto en que, remontando la corriente del tiempo, se desviaron de la fuente original. Nos hemos desarrollado a partir de un ser informe e inteligente que fue nuestro ancestro remoto pero directo. Un cerebro sin cuerpo. En el transcurso de varios millones de años, ese ganglio pensante forjó por sí mismo las estructuras materiales que habrían de convertirse en su armazón y en sus instrumentos; en otras palabras, el cerebro generó su propio cuerpo. Fue casi como si el cerebro hubiera ideado y motivado la existencia del resto de su anatomía. Llegado a este punto, Lorimer le recordó a Håkan los embriones en diferentes estadios de desarrollo que le había enseñado, y le explicó que, a partir de esas muestras, se podía deducir que el cráneo pasa por una serie de fases sucesivas, definitorias de la evolución de la especie humana: de membrana a cartílago, de cartílago a hueso. El cráneo, por lo tanto, es la formación rígida más primitiva. Se desarrolló como una caja que protegía al cerebro de un entorno hostil. La espina dorsal brotó del cráneo (cuya estructura se ve toscamente replicada en cada vértebra), y desde esta columna central se proyectaron los demás apéndices individuales, miembros que más adelante se convertirían en extremidades, necesarias para garantizar la supervivencia del cerebro. De todo lo anterior, se extraía una revelación de gran importancia. Puesto que se trata de la criatura intelectual suprema, el hombre debe ser, necesariamente, la primera forma de vida que surgió y se desarrolló a partir de aquella sustancia pensante original: el ser más antiguo del planeta, que ha seguido creciendo, a través de todas las eras precedentes, desde la primera de todas las semillas. La ineludible y asombrosa conclusión de todo esto era que la inteligencia humana, de algún modo, debía de haber precedido a toda la materia orgánica que había en la Tierra.

Este era el gran descubrimiento que Lorimer había llevado a cabo viajando por las llanuras y recopilando sus especímenes, y ahora estaba resuelto a hallar la prueba definitiva para demostrarlo. Todas las señales sugerían que el protoorganismo inteligente del que descendían los hombres cobró vida en el agua (más específicamente, en el agua salada), donde habría vegetado durante cierto tiempo, como un molusco pensante sin concha. Explorar el fondo de los océanos en busca de las pruebas de su existencia resultaba, desde luego, imposible. Pero, por suerte, había algunos lechos marinos sobre los que se podía caminar. Uno de ellos era el gran lago seco de Saladillo. Antiguamente un mar interior, Saladillo se había secado hacía millones de años, y, dado lo inaccesible de su ubicación y las condiciones extremas de la llanura salada, Lorimer

confiaba en que hubiera permanecido fuera del alcance del hombre. Si la confirmación de la existencia de aquella primera criatura, aquel cerebro sin cuerpo, podía hallarse en alguna parte, tenía que ser en Saladillo.

Cuando Lorimer terminó su discurso, se hizo el silencio. Lo que Håkan acababa de escuchar le parecía tan remoto como las estrellas del cielo; tan distante de cualquier idea que alguna vez se le hubiera pasado por la cabeza, tan diferente a cualquier pensamiento que pudiera haber concebido por sí mismo, que desafiaba incluso la imaginación de su hermano. Hasta las historias más descabelladas de Linus resultaban insulsas comparadas con el relato de Lorimer, y todo lo que Håkan albergaba en su mente lo empujaba a rechazar lo que acababa de escuchar. Su limitado conocimiento de la Biblia, su sentido común y, sobre todo, su propia humanidad le impedían creer que sus antepasados habían sido animales, por mucho que se tratara de parientes lejanos. ¿Había entendido bien el sueco rudimentario de Lorimer? Y la idea de ese moco primordial resultaba aún más escandalosa e insultante si cabe. ¿Acaso no había sido creado a imagen y semejanza de dios? En ese caso, ¿qué era dios? Y, si ese proceso seguía, tal como afirmaba Lorimer, aún en funcionamiento, ¿en qué se convertiría el hombre en un futuro lejano? ¿Acaso esos descendientes remotos, al contemplar los huesos de Håkan, no verían más que los restos de una bestia primitiva?

Y, aun así, pese a su profundo recelo, Håkan sintió que su propio pasado (con todo lo que creía saber, con las escasas pero firmes palabras de su padre, con la incuestionable doctrina del sacerdote e incluso con las maravillosas historias de su hermano) se disolvía en la noche y se extinguía ante el impresionante y tremendo relato que acababa de escuchar.

---

[2]. Debido a la similitud fonética del apellido Blume y la palabra sueca *blomma*: «flor».

7.

La luz era asfixiante. La blancura los amordazaba, los colmaba, los ahogaba. Entre lágrimas y parpadeos, apenas llegaban a intuir la planicie, tan lisa y cegadora como un lago helado. A pesar del calor, que era descomunal, el primer reflejo de Håkan fue mirar hacia abajo para asegurarse de que el hielo que pisaban era lo suficientemente grueso. A lo largo de la llanura helada, se advertía una trama en relieve, con aspecto de panal; las celdas llegaban a medir un metro en el punto más ancho, y el patrón se extendía en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista, formando un diseño sorprendentemente regular. La sal se amontonaba en unas líneas que se alzaban hasta cuatro o cinco centímetros por encima del suelo; colapsaban con un crujido bajo las ruedas del carromato, pero a menudo se revelaban lo bastante resistentes como para soportar el peso de las personas. El horizonte era un lazo corredizo.

Lorimer condujo a su gente más allá, hasta internarse en aquella deslumbrante extensión. Al igual que James Brennan, que solía detenerse cada pocos pasos para examinar un guijarro o batear un poco de tierra en busca de oro, Lorimer se paraba para tomar un puñado de sal, inspeccionarlo con atención y finalmente dejarlo caer. Su semblante se iba tornando más serio con cada muestra que descartaba. Desmontaba tan a menudo que al cabo de un rato decidió continuar a pie, y se arrodillaba con tanta frecuencia que terminó por seguir a gatas. Sus hombres, aún en sus monturas, lo miraban con desconcierto. Nadie hablaba. Aunque no se detuvieron en ningún momento a descansar, para cuando acamparon al anochecer no habían avanzado más de nueve kilómetros, según la estimación del malhumorado guía. Lorimer, hosco tras aquel infructuoso primer día en el lago salado, no quiso cenar y se fue a trabajar al carromato. Más tarde, esa misma noche, los hombres se acurrucaron alrededor del pequeño fuego (la leña se había convertido en una seria preocupación) mientras el naturalista permanecía fuera del círculo de luz, convertido en un bulto solitario. Håkan no comprendió todas las palabras que se intercambiaron por encima de las tazas de latón, pero la amargura del tono resultaba evidente. Cuando se extinguió el fuego, todos coincidieron en que dejar a alguien de guardia era una precaución innecesaria en semejante páramo.

Los siguientes días no fueron diferentes. Los hombres avanzaban a paso de caracol por la llanura salada, por delante de Lorimer, quien, lupa en mano, se acuclillaba sobre cada grano de sal y se arrastraba durante kilómetros en busca de alguna huella de su ser primitivo. El cielo lucía tan duro y desierto como la tierra. Los hombres iban envueltos en telas, dejando nada más que

una estrecha rendija para los ojos; a veces, ahítos de blancura, incluso tapaban esa abertura y, conscientes de que no había obstáculos en kilómetros a la redonda, seguían a los fantasmas borrosos de sus compañeros, aún visibles a través del tejido. Apenas hablaban. El polvo alcalino les secó y les cuarteó los labios, e hizo que les sangrara la nariz. La mayor parte de su comida (galletas, charqui) era salada, y Håkan tenía la impresión de que el desierto lo devoraba con cada bocado que daba. Se estaban quedando sin agua.

Una mañana, se despertaron antes del amanecer y descubrieron que Lorimer se había esfumado. Miraron a su alrededor a través de la penumbra, colocándose las manos a modo de visera, como si eso les permitiera penetrar las sombras. Alguien tropezó con una cuerda en tensión, extendida hacia el horizonte. La siguieron. Tras avanzar unas decenas de metros, hallaron a Lorimer acuclillado en el otro extremo, recorriendo con la vista la línea recta que la soga trazaba sobre la sal. Ignorándolos por completo, Lorimer caminaba de un lado a otro, llevando un tarro de cristal, medio lleno de agua, sobre el que había trazado unas marcas, y se detenía aquí y allí para colocarlo en horizontal sobre la cuerda y acto seguido examinar su contenido. Finalmente, alzó la vista, sonriendo por primera vez en días, y les dijo a todos que se prepararan para partir, lo más rápido que pudieran sin desfondar los caballos. Iban a adentrarse aún más en el lago salado. Al cabo de un momento de silencio, el guía tomó la palabra. Nadie conocía las verdaderas dimensiones de Saladillo, dijo, y no había garantías de que pudieran atravesarlo antes de agotar las provisiones y la resistencia de sus monturas. Debían regresar de inmediato, pues estaban cerca de alcanzar el punto de no retorno. Alentados por las palabras del guía, el resto de los hombres, habitualmente tímidos y respetuosos de la autoridad de Lorimer, airearon su preocupación y amenazaron con dar media vuelta y abandonar a su jefe. Con una voz severa que Håkan nunca le había oído usar, Lorimer les recordó que debían cumplir sus obligaciones si querían que se les pagara. Les dijo asimismo que no llegarían muy lejos sin las provisiones que iban almacenadas en el carromato, y que tendrían que robarle si las querían, junto con los caballos y los burros. La pena por ese crimen, como bien sabían, era la horca. A esto siguió una pausa. A continuación, en un tono más sereno, les solicitó un voto de confianza y les aseguró que no los conducía a la muerte. Sabía cómo obtener agua suficiente para cruzar todo Saladillo. Momentos después, el resentido grupo se puso en marcha.

Lorimer cabalgaba junto a Håkan y le confió, en su jerga privada, que el planteamiento de la expedición había sido erróneo desde el comienzo. En condiciones tan adversas, con su limitado equipamiento científico, le resultaría imposible encontrar las minúsculas pruebas que buscaba. ¿Restos de tejido en un desierto salado abrasado por el sol? Imposible. Agua. Necesitaba agua. Los vestigios de la forma de vida primitiva solo podrían haberse preservado en un medio líquido.

—¿Te has fijado en que avanzamos cuesta abajo? —preguntó.

Håkan se revolvió en la silla de montar y miró a su alrededor, confuso, contemplando el blanco baldío.

—La inclinación es muy suave, claro. Pero ahí está —dijo Lorimer—. Tenía la sospecha de que nos hallábamos en una tenue pendiente y lo he confirmado esta mañana, con aquella cuerda con la que jugueteaba cuando me habéis encontrado. La he atado a una estaca a unos treinta centímetros del suelo y luego me he alejado, manteniéndola tensa. Al alcanzar una distancia de

unos setenta pasos, he atado el otro extremo a una segunda estaca un poco más larga. He confirmado que la cuerda estaba recta utilizando el tarro a modo de nivel casero. Y, aunque no lo creas, ese segundo nudo quedaba siete centímetros más alto. La inclinación apenas es perceptible en este vacío, pero ahí está. Y tengo la certeza de que la pendiente se debe a que esto es una cuenca. Estoy convencido de que, si continuamos descendiendo por la ladera, llegaremos al punto más bajo de este lecho marino y encontraremos agua, en una suerte de sumidero atascado en mitad de este desierto blanco.

Siguieron adelante. La ininterrumpida trama de panal dibujada sobre la sal volvía la llanura aún más opresiva. Pese a los terrores que implica, una extensión uniforme también puede aportar calma. Håkan lo sabía bien; a menudo se olvidaba de sí mismo y se veía reducido a la nada en el vacío que lo rodeaba, y tales momentos de inconsciencia constituían las mayores muestras de misericordia que el desierto le había ofrecido. Pero había algo asfixiante en aquellas celdas regulares. Resultaba imposible no contarlas, no buscar tramas dentro de las tramas, no comparar el grosor de las líneas, no andar a la caza de la celda más grande o más pequeña visible, no tratar de localizar la forma más regular, no intentar adivinar cuánto se tardaría en llegar a tal o cual celda, no calcular cuántas restaban hasta alcanzar el horizonte. Aquellas líneas y los juegos a los que arrastraban a la mente, adormeciéndola sin remedio, no eran más que un perverso recordatorio de la vastedad a la que se enfrentaban. ¡Qué tranquilizador hallaba Håkan el inabarcable cielo nocturno tras uno de esos largos días cuadriculados! El firmamento era, sin duda, más grande que el desierto, pero al menos no se mofaba de él con líneas y celdas que evocaban la falsa promesa de un final. La noche también les ofrecía un respiro de la inflexible blancura, que era el color de su sed; y la sed lo era todo. Después de un incidente violento, hubo que proteger las provisiones de agua con armas, continuamente. Mientras avanzaban, Håkan advirtió que, aunque el calor fuera tan intenso como siempre, ya nadie sudaba. Su orina era naranja, y expulsarla le producía un gran dolor. Dos hombres padecían alucinaciones. Håkan conocía el cuerpo humano lo suficiente como para saber que todos morirían en cuestión de días.

Aquel punto en el horizonte no era una alucinación, porque todos lo veían. Uno de los hombres del guía lanzó un grito ronco. Otro se rio. El punto se transformó en un carromato. No había animales. El vehículo se transformó en un montón de despojos. Alrededor de los restos blanqueados del carromato, los huesos descoloridos de unos bueyes. En la caja del carromato, los esqueletos de tres niños y de sus padres. Uno de los hombres rompió a llorar. Berreaba y fruncía el rostro en una mueca de quebranto, pero sin verter lágrima alguna. Agarró la tibia de un buey e intentó agredir a Lorimer. Håkan fue el único que intervino para impedírselo. El resto de los hombres tenían un brillo asesino en los ojos, pero estaban demasiado exhaustos como para emprender un motín coordinado. En cuanto se hubo recuperado de la impresión del ataque fallido, Lorimer se puso a desmantelar el viejo carromato. En un murmullo apenas audible, indicó a sus hombres que lo ayudaran a arrancar tantas tablas como pudieran. Nadie se movió.

—¿Queréis agua? ¡Coged las tablas! —rugió Lorimer.

Despiezaron el carromato abandonado, trabajando alrededor de los cadáveres, que nadie osó

tocar. Después de retirar la lona de su propio carromato para hacer sitio a las tablas más largas, cargaron la madera y se aprestaron a partir.

—Lo más triste —le susurró Lorimer a Håkan cuando se pusieron en marcha— es que pienso que esos cadáveres son una buena señal.

Y estaba en lo cierto. No tardaron en divisar una serie de nubes situadas al nivel del suelo. Parecía el fin del mundo, como si la planicie se terminara de pronto y a partir de aquel punto no hubiera más que cielo en todas direcciones, incluso hacia abajo.

—Agua —dijo el guía.

Los hombres, enloquecidos, galoparon hacia el reflejo del cielo. Lorimer trató de detenerlos en vano. Él y Håkan mantuvieron un paso moderado. Cuando llegaron a la charca, los hombres yacían en el suelo, jadeando, junto a restos de vómito. Uno de ellos se puso en pie, presa de fuertes arcadas. Lorimer movió los labios, pero ningún sonido salió de su boca. Lo intentó de nuevo.

—Charcas de álcali —dijo.

—Nos prometiste agua —musitó el guía.

—Sí —dijo Lorimer—. Encended una hoguera con las tablas.

Los hombres tendidos en el suelo abrasado lo miraron como si no pudieran descifrar sus palabras, pero, tras superar el desconcierto, se pusieron manos a la obra. La blanca planicie eclipsaba las llamas, reduciéndolas a una mera convulsión en el aire. Mientras los hombres trabajaban, Lorimer llenó de álcali el fondo de la olla más grande que tenían, y colocó una cazuela pequeña en el centro, lastrada con una piedra. A continuación, cubrió la olla con una lona encerada, la ató al borde y depositó una piedra en el centro, de modo que hundiera el tejido y formara un cono invertido. Colocaron aquel artilugio al fuego. Al cabo de un rato, el álcali estaba hirviendo. Lorimer ajustó la lona. Cuando un tableteo reemplazó al borboteo, Lorimer pidió a Håkan que lo ayudara a retirar la olla del fuego. La destaparon, y, asombrados, los hombres se encontraron con que la cazuela pequeña situada en el centro, vacía cuando colocaron la olla al fuego, estaba ahora llena de agua.

—Agua potable —anunció Lorimer mientras la vertía en uno de los barriles vacíos.

El guía, escéptico, llenó un cucharón y la probó. Alzó los ojos hacia sus compañeros y asintió. Todos miraron maravillados al naturalista.

Mientras volvía a preparar el artilugio para repetir el proceso, Lorimer le explicó a Håkan el principio general en el que se sustentaba todo aquello: la evaporación, el peso de la sal, la condensación. También le aclaró que había sido la familia muerta la que le había indicado la cercanía de las charcas de álcali. En apariencia, todos habían fallecido más o menos al mismo tiempo, probablemente afectados por el mismo mal. Dedujo que habían bebido álcali y que después habían vomitado; los pobres emigrantes, ya previamente deshidratados, no tuvieron ninguna oportunidad.

El sol se estaba poniendo. Hirvieron unas cuantas tandas de álcali a lo largo de la noche y repusieron sus reservas de agua. La potente hoguera que encendieron fue un motivo adicional de gozo. Casi podría decirse que estaban felices.

A la mañana siguiente, Lorimer se metió hasta las rodillas en la charca de álcali. El tóxico

brebaje de la cuenca era el destilado procedente de la planicie y del cielo que se extendían a su alrededor y sobre ella: incoloro e impasible en su hostilidad a la vida. El naturalista sostenía un tubo de un metro de largo, rematado con una tapa de cristal en el fondo y con un par de asas en el extremo superior. Si sumergía el lado acristalado y miraba dentro del cilindro, podía ver debajo del agua. Y a eso se dedicó durante el resto del día. De cuando en cuando, metía la mano en la cuenca para tomar alguna muestra. Volvía a arrojar al agua la mayoría de los guijarros, pero a veces consideraba que algún ejemplar era merecedor de un examen más detenido y lo dejaba al borde de la charca. A media mañana, en la orilla ya había toda una fila de guijarros blancos idénticos (al menos por lo que Håkan podía apreciar). Los hombres habían levantado unos toldos con postes y lona, y los compartían con los caballos y los burros. Al principio, prestaron atención a lo que Lorimer estaba haciendo, curiosos, pero, en cuanto vieron lo monótono de su labor, se bajaron los sombreros hasta la nariz y se quedaron dormidos. Håkan se ofreció a ayudar, pero Lorimer le dijo, con tono distraído y distante, que no tenía tiempo de explicarle lo que necesitaba. Para cuando llegó el mediodía, la combinación de agua, sal y sol había quemado y lacerado a Lorimer hasta dejarlo irreconocible. Sus temblorosos labios, hinchados, habían adquirido unas dimensiones monstruosas. Cada vez le resultaba más difícil dominar los temblores, y las ondulaciones alrededor de su visor submarino empezaban a convertirse en pequeñas olas.

Esa noche, mientras tiritaba envuelto en pieles, le suplicó a Håkan, sollozando, que no les permitiera llevárselo de allí.

—Se me pasará. Es solo el sol —dijo, temblando—. Por favor. Me pondré bien. Nunca podré volver aquí. Si nos vamos. En toda mi vida. Prométemelo. No tengo. Nada. Tengo. Solo una insolación. Tengo. Díselo. Dinero. No tengo. Nada. Por favor. Por favor.

Lloró hasta quedarse dormido.

Lorimer no llegó a despertar. Al amanecer, cuando empezó a mascullar en sueños, la fiebre lo había reducido a una lánguida marioneta. Håkan no se opuso cuando el guía ordenó que lo colocaran en el carromato y se marcharan de allí.

8.

Una nueva capa de desolación cayó sobre aquella tierra inhóspita. La planicie estéril, con sus celdas infinitas, se mantenía invariable. El sol seguía siendo, como siempre, agudo y amplio, afilado y contundente. Solo hubo un cambio en aquella monotonía inflexible: la soledad de Håkan, lo único provisto de profundidad en aquel mundo plano y aplanador. Con Lorimer extinguiéndose entre sus cajas y sus tarros, Håkan experimentaba un vacío casi tan hondo como el que lo invadió durante la travesía del océano Atlántico. Añoraba a Lorimer del mismo modo (si no con la misma intensidad) que añoraba a Linus. Ambos lo habían protegido, juzgándolo digno de su atención, e incluso habían tratado de alentar las cualidades que veían en él. Pero la principal virtud que su hermano y el naturalista compartían era, sin duda alguna, la habilidad de darle sentido al mundo. Las estrellas, las estaciones del año, el bosque… Linus le contaba historias sobre todas esas cosas, y mediante tales historias la vida quedaba enmarcada, convertida en algo que podía examinar y comprender. Del mismo modo que el océano se había ensanchado cuando Linus ya no estuvo allí para contener su inmensidad mediante la palabra, ahora, desde que Lorimer había caído enfermo, el desierto se había expandido con violencia hasta transformarse en una monotonía infinita. Sin las teorías de su amigo, la pequeñez de Håkan se volvía tan vasta como el vacío que se extendía ante él.

El guía estaba desandando el camino. Sospechaba de la existencia de un atajo, pero se estaban quedando sin comida y no se podían permitir perderse. Sus raciones quedaron limitadas a media taza de gachas de maíz y una galleta para el desayuno y para la cena. Al cabo de unos días de viaje, uno de los hombres subió al carromato, donde Håkan estaba atendiendo a Lorimer. El hombre fue directo hacia las jaulas de mimbre de los pájaros, cogió un par y dio media vuelta para salir. Håkan lo aferró por la muñeca y le ordenó, mediante un gesto, que devolviera las jaulas a su sitio. El hombre obedeció, pero, en cuanto liberó la mano, desenfundó una pistola y apoyó la punta del cañón en el pecho de Håkan. Este reforzó su agarre de la muñeca del hombre, en vez de aflojarlo (una reacción que, al reflexionar más tarde al respecto, lo dejó asombrado). El hombre amartilló el arma. Håkan lo soltó. Esa noche, los hombres asaron las aves. Håkan tomó gachas de maíz. A lo largo del viaje, guisaron las serpientes de Lorimer y se comieron los gatos a la brasa. Lo único que no comieron fueron los perros.

La enfermedad había dejado tan mermado a Lorimer que, mientras dormía, apenas se percibía el movimiento de su pecho. Las mejillas demacradas se le habían hundido en el rostro, y se le

habían retraído los labios apergaminados, dejando a la vista los dientes, y proporcionándole a su rostro cierta apariencia de calavera. Siguiendo el tratamiento que él mismo había recibido cuando lo rescataron, Håkan reforzó con miel el agua que le daba a Lorimer. Trató de alimentarlo con gachas de maíz, pero el engrudo se le adhería a la lengua y le chorreaba barbilla abajo. El mismo día en que aparecieron las primeras manchas de tierra en el campo salino, Lorimer miró a Håkan; no presa del delirio que lo había dominado hasta entonces, sino con unos ojos que, pese a hallarse anormalmente dilatados, eran del todo conscientes.

—¿Nos hemos marchado? —logró decir a duras penas.

—Lo siento —respondió Håkan.

Lorimer cerró los ojos y, después de hacer acopio de fuerzas, volvió a abrirlos e intentó sonreír. Håkan le dio a beber de un trapo empapado. Su amigo asintió agradecido y se sumió de nuevo en el sueño.

Durante sus ocasionales intervalos de consciencia, Lorimer consiguió dar a Håkan algunas instrucciones básicas sobre su curación. Insistió en que le suministrara agua a todas horas e incluso que lo forzara a beber cuando estuviera inconsciente. Siguiendo sus indicaciones, Håkan preparó un ungüento con vinagre, agave, cantáridas secas y aceite de lavanda, y se lo aplicó en las ampollas y en las pústulas. Lorimer también le pidió que añadiera un poco de sal y unas gotas de un tónico especial al agua enriquecida con miel. En caso de que delirara o estuviera agitado, Håkan debía administrarle tres gotas de una tintura que contenía opio y otros sedantes; el enfermo no debía agitarse ni sudar bajo ninguna circunstancia.

Para cuando las venas de polvo rojo comenzaron a correr por el suelo blanco, a Håkan le costaba cada vez más caminar. Los zapatos que se había llevado de Clangston se le habían quedado pequeños, y sufría un dolor intolerable. Finalmente se abrió las punteras con uno de los escalpelos de Lorimer. Los dedos, disociados del resto de sus pies, asomaban por encima de las suelas como gusanos albinos y ciegos. De manera gradual, la planicie salina fue reduciéndose a unas ondulaciones cristalinas en la tierra. Unos arbustos abrasados hicieron su aparición en el horizonte. Aquel territorio abstracto volvió a ser un paisaje reconocible. El primer pájaro que vieron le pareció a Håkan tan fantástico como un juguete volador.

A pesar de que seguía débil, los momentos de lucidez de Lorimer empezaron a ser más frecuentes, hasta que por fin recobró plenamente la consciencia; todo ello, gracias a su propio tratamiento, que le fue administrado por Håkan. Los animales se convirtieron en la mayor preocupación del muchacho. Quería explicarle a su amigo que había sido incapaz de protegerlos, y quería hacerlo antes de que el propio Lorimer advirtiera su ausencia. Tartamudeando y deteniéndose a menudo a causa del temor, Håkan le contó al naturalista lo sucedido. Lorimer se rio débilmente por la nariz.

—Así que se los han comido. Bien. Bien. —Se rio de nuevo—. Un final mucho más digno que el destino que habrían corrido conmigo.

Lorimer dialogó con el guía, quien, en nombre de los demás hombres, le solicitó que los relevara de sus obligaciones después de dejar al naturalista en Fort Squibb, que quedaba a una o dos semanas al norte y un poco al este. Aquel baluarte se había convertido en un próspero puesto comercial para tramperos y emigrantes, y allí Lorimer hallaría descanso, provisiones, caballos de

refresco y puede que incluso un nuevo equipo de ayudantes, en caso de quererlo. Sellaron el acuerdo con un apretón de manos.

Gradualmente, la llanura recobró sus rasgos pardos, rojos y púrpuras. Håkan no se habría sorprendido lo más mínimo si de pronto se hubieran topado con la mina de oro de James Brennan o con Clangston. Poco a poco, Lorimer empezó a salir del carromato, y no tardó en hacer parte de la jornada a caballo. Después de una de esas cabalgadas, Håkan lo ayudó a desmontar, y se quedaron frente a frente. El naturalista miró a su amigo, desconcertado.

—¿Ya eres más alto que yo? —preguntó—. ¿Cómo puedes haber crecido tanto en unas pocas semanas? Ven aquí.

Midió a Håkan meneando la cabeza, sin poder creerlo.

—¿Qué edad tienes?

—No lo sé.

—Más o menos.

—No lo sé.

Lorimer anotó las dimensiones de su cráneo, la longitud de su espina dorsal y el largo y el contorno de sus extremidades, sin dejar de menear la cabeza. Después de la decepción de Saladillo y su enfermedad, la disposición del naturalista a asombrarse y a disfrutar con todo lo que lo rodeaba se había visto mitigada, y ya no remontaba con tono apasionado las más elevadas cimas de la elocuencia. Pero parte de ese antiguo fervor resurgió mientras examinaba a su joven amigo. Tras estudiar sus notas y hacer unos breves cálculos, le dijo a Håkan que nunca había visto ni leído sobre nada parecido. No había precedentes para aquel ritmo de crecimiento. Lorimer le recordó que la vida es una lucha constante contra la gravedad, que tira de nosotros hacia abajo; la vida es una fuerza ascendente que eleva a cada planta y a cada bestia de la tierra (y lo mismo se puede afirmar de la evolución moral de una criatura, que la aparta de sus instintos primordiales hacia una consciencia más elevada). Cada gusano, que emerge a rastras del turbio charco de la no existencia y asciende la milenaria espiral de las mutaciones, es una especie erguida y cognitiva en desarrollo. ¿Era Håkan, al elevarse por encima del resto de nosotros, un ejemplo de aquello que los humanos podrían llegar a ser?

El convoy recorrió la llanura sin incidentes. Después de haber cuidado a Lorimer y haber manipulado sus tónicos, Håkan detectaba ahora un tenue aroma medicinal en la artemisa verdigrís. Por lo demás, el desierto, tan invariable como siempre, ponía en duda la mera idea de que alguna vez hubieran llegado a abandonarlo. Lorimer pasaba la mayor parte del día escribiendo, a menudo con el cuaderno apoyado en el cuerno de la silla de montar. El guía y el resto de los hombres lo escoltaban con fría formalidad, guardando las distancias.

Una tarde, divisaron una columna de humo recortándose contra el cielo. Dos de los hombres, seguramente impulsados más por el hastío que por la valentía, se ofrecieron para adelantarse a caballo y realizar un reconocimiento. Los que se quedaron atrás revisaron los cuernos de pólvora y cargaron los rifles. Nadie hablaba, pero resultaba evidente —por el modo en que acariciaban las armas, se revolvían en las sillas de montar y adoptaban la arrogante mirada del coraje que nunca ha sido puesto a prueba— que anhelaban un enfrentamiento. Cuando los dos exploradores, que habían partido al galope, regresaron a un trote ocioso, el guía y sus hombres no ocultaron su

decepción.

—Solo son indios —dijo el primero, y bebió un trago de agua.

—Medio muertos —añadió el otro, y alargó la mano para coger la cantimplora de su compañero.

Håkan alcanzó a entender que los indios tenían algunas pieles y unos pocos caballos viejos; sería de lo más sencillo llevárselos y venderlos en Fort Squibb. Los demás hombres se mostraron de acuerdo. Lorimer adoptó una expresión de severidad preocupada, y, aunque no dijo ni una palabra, quedó claro que estaba en total desacuerdo con las intenciones del grupo. El naturalista se aseguró de marchar al frente del convoy; parecía ansioso por ser el primero en llegar hasta los indios. Al acercarse al campamento, vieron que las viviendas que habían resistido a las llamas sin derrumbarse habían quedado reducidas a un montón de huesos negros. De esas estructuras informes y de unos pocos postes hincados en el suelo, pendían pellejos hechos jirones, pieles y parches de cuero, inertes en el aire inmóvil. No había ni un alma a la vista. Esparcidos entre las ruinas, trozos de carne seca, calabazas, pieles pintadas, herramientas de diversa índole y otros objetos, tan destrozados que resultaban irreconocibles. Unos ponis de aspecto enfermizo tenían la mirada clavada en el suelo. Unos pocos perros contemplaban con las orejas erguidas a los extraños. El fuego, que había calcinado casi por completo la mayor de las tiendas y los refugios dispuestos a su alrededor, se estaba consumiendo bajo el peso de su propio humo. La columna, negra y bulbosa, cubría la mitad posterior del campamento y se elevaba en una ola cóncava, dejando que su cresta se desvaneciera en el cielo. Los perros salieron al encuentro de los jinetes; unos gruñían, otros ladraban para darles la bienvenida, pero la mayoría hacía gala de una fría curiosidad.

—Pero si estaban aquí —dijo uno de los exploradores, perplejo.

El guía y los demás se detuvieron al borde del campamento diezmado y prepararon las armas mientras escrutaban en vano el yermo desnudo, en busca de escondrijos. Lorimer se adentró a caballo en el humo, y Håkan fue tras él. Cuando el humo se volvió más denso, se cubrieron la cara con la camisa. El sol quedó reducido a un crepúsculo pungente. Mediante un susurro, Lorimer le dijo a su amigo que se detuviera y alzó una mano para pedir silencio. Un torbellino espeso y granuloso los envolvía una y otra vez. Casi podrían haber tomado puñados de ceniza del aire. El mundo acababa justo después de las orejas de sus caballos. Ambos desmontaron, y Håkan siguió al naturalista al corazón de la nube de humo. Les llegaron toses acalladas desde abajo. Miraron al suelo, pero apenas se vieron los pies. Lorimer se detuvo, se inclinó y alzó un bulto. Era un bebé, con la cara envuelta en una tela mojada, como una pequeña momia. Håkan se acuclilló y descubrió que el humo pendía a medio metro sobre el suelo. Tendidos en la tierra, casi aplastados por la negra techumbre, había más de una docena de cuerpos. El humo parecía reposar sobre sus espaldas. Todas las caras estaban cubiertas con trapos. Una mano agarró sin fuerza un tobillo de Håkan y lo sacudió.

—Coge primero a los niños —le dijo Lorimer.

Uno a uno, fueron sacándolos al aire fresco. Estaban heridos de gravedad, apenas conscientes. Uno de los hombres llegó a blandir un cuchillo, pero se encontraba demasiado débil como para usarlo. Cuando Lorimer empezó a examinar las heridas, el guía y dos de sus hombres

aparecieron a caballo tras haber rodeado la nube de humo.

—Bastardos tramposos —dijo—. Se han arrastrado para esconderse debajo del humo. Creía que habían hecho algún sortilegio indio y que se habían esfumado en el aire.

Lorimer no se molestó en alzar la vista. Estaba ocupado atendiendo a los heridos.

—Estamos cargando el carromato con las pieles. Nos repartiremos los ponis —añadió el guía.

—El carromato y los ponis se quedan. Coged lo demás y marchaos.

El guía estaba perplejo. ¿Acaso Lorimer pretendía quedarse? Se produjo una discusión acalorada respecto a los ponis. Poco después, ambos gritaban. Håkan no entendía lo que decían, pero la disputa concluyó cuando Lorimer sacó unas monedas de oro de su alforja y los despidió. Aún echando pestes, el guía tomó el dinero, se volvió y les dijo a sus hombres que cogieran su parte del botín y dejaran los ponis. Antes de volver a prestar atención a los heridos, Lorimer se dirigió a Håkan.

—La mayoría de esta gente morirá si no la ayudo —le dijo—. Voy a quedarme. Fort Squibb está a solo unos días de aquí. Ve con ellos.

—Me quedo.

—Vete.

—Ayudaré.

Lorimer asintió y le pidió que atendiera a un hombre y le practicara un torniquete en la pierna. Era un misterio cómo todas aquellas personas gravemente heridas habían conseguido ocultarse bajo el humo. Cráneos fracturados, huesos astillados, torsos y extremidades con impactos de bala, entrañas que apenas se sostenían en su sitio gracias a un par de manos temblorosas. Curiosamente, la mayoría de los niños estaban conscientes; el humo no parecía haberlos afectado demasiado. A medida que la nube hollinosa se fue disipando, algunos de los adultos más o menos ilesos empezaron a mirar a su alrededor, como si hubieran despertado por sorpresa en una tierra nueva y desconocida.

Todos eran esbeltos, y llevaban ropas incoherentes: correas de piel, ponchos, pantalones, taparrabos, blusas, sandalias, botas, pies descalzos, badanas, sombreros, pañuelos. Pero, debajo de la sangre, lucían un aspecto aseado, a diferencia de los blancos que Håkan había visto desde que llegó a California. Hasta aquel momento, todas las caras con las que se había cruzado en el desierto exhibían los estragos de los elementos: solían tener la piel hecha jirones, y la carne brillaba debajo igual que un fruto opulento y desagradable que, al cabo de un tiempo, adquiría inevitablemente la textura y el color de la madera podrida. Pero aquellos rostros no revelaban conflicto alguno con su entorno. Håkan pensó que el rostro de Lorimer aspiraba a convertirse en uno de ellos.

De pronto, Håkan se percató de algo: siempre había pensado que esos vastos territorios estaban vacíos, que solo permanecían habitados durante el breve intervalo de tiempo en que los viajeros transitaban por ellos, y que, como el océano tras la estela de un barco, la soledad volvía a cernirse sobre el terreno después del paso de los jinetes. También comprendió que todos aquellos viajeros, él incluido, eran, en realidad, intrusos.

El hombre que había blandido el cuchillo intentó atacar a Lorimer de nuevo, pero le sobrevino un ramalazo de dolor. Tenía el pie izquierdo del revés; el talón estaba donde deberían estar los

dedos, y la piel, retorcida en una espiral negra, desgarrada en el tobillo, dejaba a la vista el hueso y los tendones. El horror de Håkan, a pesar de su magnitud, dejaba cierto espacio para el asombro y la curiosidad. Lorimer le sostuvo la cabeza al hombre enfurecido y le enjugó la frente sudorosa.

—Somos amigos —le dijo.

El hombre lo miró con fijeza, rabioso aún. Lorimer sacó su pistola de la funda, se la mostró al hombre, sosteniéndola por el cañón con el pulgar y el índice, como si se tratara de un animal repugnante, y acto seguido la dejó a un lado.

—Amigos —repitió.

Su furia cedió ante la confusión, pero el hombre pareció comprender que no pretendían hacerles daño. Lorimer le pidió a Håkan que le trajera sus instrumentos, sus medicinas y sus ungüentos del carromato. Como medida primera, les administraron la tintura sedante a los que padecían un dolor terrible o requerían una operación. Entre aquellos que se recuperaron con mayor rapidez, se contaba un anciano de cabello blanco que lucía un corte muy cuidado; toda una excepción entre sus compañeros de larga cabellera. A Lorimer le habría sido imposible trabajar sin su ayuda. Nadie osaba oponerse a su consejo o a sus órdenes. Si no era el líder de la comunidad, al menos debía de tratarse de una autoridad incuestionada, y Lorimer jamás habría podido llevar a cabo los tratamientos más drásticos, como las amputaciones, sin su respaldo. Aquel hombre también resultó ser un médico excelente con un sutil conocimiento del cuerpo humano, y había rescatado del saqueo algunos remedios inestimables: un anestésico local elaborado con hierbas y setas machacadas, unas cenizas con propiedades curativas milagrosas y otros ungüentos y cataplasmas calmantes. Él y Lorimer discutían cada caso mediante gestos. Håkan observaba y aprendía.

Además de los recursos que había salvado y de su talento como médico, el hombre de pelo corto aportó dos contribuciones que alteraron sobremanera la forma en que Lorimer entendía los procedimientos quirúrgicos, y que tuvieron gran influencia en el futuro de Håkan. Cuando el naturalista se disponía a realizar la primera operación, el hombre de pelo corto le sujetó la mano antes de que el escalpelo perforara la piel. Suavemente, condujo a Lorimer hasta una olla de agua que hervía al fuego. Dentro se encontraban sus propios instrumentos. Mediante gestos, el hombre le indicó a Lorimer que sumergiera su escalpelo en el agua. Confuso, Lorimer acabó por hacer lo que le pedía. El hombre de pelo corto canturreó una melodía mientras se hervían los instrumentos. Al cabo de un rato, los extrajo con unas pinzas de madera, asegurándose de que estas no tocaran las partes de los instrumentos que luego entrarían en contacto con el paciente. La segunda cosa que hizo fue lavarse las manos. Para esto, empleó una fuerte bebida alcohólica que había salvado del ataque. En algunos casos, utilizó ese mismo líquido para limpiar las heridas. Antes de cada operación, repetía los dos procedimientos: hervir los instrumentos y lavarse de manos. Con el tiempo, Lorimer hubo de concluir, asombrado, que el número increíblemente bajo de infecciones debía de guardar alguna relación con los rituales de aquel hombre.

—Nuestros instruidos académicos, recluidos en sus universidades de mármol, no han comprendido lo que este sabio ha colegido a partir de la mera observación de la naturaleza: que la putrefacción que florece en una lesión y las enfermedades que brotan de una herida abierta se

pueden cercenar de raíz. La mismísima semilla de tales males se puede hervir y erradicar antes de que arraigue en la carne.

El recuerdo que Håkan guardaría de aquella primera operación quedó oscurecido por espesas manchas de sangre, pero, detrás de aquellas manchas rojo oscuro, su memoria contaría con la precisión quirúrgica de un cuadro pintado con un pincel de un solo pelo. Hasta que se puso el sol, los tres se dedicaron a extraer perdigones enterrados en las fibras más profundas de la carne, a encajar los extremos de los huesos rotos, a devolver las vísceras a su lugar y suturar abdómenes, a cauterizar heridas con hierros al rojo vivo, a serrar brazos y pies y a coser colgajos de piel envolviendo músculo, grasa y hueso para crear muñones. Absorto en su labor, Håkan descubrió una forma de cuidado impasible completamente nueva para él. Su distanciamiento, sentía, era la actitud más adecuada para asistir a los heridos. Cualquier otra, comenzando por la compasión y la conmiseración, no haría sino degradar el sufrimiento de los pacientes al asimilarlo a una mera agonía imaginaria. Y sabía que la piedad era insaciable: una falsa virtud que nunca cesaba de reclamar más sufrimiento para demostrar lo ilimitada y espléndida que podía llegar a ser. Esta sensación de responsabilidad entraba en profunda contradicción con las doctrinas de Lorimer. El naturalista afirmaba que toda vida era la misma y, en último término, una sola. Provenimos de otros cuerpos, y estamos destinados a convertirnos en otros cuerpos. En un universo compuesto de universos, acostumbraba a repetir, no hay jerarquías. Pero Håkan percibía ahora la santidad del cuerpo humano y consideraba que todo atisbo de lo que había debajo de la carne era una profanación. No se trataba de meros gallos de las praderas.

Cuando oscureció demasiado como para seguir operando y atendiendo a los heridos, Lorimer se acercó a uno de los burros rifle en mano, le apuntó tranquilamente a la cabeza y lo mató. Dos hombres con heridas leves lo ayudaron a descuartizar al animal. A los más débiles les dieron a beber la sangre aún caliente. Los más sanos escogieron sus partes preferidas; una vez que limpiaron y se comieron la lengua, el hígado y el páncreas, partieron los fémures y se pusieron a sorber la médula. Después de asar unas costillas y salar las partes comestibles que restaban, Lorimer coció la cabeza del burro y repartió el caldo entre aquellos que mostraban un aspecto más desnutrido. Dos mujeres hornearon un pan con forma de serpentina. Moldearon un largo cilindro de masa y lo enrollaron en espiral alrededor de una vara de madera, que luego dejaron inclinada sobre las brasas, apoyada en una X fabricada con otros dos palos. Fueron girando la espiral de masa a intervalos regulares, y finalmente extrajeron la vara. El pan enrollado fue pasando de mano en mano; cada uno rompía un anillo de la espiral, carbonizado por fuera y pastoso por dentro.

Esa noche, una vez que los pacientes sedados se sumieron en el sopor, el hombre de pelo corto y Lorimer compartieron una pipa. Obligado por el naturalista, que no quería ofender a su anfitrión, Håkan también le dio unas caladas. Frambuesas, orina y plumas mojadas. Tosió discretamente por la nariz y sintió cómo el estómago se le apretaba contra la úvula.

Lorimer quería saber si aquellos que habían atacado el campamento eran hombres blancos. Trataba de comunicarse mediante pantomimas y dibujos esbozados con un carbón. El hombre de pelo corto, concentrado en reacomodar la carga de la cazoleta, apenas le prestaba atención. Lorimer trató de reconstruir los hechos a través de una representación, empleando a Håkan y al

impasible anciano como actores. Tras una serie de intentos cada vez más enfáticos y abstractos, el hombre de pelo corto se puso en pie, posó las puntas de los dedos en la mejilla de Lorimer y dijo: *«Wooste»*. Se acercó a Håkan y, con un gesto que abarcó todo su cuerpo, repitió la misma palabra: *«Wooste»*. Luego los señaló a ambos y dijo, una vez más: *«Wooste»*. Para acabar, tomó el brazo de Lorimer, lo sostuvo como un rifle, apuntó a los heridos que yacían en las sombras, y disparó.

—*Wooste.*

Con el paso de los días, los pocos hombres y mujeres que habían sufrido heridas leves comenzaron a limpiar y a reconstruir el campamento. Sirviéndose de agujas de hueso y cuerdas de tripa, unieron harapos para fabricar mantas, y mantas para fabricar tiendas. Los niños también se afanaban en erigir su propio campamento, una reproducción en miniatura del principal, fabricada con restos de pieles y jirones de tela. Quizá se debiera a que su menor tamaño enfatizaba la vastedad de los alrededores, pero el caso es que parecía más denso, más cargado de realidad que el campamento original. Varias veces al día, los niños le pedían a Håkan que se paseara entre las tiendas de juguete, y nadie, ni siquiera los adultos, se cansaba de reír al ver cómo la inmensidad de aquel hombre se multiplicaba al caminar entre los modelos hechos a escala.

Al final, resultó evidente que en torno a un tercio de los heridos iba a morir. En sus laceraciones resplandecía la gangrena, y la infección y la fiebre les habían consumido el cerebro. El hombre de pelo corto los preparó para la partida lavándolos con meticulosidad, cepillándoles el pelo y ungiéndolos con un aceite con olor a lilas. En los casos en los que las heridas lo permitían, los vistió y engalanó con los escasos objetos de valor que los saqueadores habían dejado atrás: guijarros pintados, plumas y huesos labrados (que esas piezas hubieran sido ignoradas confirmaba que los atacantes habían sido blancos: *wooste*). Aquellos que tenían fuerzas para sostenerse en pie rezaban por turnos por los moribundos. En un tarareo casi inaudible, entonaban algo que sonaba como una canción de cuna. Era bastante singular, no solo por su gran belleza (resultaba más fácil apreciar su suavidad por el tacto —tornaba el aire en un cosquilleo— que por el oído), sino también por su extensión y su complejidad. Carecía de estribillo. Ninguna parte de la melodía (ni, hasta donde Håkan pudo captar, de la letra) se repetía nunca. Fluía como una corriente en cambio constante. Y la cantaban durante todo el día, en grupos de tres o cuatro, al unísono, sin fallar ni en una nota, ritmo o palabra. Cuando un turno llegaba a su fin, otro grupo tomaba el relevo sin que se produjera la menor interrupción ni transición. Todas y cada una de las veces, fuera el grupo que fuera, cantaban con una precisión pasmosa, sin ninguna señal apreciable que marcara los cambios, como si sus bocas se hallaran gobernadas por una única mente (Håkan pensó en las bandadas o cardúmenes donde cientos de aves o peces cambian súbitamente de dirección, arremolinándose a un lado y a otro sin necesidad de una advertencia previa). Si la canción tenía una estructura circular, la curva era lo bastante larga y suave como para que las repeticiones resultaran imperceptibles. Tanto si se trataba de una canción interminable como de una melodía compuesta de coros inmensurablemente largos, Håkan no concebía que pudiera existir tal capacidad de memoria. Se le pasó por la cabeza que tal vez los cantantes componían la canción sobre la marcha y que compartían alguna especie de

código; por ejemplo, cierto sonido de cierta duración solo podía ir seguido por una nota determinada de una duración determinada (un procedimiento similar se aplicaría con las palabras), de modo que el conjunto de la melodía y de la letra se hallaban condensados en el núcleo de la primera nota y de la primera palabra. Sin embargo, ese sistema difícilmente podría explicar la riqueza y la complejidad de la canción, y, en caso de hacerlo, el conjunto de reglas sería tan costoso de memorizar como una melodía sin fin.

El primer paciente murió. Cada vez más desfigurado por la infección, una aguda inflamación del cuello y de la cabeza había acabado por llevarlo a la muerte. Después de cerrarle los ojos, el naturalista lanzó una mirada al campamento y luego otra a su discípulo, con evidente preocupación.

—Espero que entiendan que hemos hecho todo lo posible —musitó.

La reacción que siguió al fallecimiento del joven fue sorprendente, pero no porque su familia y amigos se enfurecieran por el resultado del tratamiento. No hubo cólera alguna; no hubo gritos lastimeros; ni siquiera lágrimas. Håkan se asombró al ver lo mucho que su respuesta se parecía a los duelos por los difuntos de Suecia. Le trajo a la memoria la muerte de su hermano pequeño. Sus padres y los pocos parientes lejanos que asistieron al funeral hicieron gala del mismo dolor austero que las personas que ahora pasaban caminando junto al joven, simulando no verlo. Sus rostros serios parecían dar a entender que su pena trascendía el ámbito de los sentimientos conocidos y que, por lo tanto, las expresiones de aflicción habituales carecían de valor. En lugar de lágrimas, sus ojos mostraban una dureza desafiante, y la cólera contenida hacía que evitaran mirarse entre ellos. El hombre de pelo corto desnudó al cadáver. Aquellos que en ese momento acertaron a encontrarse a su lado tomaron las prendas que les servían. Colocaron el cadáver en una camilla de lona y se lo llevaron hacia poniente. No hubo cortejo fúnebre; nada más que el hombre de pelo corto y el compañero que lo ayudaba a portar la camilla. Los que se quedaron en el campamento parecieron olvidarse del muerto en cuanto se lo llevaron. Volvieron a sus tareas, charlando relajadamente. Su mirada se había ablandado.

Tras asegurarse de que podía dejar sin supervisión a los pacientes por unos momentos, Lorimer siguió a los camilleros, manteniéndose a una respetuosa distancia de ellos. Håkan se sumó a él. Caminaron cerca de cinco kilómetros por el terco desierto. Polvo. Artemisa. Cielo. De cuando en cuando, el rumor de la conversación de los camilleros. El sol se puso sin pompa; simplemente se hizo de noche. La luna de peltre era poco más que un aroma en la noche. De repente, en un punto como cualquier otro, los camilleros se detuvieron, descargaron el cadáver, enrollaron la camilla y, sin ceremonia de ningún tipo, dieron media vuelta. Se pararon al llegar junto a Lorimer y Håkan, y les ofrecieron charqui y pulpa de cactus glaseada, el primer dulce que los viajeros habían probado en meses. Después de masticar largamente las gomosas provisiones, se miraron entre ellos, como si esperaran a que alguno comenzara una conversación. El hombre de pelo corto clavó los ojos en la luna pálida. Håkan y Lorimer también. El hombre que llevaba la camilla enrollada, no. El hombre de pelo corto dijo algo que Håkan habría traducido como «Pues muy bien» y, acto seguido, echó a andar hacia el campamento, seguido por su compañero. Lorimer le hizo un gesto con la cabeza a Håkan, y ambos se acercaron al cadáver. Håkan nunca había visto nada tan muerto como aquel cuerpo mutilado, abandonado entre la noche y el

desierto. Descomponiéndose, allí, desamparado, transformándose, ya, en nada.

—Y tu cadáver será alimento para las aves del cielo y para las bestias de la tierra, y no habrá quien las espante… Y pensar que esa es una de las más terribles maldiciones de Dios. Pero considéralo detenidamente. Nada de sepulcro. Nada de cremación. Nada de exequias. Tan solo convertirte en carne para los dientes de otro —dijo Lorimer con parte de su antigua pasión—. ¿Te lo imaginas? ¿Imaginas el descanso que debe de suponer? ¿Nos atreveremos alguna vez a mirar un cuerpo sin envolturas de superstición, desnudo, como realmente es? Pura materia, y nada más. Preocupados por la perpetuidad de nuestras almas, hemos olvidado que, por el contrario, son nuestros huesos y nuestra carne lo que nos hace inmortales. Tengo la firme convicción de que, si no lo han enterrado, ha sido para que su transmigración en ave o en bestia sea más veloz. Nada de funerales ni reliquias ni mausoleos ni demás medios vanos para eludir la corrupción y el olvido. ¿Qué mayor tributo que servir de festín a las criaturas que son nuestras hermanas? ¿Puede haber monumento más noble que la tumba palpitante de un coyote o la urna voladora de un buitre? ¿Existe una forma de preservación más fiable? ¿Una resurrección más literal? Esta es la verdadera religión: saber que existe un vínculo que une a todos los seres vivos. Una vez comprendido esto, no hay nada que lamentar, porque, aunque nada se puede retener, nada se pierde. ¿Te lo imaginas? —volvió a preguntar Lorimer—. Qué alivio. Qué libertad.

Cuatro personas más murieron en los días siguientes, y cada una de ellas fue transportada al desierto al atardecer.

Los supervivientes sanaron. La canción interminable se detuvo. Incluso con ciertas partes del cuerpo aplastadas o mutiladas, los convalecientes conservaban la consciencia, y, en caso de sufrir violentos dolores, eran lo bastante fuertes como para ocultarlo. Entre los lisiados se contaba el hombre que había intentado acuchillar a Lorimer. La infección había trepado desde el tobillo, aquel vórtice de hueso, tendones y carne, y hubo que amputarle la pierna por la rodilla. En cuanto recobró un poco de su vigor, llamó a Lorimer a su lado. Con gran dificultad y una amarga mueca de dolor, se incorporó hasta sentarse y, tras tomar aliento, le recitó un serio discurso, breve pero muy sentido. Cuando finalizó, agarró una bolsa de cuero y volcó su contenido sobre sus manos: se trataba de unas dos docenas de dientes, perfectamente extraídos del hueso, algunos agrisados, otros amarillentos, todos mates y gigantescos. Uno era tan largo como la palma de su mano.

—Lagartos terribles —dijo Lorimer, abstraído en su fascinación—. Reptiles extintos. Criaturas parecidas a los dragones, erradicadas de la existencia, desaparecidas de la superficie de la tierra poco después del albor de los tiempos.

Algunos de los dientes estaban rotos o mellados, pero el hombre se aseguró de señalar que había varios de gran tamaño en perfectas condiciones. Alzó sus ojos hacia Lorimer y, junto con una palabra solemne, le ofreció su tesoro. Lorimer rehusó. El hombre insistió con gran vehemencia. La escena se repitió varias veces, hasta que el naturalista comprendió que rechazar el regalo no solo supondría una grave ofensa, sino que asimismo iría en detrimento de la salud de su paciente; aquella discusión había consumido casi todas sus fuerzas. De modo que aceptó los dientes, y el hombre volvió a tumbarse, aliviado física y moralmente. Una mujer que se encontraba a su lado solicitó la atención de Lorimer y sacó su propia bolsa. Tenía menos dientes

y solo uno de ellos estaba intacto; se lo mostró con gran orgullo. Una vez más, Lorimer, que le había curado a la mujer una herida de bala en el abdomen, se vio en la obligación de aceptar el tesoro. Uno a uno, todos y cada uno de los pacientes llamaron a Lorimer y, junto con un breve discurso ceremonioso, le hicieron entrega de un puñado de dientes de dragón. Ninguno era tan rico (ni en cantidad ni en calidad) como el hombre de la pierna amputada. Durante su recorrido por el hospital improvisado, Lorimer tuvo que guardar las ofrendas en el interior de su sombrero. Aquellos fragmentos de marfil ya no parecían dientes, sino algún tipo de molusco desconocido, o la munición de algún arma que aún estaba por inventar.

—¿Qué mejor forma de dinero puede haber? —pensó Lorimer en voz alta de regreso al carromato—. Dado que no se pueden fabricar (no hay forma de criar a estas criaturas extintas hace tanto tiempo), y puesto que la reserva es tan limitada, estos dientes nunca perderán su valor. Es el mismo principio que se esconde detrás del oro o los diamantes. Pero los dientes son mucho más valiosos. Y nos recuerdan cómo todas las criaturas vivientes, de modo bastante parecido a los bienes, son valiosas precisamente por ser intercambiables. —Contempló los huesos con forma de daga—. El estándar perfecto.

Poco a poco, la vida en el campamento volvió a la normalidad. Los heridos estaban fuera de peligro, y las tiendas y las cabañas habían sido reparadas. La reverencia que todos habían mostrado hacia Lorimer y Håkan no tardó en esfumarse, y al final los extranjeros acabaron siendo ignorados. El único que se oponía a la indiferencia generalizada era Antim, el guerrero amputado, que se había recuperado de un modo extraordinario y ya estaba lo bastante fuerte como para volver a cabalgar. Le profesaba una devoción fanática a Lorimer, y le prestaba ayuda de todas las maneras posibles. Pasaban mucho tiempo juntos, y el naturalista, con su facilidad acostumbrada, estaba aprendiendo rápidamente los rudimentos de la lengua de Antim.

Durante la mayor parte de la jornada, Håkan se consumía en su angustia por partir hacia el este. Con cada día que pasaba, sentía aumentar la distancia que lo separaba de su hermano. Y, por si fuera poco, desde que había asistido a Lorimer con los heridos, había empezado a experimentar una urgencia completamente nueva para él. Hasta entonces, el anhelo por su hermano había estado entreverado de miedo, hasta tal punto que a veces había llegado a eclipsarlo; añoraba a Linus, sí, pero también echaba de menos su protección. Ahora, sin embargo, Håkan no temía por sí mismo, sino por su hermano. Tenía la acuciante sensación de que era Linus quien lo necesitaba a él; de que era él quien debía acudir al rescate de su hermano mayor (esta preocupación, se percató, se había desarrollado al mismo tiempo que sus dotes médicas). Pero Håkan conocía el desierto lo suficientemente bien como para comprender que no podía aventurarse en él sin provisiones ni animales. Solo podía confiar en que su amigo decidiera partir pronto, y se dirigiera hacia el este. Por fin, una tarde, Lorimer le dijo a Håkan que había llegado la hora de ponerse en marcha.

—Voy a volver Saladillo. Antim se ha ofrecido a ayudarme.

A Håkan se le heló la sangre. Respiró hondo y miró la planicie que lo rodeaba, en busca de algo a lo que aferrarse. Lorimer le puso una mano en el hombro.

—No te preocupes, amigo mío —dijo—. Tú estarás de camino a Nueva York, con un caballo y todos los víveres necesarios. Antim, que también se siente en deuda contigo, te dará uno de sus

ponis, y te aprovisionará con aquello que necesites para el viaje.

—Por favor, no vuelvas a la planicie.

—Debo hacerlo. Sé que lo entiendes.

Håkan no podía sino mirar al suelo.

—Cuando nos fuimos de Saladillo, pensé que había perdido para siempre la oportunidad de encontrar al ser primigenio. ¿Cómo podría volver a aquella tierra desolada? Pero ahora Antim dice que puede llevarme hasta allí, que me ayudará a dar con las charcas de álcali. ¿Cómo voy a negarme? Necesito hallar a la criatura, el único ser vivo merecedor del nombre de criatura, pues es el único organismo que realmente ha sido creado en la historia. El resto de nosotros solo somos reproducciones cada vez más distorsionadas de aquel organismo fundacional. Ya sabes lo que significaría un descubrimiento de tal calibre. ¿Cómo voy a negarme?

A Håkan le proporcionaron un poni y uno de los burros de Lorimer, junto con las provisiones necesarias para el viaje. El naturalista le recomendó dar un pequeño rodeo antes de poner rumbo al este. Si se dirigía al norte durante una quincena, acabaría por toparse con un río (cuya agua le sería para entonces muy necesaria) y, pocos días después, se encontraría con una de las principales rutas de emigrantes; incluso si se desviaba, era imposible que no se tropezara con aquella línea que se extendía de costa a costa. A continuación, no tendría más que viajar en sentido contrario a los colonos, y en pocos meses llegaría al Atlántico. En caso de que agotara las provisiones y sus animales enfermaran, los emigrantes lo reabastecerían sin problema, y, en caso de que se quedara sin dinero, podría trabajar por un tiempo (aunque eso lo obligara a dirigirse temporalmente hacia el oeste, las caravanas eran muy lentas) y después retomar su viaje. El flujo continuo de pioneros hacía de esa ruta la más segura. Y además, añadió Lorimer, sonriendo, la densa corriente de emigrantes marchando en sentido inverso con sus carromatos y bueyes y muebles y caballos y pertrechos y mujeres y ganado crearía la ilusión de que era el mundo el que se movía mientras Håkan permanecía en el sitio.

La mañana en que se separaron, el naturalista le dio a su amigo un poco de oro, un fajo de billetes de diferentes denominaciones y un estuche de lata bruñida.

—Las herramientas de tu oficio —dijo Lorimer cuando Håkan abrió el estuche. Contenía toda una serie de viales, botellas, escalpelos, agujas, hilo de sutura, abrazaderas, tijeras y otros instrumentos quirúrgicos—. Oh, casi lo olvido —añadió Lorimer, rebuscando en sus bolsillos—. Como navegante no tienes remedio. ¿Que posees otros talentos? No cabe duda. Pero no distingues la izquierda de la derecha. ¡Me sorprende que diferencies lo que está arriba de lo que está abajo! Así que aquí tienes —dijo, entregándole a Håkan una brújula de plata—. Me la dio Blume, mi maestro, y ahora es tuya.

Pasaron sus últimos momentos juntos mirando la brújula, mientras Lorimer le explicaba a su amigo cómo localizar el norte.

9.

Montado en el poni junto a su pequeño burro, Håkan parecía un coloso. Su vestimenta incrementaba la excentricidad de su apariencia. Para cuando dejó el campamento, le resultaba casi imposible hacer un movimiento sin desgarrarse la ropa, que se le había quedado pequeña. Como regalo de despedida, las mujeres le habían zurcido y ajustado la camisa y los pantalones, conservando el tejido y la estructura originales e injertándoles material adicional: restos de sus tiendas, recortes de mantas viejas, parches que habían tejido con los retales más pequeños. El resultado era un atavío un tanto informe pero fresco y cómodo, de ambigua procedencia; el campesino europeo, el trampero californiano y el indio itinerante confluían en él con idéntico protagonismo. El hombre de pelo corto, que resultó ser un zapatero consumado, le reparó el calzado con las punteras abiertas cosiéndoles cinco centímetros de piel a las suelas y reemplazando casi toda la parte superior por un ante muy suave, lo que dio lugar a un extraño par de mocasines con tacón. Por último, los niños habían decorado su sombrero de fieltro con una cinta colorida que de la que sobresalía una iridiscente pluma negra.

Moverse por el desierto palpitante era como sumirse en el estado de trance precedente al sueño, cuando la consciencia ha de recurrir a todas las fuerzas que le restan para nada más que registrar el instante de su propia disolución. Solo oía el ruido que los cascos de las monturas le arrancaban a aquella tierra tan fina —roca pulverizada estación tras estación, huesos molidos por los elementos, cenizas esparcidas como un susurro sobre las llanuras— al volver a machacarla una vez más. Pronto, este sonido también pasó a formar parte del silencio. Håkan se aclaraba la garganta a menudo para asegurarse de que no se había quedado sordo. Sobre la dura superficie del desierto, cielos desapacibles y un sol minúsculo; un punto denso y punzante.

Y, aun así, pese a su inflexible monotonía, Håkan veía ahora el desierto de un modo completamente distinto. La brújula que se calentaba en su bolsillo irradiaba rayos invisibles hacia cada punto cardinal. Las llanuras ya no eran un mero espacio vacío, sino que estaban atravesadas de líneas hechas de certeza, tan sólidas e incuestionables como avenidas y carreteras. Ahora que sabía adónde se dirigía, con la seguridad de encontrar la ruta de emigrantes más allá del anillo del horizonte, y con la posibilidad de encender un fuego en el que cocinar comida de verdad; ahora que, a cada paso del burro, oía el chapoteo del agua en las tinas y sentía en el bolsillo la bolsa repleta de dinero; ahora que sabía que el desierto había dejado de ser un lugar desconocido, estos objetos e impresiones transformaban las llanuras en un territorio real, un que

era posible atravesar, en vez del vacío sofocante del que todo, incluido el mismo espacio, estaba ausente.

Pero ningún cambio en las circunstancias de Håkan fue tan significativo como el de pasar a ser dueño de un caballo. A lomos de un caballo, de su caballo, había ascendido a un orden superior al de la mayoría de los hombres. Nadie en Suecia, ni siquiera la persona más poderosa a la que había conocido, el administrador que le reclamaba el diezmo a su padre, poseía un caballo. Que Pingo —pues ese, según las palabras de Antim, era su nombre— fuera uno de los ponis enclenques a los que los saqueadores habían renunciado, y que no tuviera ni silla de montar ni brida (en su lugar, contaba con un bocado de cuerda de piel), carecía de relevancia para él. Ahora era más grande y más libre. Se sentía, quizá por primera vez en su vida, orgulloso de sí mismo. Poco importaba que en el desierto no hubiera testigos de su ennoblecida condición. Su satisfacción no requería de espectadores. Sin embargo, había un par de ojos que sí echaba de menos. ¡Ojalá Linus pudiera verlo, cabalgando por los herbazales sobre su bayo roano, llevando a un burro de la brida! Dentro de sus limitados medios, Håkan mimaba a Pingo todo lo posible. Siempre se aseguraba de que descansara lo suficiente y lo cepillaba varias veces al día con un trozo de lona áspera. No tenía problema en cederle su ración de agua si le parecía que el caballo estaba sediento. A cambio, Pingo rara vez le causaba problemas. Era un animal dócil, salvo cuando lo cegaba la glotonería. Siempre que aquel poni regordete avistaba un arbusto verde, se encaminaba directo hacia él, sin prestarle la más mínima atención a la fuerza con la que Håkan tirara de las riendas, y, solo cuando había devorado las hojas más bajas —las más pequeñas y tiernas—, advertía los zarandeos de la cuerda. Para asegurarse de que no se dejaba ni la más diminuta de las hojas, Pingo resoplaba contra el suelo, escarbaba y tanteaba la tierra con los labios en busca de restos. En cuanto confirmaba que no quedaba nada que mordisquear, alzaba la cabeza y permitía que Håkan recobrara el control del rumbo. Al final, viendo el gran placer con el que Pingo se entregaba a esos festines bajo los matorrales (y siempre deseoso de complacer a su caballo de todos los modos posibles), Håkan decidió permitirle el capricho siempre que le apeteciera.

Pocos días después de su partida, Pingo empezó a tener diarrea. Sospechando que las hojas eran la causa de la enfermedad del caballo, Håkan trató de impedir que las comiera. Pero, por muy fuerte que tirara de las riendas para apartarlo de los matorrales, Pingo siempre conseguía extraer algunas hojas de la arena. Y no dejaba de empeorar. Con la esperanza de reproducir los síntomas en su propio cuerpo, Håkan arrancó un puñado de hojas de la parte inferior de un arbusto y se las comió. Eran amargas y gomosas, como pequeñas lenguas muertas. Aguardó un tiempo. No sucedió nada. Pasaron tres o cuatro días, y Pingo perdió un peso considerable. Los cuartos traseros le sobresalían en el cuerpo demacrado. Y su comportamiento también cambió. A veces abría las patas, como si quisiera orinar, y permanecía en esa posición largo rato; luego coceaba el suelo y, finalmente, se tumbaba y se ponía a rodar, sin consideración alguna por su jinete, que —después de haber estado a punto de ser aplastado varias veces— había aprendido a desmontar de un salto al primer indicio de aquellos ataques. Pingo enfermó tanto que se volvió incapaz de cargar con nadie, de modo que Håkan lo llevaba de las riendas, siempre y cuando fuera capaz de moverse. Se hallaba perplejo por el estado del animal. Varias veces le palpó el

abdomen, sin encontrar nada extraño. Pero, aun así, resultaba evidente que Pingo se estaba muriendo. Una mañana, abrumado por la desesperación al cabo de un examen infructuoso, Håkan apoyó la cabeza en la línea media del caballo, con una intención más amorosa que clínica. De pronto oyó un susurro, el arrullo del vaivén de las olas en una playa. Apretó la oreja contra el vientre de Pingo. Una costa pacífica. El rasposo rumor de la arena en la rompiente. Una plácida costa en las entrañas de su caballo. Presionó su puño contra la parte inferior del abdomen del animal, con fuerza, y volvió a apoyar la oreja en el costado. El murmullo de la arena aumentó de volumen. Håkan vació un saco de piel y, durante el resto del día, se dedicó a caminar detrás del caballo. Al final de la tarde, cuando Pingo por fin vació las tripas, Håkan recogió una muestra con el saco. Después de examinar cuidadosamente el estiércol sin llegar a ninguna conclusión, llenó el saco de agua hasta la mitad, lo cerró, lo ató, lo agitó y dejó que el contenido se posara en el interior. Unos momentos después, metió la mano en el líquido, con cuidado de no revolverlo, y tanteó el fondo. Se encontró con una gruesa capa de arena. A lo largo del día siguiente, repitió varias veces la prueba, siempre con el mismo resultado. Concluyó que su caballo había ingerido una cantidad exorbitante de arena mientras buscaba hojas tiernas bajo los matorrales. Para entonces, Pingo era víctima de fuertes dolores. Håkan no veía más solución que abrirle el abdomen al caballo, practicar una incisión en el intestino grueso, extraer la arena y suturarlo. Sabía que realizar una operación semejante sin ayuda y con tan pocos instrumentos era muy arriesgado, y no había muchas posibilidades de que Pingo sobreviviera a una intervención tan rudimentaria. Pero también sabía que, si no hacía nada, los cólicos no tardarían en matar al animal.

Al amanecer (quería asegurarse de que dispondría de toda la luz necesaria), le administró a Pingo unas gotas de la tintura sedante de Lorimer junto con un saco de hojas tiernas. Pronto, al caballo se le entrecerraron los ojos y sus pupilas se volvieron más oscuras. Parecía estar mirando en su interior. Luego le mostró los dientes al desierto. Las patas traseras le flaqueaban, pero se las apañó para echar a andar. No había forma de frenarlo; no respondía a las riendas e incluso logró arrastrar a Håkan, que se colgó de su cuello, clavando los talones en el suelo. Pingo cacareaba sin gracia, como una gallina vieja o una bruja fatigada. Kea, kea, kea, kea. Håkan jadeaba. El burro los contemplaba sereno, asombrado por su falta de decoro. Pingo se sentó, mirando al vacío con ojos miopes. Mediante palabras cariñosas, Håkan intentó que se levantara. Y de pronto, como si un látigo invisible lo hubiera azotado, el caballo se puso en pie y retomó su errática marcha. Kea, kea, kea, kea. Una vez más, Håkan se le colgó del cuello. La fuerza del animal parecía aumentar junto con su desorientación. El burro no era ya más que una mota cercana al horizonte. ¿Tanto se habían alejado, o era que el burro estaba caminando en la dirección contraria? Håkan consiguió darle a Pingo unas gotas más del sedante. Las patas gelatinosas terminaron por derretirse, y el caballo se derrumbó sobre un costado. Por si acaso, Håkan maneó al poni y corrió hacia el burro. No se había movido.

En cuanto regresó junto al caballo, con el burro y sus cosas, Håkan extendió una lona encerada, hirvió sus instrumentos en agua turbia (tarareando, igual que el hombre de pelo corto), se lavó las manos lo mejor que pudo y se desnudó. Tras practicar una larga incisión a lo largo del abdomen del poni, localizó el colon sin dificultad. De hecho, era mucho más grande de lo que

había imaginado; más grueso incluso que el muslo de un hombre. Hundió el brazo hasta el hombro en el vientre del caballo, tratando de abarcar todo el intestino y extraerlo, pero era demasiado pesado y resbaladizo. Además, estaba claro que se trataba de un tejido extremadamente delicado, y que se desgarraría enseguida si lo manipulaba con brusquedad. Acabó cubierto de sudor, sangre y fluidos viscosos. Después de debatirse con tiento contra aquella serpiente colosal, consiguió extraer del abdomen la parte más manejable del intestino grueso. La entraña se derramó pesadamente sobre la lona. Luego realizó una incisión del tamaño de su mano y extrajo el contenido. Pingo había ingerido una enorme cantidad de arena. Håkan limpió el intestino con agua, hasta casi consumir toda su reserva. A continuación, suturó el colon y volvió a introducirlo en el interior del caballo. Pesaba mucho menos ahora que estaba vacío de arena, y no le costó volver a colocar el órgano en su lugar.

Como medida de precaución, Håkan dejó al caballo atado en el suelo durante los dos primeros días, y siguió dándole pequeñas dosis de sedante. Cuando llegó la hora de que se levantara, Pingo demostró estar más fuerte de lo esperado. Aun así, Håkan era consciente de que pasarían semanas hasta que el caballo pudiera volver a caminar las largas distancias que antes cubría a diario. Y casi no les quedaba agua. Según las indicaciones de Lorimer, debían encontrar un río, que —dada la distancia que habían recorrido— no podía encontrarse muy lejos. Håkan enterró una tina en el suelo, hasta el borde, para que Pingo no la derribara, y se la llenó de comida y agua; luego ató al animal al tronco de un arbusto recio con una cuerda larga, y, por si esto fallaba, lo maneó para obstaculizar sus movimientos. Sin embargo, pese a que lo había dejado atado y maneado, Håkan era reacio a separarse de su caballo y, mientras se alejaba, no cesó de darse la vuelta para ver su silueta inmóvil, hasta que esta se deformó y se desvaneció tras las lejanas olas de aire caliente.

El río, una línea marrón de aguas lentas y fangosas, estaba a nada más que dos días de camino. A pesar de que la vegetación de la orilla mostraba la austeridad que el desierto les exige a todos los seres que lo habitan, a Håkan le pareció de un verdor refrescante, y el burro incluso halló algo de hierba que podían llevarle a Pingo. Ocultos entre las copas bajas y entrelazadas, que constituían el único refugio en kilómetros a la redonda, había unos cuantos nidos de aves llenos de huevos, la mayoría de un naranja pálido con vetas ocres. Håkan se comió unos pocos y envolvió en un paño un par de docenas, de diferentes tamaños y colores. Luego regresó a la orilla e intentó pescar usando hilo de sutura y una aguja curvada, pero, después de una larga espera, solo capturó un pez de fondo, pequeño y maloliente. Al caminar por la ribera, cada uno de sus pasos producía un sonoro crujido. Escarbó en la arena con la punta del pie y se encontró con que varios mejillones habían cavado su guarida a unos centímetros de la superficie, a lo largo de toda la orilla. Abrió uno de ellos por la fuerza e inspeccionó la materia viscosa de su interior. Se parecía más a un órgano único que a un cuerpo compuesto de diversas partes. Extrajo al molusco de la concha y dejó que se le deslizara por la garganta, evitando masticarlo y saborearlo. No tardó en desenterrar un gran número de mejillones, y los arrojó al fondo de las tinas de agua, que ya estaban llenas de agua turbia. Las alforjas también rebosaban de hierba y huevos, de modo que Håkan y el burro se pusieron en marcha enseguida, desandando el camino.

Leal y obediente, Pingo lo esperaba junto al matorral, justo donde lo había dejado. Estaba

sediento, pero tenía mejor aspecto. Se le estaban curando los puntos, pero, a pesar de que parecía más vivaz, caminar le resultaba terriblemente doloroso.

Su vivac acabó por convertirse en un campamento permanente. Håkan despejó el centro, eliminando un espeso grupo de matorrales, y tendió una lona sobre el claro, creando un refugio bajo y sombreado; se pasaba tumbado la mayor parte del tiempo, amodorrado por el calor. Cada tres días, caminaba hasta el río con el burro y volvía con agua, moluscos, huevos y hierba, de modo que, pese al prolongado retraso, casi todas sus provisiones permanecieron intactas. Mientras tanto, el estado de Pingo empezó a deteriorarse. Los puntos le escocían con una violencia inusitada. Tenía parte del costillar en carne viva, resultado de sus numerosos intentos de rascarse la cicatriz con los dientes, y, a menudo, Håkan se veía obligado a ponerle un bozal. Los ataques se volvieron más frecuentes cuando la zona que rodeaba los puntos se hinchó y enrojeció; una fuerza, poderosa aunque frágil, presionaba desde el interior. Los ojos de Pingo se dilataron. Cuando no le estaba curando la herida, Håkan intentaba darle agua o resguardarlo del sol. Pasaba la mayor parte del día con la mejilla apoyada contra el cuello del caballo, sintiendo cómo la carne se le crispaba bajo la piel. Al final, sus patas cedieron y Pingo se desplomó. Su respiración era un susurro entrecortado, como si se le deslizaran hojas secas por la tráquea corroída. Los ojos parecían a punto de salírsele de las cuencas. La propia herida cobró vida: cálida y malva, firme y palpitante.

El día en que Pingo empezó a tener alucinaciones, un gusano emergió de uno de los puntos. Håkan lo extrajo con cuidado y vio que, bajo la herida, bullía un caos de cientos de lombrices. Más tarde, ese mismo día, Pingo se puso a sacudir las orejas como si las tuviera cubiertas de insectos. Después meneó la cabeza y comenzó a dar latigazos con la cola, espantando moscas invisibles. Después, intentó levantarse y fracasó. Después, chilló. Fue un sonido totalmente distinto a cuanto Håkan había oído hasta entonces. Los filos de dos cuchillos monstruosos rascando el uno contra el otro. El chillido de Pingo se prolongó cuanto le permitieron sus pulmones. Y, luego, volvió a chillar. Una y otra vez. Håkan se abrazó al cuello de su caballo mientras el horizonte le succionaba los ojos delirantes. Pingo siguió chillando, con las venas y los tendones protuberantes en la garganta. Håkan lo agarró con más fuerza y se echó a llorar. Solo consiguió acallar los chillidos con una fuerte dosis de sedante. Una vez que Pingo estuvo inconsciente, Håkan le seccionó la cava y la carótida, enrolló el toldo y partió.

10.

No había vuelto a ver su rostro desde que abandonó Clangston. Tan solo versiones fragmentarias reflejadas en filos, atisbos parciales en tapas metálicas, imágenes temblorosas en el agua o caricaturas curvadas en cristales; nunca una reproducción completa y fidedigna de sus rasgos. Y, ahora, allí estaba, tendida en el desierto. Su cara.

Caminando junto al burro, Håkan había vadeado el río poco profundo y había seguido viajando hacia el norte durante varios días, sin incidentes. Estaba más que acostumbrado a los espejismos del desierto, a las visiones conjuradas por el polvo. Había visto muchas charcas que brotaban en la distancia y que se evaporaban al acercarse a ellas; numerosas siluetas, esperanzadoras o amenazadoras, que aparecían en el horizonte y luego resultaban ser fantasmas temblorosos provocados por el calor. Pero aquella luz cegadora proveniente del suelo era distinta a todo cuanto había visto hasta entonces, y su rareza confirmaba su realidad. Más que un resplandor, parecía un relámpago congelado, una detonación suspendida en el fogonazo de su clímax. La blancura le atravesaba los ojos, lacerante. Al aproximarse a aquella silenciosa explosión inmortalizada en la arena, reparó en que estaba suspendida a cierta distancia del suelo, aunque aún le costaba mirarla directamente. Unos momentos después, alcanzó el centelleo. Se trataba de un espejo, encajado en la puerta de un armario inmenso. El mueble, un armatoste enorme, estaba varado sobre la parte trasera, destripado, y la puerta abierta colgaba de las bisagras en diagonal. Håkan examinó con asombro el virtuosismo que destilaba el diseño del armario: espirales y volutas sensuales, patas y garras que parecían estar vivas, querubines rechonchos y flores. Era la superficie más suave que había tocado en su largo viaje por aquel poroso desierto, semejante a una piedra pómez. Pese a que había algo profundamente íntimo en él —algo conyugal—, el armario también hablaba de un mundo poblado, de cierto refinamiento urbano que Håkan solo imaginaba de un modo vago. De hecho, jamás había podido tocar e inspeccionar a su antojo una encarnación tan concreta de las comodidades civilizadas. Mientras deslizaba los dedos sobre la oscura madera torneada, Håkan cambió de posición respecto al espejo. El sol ya no caía de lleno sobre el cristal, y por fin pudo mirarlo directamente. Le llevó un momento aceptar que la cara que estaba viendo era la suya. Algunos de sus antiguos rasgos habían desaparecido por completo, dando lugar a otros nuevos, y hubo de dedicar unos segundos a buscarse a sí mismo en la imagen que tenía a sus pies. La sombra rojiza de un bigote se cernía sobre el labio superior, y una vacilante promesa de barba había comenzado a asomar en la

barbilla y en las hundidas mejillas. Al ver lo demacrado de su aspecto y lo mucho que se le marcaban los huesos, se acordó de sus dientes. Preocupado, abrió los blancos y agrietados labios para examinarse las encías. El interior de la boca, húmedo y rojo, era la única parte de su cuerpo que había permanecido intacta a pesar del desierto. Aliviado al comprobar que sus dientes seguían tan sanos como siempre, volvió a fijar su atención en el extraño rostro que lo contemplaba con asombro. Mostraba un aspecto curtido y arrugado; el sol le había tallado grietas profundas en la cara. Tenía los ojos entrecerrados, pero no como resultado de un gesto consciente. Esta, simplemente, era su cara, marcada por el perpetuo ceño fruncido de alguien que se enfrenta a una luz abrumadora o a un problema irresoluble. Su mirada, casi invisible en la angosta zanja que se abría bajo los pliegues de su rugosa frente, no mostraba ya temor ni curiosidad, sino una avidez desapasionada. De qué, no sabría decirlo.

Antes de proseguir, tuvo la tentación de romper el espejo para llevarse un trozo, pero la majestuosidad del armario lo disuadió. Además, pensó que seguramente sus propietarios regresarían a por él en algún momento. De modo que le echó una última mirada y se alejó.

Con cada día que pasaba mientras continuaba su viaje hacia el norte, las matas de hierba se multiplicaban, y al final la tierra terminó por tornarse amarilla. El agua ya no era un bien escaso, pero Håkan seguía consumiéndola con reverencia. Los tábanos y los mosquitos los aguijoneaban sin cesar, tanto a él como al burro; cuando se quedaban quietos y carecían de la protección del humo de la hoguera, los ataques se volvían tan salvajes que una vez el burro salió en desbandada por la llanura, soltando coces por doquier. Los árboles y los arbustos frondosos, en cambio, empezaban a escasear, y no pasó mucho tiempo hasta que Håkan se quedó sin combustible. Su dieta se componía de charqui y setas crudas. Los perros de las praderas, los roedores y las aves se convirtieron en imágenes habituales en aquel extenso herbazal que retaba incluso al cielo, y Håkan volvió a gozar del placer de sentirse como un ser vivo rodeado de seres vivos.

Pocos días después, una vez que el desierto hubo cedido el relevo a la pradera, Håkan se encontró con una mecedora que cabeceaba a la intemperie, empujada por la brisa. Durante largo rato, mientras se acercaba a ella, trató de comprender el significado de la silla, como si se tratara de una palabra impresa en una página, rodeada de aquellos signos que para él siempre seguirían siendo un enigma. Continuó mirando la silla. ¿Qué significaba la silla? La alcanzó y la tocó. Se sentó en ella. Las vastas llanuras retrocedieron. De pronto se sintió fuera de lugar, y esa sensación le resultó emocionante y un tanto cómica. Pero, al mismo tiempo, también se sintió más solo que nunca; más pequeño, más frágil.

A pesar de que no llevaba un control estricto del tiempo, creía que, de acuerdo a las indicaciones de Lorimer, no tardaría en alcanzar la ruta de los colonos. Y, en efecto, tres o cuatro días después de toparse con la mecedora, llegó a un camino. Estaba perplejo. Si las caravanas de emigrantes parecían ciudades en movimiento, ¿cómo era posible que aquel camino no midiera más que un palmo de ancho? No podía ser fruto del paso de bueyes y carretas, y, sin embargo, contaba con un trazado y una dirección tan regulares que no cabía otra opción: tenía que ser obra del hombre. Håkan lo siguió hacia el norte durante unas cuantas leguas, hasta que, de pronto, detrás de unos matorrales que coronaban una pequeña colina, vio, por primera vez, a los búfalos. Los animales seguían el camino en fila india, a paso lento y con gran cuidado. Más allá de

aquella majestuosa procesión, y hasta donde alcanzaba la vista, el brezal estaba oscurecido de búfalos, que pastaban o se bañaban en charcas de barro. A Håkan le pareció que aquellas bestias se componían de dos cuerpos diferentes que habían sido unidos con cierta ineptitud. Las patas y los cuartos traseros eran sin duda equinos —esbeltos y bien torneados—, pero, a la altura de la última costilla, se producía una transformación: como si la naturaleza hubiera cambiado de idea a mitad de la labor, las dimensiones del animal se hinchaban de un modo fantástico y monstruoso, aumentando en altura y grosor. La espalda se elevaba con brusquedad, de una forma un tanto abrupta, hasta llegar a una cabeza tan inmensa (¿cómo era posible que aquel bloque de hueso, tan denso y sólido que parecía impenetrable como un yunque, albergara un cerebro o incluso carne?) que, comparada con el otro extremo de su cuerpo, parecía el fruto injertado de una ensoñación. Bajo un par de cuernos puntiagudos, brillaban dos ojos negros, taladrados a ambos lados del cráneo. De todas las bestias que Håkan había visto en América, la que más se parecía a las fabulosas invenciones de su hermano era el búfalo.

Apretó el paso. Con el correr de los días, empezó a encontrarse con cráneos de búfalo con más frecuencia, algunos blanqueados por los elementos y cubiertos de escamas de liquen. Håkan supuso que los pioneros se habían dedicado a cazar un gran número de aquellas bestias, y los enseres abandonados con los que se topó en los días siguientes —un baúl lleno de piezas de vajilla, armazones de cama, una rueca, alacenas, varias estufas de hierro fundido, una gran alfombra que desenrolló sobre la hierba— confirmaron la proximidad de la ruta. En ocasiones llovía, lo que siempre era recibido como un milagro.

Una tarde, al cabo de uno de aquellos chaparrones, oyó música de iglesia. El viento la llevaba hasta él en jirones e hilachas, como si se tratara de una bandera rota. Aunque los sonidos contaban con la textura y el gusto de la música eclesiástica, la melodía era diferente a todo cuanto él había oído hasta entonces: le pareció triste e incomprensible.

Siguiendo aquella intermitente música de órgano, Håkan se encontró con tres tiendas indias. Se detuvo a unos cuantos metros de distancia y permaneció inmóvil, asegurándose de resultar bien visible, y, cuando tuvo la certeza de que su aproximación no se podría interpretar como una emboscada, avanzó hacia ellas. Del vértice superior de la tienda central manaba una columna de humo. Estaban cocinando carne. Según se acercaba, distinguió a cuatro o cinco hombres tendidos en el suelo. Sentado junto a ellos, otro hombre tocaba un harmonio. Era alto, fuerte, y estaba escrupulosamente aseado. Llevaba el pelo recogido en un rodete en la nuca y del cuello le colgaba una floja placa frontal, confeccionada con monedas de diferentes tamaños. Bajo este ornamento, tenía el pecho desnudo, pero se cubría los hombros con una piel de búfalo blanqueada. Bombeaba el instrumento con la mano izquierda, mientras que los dedos de la derecha recorrían lentamente el teclado, tocando una errática melodía. De cuando en cuando, hacía una pausa para beber de una jarra, y a veces la deslizaba sobre las teclas, produciendo disonancias que hacían vibrar el aire. Estaba borracho, y resultaba evidente que no tardaría en unirse a sus compañeros inconscientes. Reparó brevemente en la presencia de Håkan, y luego lo ignoró. Alrededor de las tiendas —una serie de raídas pieles de búfalo dispuestas sobre armazones de troncos—, había cuerdas de pelo y cordones de cuero con carne colgada a secar. Cuando rodeó las viviendas, Håkan se topó con unas pocas mujeres arrodilladas; se afanaban en

retirar el pelo de unas pieles recién despellejadas con trozos afilados de pedernal, arrancando la carne marrón del lado interior y restregándolas con sesos de búfalo, seguramente para ablandar el cuero. Su presencia no las sorprendió. Lo invitaron a entrar en una tienda y le ofrecieron carne asada, de un costillar que colgaba de una cuerda sobre una hoguera. Las mujeres tomaron asiento y lo observaron mientras comía. Cuando el fuego empezó a menguar, una echó un trozo de grasa de búfalo a las brasas. Una fuerte llamarada se elevó en el aire, iluminando hasta el último objeto de la tienda: una maza de piedra, cubiertos de plata, un retrato de una mujer en corsé, montones de pieles y cuerdas, un botellón de cristal facetado, flechas, un candelabro desparejado, arcos, un búho disecado en una campana de vidrio, un mortero, un bebé arropado, una máquina de coser, escudos decorados con imágenes de aves y búfalos, jarras y frascos vacíos. La música de órgano cesó. Håkan terminó de comer, y las mujeres lo escoltaron al exterior. Los borrachos no eran más que borrones en el suelo oscuro. Håkan les dio a las mujeres algo de harina a modo de agradecimiento y se adentró en la noche.

Una mañana, al despertar, se dio cuenta de que había dormido a un tiro de piedra de un burdo cementerio. Las lápidas, tres tablas hincadas en el suelo, mostraban palabras trazadas con un hierro al rojo vivo. Pese a ser incapaz de leerlas, Håkan percibió con claridad la desesperación que destilaban aquellas líneas temblorosas. Dos de los enterramientos debían de corresponder a niños muy pequeños. La tierra que cubría las tres tumbas había sido arañada y revuelta por zarpas hambrientas. El contraste que se producía entre la naturaleza improvisada y provisional de las tumbas y la condición final y definitiva de sus ocupantes llenó a Håkan de una honda tristeza. Durante los días siguientes, se cruzó con más tumbas de escasa profundidad —casi ninguna se había librado de la violación de las alimañas—, y las lápidas, así como los montones de objetos poco prácticos diseminados por la llanura, se convirtieron en elementos habituales del paisaje. Fue entonces cuando llegó el olor. Después de haber pasado tanto tiempo en el desierto inodoro (hacía mucho que había dejado de percibir los escasos y cotidianos aromas provenientes de su propio cuerpo, de sus animales y de sus hogueras), el tufo de la civilización lo golpeó como una masa sólida, más que como un vapor; un olor resbaladizo y punzante, agudo y espeso. Y, aun así, pese a la corrupción y a la putrefacción, aquel miasma le devolvió cierta sensación de vida. Carne rancia, excrementos, leche agria, sudor, gachas, vinagre, dientes podridos, panceta, levadura, verduras fermentadas, orina, manteca, café, enfermedades, cera, moho, sangre, caldo. Durante dos días viajó Håkan con aquel hedor soplándole en la cara, hasta que por fin vislumbró, trazada contra el borde de la pradera, una línea larga y tortuosa.

II.

Dado que el comienzo y el final de la caravana se curvaban ocultándose tras el horizonte, desde lejos el convoy parecía mantenerse inmóvil. Solo cuando se acercó más distinguió Håkan a las bestias que, a paso lento, tiraban de los pesados carromatos, y a la multitud de hombres, mujeres, niños y perros que avanzaban a pie a su lado. Muy pocos iban a caballo. Casi todas las sillas de montar se hallaban vacías; los asientos, desocupados. Marchando a la altura de los tiros, los conductores hacían restallar sus largos látigos (a veces sobre la carne), y azuzaban o insultaban a los animales enyugados. Eran jóvenes, pero parecían viejos. La mayoría de los viajeros estaban enfrascados en distintas labores, todas ellas comprendidas en la tarea de seguir adelante, que consumía hasta la última de sus energías: aguijar a los bueyes, ajustar arneses, reparar cierres rotos, cambiar ruedas, recolocar llantas, engrasar ejes, guiar rebaños, reunir a los niños. Algunos se las apañaban para compartir un momento doméstico a bordo de los carromatos en movimiento: comidas familiares, rezos, tocar música e incluso impartir clases a los escolares. La gente se movía de un grupo a otro, comerciando o haciendo trueques. Y, por todas partes, perros. Algunos caminaban perezosamente debajo de los carromatos, a resguardo del sol, pero la mayoría corrían en jaurías, metiéndose entre las patas de los caballos y del ganado, soltando mordiscos y ladridos, martirizando a los bueyes, olfateando el aire en busca de comida, enzarzándose en peleas entre ellos y recibiendo patadas en las costillas por parte de botas impacientes. A un lado de las rodadas, varios emigrantes se habían detenido junto a un carromato averiado y estaban ayudando a fabricar un eje nuevo a partir de un tronco. A cierta distancia, la más alejada que permitía la seguridad, un grupo de mujeres había formado un círculo, mirando hacia fuera y sujetándose las faldas desplegadas a los costados, creando una pantalla redonda de calicó. En cuanto una mujer salía del círculo, arreglándose el vestido, otra entraba de inmediato. De cuando en cuando, llegaba desde la lejanía el sonido de algún disparo, al que nadie prestaba atención. Los exploradores se separaban de la caravana y volvían a sumarse a ella constantemente. Cada vez que Håkan pasaba junto a un carromato, caminando en sentido contrario, la gente se callaba y lo observaba desde debajo de sus sombreros y bonetes, con los ojos ocultos en la franja de sombra proyectada por el ala. En esos breves silencios, Håkan no oía más que el crujido de las llantas de hierro, el repiqueteo de los arneses, el seco impacto de la madera contra la madera y el flácido aleteo de la lona impermeable.

Los laterales de las rodadas se habían convertido en largas letrinas a las que hombres y

mujeres no cesaban de contribuir con sus cubos de desperdicios. Aquí y allá se avistaban pilas de panceta podrida y vísceras, asomando entre la porquería como hitos irregulares. Decenas de vacas y caballos muertos —algunos despellejados— se secaban al sol. Håkan siguió caminando en sentido opuesto a la corriente de carromatos. Parecía imposible que aquella nutrida procesión pudiera tener fin. Lorimer había estado en lo cierto al describirla como una inmensa ciudad estirada hasta adoptar la forma de una línea sinuosa.

Algunos de los viajeros se daban codazos entre ellos, riéndose con disimulo de la ropa de Håkan. Pero la mayoría lo miraba con muda curiosidad. Nadie lo saludaba. Avistó a una pareja joven —no mucho mayor que él, pensó— y, tratando de vencer su timidez, cambió de rumbo y se puso a caminar a su altura, por el otro lado de la zanja viscosa. Lo miraban furtivamente, intercambiando susurros discretos y alarmados. Después de un rato, Håkan por fin reunió el valor para hablarles. Se presentó. Ellos, educados, simularon entender su nombre, y él el de ellos. Siguió un largo silencio. El hombre azuzó a su yunta. Håkan les preguntó si tenían algún caballo que le quisieran vender. No podían prescindir de ninguno de sus caballos, pero le hablaron de un hombre, un par de carromatos más allá, que poseía más animales que nadie en la caravana. Håkan les dio las gracias y alcanzó al hombre en cuestión. Tras un breve y fallido intercambio verbal, formuló su petición. El hombre le solicitó una cantidad tan exorbitada que, en comparación, todo el capital de Håkan —que hasta entonces él había considerado muy respetable — parecía una insignificancia.

Dedicó el resto de la tarde a ir y volver a lo largo de la caravana, preguntando si alguien tenía un caballo en venta. Los vendedores siempre le proponían precios imposibles, aunque estos no guardaban relación alguna entre sí; un hombre llegó a pedirle cien veces la suma, ya de por sí exagerada, que le había solicitado otro. Desde que había desembarcado en San Francisco, todas las transacciones comerciales de las que Håkan había sido testigo se habían llevado a cabo en términos de lo más extravagantes, siempre dictadas por las circunstancias del momento. La libra de panceta por la que los mineros pagaban en oro en el desierto hoy se pudría en el suelo, abandonada en la ruta de los emigrantes. Mientras que ningún trampero le habría prestado atención a un simple trozo de madera, en aquellas planicies desnudas de árboles podía llegar a intercambiarse por un cordero, pues servía para reponer un eje roto. Sin embargo, los caballos eran la única mercancía que quedaba al margen de tan drásticas oscilaciones. Siempre se mantenían inalcanzables. Y no solo eso: en general, no se comerciaba con ellos. Los hombres se mostraban reacios a deshacerse de sus caballos, independientemente de la suma ofrecida, y, cuando se veían obligados a venderlos, siempre se sentían estafados, aunque la cantidad recibida a cambio fuera inmensa, tal vez porque supieran que jamás podrían reponer la propiedad vendida. Cuando Håkan se dio cuenta de este hecho, la pérdida de Pingo, ya dolorosa de por sí, se volvió casi intolerable. Cada día, revivía el júbilo que había experimentado al montar su propio caballo, una emoción que había sido lo bastante intensa (su cuerpo apenas había sido capaz de albergarla) como para propagarse a través del tiempo en forma de ondas que rompían contra el presente.

Aunque distaba de ser el plan ideal, ir a Nueva York a pie no parecía tan descabellado. Llovía con bastante frecuencia, y caminar en sentido contrario a la caravana solucionaba el problema de

encontrar víveres para el viaje. Håkan estaba a punto de resignarse cuando de pronto se le acercó un jinete armado. Se detuvo a una distancia prudencial.

—Buenas tardes —dijo el hombre; su barba aún no se había igualado con el bigote, que seguramente era anterior. Entre ese exuberante matorral, brillaba una sonrisa serena pero intensa, y, bajo sus espesas cejas (los retoños pródigos del bigote), resplandecían unos titilantes ojos verdiazules. Tenía la mirada clavada en Håkan, pero no dejaba de echar vistazos a uno y otro lado.

Había algo alegre e incluso melodioso en su expresión. Parecía el hombre más feliz que Håkan había visto desde que llegó a América; puede que incluso el más feliz que había visto en su vida. Håkan le devolvió el saludo y el hombre respondió con lo que parecía ser un discurso de bienvenida, del que Håkan apenas entendió nada. Aun así, percibió que el tono, la cadencia y el ritmo de la voz del hombre no se correspondían con su expresión; la disposición natural de sus rasgos daba como resultado algo parecido a la alegría, pero no reflejaba su verdadero estado de ánimo. Tras aquel fallido intercambio verbal, el hombre coligió que el inglés del recién llegado era más bien pobre, de modo que pasó a hablarle despacio y, como a menudo suele hacerse con los extranjeros, elevando la voz. Håkan respondió a sus preguntas lo mejor que pudo mientras el hombre no dejaba de asentir, como si, gracias a los profundos movimientos de su barbilla, pudiera extraer del aire las palabras omitidas por su interlocutor. Se llevaron a cabo las presentaciones correspondientes (¿Halcón? ¿Halcón puede? ¿Qué puede hacer el Halcón?), y Jarvis invitó a Håkan a cenar con su familia.

Mientras iban de camino, quedó patente que el conflicto y el resentimiento abundaban en el convoy, y que existían al menos dos facciones diferenciadas: aquellos que saludaban amablemente a Jarvis, y aquellos que, con un ceño fruncido hostil, se afanaban en darle la espalda.

—He oído que buscas un caballo —dijo el hombre.

—Sí.

—¿Quieres uno de los míos?

—¿Cuánto?

—Debes de tener hambre.

Presa de mil preocupaciones y siempre envuelta en una manta de cuadros escoceses, Abigail, la esposa de Jarvis, carecía de la alegría y de la desenvoltura que, de manera tan radiante, aunque para nada intencionada, exhibía el rostro de su marido. Era una matrona huesuda, un poco desfigurada por el agotamiento y la amargura. Sus hijos la irritaban. Los elementos la irritaban. Su marido la irritaba. Los animales la irritaban. Håkan la irritaba.

El sol se puso enseguida. Como de común acuerdo, se produjo una explosión de silbidos y gritos a lo largo de la caravana, y el convoy se detuvo en seco. Con dificultad, pero asimismo con gran coordinación, los conductores se desviaron de las rodadas y se dispersaron a lo largo de los costados de la ruta. La planicie se llenó de ecos de silbidos y de las pocas expresiones que los bueyes parecían comprender: ¡Vamos! ¡Ya! ¡Vamos! ¡Ya! Poco a poco, y (pese a lo arduo y pesado de las maniobras) con notable gracia, los carromatos se dispusieron en amplios círculos, encadenando los ejes traseros a las varas. Desengancharon a los bueyes y los soltaron, junto con

la mayor parte del ganado, dentro de aquellos corrales improvisados; en cuanto a los caballos y a los animales restantes, los manearon para después dejarlos pastar a su antojo. Extendieron en el suelo sus lonas enceradas, y desplegaron sobre ellas los útiles de cocina. Mientras los hombres levantaban unas tiendas un tanto precarias fuera del círculo, las mujeres extraían unos discos duros y marrones de sus respectivas bolsas y cajas, los apilaban junto a un montículo de leña menuda y les prendían fuego. Håkan le echó un vistazo al montón de Abigail y le preguntó qué eran esas extrañas tortas. Ella lo ignoró. Él cogió una de la bolsa y la olió. Estiércol. Jarvis lo vio inspeccionar el disco y le explicó que, como Håkan seguramente ya habría advertido, no había madera en las llanuras, de modo que no les quedaba más remedio que emplear boñigas secas de búfalo como combustible. Los discos producían una llama firme y carente de humo, que se tornaba aún más brillante cuando la grasa de la carne de búfalo asada chorreaba sobre ella. Aquella carne, junto con la panceta y la harina de maíz que freían en manteca de búfalo, constituía, por lo que Håkan apreció, su dieta diaria. Como se cocinaban juntas, día tras día, en utensilios de lata que nunca se limpiaban bien, las viandas se habían solidificado hasta formar una costra en el fondo de cada cazuela, sartén y olla, otorgándole el mismo sabor a todo lo que se cocinara en ellas, fuera lo que fuera (incluidos los encurtidos que preparaban de vez en cuando y las manzanas secas, maceradas en brandi caliente, que tomaban en las ocasiones especiales).

Después de cenar, Jarvis quiso saberlo todo acerca de Håkan y sus viajes. No se terminaban de entender, pero el hombre insistía con jovial tenacidad, aprovechando al máximo su alegre apariencia. Mostró especial interés por la dama de Clangston y su banda (¿Cuántos hombres? ¿Qué tipo de armas? ¿Dónde estaba el pueblo exactamente?). También volvió una y otra vez sobre el destino concreto del guía de Lorimer y sus hombres. Sin embargo, sus respuestas a las preguntas de Håkan resultaban más bien vagas, y eludía todo lo relacionado consigo mismo mediante un simple gesto de la mano. Detrás de ellos, más allá de la luz proyectada por las hogueras, alguien le propinaba una azotaina a un niño. Mientras Håkan trataba de precisar, por tercera o cuarta vez, la localización de Clangston —un esfuerzo condenado de antemano por su limitado vocabulario y por su deplorable sentido de la orientación—, fueron interrumpidos por un robusto granjero; el hombre se había quitado el sombrero antes de acercarse, y ahora lo retorcía nerviosamente entre las manos.

—Señor Pickett —musitó el hombretón, apenas capaz de vencer la timidez.

—Jarvis —respondió el anfitrión, ayudándose de nuevo de su alegre rostro—. Y no me llames señor. Ya te he dicho que Jarvis está bien —añadió, en tono de reproche amistoso.

—Señor Jarvis —murmuró el hombre barbudo, al tiempo que le tendía un saquito—. De parte de mi mujer, señor. Con sus más afectuosos saludos.

Pareció inclinarse en una reverencia cuando dobló las rodillas para entregarle el regalo a Jarvis, que, sentado en la lona, lo aceptó ceremoniosamente.

Un latigazo y un grito apagado llegaron desde las sombras.

—Edward —dijo Jarvis, mostrándose serio y agradecido—. Gracias. Muchas gracias.

Edward clavó los ojos en su sombrero estrangulado. Jarvis abrió el saquito y volcó un puñado de nueces confitadas. Probó una. Su gran bigote rubio bailaba mientras masticaba. Edward seguía mirándose las manos y estrujando el sombrero. Un latigazo y un grito.

—Pepitas de oro. Eso es lo que son. ¿Cuánto ha pasado desde la última vez que probé una? ¿Años?

—De parte de mi mujer, señor.

—Por favor, por favor, dale las gracias. —Estaba a punto de llevarse otra a la boca cuando se percató de su descortesía—. Lo siento —dijo, ofreciéndole el saquito a Edward—. Por favor.

—No, señor, gracias.

Håkan también rehusó. Jarvis se encogió de hombros, se comió otra nuez y dejó el saquito a un lado. Edward les deseó buenas noches, retrocedió unos pasos de espaldas, dio media vuelta y se fue.

Se repitieron escenas similares, con diferentes visitantes y diferentes regalos, a lo largo de toda la velada; y, mientras tanto, Jarvis no dejaba de formularle las mismas preguntas a Håkan, una y otra vez («¿Pero dónde están? Así que rifles y pistolas, ¿eh? ¿Cuántos has dicho que eran?»). Vacilantes, decenas de hombres y mujeres obsequiosos se acercaban a Jarvis con sus ofrendas: té, melaza, una navaja, calabazas secas, tabaco, plata. Y, en cada caso, Jarvis se mostraba humilde, pero aceptaba el presente como si le correspondiera por derecho.

—En cuanto al caballo —dijo Jarvis después de recibir una manta de una chica que cargaba con un bebé, y que podría haber sido tanto su hija como su hermana—. Tengo uno para ti.

—¿Cuánto?

—¡Oh, por favor! —dijo Jarvis, falsamente ofendido.

Se produjo una pausa. Tal vez Jarvis esperaba que Håkan volviera a preguntarle por el precio.

—¿Sabes usar un arma? —le preguntó cuando el silencio empezó a volverse incómodo.

Håkan estaba confuso.

—Un arma —repitió Jarvis, simulando una pistola con el índice y el pulgar.

Håkan negó con la cabeza.

—Mira —dijo Jarvis—. La mayoría de esta gente me tiene mucho afecto. Es decir, tú mismo lo has visto. —Señaló los regalos y se encogió de hombros—. Pero hay unos pocos que. Mira. Son personas muy trabajadoras. Y esto es todo lo que tienen. Algunos se ponen nerviosos. Y temo que haya quien pueda suponer una amenaza para mi vida.

Håkan bajó la mirada.

—Tú eres un tipo grande. Viajas solo. Sin propiedades. Sin familia. Me serías tremendamente útil. Acompáñame. Llegaremos en un par de semanas. Y tú tendrás tu caballo. No te costará nada recuperar el tiempo perdido. ¿Qué me dices?

—No sé.

Håkan no estaba seguro de dónde se encontraban (¿se hallaban más cerca de la costa del Pacífico o de Nueva York?), y no tenía modo de valorar si merecería la pena seguir a Jarvis y luego recuperar a caballo el tiempo perdido, o si sería mejor partir de inmediato hacia el este, aunque fuera a pie. Por otro lado, estaba la cuestión del trabajo que se le encomendaba y los riesgos que este podría llegar a entrañar. El descontento que se cernía sobre el convoy era indudable, así como la animosidad que muchos sentían hacia Jarvis. Pero, a diferencia de los mercuriales mineros con los que se había encontrado por el camino, o de la banda de Clangston, o del guía de Lorimer y sus hombres, estos eran padres de familia. Trabajaban duro, cuidaban de

sus hijos y leían la Biblia. Por muy descontentos que pudieran sentirse, Håkan no se los imaginaba disparando a alguien a sangre fría. Es más, muchos de ellos apreciaban a Jarvis; los regalos eran buena prueba de ello. Fueran cuales fueran los motivos de sus detractores, a Håkan no se le ocurría ninguna razón por la que Jarvis pudiera temer represalias. Håkan pensó en Linus, quien nunca dio muestra alguna de vacilación, y se preguntó qué habría hecho en su lugar. ¿Habría aceptado los términos del dilema —armas, caballos, motín, la naturaleza salvaje— como circunstancias perfectamente esperables, y habría ofrecido, por tanto, una respuesta inmediata? Håkan, por su parte, solo sabía que, seguramente, no tendría más oportunidades de conseguir un caballo.

—Mira. Acompáñame durante un par de días. Piénsalo. Añado una silla de montar a la oferta.

Para cuando el fuego comenzó a apagarse, en la lona se alzaba un montón nada desdeñable de los más diversos objetos. Jarvis los envolvió en la manta que también le habían regalado, le deseó buenas noches a Håkan y se retiró a su carromato. La azotaina, que se había interrumpido brevemente, comenzó de nuevo en la oscuridad.

«¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!» Los gritos arrancaron con la primera luz del alba. En respuesta a las voces, los burros empezaron a rebuznar, lo que hizo que hasta aquellos que tenían el sueño más profundo se despertaran, se levantaran y se pusieran manos a la obra. Enrollaron las tiendas; los buñuelos de harina comenzaron a chisporrotear en la manteca; guiaron a los bueyes de regreso a los yugos; engancharon las yuntas a los carromatos; ajustaron las lonas a los arcos. Todas estas labores se realizaron bajo la atenta supervisión de los perros, que andaban desperdigados por doquier. El campamento estaba siendo desmantelado con gran rapidez. «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!» era la nueva llamada que resonaba sobre la llanura mientras los carromatos volvían a la ruta y retomaban su lento avance.

Más tarde ese mismo día, Jarvis, que llevaba una pala y una rueda de carromato rota atados a la silla de montar, invitó a Håkan a dar un paseo. Se dirigieron al sur, apartándose de la ruta, y no se detuvieron hasta que la caravana desapareció a su espalda. Después de desmontar, Jarvis le pidió a Håkan que lo ayudara a enterrar la parte inferior de la rueda y a apuntalarla con piedras para que se mantuviera en pie. En cuanto la dejaron bien firme, se alejaron unos quince pasos y, del bolsillo interior de su pecho, Jarvis extrajo la pistola más extraña que Håkan hubiera visto jamás. No había nada de extraordinario en la culata ni en el gatillo, pero el resto del arma era monstruosamente gruesa, como si estuviera hinchada y desfigurada por alguna macabra enfermedad. Contaba con seis gruesos cañones montados en círculo alrededor de un eje central. Vistos de frente, recordaban a una flor gris. Olía a aceite y azufre.

—Apuesto a que nunca habías visto un pimentero —dijo Jarvis—, ¿cierto?

Amartilló la pistola descargada y apretó varias veces el gatillo. Después de cada clic, cuando Jarvis accionaba el gatillo, el percutor se levantaba y los cañones giraban, de modo que un nuevo cilindro se situaba bajo la aguja percutora justo a tiempo de recibir el impacto.

—¿Ves? No tienes que parar para recargar. Y nada de esa porquería de pedernal. Con eso solo consigues que te maten. ¡Dos veces! —Soltó una carcajada—. Te podrían matar dos veces mientras recargas una de esas antiguallas. —No dejaba de apretar el gatillo, y, una y otra vez, los cañones giraban y el percutor caía sobre las cámaras vacías—. No, no. Nada de esa porquería de

pedernal. Solo tienes que meterlas aquí —explicó mientras introducía las balas por el extremo de cada cañón—. Y ya estás listo. No uno, ni dos, sino seis disparos —dijo cuando terminó de cargar el arma—. Mira.

Apuntó a la rueda y vació el arma disparando en rápida sucesión. La inmensidad curvada que los rodeaba mitigó el ruido de los disparos.

La rueda estaba intacta.

—Bueno, la verdad es que cuesta un poco apuntar; es por culpa del peso de la parte delantera. Se supone que hay que dispararla apoyándola en el cuerno de la silla de montar.

Empezó a cargar el arma de nuevo.

—Esto lleva un poco de tiempo. Pero luego dispones de nada menos que seis disparos. —Una larga pausa—. Seis. —Una larga pausa—. Ni siquiera notarán cómo la bala les atraviesa las entrañas.

Håkan se sentó en el suelo. Los caballos lo observaban.

—Acerquémonos un poco —dijo Jarvis en cuanto terminó.

Se aproximaron seis u ocho pasos a la rueda. Jarvis apuntó y disparó. Esta vez tuvo más cuidado e hizo una pequeña pausa antes de cada uno de los tiros. La rueda, no obstante, se mantuvo incólume.

—¿Es posible que los disparos hayan pasado entre los radios? —se preguntó Jarvis en voz alta.

Se aproximó a su caballo, cogió la manta que llevaba enrollada detrás de la silla, regresó junto a la rueda semienterrada, extendió la manta por encima y retomó, de nuevo, el largo proceso de recarga.

—Votaron por mí, ¿sabes? Salí elegido. Capitán de la caravana. —Jarvis no levantaba la mirada del arma—. Y luego se nos sumó gente de otros grupos. Conozco a ciertas personas en el otro lado, ¿sabes? Personas importantes. Puedo conseguirles ciento treinta hectáreas cuando lleguemos. Ciento treinta como mínimo. Conozco la ruta. Fui al oeste hace un par de años, y luego volví a por mi mujer y a por los niños. Eso hace un total de tres viajes. No es poco: alguien que conoce el camino y que tiene algo que ofrecer al final del viaje. Y aun así. Disputas, disconformidad, desconfianza. ¿Envidia? No lo sé.

Dio un par de pasos, dejando nada más que uno o dos metros de distancia entre el arma y la rueda, y disparó a quemarropa. La manta bailoteó como un fantasma demente. Con la quinta bala, la rueda se desplomó. Jarvis se cernió sobre ella y la remató con el último disparo.

* * *

El exigente avance, el trámite nocturno de disponer los carromatos en círculo para guardar al ganado, las comidas breves y los apresurados preparativos matinales se repetían a diario, sin alteraciones de ninguna clase. Por solicitud de Jarvis, Håkan iba con la pistola a todas partes, y siempre se aseguraba de mantenerla bien a la vista. Avanzaban juntos la mayor parte del tiempo, y la gente se limitaba a guardar las distancias. Siempre que Jarvis le daba permiso, Håkan se dedicaba a cabalgar a lo largo de la caravana. Con el tiempo, advirtió que en esos paseos recibía

el mismo trato que Jarvis la primera vez que pasaron juntos al lado de los carromatos; algunos le mostraban una deferencia extrema (unos pocos incluso se descubrían), pero otros lo recibían con el ceño fruncido (a veces le parecía oír que escupían a su espalda). Mientras que Abigail se aferraba a su amargura marchita, Jarvis parecía tan radiante como siempre. Cada noche aceptaba, haciendo gala de una solemne gratitud, las ofrendas que sus compañeros de viaje depositaban a sus pies.

Las distracciones escaseaban, y la absorbente monotonía del viaje vaciaba los días de todo contenido. Cada paso a través de aquel paisaje inalterable era igual que el anterior; cada acción era una repetición inconsciente; cada hombre y cada mujer se movía en virtud de algún mecanismo olvidado pero aún activo. Y, entre ellos y el horizonte inalcanzable, el polvo, siempre el polvo. Les quemaba en los ojos, les congestionaba la nariz y les secaba la boca. A pesar de cubrirse la cara con un pañuelo, sentían la garganta corroída y los pulmones resecos. Hasta el sol, rojo e incierto, se ahogaba tras aquella nube inmóvil. Varias veces al día, incluso con el tiempo en calma, el polvo les impedía ver a los bueyes desde el carromato. En esas ocasiones —en especial cuando el viento se arremolinaba sobre ellos y transformaba cada grano de polvo en un perdigón, obligándolos a avanzar con los ojos cerrados—, la sensación de inmovilidad y de inmutabilidad se tornaba perfecta, y tanto el espacio como el tiempo parecían quedar abolidos. La lluvia era recibida como una bendición, a pesar de los problemas que, a veces, les acarreaba el barro. Al fin y al cabo, las precipitaciones asentaban el polvo, eliminaban los olores rancios (aunque luego volvían con saña cuando las ropas, los animales y las provisiones empapadas desprendían sus vapores bajo los rayos del sol) y les proporcionaban agua potable que, para variar, no bullía de insectos.

El último temporal de la ruta se prolongó durante varios días. La lluvia horizontal caía sin cesar, azotándoles la cara y arrugándoles las manos y los pies. Las ropas se enfriaron y empezaron a pesarles sobre la piel. Incapaces de encender fuego, no tenían manera de asar la carne de búfalo, que constituía su principal medio de subsistencia. Barro profundo; barro pegajoso; barro resbaladizo. La ruta se transformó en un denso lodazal, y el aire se llenó del chasquido de cascos y botas al despegarse de la arcilla, como ventosas que resonaban a todas horas bajo el bramido de la tormenta. Aunque las sumisas y fuertes bestias —oscurecidas y más delgadas a causa de la lluvia— mantenían el convoy en movimiento, marchaban a paso de caracol.

El camino, incapaz de absorber más agua, se había transformado en un arroyo. Bestias y carromatos se quedaban empantanados. Algunos de los carros se hundían hasta los ejes. Cada día, y a menudo en más de una ocasión, los hombres se veían obligados a meterse en el barro hasta las rodillas y a descargar sus carromatos para sacarlos del fango; después, los cargaban de nuevo, aguijaban a los bueyes y retomaban la marcha, con la esperanza de no volver a quedarse atascados al cabo de unos pasos y tener que descargarlo todo otra vez. Una mañana fría, en la que el granizo reemplazó brevemente a la violenta lluvia, el carromato que marchaba justo delante del de Jarvis se atascó en un profundo agujero. Sin decir nada, un grupo de hombres (Håkan y Jarvis entre ellos) acudió en su ayuda: primero lo descargaron y luego levantaron las ruedas mientras lo empujaban hacia delante, para que alguien encajara un tablón debajo de una

de las llantas. Patinazos de cascos, gritos, el restallido de los látigos. Como siempre, se les unieron unos pocos niños, que, ansiosos por colaborar, se ponían a jadear, con los brazos en jarras, después de cada empujón, dándose importancia. Al cabo de varios intentos, el carromato por fin quedó libre y se desplazó hacia delante con una sacudida. Aquel violento arranque hizo que Håkan y otros muchos cayeran al suelo de bruces. Todo el mundo jaleaba. Al levantarse, Håkan vislumbró, entre el fango y el agua que se le metían en los ojos, una pequeña mano, y la tomó para ayudar al niño a levantarse. Aquella extremidad tan liviana lo llenó de horror. Los gritos de alarma llegaron al mismo tiempo que el descubrimiento de lo sucedido. A unos pasos de él, yacía el cuerpo inerte del niño; Håkan sostenía su brazo cercenado.

Trasladaron al niño inconsciente al interior del carromato mientras Håkan corría a por sus instrumentos médicos. Solo cuando llegó hasta el burro se dio cuenta de que se había llevado el brazo consigo. Regresó apresurado y, después de devolverle al padre la extremidad de su hijo, intentó subir al carromato.

—Fuera —dijo el hombre—. El perro guardián del señor Pickett no pinta nada aquí.

—Puedo ayudar —contestó Håkan.

El hombre cerró la lona en las narices de Håkan.

—Puedo ayudar —repitió.

No hubo respuesta. Varios mirones se habían congregado alrededor del carromato. Håkan levantó la lona y fue recibido por la mirada desesperada y furiosa del padre. Una mujer que parecía demasiado joven como para ser la madre del niño revolvía entre los objetos del carromato, presa de un estéril frenesí.

—Puedo ayudar.

Håkan abrió su caja de lata y le mostró al hombre sus instrumentos. Entre toda aquella confusión embarrada, las herramientas brillaban como una promesa de orden y limpieza. Incluso a Håkan le parecieron talismanes procedentes del futuro. El hombre le dejó pasar.

—Fuego —dijo Håkan mientras practicaba un torniquete en lo que quedaba del brazo del niño —. ¡Ahora!

—¿Qué? Pero si está lloviendo. ¿Cómo?

—¡Fuego, ahora! Aquí mismo. Hacer fuego. Hervir agua.

La firmeza y la precisión de Håkan a la hora de atender la herida del niño debieron de dejarlo impresionado, pues el hombre ni siquiera cuestionó aquella extraña solicitud, sino que se puso manos a la obra de inmediato. Destrozó un taburete de ordeño y una caja con una almádena, y metió las astillas en una gran olla sopera. La madera estaba demasiado húmeda. Se palmeó los bolsillos desesperado, en busca de algo pequeño que pudiera prender. Todo era demasiado grande o estaba demasiado húmedo. Håkan alzó la vista del niño con expresión perentoria. Jadeando, el hombre puso patas arriba el interior del carromato hasta que, de pronto, se quedó inmóvil, presa de una idea. Tomó una caja y extrajo otra más pequeña de su interior. La mujer dio un respingo y se tapó la boca con las manos. De la caja de dentro, el hombre sacó un fardo, que contenía, segura y seca, la Biblia familiar. Arrancó varias páginas sin dudarlo; el papel era tan fino que crujió entre sus dedos antes de empezar a arder. Cuando lo colocó bajo las astillas en el fondo de la olla, el papel llameó con un fantasmagórico resplandor púrpura, y la madera

prendió enseguida.

—Hervir agua de lluvia. No mucha —dijo Håkan.

El hombre tomó uno de los cubos que colgaban fuera, en la parte trasera del carromato, y vertió dos o tres dedos de agua en una cazuela más pequeña, para después situarla sobre la parrilla que previamente había colocado sobre la olla del fuego. Pronto, el agua empezó a hervir, y Håkan sumergió sus instrumentos mientras tarareaba entre dientes.

—¿Licor? —pidió entonces, con los ojos clavados en la cazuela hirviendo.

El hombre lo miró fijamente.

—Licor —repitió Håkan, alzando la vista y simulando beber de un vaso imaginario, formando un semicírculo con la mano.

El hombre sacó una botella de una cesta y se la entregó a Håkan, que se restregó las manos con el líquido transparente de su interior; desprendía un fuerte olor a alcohol, salvo por un tenue aroma de cera de abeja y moho. Padre e hija lo observaban atentos, con la cara distorsionada por la impresión del accidente y por el desconcierto que les provocaban las demandas y las acciones de Håkan. Este extrajo los instrumentos del agua hirviendo, los dejó enfriar y empezó a trabajar.

Había ayudado a Lorimer y al indio de pelo corto en diversas amputaciones, pero nunca había visto un caso tan grave como aquel. Unos centímetros por encima de donde solía estar el codo, la rueda del carromato había machacado la carne reduciéndola a una pasta oscura, plagada de esquirlas de hueso. Con extremado cuidado, Håkan limpió la herida con alcohol y seccionó los jirones de carne y nervio del muñón. Localizó las venas y las arterias principales y las suturó, tras lo cual practicó cuatro incisiones verticales en la parte sana del brazo, penetrando en el músculo hasta el hueso y produciendo dos colgajos de piel. Empujó el bíceps hacia arriba y toda la carne retrocedió con él, lo que le permitió vislumbrar el hueso por encima del punto donde se había fracturado. El sonido le arrancó un sollozo a la joven. Después de cortar y limar el extremo del húmero, Håkan hizo descender la carne, cosió los músculos sobre el hueso y la piel sobre los músculos, y untó el muñón con una de las pomadas que el hombre de pelo corto le había regalado.

La lluvia tamborileaba en la lona y tintineaba en los baldes. De cuando en cuando, el fragor de un trueno. Con delicadeza, la chica enjugó la pálida frente del niño y, a continuación, le limpió el barro del cuerpo. Por un momento, Håkan se quedó absorto en la contemplación de la escena. A él nunca lo habían tocado así; nunca habían cuidado así de él. Recobró la compostura y se concentró en limpiar y guardar sus instrumentos. El fuego en la olla se había apagado. Con una mano temblorosa, el padre del niño cogió la botella de licor, le dio un trago y se la ofreció a Håkan, que la rechazó. Luego, el hombre le acarició el pelo a la chica, besó al niño en la frente y agarró a Håkan por los hombros.

—Que Dios te bendiga —le dijo, mirándolo a los ojos.

—Quién sabe —dijo Håkan, echándole un vistazo al niño y seguidamente al suelo.

—Lo sé, soy consciente. Pero puede que se salve. Y todo gracias a ti.

Tomaron asiento.

—No debería haberte llamado perro.

Håkan le quitó importancia al asunto con un vago gesto de la mano, y se sorprendió al darse

cuenta de que se lo había copiado a Jarvis. Apartó la mirada, avergonzado.

La chica, llena de ternura, trataba de conseguir que su hermano estuviera lo más cómodo posible, y se hallaba totalmente absorta en su labor. Håkan pensó que él daría su propio brazo a cambio de que ella le enjugara la frente, le colocara bien la almohada y lo besara en los labios. La chica alzó la vista, y, de inmediato, él bajó la suya. El hombre seguía disculpándose por su comportamiento hostil. Al ver a su hijo en ese estado, había perdido la cabeza. Y, a decir verdad, la situación con Jarvis también estaba llegando al límite. Håkan lo miró perplejo. ¿Por qué otro motivo necesitaría tener a su lado a un hombretón con una pistola tan enorme?, preguntó el padre del niño. A Håkan le llevó un momento darse cuenta de que su interlocutor se refería a él.

—Al principio, todos estábamos enfrentados entre nosotros. Pero, cuando vimos que tramaba alguna diablura, muchos nos unimos para enfrentarnos a Jarvis.

A Håkan le temblaron los labios, tratando de formular una pregunta, pero no sabía por dónde empezar.

—Entonces, no lo sabes —dijo el hombre.

Meses atrás, poco después de que la caravana se pusiera en marcha, se corrió la voz de que un hombre que ya había estado en el oeste tenía varias tierras allí y se las estaba cediendo a aquellos que estuvieran interesados. Al principio, Jarvis Pickett los había desilusionado con una carcajada, aclarando que solo se trataba de un rumor. Sin embargo, días más tarde, reconoció ante algunos de sus compañeros que sí poseía un pedazo de tierra, pero que no era más que un montón de polvo y roca, y que seguramente nadie lo querría. Luego les confió a unos pocos que en realidad se trataba de un valle fértil, superado tan solo por el Jardín del Edén, y que se proponía establecer una colonia selecta en sus dominios. Después les mostró mapas y escrituras, y comenzó a ceder parcelas a quienes le eran más leales. Nunca aceptaba dinero de nadie, afirmando que todos eran socios en aquella empresa; compañeros colonos, los llamaba. Lo eligieron capitán. Si alguien lo molestaba o desagradaba, Jarvis tachaba su nombre del acuerdo. Cada vez que esto sucedía, se corría el rumor de que había surgido una vacante, y los esperanzados aspirantes colmaban a Jarvis de regalos. Aquel hombre enfrentaba a la gente entre sí y los hacía competir, con presentes y favores, por las mejores parcelas. Al cabo de pocas semanas, ya no quedaban amigos en la caravana. Pero algunos comenzaron a sospechar sobre los mapas y las escrituras. Jarvis siempre respondía, de manera invariable, que, si hubiera pretendido robarles, habría aceptado dinero a cambio de las escrituras de las parcelas, y sin embargo nunca había aceptado ni un penique. Pese a todo, su convoy parecía avanzar más despacio que los demás. Les costaba más vadear los ríos, realizaban muchas paradas injustificadas y nunca alcanzaban a los carromatos que constantemente los adelantaban. Muchos pensaban que su capitán los estaba retrasando aposta, que alargaba el viaje para seguir recibiendo sus ofrendas. Jarvis contestaba que nunca había pedido nada. Pero, para entonces, muchos de los miembros de su círculo ya le habían dado demasiado —por voluntad propia, a pesar de sus sospechas—. Les quedaba poco o nada para rehacer su vida cuando llegaran, y su única esperanza residía en la parcela que Jarvis les había prometido. Los más cercanos, los que más le habían dado, eran los que menos confiaban en él, precisamente porque dependían de él de forma absoluta. Justo antes de la gran tormenta, la tensión había escalado hasta hacerse palpable, y el motín parecía

inminente. Jarvis se había vuelto desconfiado. Algunos pobres desgraciados habían intentado apaciguarlo con más regalos, albergando la esperanza de desplazar así a sus rivales más descontentos y abiertamente hostiles. Y fue entonces cuando apareció Håkan.

Al día siguiente, el sol volvió a ocupar su lugar en el cielo y no tardó en endurecer el suelo bajo sus pies. Una mañana, dos o tres días después del accidente del niño, mientras la caravana levantaba el campamento y se preparaba para retomar la ruta, Jarvis se encaramó a un par de cajas y solicitó la atención de los presentes. Esperó hasta que todo el mundo se callara, y su bigote dijo algo gracioso. Algunos se rieron. Después se puso serio —conservando, en cierta medida, su jovial expresión— y comunicó a la caravana que tenía un anuncio importante que hacerles.

—Amigos —dijo Jarvis—. Todos vimos lo que sucedió hace unos días. Nuestro futuro no puede esperar. Nuestros niños no pueden esperar. Cada paso cuenta.

Murmullos.

—Nuestros niños no pueden esperar —repitió—. Podemos seguir esta lenta ruta o podemos desviarnos aquí. Conozco un atajo.

Vítores y abucheos.

—Sí, un atajo. —Jarvis no trataba de persuadir a nadie, solo compartía las buenas noticias—. Seguid la ruta, si así lo deseáis. O, si no, seguidme a mí.

Sus últimas frases quedaron ahogadas bajo la creciente marea de voces. Por un momento, la división entre los bandos rivales —que hasta entonces solo se había comentado en susurros— quedó revelada de forma manifiesta. Los defensores de Jarvis le daban las gracias y se felicitaban entre sí por su buena fortuna, mientras que los detractores lanzaban miradas hoscas al suelo y al cielo. No obstante, la mayoría de los hombres, al margen de la facción a la que pertenecieran, se apartaron de las rodadas y se pusieron en marcha en la dirección que señalaba el dedo de Jarvis: hacia el sur. Solo tres o cuatro carromatos decidieron continuar por la ruta. Todos se sorprendieron, excepto Jarvis, que fingió no ver a los desertores.

Al final de la tarde, después de colocar los carromatos en círculo para pasar la noche, se formó una larga fila frente a la hoguera de Jarvis: toda una hilera de personas que humildemente aguardaban su turno para hacerle entrega de sus ofrendas. Algunos incluso llevaban caballos.

12.

Más que tirar de los carromatos, los bueyes, con la cabeza gacha y el morro espumeante, parecían hacer girar la corteza del planeta bajo sus pezuñas. Viajar por las llanuras inexploradas era como moverse a través de una sustancia sorprendentemente densa. Además de las piedras y de los agujeros ocultos entre la hierba, que siempre amenazaban (y a menudo rompían) ejes y ruedas, también debían hacer frente a la resistencia de la tierra virgen, que hasta entonces no había sido hollada por ruedas ni cascos. Su velocidad se había reducido más de la mitad; alguien dijo que estaban cubriendo menos de once, o incluso ocho, kilómetros diarios. Jarvis seguía tan jovial como siempre. Según sus palabras, un kilómetro por aquel atajo equivalía a treinta por la ruta de aquellos tercos vagabundos.

Aunque debilitado por la pérdida de sangre, el niño mutilado se recuperaba de forma satisfactoria. Lo mantuvieron sedado durante unos días, pues cayó presa de una fiebre leve que Håkan interpretó como una señal favorable: el cuerpo estaba quemando la enfermedad. De cuando en cuando, en sueños, el niño rascaba frenéticamente las sábanas, justo en la zona donde debería estar la extremidad amputada. Håkan acudía a inspeccionar la herida con más frecuencia de la necesaria. Después de que él examinara los puntos, la chica a menudo le ofrecía algo de comer o una taza de leche para que se quedara un poco más. Håkan comía o bebía en silencio y un tanto sonrojado. Cuando acumulaba el coraje necesario para levantar la vista, a veces se encontraba con que ella lo estaba mirando; le gustaba pensar que aquello que brillaba en sus ojos era una especie de admiración.

Dependiendo del día, el cabello de la chica podía ser cobrizo o dorado, y, junto con su pelo, sus ojos oscilaban del verde al gris. Sus pecas se multiplicaban, se desvanecían y se movían como constelaciones entre una visita y la siguiente. Håkan nunca había mirado a nadie con tanta atención, y se preguntaba si aquellas mutaciones eran reales o si tan solo se debían a su exacerbado escrutinio. Pasaba la mayor parte de las noches en vela, imaginándose el aspecto que ella presentaría al día siguiente.

Si solo hubiera dependido de él, nunca habría llegado a saber cómo se llamaba la chica. Ella parecía entender que Håkan era demasiado tímido o estaba demasiado asustado como para iniciar una conversación, y que, si lo forzaba a hacerlo, solo conseguiría que se retrajera aún más. Pero finalmente, mediante pequeños gestos, se las apañó para invitarlo a acercarse a ella. Y fue con ese mismo ánimo como Helen le dijo su nombre, sin preguntar por el de él. Después de un

momento de aparente vacilación, él le explicó que su nombre no era Halcón, sino Håkan. Helen fue una de las pocas personas en América que de veras intentó pronunciarlo bien. Se rio mientras trataba de dar con la forma exacta de aquellas extrañas vocales, y él también acabó por reírse, sumido en el solemne trance de ver cómo los labios de la chica decían su nombre. Aquel día, ella escribió el nombre de Håkan, sin saber cómo se deletreaba, en un pedazo de papel que él conservaría durante años, y, cada vez que lo mirara, Håkan pensaría que su espíritu habitaba en aquellos trazos difuminados, en los que un pasado irrecuperable lograba sobrevivir al presente, de un modo más intenso que en su propio cuerpo. En una ocasión, él le llevó fruta seca y dulces. Ni siquiera se atrevieron a tocarlos.

En sus visitas, Håkan trataba de evitar al padre del niño. Creía cierta su historia del fraude de Jarvis, pero seguía portando aquella gran pistola en el cinto, lo que le impedía confraternizar con él. Håkan quería cortar los lazos que lo unían a su jefe, pero le preocupaba que, si devolvía el arma, Jarvis se la entregara a algún otro, a alguien que seguramente se mostrara más dispuesto a apretar el gatillo. Tal como Håkan lo veía, mientras él llevara la pistola, habría un arma menos de la que preocuparse. No era que tuviera miedo por sí mismo; ya había decidido abandonar la caravana de Jarvis. Efectivo o no, aquel atajo lo estaba retrasando más de lo planeado. Resultaba evidente que la promesa del caballo iba a caer en saco roto; sería mejor volver sobre sus pasos hasta la ruta y, una vez allí, en sentido contrario al flujo de personas, recorrer a pie el camino hasta Nueva York. La cuestión de la pistola, por lo tanto, no tenía nada que ver con su propia seguridad. Eran el niño herido y su hermana quienes le preocupaban. ¿Qué sería de ellos? ¿Quién defendería a Helen? Por vez primera, Håkan se sentía dividido entre la lealtad hacia su hermano y la devoción hacia una nueva persona.

Aunque estuviera flanqueada por una serie de colinas bajas, la modesta cuenca por la que viajaban apenas merecía el nombre de valle. La primera en ver a los jinetes fue una niña. Se asomaron tras las crestas como en una procesión, uno tras otro, hasta que se contaron seis a cada lado del valle, más o menos a medio kilómetro de la caravana. Håkan se dio la vuelta y vio que emergía una formación similar a unos cientos de pasos de la cola del convoy. Podía sentir sus miradas cautas y hostiles. Si cabalgaban ladera abajo, los jinetes les cortarían fácilmente el paso. El convoy se detuvo. Unos pocos jinetes más aparecieron detrás de las lomas.

—¡En círculo! ¡En círculo! —gritó Jarvis.

Con una lentitud que contradecía la urgencia reinante, los carromatos se dispusieron en círculo. Nadie sabría decir quién dio la orden, pero los hombres empezaron a levantar barricadas entre los carromatos con cajas, tablas, toneles y sacos de grano y harina mientras las mujeres cargaban las armas —pistolas de un solo disparo y mosquetes en su mayoría— y sacaban mazas, cuchillos e incluso espadas hechas de rejas de arado. Casi nadie hablaba. Lentamente, los jinetes se desplazaron hacia los pioneros protegidos tras las barricadas, sin llegar a abandonar las crestas de las colinas. Un grito ululante se elevó en el aire, proveniente del grupo que flanqueaba el extremo norte, y los jinetes empezaron a aproximarse a los viajeros por los cuatro costados.

—¡Indios! —gritó alguien cuando se acercaron.

Los hombres, envueltos en pieles de búfalo, llevaban la cara pintada y plumas en la cabeza. Rodearon el convoy y, acto seguido, extrajeron largos rifles, mosquetes y trabucos de debajo de

sus vestimentas de cuero.

—¡Todo el mundo al suelo! —chilló una mujer.

Otro grito ululante, y los jinetes abrieron fuego a la vez.

Cuando se apagó el eco de los disparos, un gemido chirriante rompió el silencio. Håkan levantó la mirada y vio cómo un buey caía de rodillas y se desplomaba sobre su costado. Los perros corrieron a lamer el charco de sangre.

—¡Hay niños aquí! —chilló un hombre.

—¡Fuego! —gritó Jarvis.

Los emigrantes dispararon a los atacantes. El humo de pólvora oscureció el aire. No hubo ningún herido.

Los jinetes acometieron el largo proceso de recarga y las mujeres hicieron lo propio, prestas con sus baquetas y sus bolsas de proyectiles, mientras los hombres reforzaban las barricadas. Cuando las armas estuvieron listas, todos volvieron a sus puestos.

Al cabo de un momento de silencio, un grito ululante, seguido de una descarga de disparos.

Los emigrantes respondieron.

Nada. Al margen de unos pocos agujeros en las lonas de los carromatos, los disparos de ambos bandos habían tenido el mismo resultado que las salvas de fogueo.

Los sitiadores rompieron la formación y se reunieron para deliberar.

—Nunca llegarán hasta nosotros —dijo Jarvis en un fuerte susurro, dirigiéndose a todo el grupo—. No pueden acercarse lo bastante. No pueden.

—¿Pero cuánto podremos resistir? —preguntó una mujer.

—Oh, semanas —contestó Jarvis, restando importancia al asunto con un gesto—. Pero no se quedarán tanto tiempo. No les merece la pena.

Un par de vagones a la derecha, un hombre comenzó a discutir entre murmullos con su mujer, quien, por lo que Håkan llegó a entender, lo había convencido para abandonar la seguridad de la ruta.

De pronto, los jinetes partieron hacia las colinas, remontaron la ladera y desaparecieron tras la cresta sin mirar atrás. Algunos de los emigrantes empezaron a lanzar vítores. Jarvis pidió silencio.

—Esto no ha acabado aún —dijo.

Los hombres se mantuvieron en guardia. Las mujeres prepararon algo de comer, revolviendo las cazuelas con las baquetas. Nadie decía nada. Una tensa consciencia del momento presente se cernía sobre ellos. Mientras comía, Håkan sintió que se estaba despidiendo de algo.

Entonces los indios aparecieron de nuevo; esta vez, su grupo se había reducido a la mitad. Volvieron a rodear el círculo del convoy, y, tras una pausa seguida de un grito, abrieron fuego contra los viajeros. Los emigrantes respondieron. Nadie salió herido. Todos recargaron, y hubo otra ráfaga de disparos. Los proyectiles silbaban y gemían, lejos de dar en el blanco. Se produjeron tres o cuatro de estos intercambios tan ruidosos e inofensivos.

Súbitamente, un grupo de hombres blancos apareció al galope por una ladera, gritando, rugiendo y blandiendo sus rifles en alto. La confusión y el pánico se adueñaron del círculo de indios. Atrapados entre el fuego proveniente de los carromatos y el anillo que los inesperados

rescatadores empezaban a formar a su alrededor, los indios se precipitaron, entre gritos y chillidos, hacia el sur del valle. Algunos de los recién llegados fueron tras ellos, pero desistieron en cuanto los indios se desviaron a la derecha y desaparecieron tras la cumbre de las colinas occidentales.

Al otro lado de las barricadas, se produjo una gran profusión de abrazos, lágrimas e invocaciones. Algunos felicitaban a Jarvis. Håkan fue a ver a Helen y al niño. Ajeno al tumulto que lo rodeaba, el muchacho dormía en su cama, que estaba increíblemente limpia. Håkan le apoyó una mano en la frente. Seguía teniendo un poco de fiebre. Helen colocó su mano sobre la de Håkan. De pronto, la suavidad, el asombro, el deseo borraron todo lo demás: el mundo, su propio ser. Ella apoyó la cabeza en su hombro. Él le acarició la mano con el pulgar, esperando no ofenderla. Ella se arrimó aún más. Sus muslos se tocaron. Se sentaron mirando al niño, ignorando el ruido de los carromatos que empezaban a moverse.

—¡Halcón!

Jarvis lo llamaba. Håkan necesitó de todo su coraje para atreverse a mirar a Helen. Ella tenía los ojos fijos sobre el niño, pero su sonrisa iba dedicada a Håkan.

Salió del carromato. Jarvis le hacía señas desde el acceso que habían abierto en el círculo, para dejar pasar a sus rescatadores.

—Ya vienen. Te quiero aquí, conmigo.

Agrupados por familias, los emigrantes aguardaban en una fila expectante. El sol escocía como una herida abierta. Dos perros se apareaban con miradas de abatida beatitud. Un niño pequeño disparó hacia las colinas su carabina de juguete, fabricada con un palo. Unas aves empezaron a describir círculos en el cielo, justo encima del buey muerto.

—¡Gracias, amigos! ¡Bienvenidos! ¡Gracias! —exclamó Jarvis, en nombre de todo el convoy, cuando los hombres entraron al galope en el círculo abierto.

Algunas de las mujeres se alisaron el delantal. Algunos de los hombres se recolocaron el sombrero. Los jinetes guardaban silencio.

—Gracias —repitió Jarvis, más jovial que nunca—. Por favor. ¿Qué podemos hacer por ustedes?

—Pan. Hace siglos que no comemos pan —contestó el líder, un hombre con sombrero de copa acampanada, mientras gesticulaba discretamente a sus compañeros para que se ubicaran en una formación específica.

—¡Que alguien traiga pan! —gritó Jarvis.

Tras vacilar un momento, dos mujeres se precipitaron hacia sus carromatos, corriendo con pasitos cortos y recogiéndose las faldas. Un jinete se situó en la abertura, justo al lado de Håkan. Nadie dijo nada. Había un hormiguero a los pies de Håkan. Miró a los insectos, luego al cielo y luego al hombre que se alzaba junto a él. La cara del jinete se hallaba cubierta por esos puntos amarillos, rojos y azules que bailan ante los ojos después de mirar directamente el cielo brillante. Håkan parpadeó. Los puntos danzarines desaparecieron. Parpadeó de nuevo. Seguía habiendo manchas amarillas, rojas y azules sobre el rostro del jinete. Manchas de pintura. Håkan sintió que lo vencía la ingravidez. Le temblaron las rodillas. Dio un traspié y pisó el hormiguero. El niño pequeño disparó su carabina de juguete. Las mujeres volvieron con sus cortos pasitos y las faldas

recogidas, portando hogazas de pan. Helen se asomó desde su carromato y le sonrió a Håkan. El jinete siguió la mirada de la chica, llegó hasta Håkan y supo que este había visto sus manchas de pintura amarilla, roja y azul. Los dos hombres se quedaron paralizados durante un momento, aturdidos por el reconocimiento mutuo. El jinete se pasó la mano por la cara y se miró los dedos. Al otro lado del círculo, el líder, que estaba partiendo una hogaza por la mitad, vio el final de esta escena. Entrecerró los ojos hasta reducirlos a hendiduras. Soltó el pan y apuntó con el rifle a la fila de emigrantes.

—¡A la carga, por Jehú! —gritó.

Dispararon a todo aquel que se hallara en su línea de fuego; armado o desarmado, hombre o mujer, adulto o niño. El jinete situado al lado de Håkan estaba paralizado. Este sintió un hormigueo en el cuerpo cuando sacó la pistola y le disparó al corazón. Luego, horrorizado, se puso a cubierto detrás de unos sacos de grano; le faltaba el aliento. Humo. Un pitido en los oídos. Siluetas que se arrastraban. Gemidos. Perros asustados y perros codiciosos. Gritos. El latido de su propia sangre. Esa sensación de ingravidez.

Los falsos indios resurgieron desde detrás de las colinas más cercanas y se colaron dentro del círculo, uniéndose a los jinetes y abriendo fuego sobre los emigrantes. Aquellos que eran capaces, devolvían los disparos como podían. Uno de los indios impostores, alcanzado en el pecho, cayó junto a Håkan. Aún estaba vivo, pero pronto se ahogaría en su propia sangre. Håkan se acercó a él a rastras. Oyó cómo el pulmón perforado se desinflaba dentro de la caja torácica. Clavó la mirada en los ojos azules del hombre cuando este dio su último aliento.

A esas alturas, los disparos eran más bien esporádicos. No había tiempo para recargar. Las armas de fuego dieron paso a las armas blancas, las mazas y los puños. El padre del niño mutilado yacía muerto a unos metros de su yunta de bueyes. Håkan vio que tres hombres se metían en el carromato de Helen y su hermano. Se puso en pie y arrancó un perno flojo de otro vehículo. Un imitador de indio le salió al paso. Llevaba un puñal en la mano. Por primera vez en su vida, Håkan sintió, en su carne, en sus huesos, en cada extremidad de su cuerpo, la exacta medida de su tamaño y del poder que albergaba. Alzó el brazo, dejó caer el perno y golpeó al hombre en el cráneo, haciendo que se le saltaran los sesos. Tras coger el puñal, se dirigió al carromato y se asomó al interior. Le habían rebanado la garganta al niño. Dos de los hombres, desnudos de cintura para abajo, estaban encorvados sobre Helen. El tercero le sostenía un cuchillo contra el cuello. Ninguno se fijó en Håkan. Apuñaló a aquel que se movía adelante y atrás encima de Helen. Sorprendido, el hombre del cuchillo le rajó el cuello a la chica. Håkan sacó la pistola y disparó a los otros dos.

Salió del carromato, impelido por el torbellino de violencia que aún se cernía sobre el campamento. Gritó y sollozó como un niño mientras luchaba contra los saqueadores. Tan solo percibía los cuerpos que aparecían frente a él y que habían de ser destruidos. Nunca llegaría a albergar un recuerdo nítido de lo que hizo, pero algunas de las imágenes pervivieron para siempre en su memoria. Recordaría que pensó en su propio rostro, desfigurado y enrojecido por los alaridos mientras hacía buen uso de los tres disparos que le quedaban en la pistola. Recordaría cómo una nueva parte de su consciencia había cobrado vida y había perecido de inmediato cuando le abrió el cráneo a un hombre con la culata del arma. Conservaría un vivo

recuerdo de cómo, completamente fuera de sí, apuñaló a alguien en el hígado. Sabía que había matado y mutilado a varios hombres, pero nada se le quedó grabado tan claramente en la memoria como la sensación de pena e insensatez que surgía de sus actos: aquellos a los que merecía la pena defender ya estaban muertos, y, con cada uno de sus asesinatos, perdía argumentos para justificar su propia lucha por la supervivencia.

Estaban borrachos. Sonaba una canción que se repetía sin cesar, interrumpiendo sus bulliciosos desvaríos. Håkan no comprendía la letra, pero, por alguna razón, le hacía pensar en una boda. Le habían colocado una guirnalda en la cabeza, diciéndole que era una corona. «Por el Halcón», gritaban antes de cada brindis. Jarvis insistió en que se sumara a la celebración, y Håkan solo pudo aplacarlo llevándose aquella asquerosa botella a los labios y simulando beber un trago. «¡Por el Halcón!» Håkan contemplaba el fuego como si su mirada fuera el único combustible que necesitaba.

La tierra se reveló dura y rocosa, de modo que enterraron a sus muertos en tumbas poco profundas. Padres y viudas miraban fijamente sus montones de tierra. Håkan había colocado a Helen y a su familia en un lugar alejado del resto. Estuvo a punto de darle un beso en la frente, pero se sintió asqueado al descubrir que le resultaba más fácil besarla ahora que estaba muerta.

En cuanto a sus enemigos, los dejaron insepultos para que se pudrieran bajo el sol. La mayoría había muerto a manos de Håkan. Según Jarvis, los saqueadores se habían retirado en cuanto vieron que no tendrían ninguna oportunidad en un enfrentamiento mano a mano. Y todo había sido gracias a Håkan. Él había hecho que los atacantes lo pagaran caro. O algo así. Håkan no estaba seguro. «¡Por el Halcón!»

Interrogaron al único superviviente al que sus compañeros habían dejado atrás. Håkan comprendió casi todas las palabras de aquel hombre agonizante; hablaba despacio, realizando largas pausas para recuperar el aliento.

—Los soldados de Jehú. Los Ángeles de la Ira. Hay más de los nuestros —dijo desafiante.

—¿Dónde? —preguntó Jarvis.

—La milicia del profeta. Os erradicaremos del mundo. A todos vosotros. A los malditos gentiles. Incluido vuestro presidente. Os erradicaremos. Los hermanos se ocuparán de ello.

—¿Dónde? ¿Dónde están los otros hermanos? —insistió Jarvis.

El hombre sonrió.

—¿Por qué nos atacasteis? No tenemos nada. Somos pobres —pregunó uno de los emigrantes.

—Como dijo el profeta, hay tres clases de pobres. —A pesar de hallarse extenuado por el dolor, resultaba evidente que el hombre se regodeaba en las palabras que tanto le costaba pronunciar. Tosió y resolló—. Dijo el profeta: hay tres clases de pobres. Los pobres del Señor, los pobres del Diablo y los pobres diablos. —Se rio y tosió.

—Este hombre puede curarte —repuso Jarvis, señalando a Håkan—. Habla.

—Os erradicaremos.

El hombre emitió unas toses sofocadas, miró el cielo nocturno, escupió un cuajarón de sangre negra y murió.

Un resplandor apagado pendía al este. Había algo siniestro en los cuerpos de los emigrantes que yacían dispersos por el campamento, durmiendo la borrachera a la pálida luz de los rescoldos. Unas pocas mujeres ya habían empezado a ocuparse de sus tareas. Los caballos de los atacantes caídos estaban maneados y agrupados. Håkan localizó el bayo del primer hombre al que había matado. Ajustó los estribos y lo condujo junto a su burro, ya cargado. Jarvis dormía cerca de allí. Håkan dejó la pistola a su lado. Las mujeres interrumpieron su labor y lo contemplaron desde los agujeros negros de sus capotas. Håkan montó y, poco a poco, se alejó al trote.

13.

¿Algún día le confesaría a Linus lo que había hecho? Håkan recordó las fanfarronas historias de su hermano, repletas de proezas heroicas y exhibiciones de coraje, y la mera idea de que Linus pudiera sentirse impresionado por sus asesinatos lo entristeció. Ahora que había experimentado la violencia de primera mano, Håkan comprendía que todos aquellos cuentos infantiles tenían que ser, por fuerza, producto de su imaginación. Nadie podía cometer o presenciar tales actos barbáricos con semejante entusiasmo. Y prefería pensar que las historias eran falsas antes que creer que su hermano sentía una especie de goce frívolo con el derramamiento de sangre. En ambos casos, las falsedades o el regocijo mancillaban, por vez primera, la imagen que Håkan tenía de Linus. Pero había pasado mucho tiempo, y muchas cosas debían de haberle sucedido. Seguramente, a esas alturas ya sería una persona diferente. ¿Qué actitud mostraría ese nuevo hombre ante su hermano menor y los pecados que este había cometido? Y es que Håkan estaba convencido de que había pecado. No contra dios, cuya difuminada presencia apenas tomaba ya en consideración, sino contra la santidad del cuerpo humano, en la cual había sido iniciado recientemente, y que luego, solo unos meses después, había violado de forma brutal. No había excepciones ni excusas ni atenuantes para esta violación; ni siquiera Helen, a la que había sido incapaz de salvar. ¿En que lo convertirían aquellos asesinatos? ¿En qué se iba a transformar?

Puesto que no deseaba ver a otras personas, decidió viajar hacia el este siguiendo un rumbo paralelo a la ruta, manteniéndose a una distancia de un par de días hacia el sur. Solo cabalgaría al norte cuando se le agotaran las provisiones. Pero no mantuvo esa dirección por mucho tiempo. Se le adormilaba la mente, y era su caballo quien, en la mayoría de los casos, trazaba su errático curso. A menudo, los tres —burro, caballo, jinete— se quedaban parados en mitad de la llanura. Al margen del suspiro ocasional o del esporádico intento distraído de espantar a un insecto, se limitaban a mirar al vacío. Planicies pardas, un muro azul. De sus animales, de tristeza serena y mirada desorbitada, Håkan aprendió a abstraerse en la contemplación del espacio. A esta expresión ausente, le añadió la boca abierta. Simplemente estaban ahí, ensimismados con la nada. El tiempo se disolvía en el cielo. Apenas se apreciaban diferencias entre el paisaje y los espectadores. Meros elementos insensibles que existían uno dentro de otro. De pronto, Håkan retornaba de su largo estupor, consultaba la brújula y volvía a ponerse en marcha, solo para ceder ante los pensamientos vacíos un momento después y perder el control del bayo de nuevo. Apenas

comía; charqui, una galleta. Por las noches, sus hogueras eran pequeñas. Rara vez conciliaba el sueño. Perdió por completo la noción del tiempo, y no tenía una idea clara de dónde se encontraba. Sin embargo, estaba convencido de que, con suerte y un poco más de esfuerzo, llegaría a Nueva York en cuestión de semanas. Y, aun así, al mismo tiempo, no sentía ningún deseo de apresurarse. Sus pensamientos se debilitaron hasta convertirse en simples espasmos letárgicos, perdidos en la densa niebla que le nublaba la consciencia. Gradualmente, su raciocinio fue perdiendo intensidad, se tornó en un murmullo y acabó por desaparecer.

Se sentía embargado de una vacuidad activa y absorbente; una sombra corrosiva que borraba el mundo a su paso, una inmovilidad que no guardaba relación alguna con la paz, un silencio voraz que reclamaba la desolación absoluta, una nada infecciosa que colonizaba cuanto lo rodeaba. Su estela, muda y estéril, no era más que una vibración casi indetectable. Pero, en ausencia de todo lo demás, ese tenue zumbido resultaba insoportable. Håkan no poseía ni la voluntad para detenerlo (seguramente habría bastado con llevar a cabo una tarea sencilla e intencionada, como mantener el rumbo o preparar una comida) ni la fortaleza para soportarlo. Con los últimos posos de consciencia que pudo rascar en su interior, logró encontrar un lugar más o menos acogedor, provisto de agua, rodeado de un pasto aceptable. Ató al caballo y al burro con cuerdas largas, sacó la caja de lata del equipaje y, de uno de los viales, se administró unas gotas de la tintura sedante de Lorimer.

Por unos instantes —así de fugaz fue—, no le importó nada, y eso no importaba. Había un cielo. Había un cuerpo. Y un planeta debajo. Y todo era hermoso. Y nada importaba. Nunca antes había sido feliz.

Y eso tampoco importaba.

* * *

Igual que una esfinge, el burro estaba tendido junto a él. Pensó que se trataba de un sueño, porque nunca había visto al burro tumbarse. Se miraron el uno al otro. El albor bullía en el horizonte, pero no habría sabido decir cuántas noches habían precedido a aquel amanecer. Las dolorosas quemaduras del sol le llegaban hasta el hueso. Las líneas que definían los objetos a su alrededor —los arbustos, los animales, sus pies— resultaban quebradizas. Le hormigueaba el cuerpo, lo notaba hueco. Caminó hasta el estanque y bebió del agua turbia y cremosa. Después de asegurarse de que los animales tenían cuanto necesitaban, comió algo de charqui y un terrón de azúcar. Con una manta, la silla de montar y unos sacos, pergeñó un sencillo refugio para mantenerse a resguardo del sol. Se arrastró debajo y tomó otra dosis de la tintura.

Esta vez, no experimentó la dicha de la irrelevancia. Meramente se apagó. Sus ojos se volcaron hacia atrás, pero le sorprendió descubrir que seguía viendo en la oscuridad. Sus ojos miraban al interior del cráneo y a su propio cerebro. Con la parte de su percepción que no estaba ligada a la visión, comprendió que su cerebro estaba recibiendo imágenes de sí mismo a través de los ojos a él conectados. Su cerebro tardó un momento en comprender lo extraordinario de la situación.

«¿Qué cerebro se ha visto nunca a sí mismo?», pensó.

También pensó que sus entalladuras, su color y su textura eran únicos, y completamente distintos a los de los otros cerebros humanos que había estudiado en el pasado. Por un momento, el cerebro sintió que se mareaba ante el vértigo de albergar la imagen de sí mismo, e incluso lo encontró divertido. Entonces, la superficie cerebral pasó del gris al marrón. Aún conservando su forma, las olas perlinas se transformaron en oteros erizados, y la superficie gelatinosa se endureció bajo una capa de polvo y artemisa. Una manada de búfalos surgió de detrás de sus ojos y echó a andar por las colinas con parsimonia.

En ese momento, Håkan supo que estaba soñando y perdió el interés. Se hundió en la aniquilación.

El inestable refugio se había desplomado, y la manta se le había enrollado alrededor del torso. El sudor le chorreaba por el pecho y por el cuello. Era por la tarde. Alguna tarde. El estanque había menguado hasta convertirse en una charca de agua salobre. Por ninguna razón en concreto, se sintió asqueado por aquella parcela de paisaje y donde ya llevaba varios días. No quería quedarse allí, pero le faltaba voluntad para ponerse en movimiento. La única salida a su apatía, pensó, era ahondar en ella, volviendo a extinguirse a sí mismo con unas gotas de tintura. No obstante, carecía de agua para los animales, lo que imposibilitaba otra ausencia prolongada. Con manos débiles y temblorosas, cargó al burro y ensilló al caballo y partió, presa de los picores provocados por el sol, por el sudor y por los insectos. Al rascarse la cara, descubrió que le había crecido una barba tupida y espesa.

A la mañana siguiente, una helada endureció el suelo. El cielo pendía más bajo y el sol parecía indeciso. Håkan sabía que los emigrantes elegían las estaciones cálidas para realizar su viaje, y que pronto la ruta quedaría desierta. Era el momento de poner rumbo al norte y reabastecerse de provisiones para el resto del trayecto, antes de que llegara el invierno. Avanzaba con calma, confiando en recuperar las fuerzas y la claridad mental por el camino. El aire frío le despejaba la mente. Cada noche, cenaba bien y se aseguraba de mantenerse caliente y tener un sueño reparador. Partía de nuevo con la salida del sol, siempre a un paso cadencioso para no agotar a los animales. Cuando menos se lo esperaba, las imágenes de las muertes lo asaltaban en forma de detonaciones mudas, provistas de una nitidez abrumadora, y arrasaban la realidad física que lo rodeaba; a menudo se descubría reviviendo los acontecimientos de aquel día (iba montado en su caballo y, de repente, blandía un puñal invisible, o se cubría los ojos con el dorso de la mano, o gritaba, o se encogía). Aunque el zumbido, la vibración perpetua que oía desde que había abandonado la caravana, continuaba allí, ahora era capaz de ignorarla lo suficiente como para pensar y oír sus propios pensamientos.

No había forma de saber cuánto tiempo llevaba solo; sus largas ausencias, los días transcurridos bajo la influencia de la poción y del adormecimiento permanente, volvían inútil todo cálculo. Pero, dado que ahora hacía más frío y los días se habían acortado, infirió que llevaba varias semanas vagando en solitario. Apretó el paso para asegurarse de que no se le escaparan los últimos rezagados de la ruta antes de que el invierno se instalara definitivamente, y, pocos días después, divisó la línea intermitente de una exigua caravana. Se aproximó con

lentitud y avanzó a la par que los carromatos durante un trecho, manteniéndose a unos cientos de pasos de distancia. El convoy estaba mucho menos concurrido y, a diferencia de lo que sucedía unos meses atrás, se abrían amplios huecos entre los grupos de carromatos. Al cabo de un rato, el suficiente para que los emigrantes vieran que estaba solo y que no albergaba malas intenciones, se acercó a la caravana. A esas alturas, ya estaba acostumbrado a la impresión de encontrarse con un desconocido en las llanuras. Y también a la reacción que suscitaban su atuendo y, sobre todo, su tamaño. En esta ocasión, sin embargo, sucedió algo diferente. Entre el desconcierto habitual, se abrían paso señales de reconocimiento. Lo observaban con esa característica mirada de soslayo que trata de penetrar en el pasado, como si lo encontraran vagamente familiar pero les resultara imposible ubicarlo. Mientras tanto, algunos de los hombres se congregaron en un pequeño corro, empuñando palas y hachas. Unos pocos prepararon sus rifles. Las mujeres reunieron a los niños. Unos pocos emigrantes armados se subieron en sus monturas y fueron al encuentro de Håkan. Al ver que se aproximaban, él alzó las manos e hizo que su caballo caminara en círculos, para mostrarles que iba desarmado. Se detuvieron a una distancia prudencial.

—¿Es usted el Halcón? —preguntó un hombre.

Bastaron esas pocas palabras para que la realidad sufriera un vuelco. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podían esos hombres, perdidos en mitad de la naturaleza salvaje, conocer su nombre? Una oleada de asombro le recorrió el interior de la piel y se disipó, al tiempo que Håkan caía en la cuenta de algo terrible. A lo mejor el relato de sus actos se había extendido desde la caravana de Jarvis, retrocediendo por la ruta, de carromato en carromato. Eso ya era bastante espantoso de por sí, pero también suscitaba otra pregunta: ¿cómo se habría distorsionado la historia por el camino? No sabía qué responder. Mentir carecía de sentido; su aspecto era demasiado reconocible.

—Håkan —respondió—. Soy Håkan.

—Eso es, el Halcón —respondió alguien—. Usted mató a toda aquella gente.

Håkan agachó la mirada. Por primera vez desde las muertes, sintió algo distinto al dolor y a la culpabilidad. Sintió vergüenza. Casi habría supuesto un alivio trocar su tormento por bochorno, si la humillación no resultara tan abrasadora. Avergonzado, mortificado, sucio. Sucio delante de todo el mundo.

—No queremos problemas —dijo uno de ellos con voz temblorosa.

—¿Qué estás diciendo? ¡Este hombre es un héroe! —respondió otro con mayor aplomo—. ¡Podrían haber sido nuestras hijas!

Acto seguido, se embarcaron en un acalorado debate entre susurros. Håkan era incapaz de alzar los ojos. Desnudo y sucio. Siempre mirando hacia abajo, dio media vuelta, aguijó al caballo y, sujetando al burro de la brida, partió a medio galope. Momentos después, un grupo aún más pequeño de jinetes le daba alcance. Todos se detuvieron. El rostro enrojecido de Håkan seguía mirando hacia abajo. Dejaron unos sacos con provisiones junto a su caballo, le dieron las gracias por librarlos de aquellos criminales, le desearon buena suerte y regresaron junto a sus familias.

14.

Aprendió a hacer que el caballo y el burro se tumbaran por la fuerza. Había que comenzar por abrazarlos, con la mejilla contra el cuello del animal. Luego, con una pierna, los obligaba a doblar una rodilla delantera al tiempo que tiraba hacia abajo y a un costado, utilizando todo el peso de su cuerpo. Al principio se trataba de una verdadera contienda, pero, con el paso del tiempo, a las bestias les bastó con un abrazo y un leve tirón para comprender que debían tenderse y permanecer así hasta que Håkan decidiera levantarse. Hacía esto cada vez que le parecía divisar a alguien en el horizonte circular. En el caso de que los hubieran visto, los distantes viajeros creerían que las siluetas, de pronto invisibles, habían sido un espejismo. Pero no existían tales viajeros; las sombras en movimiento que percibía en la lejanía, casi a diario, no eran más que ilusiones. Con el doble propósito de alejarse de la ruta y del frío, había caminado hacia el sur durante varios días. No se encontró con ningún asentamiento ni camino, y no había ni rastro de tramperos, mineros ni indios. Durante semanas, no divisó más formas humanas que sus propias extremidades y su sombra. La planicie que lo rodeaba evitaba cualquier tipo de emboscada o sorpresa. Los sonidos parecían desplazarse a mayor velocidad en el aire frío, y, si algo escapaba a su vista, sus oídos lo captaban con presteza. Su soledad se revelaba absoluta en aquella llanura ilimitada. Y, aun así, se sentía acorralado. La menor alteración en el horizonte, el más mínimo crujido en la maleza lo arrojaban al suelo junto con los animales. Los tres se quedaban inmóviles, con las orejas pegadas a la tierra y la nariz llena de polvo. Håkan medía el tiempo gracias a la arteria del cuello de su caballo, sintiendo cómo palpitaba bajo el cuero viviente. No alzaba la vista hasta que transcurrían al menos cien latidos (el doble si juzgaba que la amenaza era grave), y solo entonces los tres volvían a ponerse en pie y reanudaban la marcha.

Tenía tanto miedo de toparse con alguien que supiera de él y de lo que había hecho que, además de las sombras ilusorias que lo hacían arrojarse al suelo junto con sus animales, empezó a detectar señales de presencia humana a cada segundo. Unas ramas rotas (y, en la estepa de artemisa, abundaban las ramas rotas) revelaban, de acuerdo a su interpretación, el paso de un jinete; una pocas rocas dispuestas de manera más o menos regular (y veía formaciones regulares por doquier) representaban los restos de un fuego de campamento, cuyas cenizas habían sido arrastradas por el viento; una franja de tierra desnuda (y, a lo largo de la llanura, había múltiples franjas que apuntaban en todas las direcciones posibles) se convertía en un sendero; un círculo nítido entre las matas de pasto (y el capricho dibujaba innumerables círculos por la planicie)

indicaba que habían dejado pastar al ganado en una cerca de carromatos. Varias veces al día, Håkan desmontaba y tomaba del suelo un puñado de estiércol seco para cerciorarse de que no era de caballo; y, en caso de serlo, para calcular si era viejo o no. Inspeccionaba la carroña y los huesos blanqueados para ver si los cuerpos habían sido descuartizados con métodos humanos. El aire, que siempre le había parecido inodoro, se hallaba ahora cargado de toda clase de aromas humanos, desde pan de maíz a pólvora. Se sentía acechado por multitudes que acababan de salir del círculo de su realidad, o que se hallaban a punto de invadirlo. Con el avance del frío, el terreno se endureció, y, en lugar del sonido blando, musgoso, al que estaba habituado, los pasos de los animales adquirieron la resonancia de la madera. Confeccionó ocho mitones de lona, los llenó de hierba seca y trapos viejos, calzó con ellos los cascos del caballo y las pezuñas del burro y se los ató a las cuartillas. Esos escarpines amortiguaban los pasos de las bestias, lo que dotó al viaje de la levedad de una idea aún por cumplir. La mayor parte del tiempo, Håkan marchaba casi de costado, con una oreja hacia delante, atento a otros viajeros que pudieran estar atravesando aquella muda extensión. Las llanuras que al principio le habían parecido impenetrables por su estéril monotonía y luego una fuente de conocimiento se convertían ahora en una superficie cifrada, saturada de mensajes codificados que apuntaban a un único significado: la presencia de otras personas, hombres que serían testigos de la condición infecta y putrefacta de Håkan. Siempre aguardaban detrás del horizonte. Igual que el invierno.

Con el objetivo de evitar más encuentros con los últimos rezagados de la ruta y en busca de climas más templados, Håkan se dirigió hacia el sur, manteniendo no obstante un suave desvío hacia el este. El invierno era una ola gigante que se alzaba en la distancia, sobre la llanura, presta a romper y arrastrar al diminuto jinete en una vorágine de hielo y oscuridad. A aquellas alturas, la sombra de esa ola colosal ya se cernía sobre él. Los días se acortaban. El sol perdía su autoridad. La hierba parda crujía bajo la helada. La leña se volvía inmune a la yesca. El agua chapaleaba bajo telarañas de cristal. La caza escaseaba. Se vio obligado a racionar las provisiones. Probó diferentes plantas que lo hicieron enfermar, hasta que por fin dio con un tallo suculento e inofensivo. Solía machacarlo con la empuñadura de la daga, hasta dejarlo reducido a una pulpa agridulce y ligeramente salada; le recordaba a los caramelos de regaliz que su madre le había entregado, con gran ceremonia, en tres ocasiones a lo largo de su vida, y que él había simulado adorar. Durante una temporada, también comió grillos, pero las existencias escaseaban y terminaron por desaparecer con la llegada definitiva del frío.

Como solo disponía de unas pocas mantas con las que envolverse por encima de la mezcolanza de ropas que los indios le habían confeccionado, las pieles pronto se volvieron tan valiosas como la carne. La mayoría de los animales habían emigrado al sur o se habían encuevado para pasar el invierno, pero aún había algunos perros, roedores y gatos que seguían deambulando por la llanura, con los ojos protuberantes de hambre y desesperación. Atrapó a sus primeros tejones y ratas con una trampa de peso muerto. Sin embargo, al quedar reducidas a un pegote de pelo y carne bajo la fuerza de la piedra, resultaba difícil despellejar a las criaturas más pequeñas —que constituían la mayoría de sus capturas—, lo que las volvía incomibles. Una tarde, al descartar a un conejo especialmente inservible, Håkan se acordó del pegamento de su padre. Varias veces al año, su padre reunía pieles y despojos de animales muertos (casi todos

liebres y ratones, atrapados con lazo en los alrededores de la casa, aunque una vez también usó partes de un alce podrido que encontró en el bosque), rascaba los pellejos y hervía los restos junto con huesos, colas y tendones durante un par de días, añadiendo el mínimo de agua necesario, hasta que todo quedaba reducido a un sirope viscoso, no muy distinto de la resina. A continuación, retiraba los huesos y empleaba la pasta para realizar pequeñas reparaciones. En una ocasión en que quedó especialmente satisfecho con el resultado, retó a Linus a separar dos tablas que había pegado con aquel mejunje. Linus —orgulloso de que lo tratara como a un adulto, y todavía más ansioso por llevar a cabo una demostración de fuerza— agarró las tablas y, sin ningún esfuerzo aparente, las separó. Fue tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de soltar la bocanada de aire que había inhalado en la anticipación del empeño. Tras la sorpresa inicial, Linus sonrió satisfecho, hasta que alzó la mirada y vio la expresión de su padre. Este les dijo a los niños que ordenaran aquel desorden, dio media vuelta y se marchó. Aunque el pegamento no fuera lo bastante resistente como para fijar la madera, Håkan pensó que seguramente le serviría para cazar piezas pequeñas. La mayor dificultad a la que se enfrentaba a la hora de elaborar la pasta consistía en mantener un fuego encendido tanto tiempo; no solo por la escasez de leña y por el intenso viento, sino porque aumentaba las posibilidades de que alguien lo viera. Después de dedicar los días siguientes a reunir combustible, Håkan fabricó una pantalla con las mantas y con la lona, lo que tenía la doble virtud de escudar el fuego del viento y ocultar su resplandor durante la noche. Tras hervir durante casi dos días los restos de las presas, vertió el pegamento en un trozo de lona encerada y puso unas galletas a modo de cebo. La primera víctima, una ardilla de tierra, consiguió escapar. La segunda ardilla de tierra también se las apañó para liberarse, pero aquella trampa pegajosa la frenó lo bastante como para que Håkan pudiera abatirla de un golpe limpio en la cabeza. La mayoría de los animales, aunque confundidos por la repentina capa adherente que aparecía bajo sus patas, lograban huir con su galleta. A pesar de las decepciones, con cada derrota, Håkan se sentía más próximo a su padre. Con el tiempo, no obstante, entre la trampa de peso muerto y el pegamento (que, una vez frío, se convertía en un bloque ámbar que se podía derretir y reutilizar una y otra vez), consiguió atrapar un buen número de perros de las praderas, hurones, comadrejas, tejones, ratas, liebres e incluso pequeños coyotes.

Empezó a confeccionar un abrigo con las pieles. Las disecciones que había realizado bajo la supervisión de Lorimer lo habían convertido en un desollador consumado. Con nada más que unas pocas incisiones, las pieles se desprendían del cuerpo casi como si se deslizaran, como si estuvieran forradas de seda y la carne que cubrían fuera de cera. En algunos casos, lograba dejar la piel vaciada casi intacta, lo que daba la sensación de que el cuerpo que antes albergaba, simplemente, se había derretido para luego evaporarse. Después de desollar a sus presas, rascaba los restos de carne y grasa que quedaban en los pellejos y los ponía a secar en las alforjas del caballo y en la grupa del burro. Acordándose de aquellas indias que curtían pieles de búfalo mientras sus maridos dormían la borrachera, restregó los sesos de los animales recién capturados por el lado interior de las pieles rígidas, para ablandarlas. Como la mayoría de los sesos eran muy pequeños, los machacaba y los mezclaba con agua. Durante un periodo de sequía, descubrió que su orina daba mejores resultados.

Al cabo de unos cuantos golpes, los tendones secos de los animales de mayor tamaño se

deshacían en fibras; Håkan las separaba y las usaba como hilo para coser, con agujas quirúrgicas, las piezas de piel curada. Se trataba de un proceso lento (cazar, curar, elaborar el hilo, coser), y ya había caído la primera nevada. Sin un arma, no tenía ninguna posibilidad de hacerse con uno de los últimos osos o gatos grandes que a veces divisaba a lo lejos, comiendo la carroña que él había dejado atrás. En una ocasión, se embadurnó de sangre y se tumbó en el suelo, simulando estar herido, con la esperanza de apuñalar al lince que venía siguiéndole el rastro. El lince nunca apareció. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que algo mejor compensó aquel fracaso.

Entre los leves copos de nieve que se derretían antes de tocar el suelo, le llegó el llanto de un bebé. Como siempre, Håkan reaccionó forcejeando con el caballo y con el burro, con el fin de obligarlos a tumbarse. Sin embargo, el llanto proseguía entre la nieve. Los copos, pequeños e intangibles, parecían formar un halo frío alrededor de su rostro, en contraste con el calor proveniente de los músculos del caballo, tensos bajo el cuello. No se oían voces de hombres ni de mujeres. No se oía ni el tintineo de los arneses ni el crujido de los muelles. No se oían ni ruidos de carromatos ni pisadas de animales. Nada más que un llanto solitario. El caballo empezó a ponerse nervioso, pero Håkan cargó su peso sobre el cuello del animal y consiguió que siguiera tendido en el suelo. Pasó un largo rato. El lloriqueo no cesaba, y aún provenía del mismo punto entre toda aquella niebla blanca. Al margen del llanto, reinaba el más completo silencio. Dejó de nevar. La niebla adquirió densidad. Anquilosado y empapado, Håkan se puso en pie, montó en su caballo y avanzó entre las nubes que se deslizaban a ras del suelo. Los llantos sonaban con más fuerza a cada paso que daba. La llanura no oponía resistencia a la niebla. Håkan desenvainó el cuchillo. A medida que avanzaba, el terreno ante él emergía a la realidad desde la blancura. Entonces, en una pequeña hondonada junto a unos matojos, tomó forma un león de montaña. Yacía en un charco de su propia sangre, diluida por la nieve derretida. A su lado, un cachorro ciego se deshacía en lamentos. Se estaba quedando ronco. Håkan desmontó y vio que el puma había muerto al parir a su segunda cría, que venía atravesada, y que se había quedado atascada con medio cuerpo fuera. Håkan volteó a la madre y acercó al cachorro lloriqueante a una de sus mamas. Midiéndola desde el extremo de las patas traseras estiradas hasta la cabeza, la leona era más alta que Håkan. El cachorro chupaba ansioso, pero, al cabo de unos momentos, al notar que no salía nada, empezó a llorar de nuevo. Håkan trató de ordeñar a la leona. Luego, rebuscó entre sus provisiones y le ofreció al cachorro todo lo que tenía: charqui, agua azucarada, carne seca de diferentes animales, gachas de avena, tocino y galletas remojadas. Ahora también percibía una nota de enfado en los desesperados lamentos de la cría. Se hizo un corte en el antebrazo y acercó el morro del cachorro a la sangre, pero este ni siquiera la probó. Håkan dirigió la mirada a aquella boca lloriqueante, y reparó en el costillar de la bóveda del paladar, en los afilados dientecillos y en las escamas blancas de la lengua rosada. Olió el aliento limpio procedente del estómago vacío. Luego, miró los acuosos ojos de la criatura y le retorció el pescuezo. Madre y cría fueron despellejados.

El caballo y el burro estaban extenuados y enfermos de hambre, pero Håkan sabía que su única esperanza residía en impedir que el frío proveniente del norte los alcanzara. Renunció a todas sus aspiraciones, por pequeñas que fueran, de seguir avanzando hacia el este. Los continuos vendavales le hacían sentir que, más que caminar, se estaba cayendo. Tenía la cara

quemada por el viento, las manos cubiertas de sabañones y los pies helados. El caballo avanzaba con la cabeza gacha, casi pegada al pecho. Cada poco rato, Håkan se veía obligado a parar y volverse de espaldas, para descansar de aquel aullido incesante, ensordecedor y desquiciado; le llenaba la cabeza por completo, y no dejaba espacio para un solo pensamiento. No había forma de encender fuego, y dormía envuelto en la piel de la leona. Cuando esto no bastaba, obligaba al caballo a tumbarse y se acurrucaba contra él. Una noche en que el caballo se negó a tenderse, Håkan descubrió que el burro estaba encantado de que durmiera pegado a su costillar, y a partir de entonces compartieron el calor del otro durante numerosas ventiscas. Afortunadamente, resultaba muy improbable toparse con nadie en mitad de aquel chillido tan devastador; ese fue, durante aquella época, su único consuelo. Su soledad era perfecta, y, por primera vez en meses, pese a los bramidos y al azote de los elementos, Håkan halló la calma.

Una modesta cadena montañosa emergió del horizonte. Después de meses y leguas de desierto y herbazales llanos, las escarpadas ondulaciones que se alzaban hacia el cielo le parecieron un fenómeno de otro mundo. Algunas de las cúspides incluso se perdían entre las nubes bajas. Las laderas estaban verdes; Håkan no daba crédito a sus ojos. Quizá encontrara refugio allí, y tal vez los vientos soplaran con más suavidad al otro lado. Dos días después, ya se encontraba en mitad de la ladera de la sierra más accesible. Aliviado por el cambio respecto a la invariable planicie de la estepa, marchaba de buen humor. Y los árboles. Los árboles perennes. Los árboles verticales. En las copas, montones de aves amistosas (no las carroñeras desesperadas y dementes que en ocasiones sobrevolaban las llanuras) trinaban y trabajaban en sus nidos. Entrecortada y desplegada entre las ramas y las agujas, la cenicienta luz solar recuperaba parte de su brillo al caer en forma de rayos finos y discretos sobre las rocas veteadas de liquen. El sotobosque bullía de vida: ardillas, lombrices, zorros, insectos. Junto a un abeto, Håkan encontró unas setas mantecosas que le recordaron a las chantarelas que solía recolectar con Linus. En Suecia no salían en invierno, pero arrancó una de todos modos y, reconociendo aquel olor fresco y oscuro, tomó un cauteloso bocado. Se le escapó una lágrima y contuvo un sollozo. Cuando ya no faltaba mucho para la puesta de sol, halló una cueva angosta donde cocinó las setas, que comió con los ojos cerrados. Dedicó el día siguiente a descansar. Cuando despertó de aquel largo y musgoso sueño, colocó unas pocas trampas por los alrededores y se puso manos a la obra con el abrigo.

Inevitablemente, la pieza principal de la prenda fue la piel de la leona. Håkan la había separado con cuidado, practicándole las menores incisiones posibles, para preservar su forma. Tras coserle o pegarle unos parches de cuero en ciertos lugares ocultos en el dorso de la piel (orejas, frente, morro, garras), la cabeza del puma, que había quedado reducida a un andrajo, recuperó parte de su majestuosidad. Colgaba detrás del cuello del abrigo, pero también se podía usar como una ominosa capucha. Las patas delanteras, enrolladas alrededor del cuello, servían de bufanda, y se mantenían en su sitio gracias al peso de las garras, lastradas con arena y guijarros. La espalda de la leona cubría la de Håkan, de modo que la cola del felino parecía una prolongación de la columna vertebral del hombre. A partir de esta prenda, aún carente de mangas, esperaba confeccionar un abrigo, de modo que se embarcó en la tarea de coserle las pieles más pequeñas que había curtido por el camino. Durante el tiempo que pasó en la cueva, también atrapó a un zorro, y su piel le bastó, casi por sí sola, para confeccionarse una manga.

Dado que el pellejo del puma lo cubría casi por completo y la caza abundaba en aquel bosquecillo de montaña, ahora tenía pieles de sobra, con las que elaboró un pequeño refugio plegable.

Si el pasto no hubiera escaseado, se habría quedado allí todo el invierno, cosiendo tranquilamente, poniendo trampas y comiendo estofado de setas en su guarida, que no tardó en convertirse en el sitio más acogedor de cuantos había conocido en sus múltiples viajes.

Una vez que cruzó la cima y comenzó a descender por la ladera sur, se alegró de haberse puesto en marcha. Al otro lado de la montaña, los vientos soplaban con más suavidad, la hierba crecía más tierna y el sol parecía menos remoto. Seguía nevando de cuando en cuando, y las noches eran largas y duras, pero, según sus cálculos, ya había pasado más de la mitad del invierno y, si aquello había sido lo peor, no cabía duda de que lograría sobrevivir. A pesar de mantener su rumbo hacia el sur, se desvió ligeramente hacia el este. Las sierras no eran impracticables, pero se sentía más tranquilo sabiendo que se interponían entre la ruta de emigrantes y él. Continuaba escudriñando la llanura en busca de señales que revelaran la presencia del hombre, pero no había ni rastro de fuegos ni de herramientas ni de ganado.

Aunque en el pasado ya había viajado por llanuras inexploradas, en esta ocasión había algo fuera de lugar. Él. No encajaba en aquel paisaje. Se preguntó cuándo habría sido la última vez que aquellos campos habían sido percibidos por alguien. Notó que los prados le devolvían la mirada, conscientes del encuentro, tratando de recordar qué se sentía al ser mirados de aquel modo.

—*Gräs* —dijo en voz alta, dejándose invadir por el asombro y la injusticia de reducir a todas aquellas hojas individuales, que se mecían hasta el límite del mundo, al dominio de una única palabra.

Temía la puesta de sol, y a menudo se pasaba todo el día preocupándose por la noche. En ocasiones, la escasez de leña y la violencia del viento le impedían encender un fuego. Anticipándose a esa posibilidad, había tomado la precaución de fabricar su pequeña tienda mientras estaba en la cueva. Elaborada con madera flexible, cuero y mantas, consistía en un triángulo alargado de lados curvos y contaba con dos paredes convexas, como el casco invertido de un bote (o como la cabeza de algunos peces o el pico de algunas aves), y una abertura. Håkan la colocaba orientada a barlovento y se colaba en su interior a rastras, tumbándose sobre la base para lastrar toda la estructura. La tienda solo le cubría la parte superior del cuerpo, pero la proa hendía eficazmente las ventiscas, que amenazaban con hacer añicos el pequeño casco de la nave volcada; esta, por su parte, parecía moverse a una velocidad vertiginosa, pese a estar completamente inmóvil. Si consiguió dormir durante aquellas noches tan despiadadas y carentes de fuego, fue gracias a su pequeño refugio.

Reemprendía la marcha al amanecer y no acampaba hasta la puesta del sol; ni siquiera desmontaba para comer, y tan solo se detenía cuando llegaba a alguna corriente o charca de agua, para que el caballo y el burro pudieran refrescarse. En esas ocasiones, aprovechaba para poner unas pocas trampas. A medida que avanzaba hacia el sur por aquella tierra desconocida, sentía crecer cierto malestar en su interior. Tenía un origen abstracto, como un humor misterioso que le subiera desde las entrañas, adensándose al ascender por el esófago, hasta coagularse en una bola

al extremo del esternón, justo entre las clavículas. Aquella pelota semisólida le daba ganas de vomitar. Por mucha carne en mal estado y plantas nocivas que hubiera comido, sabía que el malestar no provenía de nada que hubiera ingerido. Se trataba de una fuente externa a él. Era la llanura. Era su permanente desplazamiento por el vacío. Quizá su padecimiento se viera exacerbado por la escasez de comida y de descanso, pero lo cierto es que aquella ondulada extensión se había tornado enfermiza. Con solo mirar la planicie, la pelota adquiría densidad, y se volvía más dura y asfixiante en cuanto Håkan comenzaba a moverse por la estepa. El marrón, los oteros, el murmullo, el resplandor, el polvo, los cascos de las monturas, el horizonte, la hierba, las manos, el cielo, el viento, los pensamientos, el resplandor, los cascos de las monturas, el polvo, los oteros, las manos, el horizonte, el marrón, el murmullo, el cielo, el viento, la hierba le revolvían el estómago. A veces trataba de inducirse el vómito, pero solo conseguía que, por culpa de las arcadas, las venas de la cabeza se le hincharan hasta casi reventar. En ocasiones, aquella nauseabunda monotonía se veía interrumpida por acontecimientos menores —búfalos, un arcoíris—, pero, una vez dispersados, el malestar volvía con fuerzas renovadas.

Siguió viajando hacia el sur durante semanas. Poco a poco, el aumento de la temperatura fue facilitándole la vida. Aun así, le sorprendió comprobar que, pese a aquel clima más templado, la vegetación empezaba a escasear. La hierba, dura y afilada como una cuchilla, crecía solo por parcelas. Los arbustos se tornaron espinosos y hostiles. Los animales con escamas pronto sobrepasaron a los peludos. El desierto marrón se estaba transformando en un desierto rojo. Según avanzaba hacia delante, el terreno adoptó rasgos familiares: el polvo escarlata que viraba al púrpura en el horizonte irregular, el calor proveniente de aquel agujero blanco fijado en el cielo, la indiferencia generalizada ante la vida. ¿Había estado allí antes? Aquel paraje le recordaba a una parte concreta del viaje que había realizado con los Brennan. ¿O acaso se trataba del desierto donde Lorimer y su grupo habían hallado a los indios saqueados? Lo aturdió descubrir que no era capaz de diferenciar aquellos lugares, y su confusión lo asustó. ¿Y si, de algún modo, pese a consultar regularmente la brújula, se había perdido? ¿Y si había vuelto a uno de los sitios donde ya había estado? ¿Cuántos desiertos podía haber en un solo país? Lorimer le había enseñado que, pese a lo que le decían sus sentidos, la Tierra era una esfera. ¿Acaso había dado la vuelta entera? ¿Y si su viaje hacia el sur (y un poco al este) lo había conducido hasta el noroeste, de donde había partido? Si comparaba la duración de su periplo con el tiempo que había pasado navegando hacia el norte desde el cabo de Hornos, en el barco que lo llevó a América, aquella teoría cobraba sentido. Se echó a llorar. ¿Había dado la vuelta al mundo para nada? Un pensamiento aún más terrible se filtró en su cabeza. ¿Estaba perdiendo la razón? ¿Estaba su cerebro enfermo?

No había plantas ni combustible ni agua. No sabía dónde se encontraba. Ni siquiera sabía si estaba cuerdo. No tenía más alternativa que dar media vuelta, regresar al pastizal, y entonces, sin importar los riesgos, poner rumbo al este.

15.

Una abeja. Sobrevoló en círculos las orejas del caballo, zumbó alrededor de la nuca del jinete y los escoltó durante un rato, inspeccionando cautelosa las alforjas y la carga del burro. Lo primero que Håkan pensó fue que, por fin, había llegado la primavera. Pero inmediatamente se dio cuenta de que hacía años que no veía una abeja. De hecho, aquella era la primera con la que se cruzaba desde que se marchó de Suecia. Hasta ese momento, la naturaleza americana, con su profusa variedad de especies, prosperando en todo tipo de condiciones, incluso en las más extremas, había sido incapaz de producir una abeja. Håkan había vivido todas las estaciones del año en climas de lo más diversos. Y llevaba una eternidad viajando por ese tipo de praderas; al menos, desde su primer encuentro con los emigrantes de la ruta. ¿Entonces, por qué, ahora, de pronto, una abeja? Granjas. Esa era la única explicación que se le ocurría. En todo aquel tiempo, desde que desembarcó en San Francisco, no había visto a nadie que trabajara la tierra. Nadie araba, sembraba o segaba. No había vallas, pajares ni molinos. Ni panales de abejas. Así que tenía que estar aproximándose a una granja. Dado que ni el terreno ni el clima habían cambiado, esa debía de ser la mejor explicación para la inesperada aparición de la abeja.

Seguía preocupado por la gente, pero confiaba en que, después de todo el tiempo que había transcurrido desde los asesinatos, se hubieran olvidado de él. A veces, cuando se sentía más animado, incluso albergaba la esperanza de hallarse tan lejos del lugar de los hechos que nadie hubiera oído hablar del asunto. La noticia nunca podría haberse extendido hasta allí, a tanta distancia de la ruta. Y, aunque llegara a darse tan remota posibilidad —incluso aunque las nuevas de sus vergonzosas acciones hubieran viajado a través de las estaciones y las llanuras—, creía haberse fortalecido y se sentía preparado para enfrentarse a cualquiera con la verdad por delante. Cuando tales argumentos no le bastaban, se decía que estaba loco o perdido, atrapado en la gran pradera que se extendía entre la ruta y el desierto, y se repetía que, si quería volver a ver a Linus, tarde o temprano tendría que poner rumbo al este, y que, incluso si no se encontraba con nadie por el camino, sin duda se vería obligado a enfrentarse a una multitud en la gran ciudad de Nueva York.

Por el momento, no obstante, aunque la abeja —y las muchas que la siguieron— fuera un heraldo de la civilización, no había granjas ni pueblos a la vista, y Håkan continuó su viaje sin que nadie lo molestara. Es más, pese a sus amenazadoras connotaciones, las abejas supusieron un motivo de gran alegría. Unos días después de encontrarse con el primer espécimen, Håkan vio

que un enjambre sobrevolaba un tronco caído. Las abejas entraban y salían en tropel de un agujero abierto en el viejo árbol, que resultó albergar un panal. Con mucho cuidado, pero incapaz de evitar algunas picaduras, Håkan se aventuró a coger un poco de miel silvestre. Los antebrazos le ardían, salpicados de ampollas coronadas de amarillo, cuando se llevó una pizca a los labios. Apenas reconoció el sabor. Guardaba menos relación con el sentido del gusto que con el del tacto, el olfato y la vista. Aquella cera sedosa le subió directamente a la nariz, donde vio un millar de flores.

Cuando por fin se despojó de su abrigo, también quitó los mitones de lona de los cascos del caballo y de las pezuñas del burro. Las penurias del invierno se habían convertido en un mero recuerdo; una serie de imágenes vívidas pero también parciales. Sabía que había pasado frío, pero no podía evocar la sensación del frío en los huesos; sabía que había soportado fuertes vientos, pero no podía revivir la impresión de la ventisca lacerándole la piel. De un modo similar, sabía que había vivido presa de un miedo permanente a encontrarse con otras personas, y recordaba lo exhausto que lo solían dejar sus continuas precauciones al respecto, pero le resultaba imposible conjurar el miedo mismo. Podía recuperar todo aquello —el frío paralizante, los vendavales cargados de arena que le atravesaban el cuerpo, la amenaza perpetua e inarticulada— bajo la forma de palabras o imágenes, pero no como experiencias. Y fue tal imposibilidad lo que le hizo creer que ahora, llegada la primavera, estaba preparado para reencontrarse con sus iguales.

Viajó hacia el norte hasta que los últimos vestigios rojizos del desierto hubieron cedido ante la verdeante pradera, y entonces giró abruptamente al este. Cada vez que consultaba la brújula, veía una imagen parcial de sí mismo, reflejada en la tapa empañada, que el tacto de sus dedos había oscurecido con el tiempo. Lo primero que miraba era siempre la dentadura. Blanca e inmaculada, constituía la única parte de su cuerpo que le recordaba quién había sido una vez. Pero, en cuanto cerraba la boca, las reliquias desaparecían bajo el desorden amarillo y anaranjado de su barba. Siempre lo sorprendía toparse con esa cosa tan brutal en la cara. Los ojos se le habían hundido en el rostro a base de forzar la vista y ahora resultaban casi invisibles, ocultos en el fondo de las depresiones que se le formaban entre las mejillas protuberantes y la frente prematuramente arrugada. Sus rasgos se le iban revelando uno por uno mientras se examinaba la cara en la sucia tapa de la brújula. Si la alejaba para ver el conjunto, todo desaparecía. Se preguntó qué pensaría la gente de esa cara. ¿Qué le había hecho aquella vida salvaje? ¿Llevaba sus asesinatos escritos en el rostro? Aunque todavía no había señales de colonos ni de viajeros, previó que pronto conocería las respuestas a esas preguntas.

El sol acababa de elevarse sobre el primer resplandor rojizo cuando Håkan divisó cuatro pulcras columnas de humo en el cielo, separadas a la misma distancia las unas de las otras. Habría sido incapaz de explicarlo, pero había algo en la densidad, la textura y el color del humo que le hablaba de chimeneas y de cocinas. Se trataba de fuegos confortables, no de hogueras apresuradas. Hizo un alto, indeciso, y después retomó la marcha. Mientras avanzaba hacia las estrechas nubes verticales, apareció un huerto. Más allá de los árboles, cobró forma la aguja de

una iglesia. El ruido del martillo, el primer sonido humano que oía en siglos, le llegó en forma de ecos, como si una mano remota estuviera clavando algo en el cielo. No tenía claro si el olor a pan, a flores de manzano, a perros y a mermelada flotaba en el aire o en su cabeza. ¿Acababa de oír la risa de una mujer? Pensando que a pie parecería menos amenazador, desmontó y echó a andar a la par que su caballo hacia el pueblo. Las copas de los árboles se mecían diciendo que sí y que no. Distinguió unas cuantas casas. Estaban pintadas de rojo sueco.

Se detuvo al sentir que, si daba un paso más, empezaría a ser visible. Varias piezas blancas de ropa de cama ondeaban en un tendedero. Se rascó una de sus manos cubiertas de cicatrices y costras con la otra. Detrás de las paredes rojas, había camas; camas que luego se cubrirían con aquellas sábanas tendidas a secar. Hacía mucho tiempo que no ponía el pie en una habitación. A lo mejor algunas de las sábanas eran manteles. Detrás de las paredes rojas, también había mesas. También había sillas. Podría haber un sofá. Había cántaros de leche y vajilla. Podría haber alguien barriendo el suelo. Podría haber niños en la cama. ¿Cómo hablaría? ¿Qué historia contaría? Un pobre diablo solo en la pradera. ¿Cómo explicaría su situación? ¿Sería capaz de mentir? Se miró sus mocasines remendados. La sola idea de mantener una conversación —y la certeza de que no podría engañar a nadie— hizo que los latidos del corazón le retumbaran en los oídos y que la sangre se le agolpara en el rostro.

Algo se movió en el huerto. Oyó un segundo martillo. El sol, blanco, se agrió. Håkan montó a caballo, dio media vuelta y, por primera vez en su vida, se lanzó al galope.

Los ojos le lagrimeaban a causa del viento seco y veloz. Descubrió que no era un buen jinete, pero los terrores de los que huía excedían con creces su miedo a caerse del caballo. El animal, por su parte, parecía haber recordado algo acerca de sí mismo y se mostraba feliz.

La llanura los volvió a acoger en su seno.

Cuando la montura decidió parar, no era ella, sino Håkan quien estaba sin resuello. Como siempre le habían dicho que no había que forzar a los caballos, nunca se había permitido ir más allá de un medio galope. La sensación de velocidad, que jamás en su vida había experimentado, no había desaparecido tras la galopada. Jadeante, aún se sentía inmerso en aquella zambullida horizontal. Estuvo a punto de reír. Poco a poco, mientras recuperaba el aliento, se dio cuenta de que el mundo se había detenido, y finalmente sus penas lo alcanzaron. Nunca sería capaz de presentarse ante otras personas. Lo veía con total claridad, ahora que, una vez más, se encontraba a solas en el vacío. Pero, entonces, ¿cómo cruzaría los pueblos que, a buen seguro, se alzaban entre él y Nueva York? ¿Cómo se abriría paso entre la muchedumbre que poblaba esa ciudad gigantesca para encontrar a Linus? Y, si lo consiguiera —si lograra superar todos y cada uno de aquellos cientos o miles de millones de encuentros—, aún tendría que enfrentarse a su hermano.

De pronto, recordó que había abandonado al burro a su suerte. Volver atrás era impensable. Decidió esperar, dispuesto a renunciar al animal y a su carga antes que regresar a los límites del pueblo. Pero, unos momentos después, el burro apareció en el horizonte, resignado y digno, caminando hacia sus compañeros.

De nuevo al oeste. La hierba, el horizonte. La tiranía de los elementos. Imágenes indefinidas en

su cerebro; apenas pensamientos. El caballo decidiendo el rumbo. Comidas esporádicas. Carraspeos para recordarse a sí mismo. Quemado por el sol. De cuando en cuando, el olor de su propio cuerpo. Un interés vago y ausente por las flores y los insectos. Lluvia. Ningún rastro, ninguna amenaza. A veces, un fuego bajo sus dedos. El burro y el caballo en su presente perpetuo. Sus manos haciendo cosas. Seguir. Respirar, de algún modo. Entumecido, sin alivio de su creciente desolación. Dejando que el cielo estrellado lo absorbiera cada noche.

Llegó el verano. Como carecía de un destino y un propósito claros, no había razones para continuar caminando bajo aquel calor tan pasmoso. Cuando el caballo lo guio hasta una charca, Håkan decidió plantar su campamento allí mismo: lonas, mantas y pieles extendidas sobre un montón de matojos achaparrados. Tenía que arrastrarse para poder entrar en el refugio, y se pasaba la mayor parte del día tumbado, pues no había sitio para sentarse. Ahora que Linus se hallaba fuera de su alcance, no veía motivo para no concluir allí sus días, languideciendo entre los matorrales. Pasarían los años. Sus animales morirían. Después, ninguna otra criatura (salvo, quizá, algún ave a la que abatiera de un garrotazo o algún roedor al que atrapara con un lazo) volvería a mirarlo a los ojos. Poco a poco, envejecería. Las enfermedades le marchitarían las entrañas. Una vez que las bestias y los gusanos dieran buena cuenta de su carne, algunos de sus huesos permanecerían esparcidos por la llanura durante un tiempo más prolongado que el que él había vivido. Luego desaparecería por completo.

Estaba harto del sol y, a menudo, para evitar verlo, permanecía tumbado boca abajo, adormilado y casi febril por la densidad del aire bajo las pieles y las lonas. Aun así, el sol lograba colarse en su refugio y le taladraba el cráneo, prendiendo todos los soles pretéritos que lo habían acosado y lo habían deteriorado, a él y a todos aquellos con los que se había encontrado a lo largo de su viaje; el sol, esquivo en Portsmouth, implacable en la mina de Brennan, frío contra su ventana en Clangston, ensordecedor en el lago salado, cómplice tras la lona del carromato, excesivo cuando no era deseado y distante cuando sus criaturas más lo necesitaban. Para distraerse, contemplaba el desorden entrelazado de las zarzas. Numerosos insectos habían excavado sus hogares en los recovecos más oscuros de aquel laberinto. Sin ser apenas consciente de ello, Håkan comenzó a estudiar los hábitos diarios de los insectos, registrando de manera abstraída sus itinerarios. Poco a poco, a medida que pasaban los días, su interés creció, y de pronto se descubrió coleccionando escarabajos. Los atrapaba bajo su mano ahuecada y los sostenía en aire para examinarlos. Se quedaban inmóviles, al margen de lo que les hiciera, hasta que los atravesaba con una aguja de sutura. Se le ocurrió que aquella pasta blanca que manaba del agujero podría ser una especie de órgano líquido. Pero no fue más que una idea pasajera. No coleccionaba aquellos cuerpos rígidos impulsado por la curiosidad del naturalista; lo hacía porque los encontraba gratos a la vista. Al disponer los caparazones iridiscentes en patrones variados, siempre guiado por el color y por el tamaño, experimentaba una suerte de placer completamente inédito para él. Nunca antes había hallado ningún tipo de goce en el mundo del color. La forma en que cada tono vibraba con una resonancia propia; el hecho de que ciertas coloraciones parecían emitir luz, mientras que otras la absorbían; el modo en que cada tonalidad

casaba con sus vecinas; todo ello constituía un novedoso motivo de asombro. Le sorprendía la dicha que experimentaba al organizar los escarabajos. Se enfrascaba en la elaboración de nuevos diseños, un esfuerzo que no tenía otro fin que el de estimular su vista. A veces se despertaba y descubría que una ráfaga de aire había desparramado su colección o había arruinado uno de sus diseños, pero casi agradecía volver a empezar de cero. Con el tiempo, empezó a recorrer los alrededores del campamento en busca de especímenes nuevos. Sin apenas percatarse, a menudo se pasaba todo el día a la caza, alejándose un poco más en cada ocasión. Recuperó parte de la vitalidad de antaño. Retomó el hábito de poner trampas y empezó a comer mejor. Curtió más pieles y volvió a trabajar en su abrigo.

Aun así, no albergaba ningún deseo de proseguir con su viaje. No estaba resuelto a quedarse allí, entre los arbustos. Pero tampoco había tomado la decisión de ponerse en marcha. La mera perspectiva de ver a otras personas hacía que el corazón se le subiera a la garganta. Seguía sin saber dónde se encontraba. ¿Y si el desierto que había visto la última vez que fue hacia el sur era el mismo que había recorrido en el norte? En tal caso, no tenía sentido caminar por la llanura en dirección alguna; no haría más que dar la vuelta al mundo, del pastizal al desierto y vuelta a empezar (y topándose con la ruta de emigrantes a mitad de camino). Avanzar hacia el oeste, en cambio, lo llevaría hasta los mineros y los colonos, e incluso podría ir a parar a San Francisco.

Durante una de sus cacerías de escarabajos, lo mordió una víbora. Aunque el mordisco se produjo en el talón derecho, lo sintió en la encía superior izquierda. Dio un brinco, con la buena fortuna de caer con el otro pie sobre la víbora, lo que le permitió inmovilizarla y matarla de una cuchillada. Según decían, había que practicar una incisión en forma de X sobre el mordisco y drenar el veneno de la herida, y así lo hizo. De vuelta en el campamento, despellejó a la víbora, con la idea de adornar el abrigo con su piel. Y utilizó la carne para preparar un estofado. Después de cenar, cuando intentó levantarse, vio que tenía el pie amoratado e hinchado. Sintió frío. Se frotó el pie entumecido, avivó el fuego y se tumbó cerca de él. La carne de serpiente no le sentó nada bien. Todo su cuerpo parecía girar alrededor de su estómago, que se había convertido en el centro de una espiral. Se provocó el vómito y, tras varios intentos, lo expulsó todo. Pero no sirvió de nada, y ahora, además, también estaba empapado en sudor por el esfuerzo, más destemplado que nunca. Le temblaba la mente, pero en los breves intervalos de serenidad entre tiritonas, comprendió que su estado nada tenía que ver con la comida. Ya era demasiado tarde para un torniquete. No podía hacer otra cosa que esperar y confiar en que el veneno no fuera letal. Seguir mirando el fuego. Buscar rostros amables entre las llamas. Dio un respingo; se había olvidado de respirar. Jadeó, se hizo un ovillo y trató de concentrarse en el fuego. Pero su cuerpo no respiraba. Solo al cabo de un esfuerzo colosal conseguía inhalar algo de aire. Sus pulmones estaban inertes, ajenos a él; se habían convertido en artefactos completamente externos, fuelles que había que bombear a mano. Tenía miedo de morir si no conseguía inspirar de forma consciente. El fuego se dividió en dos fuegos; un poco más allá, dos burros y dos caballos pastaban indiferentes. La lengua, pútrida y reseca, intentaba en vano hacer pasar saliva por la garganta estrangulada. Tiritando, Håkan se arrastró hacia la charca. A pesar de que el borde quedara a nada más que unos pasos, la distancia le pareció mayor que la de todos sus viajes a través de América. Pensó (aunque aquellas oscuras ondas que le recorrían la mente apenas podían denominarse

pensamientos) que el veneno pronto le atacaría el corazón y lo mataría, o que moriría de frío, o que los animales salvajes lo devorarían, o que perdería el sentido y se ahogaría en el agua poco profunda de la charca. La negrura que se cernía sobre él lo cubriría por completo. Siempre había percibido el miedo como algo estruendoso. En cuanto lo asaltaba el temor, la sangre y el aire que circulaban por su cuerpo lo ensordecían. Pero ahora, por primera vez, el terror se hallaba suspendido en un vacío silencioso. Entre cada remota y laboriosa respiración, apenas sentía latir el corazón. De cuando en cuando, oía pacer a sus animales, con los molares entrechocando como guijarros en el agua. Había algo casi pacífico en aquel horror callado. Luego, una súbita bocanada de aire, y se agarraba a una mata de hierba, se arrastraba hacia delante y se quedaba tendido en el suelo, sin aliento. Concentraba la poca consciencia que le quedaba en tomar aire y sentir pánico; y, pese a todo, descubrió una cosa: temía a la muerte.

El sol, abrasándole la nuca, lo despertó de una pesadilla en la que estaba siendo decapitado. Era mediodía. No había conseguido llegar a la charca. Su pie tenía mejor aspecto, y respiraba con normalidad. Bebió un poco de agua y echó un vistazo alrededor del campamento. Durante meses, había llevado una existencia reptante entre aquellos arbustos, confiando en que permanecer allí, sin llegar a tomar ninguna decisión, lo devolvería, mediante un viaje estático, a la paz de un estado inanimado. Sin embargo, cuando se le ofreció el regalo de la muerte, había empleado hasta el último de sus músculos envenenados para apartarlo de él. Persistir en aquel estado de degradación tras semejante descubrimiento resultaba imposible.

Partió hacia el este cuando el verano tocaba a su fin.

16.

El otoño dio paso al invierno. Håkan había viajado despacio, aprovechando los últimos días templados para reunir todo su aplomo, de cara a los inevitables encuentros con los demás viajeros y colonos. Le complació ver que, para cuando se cruzó con las primeras señales de civilización, el clima ya era lo suficientemente frío para llevar su abrigo. Se sentía más seguro con él. A cada movimiento del cuerpo, el león se transformaba, como una criatura fabulosa, en zorro, en liebre o en tejón. Alrededor del cuello y descendiendo por el pecho, lucía la corriente plateada de la víbora.

Unas vacas emergieron y se hundieron en el horizonte.

Era la primera vez que veía ganado en la llanura, al margen de la ruta. Un rato después, la manada se encaminó en su dirección. Håkan se detuvo. Mugidos y cencerros. Mientras se preguntaba qué hacer, los animales volvieron a cambiar su curso y se desplazaron con andares desgarbados por la línea del horizonte. Al cabo de unos instantes, apareció un grupo de jinetes, rielando contra el lejano resplandor; se trataba de las primeras formas humanas que Håkan había visto en muchas estaciones. Sabía que los arrieros también habían advertido su presencia. Dudaron por un momento, pero no llegaron a detenerse, y pronto los perdió de vista.

Pocos días después, avistó un pueblo.

No sabría decir en qué momento la carretera brotó bajo sus pies. Al dividir la llanura en dos, aquella línea polvorienta anulaba la sensación de infinitud que reinaba sobre la planicie. Ahora había dos lados de la carretera: este y aquel. Y, al fondo, se alzaba el pueblo.

Jinetes, carromatos e incluso carruajes pasaron junto a él en ambos sentidos. Håkan mantenía la cabeza gacha y no le devolvía el saludo a nadie. Incluso con los ojos fijos en el suelo, notaba que las cabezas se volvían a su paso, que lo observaban los desconocidos. Como una espuma que le corroyera las entrañas, el terror empezó a manar de su propio cuerpo. Cada vez que se sentía a punto de dar media vuelta y echar a galopar empavorecido, se forzaba a pensar en su escuálido refugio entre los arbustos y en la vida animal que allí había llevado. Si no se obligaba a seguir adelante, aquella era la única opción que le quedaba.

Con la barbilla pegada al pecho, consiguió entrar en el pueblo y recorrió la calle principal. Vio cómo la pequeña ciudad se disolvía en la llanura unas manzanas más allá. Las miradas furtivas que lanzaba sin apenas levantar la cabeza le revelaron edificios no muy distintos de los de Clangston —sencillas cajas de madera de hasta tres pisos de alto, la mayoría blancas o sin pintar

—, pero, en este caso, casi todas las casas eran más viejas que la gente que caminaba a su alrededor. Había, además, unos pocos edificios más grandes, de ladrillo. Håkan cayó en la cuenta de que aquellas eran las primeras construcciones de ladrillo que había visto en todos los años que llevaba en América. También se sorprendió ante la excesiva profusión de banderas, estandartes, banderines y banderolas de todos los materiales y tamaños que decoraba las calles. Más tarde sabría que las estrellas blancas sobre campo azul y las barras rojas y blancas eran la enseña de los Estados Unidos de América.

Al cabo de un par de manzanas, algo cambió. La gente, que hasta entonces venía deteniéndose para mirarlo boquiabierta, empezó a escabullirse al verlo, buscando refugio en tiendas y tabernas. Y, aun así, Håkan sentía que todos lo miraban desde detrás de las oscuras ventanas. ¿Era por su aspecto mugriento y salvaje? ¿Era por el abrigo de león? ¿Era porque lo consideraban un asesino? Para su asombro, después de unos momentos, ese miedo derivó en indiferencia. No tenía intención de quedarse allí. Aquella población, un mero obstáculo en su viaje hacia el este, era nada más que una oportunidad para probarse a sí mismo en sociedad, y en cuestión de horas desaparecería a su espalda para siempre.

Vio una guarnicionería que le llamó la atención. Después de tanto curtir y coser, había desarrollado un gran interés por las labores de cuero, y sentía curiosidad por saber lo que podía conseguirse con mejores materiales y herramientas. Había un par de botas en el escaparate. Iba prácticamente descalzo; sus mocasines, ya pequeños, no habían podido protegerlo del entumecimiento y de los sabañones del último invierno, por lo que los había reemplazado por unos precarios forros de lona y cuero. Además, Nueva York podía estar más cerca de lo que pensaba, y no tenía ninguna intención de recorrer la gran ciudad y presentarse ante su hermano descalzo. Aunque estos argumentos apenas llegaban a convencerlo, ató a los animales y entró en la tienda, esperando que el dinero que le había entregado Lorimer bastara para comprar unos zapatos. La delicada campanilla de la puerta lo sobresaltó. En cuanto atravesó el umbral y olió la cera perfumada, supo que no iba a poder quedarse allí. Los artículos pulcramente expuestos, las volutas enceradas del mostrador, el cuero lustroso, aquella sensación de orden generalizado lo abrumaron por completo. Nunca en su vida había comprado nada en una tienda. ¿Acaso creía que acceder a un establecimiento comercial y llevar a cabo una transacción en una moneda con la que no estaba familiarizado (y sin saber leer) era la mejor forma de entrar en contacto con otras personas después de un periodo de soledad tan prolongado? Ya se disponía a marcharse cuando de pronto se abrió una puerta al fondo; se trataba del tendero, que se detuvo en seco al ver a aquel hombre tan descomunal. La sonrisa con la que había salido de la trastienda no casaba con el pasmo que le desorbitaba los ojos. Håkan empezó a dar media vuelta, y entonces vio su imagen colgada de la pared. ¿Era posible que aquella fuera su cara? Parecía un retrato suyo, enmarcado bajo una serie de letras mayúsculas y números. El dibujo resultaba más bien tosco, y hacía mucho tiempo que no veía su propio rostro, pero los rasgos principales estaban allí. Debía de ser una coincidencia; tenía que tratarse de otra persona. Aún incrédulo por la semejanza, dio media vuelta y salió al exterior.

La calle estaba desierta, salvo por los tres hombres que lo apuntaban con sus rifles.

—Tu arma.

El hombre que había hablado tendió una mano. Tenía las mejillas hundidas y salpicadas de cicatrices de viruela, y la cabeza simplemente parecía reposar entre sus hombros, como una pelota en un estante. Sin cuello. Una estrella de plata resplandecía en su delgado pecho. Al escuchar su voz, Håkan no pudo evitar acordarse de los tonos chirriantes que Linus solía emplear para las criaturas imaginarias del bosque, las brujas y las muñecas de paja.

—Sin arma —dijo Håkan, y se asombró de que el lenguaje siguiera funcionando.

—Ya, claro. ¿Y cómo conseguiste ese león?

—Lo conseguí.

—¿Lo conseguiste?

—Sí.

—¿Sin un arma?

—Sí.

—¿Solo con las manos?

—Sí.

El hombre suspiró, irritado, y, mediante un gesto de la cabeza, indicó a uno de sus ayudantes que registrara a Håkan. El subordinado hizo amago de moverse, pero se quedó inmóvil, claramente asustado, antes de dar un solo paso. El hombre, ahora más enfadado, cacheó al forastero él mismo.

—¿Cómo te llamas?

—Halcón.

—Es él —les dijo a sus acompañantes.

Ya desde el principio se habían sentido intimidados por la altura de Håkan, y, ahora que conocían su nombre, parecían aún menos dispuestos a acercarse. El hombre de la estrella retrocedió un paso y, de súbito, golpeó a Håkan en el estómago con la culata del rifle. Cayó al suelo, donde recibió unas cuantas patadas hasta que por fin dejó de moverse.

Cuando se despertó, aferraba un puñado de tierra en la mano; creyó que continuaba en la calle, pero pronto advirtió que yacía sobre un suelo de madera y, poco a poco, el angosto espacio ante sus ojos se definió en una celda. Por encima del aroma a aceite de lámpara, olía a tabaco, a cebollas y a perro. Tenía las manos esposadas a una barra de metal, que a su vez estaba atornillada a la pared. Le habían puesto grilletes en los pies. Oyó las pisadas de unas botas al otro lado de los barrotes. Cuando intentó alzar la vista, el dolor lo obligó a apoyar la cabeza en el suelo de nuevo. Temía haber sufrido roturas, desgarros y perforaciones internas. Debía de haber transcurrido bastante tiempo desde la paliza, porque las manchas de sangre que tenía en el cuerpo y en la ropa se habían coagulado hasta formar pequeños paisajes desérticos. Despacio, una a una, fue probando sus extremidades. Dolían, pero no parecían estar rotas.

—Se mueve, sheriff —dijo alguien.

Más botas entraron en la estancia, y se alinearon ante la celda. Un tintineo de llaves, una cerradura abierta, alguien justo delante de su cara. Håkan supo que se trataba del hombre sin cuello. Alguien lo pinchó en un hombro con el cañón de un rifle.

—El Halcón —dijo la voz chirriante—. El terrible y famoso Halcón.

Tras una pausa, añadió algo que Håkan no llegó a entender. Alguien se rio.

—Así que es cierto —continuó el sheriff—. Apenas hablas inglés. ¿O es que eres corto de entendederas? ¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? ¿Hola?

Risitas.

—Dime. ¿Por qué los mataste?

Håkan se sintió absorbido por un abismo carente de aire. Lo sabían. Todos lo sabían. Puede que, a esas alturas, hasta Linus lo supiera.

—No. Espera —soltó el sheriff, interrumpiéndose a sí mismo—. La cuestión no es el porqué. Se trata del cómo. ¿Cómo los mataste a todos? A los hermanos, a aquellos emigrantes, a aquellas mujeres, a aquellos niños, a aquellas niñas.

Håkan escuchaba las palabras desde algún punto lejano situado en su interior. Nunca imaginó que albergara un espacio tan vasto y desolado dentro de sí.

—Hasta te aprovechaste de algunas. Y te las apañaste para masacrarlos a todos y escapar ileso. Habría que ser un gigante para hacer algo así.

Resoplido.

—Hay otra cosa que no entiendo. ¿Por qué has salido del territorio? Allí nadie podía atraparte. Los hermanos lo intentaron, claro está. Pero ¿por dónde empezar? Y allí no hay leyes. Sin ley, no hay crimen. Pero aquí. Aquí tenemos leyes. Las leyes de los Estados Unidos. Están en la Constitución. Y tú has violado la mayoría. Por no mencionar las leyes divinas. Serás destruido y maldito. Y todo por haber venido a los Estados Unidos. ¡Ja! Tiene que ser cosa de tu corta sesera. Te colgarán. Te juro que yo mismo te ejecutaría y quemaría tus huesos de bestia. Pero los hermanos te buscan. Y, si estás vivo, pagarán más dinero. Esa es la única razón por la que te he respetado la cara. Para que puedan identificarte. Hasta tengo guardada tu caja de lata, para demostrar que eres el médico que, según dicen, afirmas ser. ¡Médico! ¡El médico gigante asesino! ¡Por Caín!

Risitas.

—Has masacrado a buenos hombres de Dios —dijo el sheriff, sombrío de pronto—. Puedo tolerar a un asesino decente. ¿Pero esto? Un grupo de hermanos que solo difundían la palabra. —Hizo una pausa, considerando la inmensidad del crimen—. No me sorprende que te quieran en Illinois. No eran más que buenos hombres de Dios.

Por fin, Håkan consiguió darse la vuelta y clavar sus ojos en la cabeza apoyada sobre los hombros. Esta le devolvió una mirada desdeñosa.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? —graznó el sheriff en una rápida sucesión.

Risas.

El espacio continuaba dilatándose en el interior de Håkan. Ahora se había convertido en todo un universo oscuro. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que el mundo era un lugar enorme? Aquella nada en perpetua expansión lo superaba con creces. Los detalles que en otro momento le habrían preocupado desaparecieron ahora en el vacío. ¿El sheriff había dicho que se encontraba en un nuevo país? En tal caso, ¿dónde había estado hasta entonces? ¿Quién había pergeñado aquella historia sobre unos actos malvados que él no había cometido? ¿Quiénes eran aquellos «hermanos»? Todas esas cuestiones quedaron eclipsadas por el recuerdo de Helen. En una ocasión, le había tocado la mano. Linus lo contemplaba desde lejos. Pero esas últimas imágenes

fueron reducidas a jirones brumosos que se desvanecieron en la negrura.

—La caja de lata. Veamos. ¿Qué tenemos aquí? Tijeritas, cuchillitos, botellitas. Agujas raras. Hilo. Has curado a mucha gente. A lo mejor ahora yo puedo curarte a ti. Porque estás enfermo, ¿sabes? Tu corazón está enfermo. Tu corazón está enfermo, y yo voy a sanarlo.

Tumbaron a Håkan sobre su espalda. Este descubrió que solo podía ver por un ojo. A través de un velo acuoso, vislumbró cómo el sheriff enhebraba una de sus agujas con hilo de sutura.

—Yo no soy médico, pero curaré tu corazón enfermo —repitió el sheriff—. Jesús ha abandonado tu corazón. Por eso estás enfermo. Pero yo te lo coseré y te lo traeré de vuelta. Sujetadlo bien, chicos.

El sheriff se arrodilló sobre él y hundió la aguja en el pecho de Håkan, justo sobre el corazón. Por un momento, el dolor anuló su consciencia, su vergüenza y su quebranto. Pero todo regresó junto con el grito. La aguja emergió, y Håkan sintió la quemadura del hilo al atravesarle la carne.

—Lo sé, lo sé —dijo la voz chirriante—. Pero ya verás cómo te sientes mejor.

Otro punto de sutura; otro grito.

—Sanarás. Te purificarás de la ponzoña de la depravación. Curado.

Otro punto; otro grito.

—¡Vaya! Eso era una costilla, ¿verdad? Dígame, doctor, ¿debería coser por encima o por debajo? Veamos. ¡Maldición! No. Tendré que hacerlo por encima. Espero que quede bien. Solo uno. —Punto—. Dos. —Punto—. Ya está. Ahora solo nos falta el travesaño.

Jadeando, Håkan clavó la mirada en una mancha del techo que parecía una nube que parecía un trol. El dolor resultaba inconcebible. El sheriff empuñaba la aguja, pero aquel dolor provenía de él. ¿Cómo era posible que su cuerpo se hiciera eso a sí mismo?

—Josiah, echa algo de agua aquí. No puedo ver lo que hago debajo de todo este pringue. Muy bien. Ahora coseré por aquí.

Esto era la eternidad: este dolor, este ahora sin nada delante y nada detrás.

—Ya está. Todo el mundo se puede salvar. Solo necesitas acoger a Jesús de nuevo en tu corazón.

Antes de desmayarse, Håkan consiguió levantar la cabeza y vio una cruz tosca e irregular trazada a puntadas sobre su pecho, justo encima del corazón.

Un paño fresco y suave en la frente lo despertó en mitad de la noche. Uno de sus captores le enjugaba el rostro con suavidad. Apoyó las yemas de los dedos en los labios de Håkan, indicándole que guardara silencio. Se miraron a los ojos. Había algo implorante y al mismo tiempo generoso en la mirada de aquel hombre. Le enjugó la cara y, a continuación, el pecho. A pesar de medir menos que Håkan, era alto y, a juzgar por la firmeza de la mano con la que lo ayudó a incorporarse, fuerte. Sus nítidos rasgos inspiraban confianza, como si aquel rostro ordenado y proporcionado hubiera sido diseñado a su imagen y semejanza por la mente que se escondía detrás.

—He traído la caja —susurró—. ¿Puedes curarte tú mismo?

Håkan señaló una pomada y, mediante una serie de gestos, le dio instrucciones sobre cómo aplicarla en los puntos de sutura. Después le pidió la tintura.

—Dos gotas —murmuró Håkan, abriendo la boca.

El amargor ya fue un alivio en sí mismo.

—Maté a aquellos hombres —consiguió decir, casi sin aliento.

—Tranquilo —repuso el hombre con suavidad.

—Pero no a la chica. No a los amigos. Solo a aquellos hombres. A nadie más.

—Lo sé.

—Pero maté a aquellos hombres.

Se quedó dormido en los brazos del desconocido.

El golpeteo metálico y el dolor en el pecho lo despertaron a la vez. El sheriff estaba aporreando los barrotes. Todo hormigueaba a causa de la droga, como si la misma realidad fuera una extremidad dormida.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡El circo ha llegado! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!

Uno de los captores, Josiah, no paraba de soltar risitas. El otro, su benefactor, observaba la escena desde un rincón a oscuras. El sheriff entró en la celda y soltó a Håkan mientras el de las risitas le apuntaba a la cabeza con una pistola.

—Vas a necesitar tu disfraz —le dijo el sheriff, arrojándole el abrigo a la cara—. Santo cielo, apesta —añadió, limpiándose las manos en la espalda de la camisa de Josiah.

Tiraron de Håkan tratando de levantarlo.

—¡Asa! —gritó el sheriff—. ¿Qué demonios haces ahí? ¡Ven aquí! Este imbécil es un gigante, por si lo habías olvidado.

Asa emergió de su rincón en la sombra y los ayudó a poner a Håkan en pie. Lo maniataron, lo hicieron bajar a trompicones por unas escaleras y lo sacaron a la ensordecedora luz matutina.

Las verduras podridas y los huevos lo alcanzaron antes que los gritos. Con su único ojo sano, Håkan vio a una muchedumbre vociferante; estaba situada a una distancia prudencial, pero lo bastante cerca como para dar en el blanco con la basura que habían llevado, al parecer, con el único propósito de lanzársela a él.

—¡Eso es! —proclamó el sheriff, encaramado a una caja—. ¡Es él! ¡El gigante pecador! Como ya os dije, ¡lo he atrapado yo mismo! ¡Al gigante asesino!

Insultos, siseos, abucheos. Alguien arrojó una piedra. Cubriéndose la cabeza con los brazos, el sheriff saltó de la caja y se interpuso entre Håkan y la multitud.

—¡En la cara no, muchachos! ¡Que no le den en la cara! —les dijo a sus ayudantes, que obligaron a Håkan a encorvarse—. Nada de piedras, damas y caballeros. Solo basura. Recuerden, nadie está libre de pecado. Así que nada de piedras.

Con una mano amable y firme, Asa mantuvo a Håkan lo más agachado posible.

—¡Eso es! —prosiguió el sheriff, agarrando a Håkan por el pelo para erguirlo de nuevo—. ¡El carnicero de los hermanos! ¡La bestia! ¡Mírenlo bien! ¿No es de veras una bestia?

El sheriff levantó la cabeza de león que colgaba a la espalda de Håkan y se la encasquetó en la cabeza. Su rostro quedó engullido por las sombras.

Exclamaciones de sorpresa y un silencio repentino.

—¡Eso es! ¡Acérquense más, damas y caballeros! ¡Échenle un vistazo! La mismísima bestia

que deambulaba por nuestros campos y diezmaba a nuestros hermanos. —Una pausa—. Ahora todos ellos se encuentran en la gloria del Señor. —Miró al cielo, compungido, y a continuación, con energía renovada, señaló a Håkan—. ¡Pero esta bestia del infierno! ¡Contemplen al despiadado león que masacró a nuestro rebaño! No es un criminal. ¡Es un animal! Esta carne de horca apenas sabe hablar. ¡Mírenlo!

La multitud era presa de un silencio horrorizado.

—Fui yo quien doblegó a este amorita, cuya altura, como ven, iguala la talla de los cedros, y cuya fortaleza, pueden ustedes creerme, se asemeja a la de los robles. Ahora, tras haberlo apresado, llevaré al malhechor a los hermanos de Illinois, donde se enfrentará a la imponente majestuosidad de la ley.

Unos pocos murmullos de aprobación.

—Allí, este hijo de Belial será juzgado en un tribunal y colgado hasta morir. Este cubo que tienen aquí recoge donativos para la horca de los hermanos. ¿A quién le gustaría colaborar? ¿Alguna contribución? He aquí el halcón que cazaba a nuestras palomas. Retorzamos su cuello. ¿Donativos para el cadalso de los hermanos? Ayúdenlos a enviar a este monstruo perverso a la oscuridad absoluta, donde no se oyen más que lamentos y rechinares de dientes. ¡Vamos, no sean tímidos!

Uno a uno, decenas de jornaleros, amas de casa, tenderos, escolares y otras gentes de la ciudad se acercaron al cubo y depositaron dinero en su interior, colocándolo al fondo con cuidado, como si se pudiera llegar a romper. Algunos, mujeres en su mayoría, se demoraban un momento y le echaban un vistazo furtivo a Håkan, pero casi todos apretaban el paso en cuanto hacían su donativo, sin atreverse a mirar al prisionero.

—Gracias. Gracias a todos —dijo el sheriff cuando la multitud empezó a dispersarse—. Gracias en nombre de los hermanos.

Acto seguido, cogió el dinero del cubo, lo contó y lo puso a buen recaudo en su bolsillo.

Håkan no había vuelto a ver a su burro desde que lo habían apresado, pero los captores lo montaron en su caballo. Resultó que el semental que había escogido era una posesión muy preciada de un pariente de las víctimas, y se había fijado una recompensa adicional por devolverlo junto con el fugitivo. La suma aumentaba exponencialmente: muerto, vivo, con caballo.

—Vosotros, muchachos, os podéis repartir lo del caballo —les había dicho el sheriff a sus dos ayudantes, para convencerlos de acompañarlo a entregar al prisionero más allá de la frontera del estado.

Como Håkan llevaba las manos atadas al cuerno de la silla y estaba casi inconsciente, no lo vigilaban con mucha atención. En aquella llanura ilimitada, no había ningún lugar al que pudiera huir, así que lo dejaban a solas la mayor parte del tiempo, pues se encontraba demasiado débil y maltrecho como para intentar nada. En muy contadas ocasiones, algo similar a un pensamiento titilaba en la negrura de su interior. Sobre todo, esperaba —si es que aquellos latidos apagados en la oscuridad podían parecerse a la esperanza— que Linus pensara que él, Håkan, había vuelto a Suecia después de su separación. O que lo creyera muerto. Por lo demás, al margen de esas vagas ilusiones, apenas era consciente de lo mucho que le dolía el pecho, y no terminaba de asimilar

que, una vez más, hubiera ido a parar a aquella convexa planicie. Pero esta ausencia de sentido no solo se debía a su mente mutilada y a su cuerpo apaleado. Cada noche, a pesar del gran riesgo que suponía para ambos, Asa le administraba un par de gotas de tintura. Nadie le había mostrado tanta amabilidad jamás.

El tiempo se había congelado dentro de él, pero, de algún modo, la realidad exterior parecía moverse, deshilacharse y desintegrarse a gran velocidad, como nubes desgarradas. Tan solo existía una tenue conexión entre su vacío interior y los jirones de realidad que, de forma intermitente, pasaban flotando a su alrededor: unos pocos destellos de comprensión (esto era su cuerpo, aquello no era su cuerpo, esta mano podía tocar esa mano, esta mano no podía tocar el sol).

La mayoría de los acontecimientos de aquellos días le fueron relatados más adelante.

Llegaron a un pueblo, y llevaron a Håkan a desfilar por la calle principal.

—¡Acérquense y véanlo! —anunció el sheriff—. ¡El asesino de los hermanos! ¡Acérquense y vean a la bestia! ¡Capturado por un servidor! Al igual que el valiente Benaías, quien derrotó tanto al gigante como al león. ¡Aproxímense, damas y caballeros! ¡Échenle un vistazo! Debe de medir cinco codos de alto, lo mismo que el gigante egipcio. Y es fiero, como el león del pozo nevado.

Se detuvieron frente a una taberna. El sheriff desplegó el mismo pasquín que Håkan había visto en la guarnicionería.

—¡Sí! Lo avisté en Winthrop's Creek. Me aproximé con sigilo. Hubo disparos. Vaciamos las armas. Él tenía un puñal, pero yo le arrojé tierra a los ojos y lo desarmé. A continuación, lo vencí en un combate cuerpo a cuerpo. ¡Mírenlo! ¡Toda una bestia! A punto estuvo de acabar con mi vida, pero, si él es grande, yo soy astuto. ¡Igual que el rey de Israel contra el gigante filisteo! Pero, a diferencia de David, yo no pude cobrarme la cabeza de este Goliat, pues son los hermanos los que la reclaman. Sí, lo llevamos a Illinois, donde se lo someterá a un juicio justo y será ahorcado. Este cubo recoge los donativos para la horca de los hermanos. ¿A quién le gustaría colaborar? Ayúdenlos a enviar a este pecador al lago de azufre y llamas eternas. ¿Alguna contribución? Que sirva de alimento al gusano inmortal. Asegurémonos de que este monstruo no vuelva a desgraciar la tierra que pisamos, el aire que respiramos y los cielos que nos cobijan. ¿Para la horca de los hermanos? ¡Vamos, no sean tímidos!

Se embolsó el dinero, enrolló el pasquín y guio a sus hombres y al prisionero a la salida del pueblo.

Una vez en tierra salvaje, había poca conversación. Cuando Håkan se negó a comer, el sheriff dijo que sería un desperdicio compartir el alimento con un animal que seguramente prefería sobras y basura. Håkan se limitaba a quedarse sentado, ensimismado y tuerto, cuando le arrojaban al regazo los restos de las comidas, lo que para Josiah nunca cesaba de ser motivo de regocijo.

Al cabo de unos días, cuando otro pequeño pueblo apareció en el horizonte, el sheriff hizo desmontar al grupo y les pidió a sus ayudantes que sujetaran con fuerza a Håkan; una precaución innecesaria, dada su inerte docilidad. Sopesó unas piedras hasta dar con una que medía exactamente lo mismo que su mano. Escupió, miró a Håkan y se la lanzó con todas sus fuerzas.

El pómulo de Håkan se abrió como una ciruela. La sangre vaciló brevemente en el tajo antes de empezar a manar.

—¿Pero qué? ¡Eh! —fue cuanto Asa pudo decir mientras reculaba por la sorpresa y el desagrado.

—¿Qué? —preguntó el sheriff con tono gélido.

Montaron en sus caballos y entraron en el pueblo, donde el sheriff, una vez más, exhibió a Håkan y les contó a todos cómo él, por sí solo, había capturado al más perverso de los nefilim, pese a que el demonio había cargado contra él como un león salvaje, lanzando rugidos. En esta ocasión, Håkan tenía una herida fresca que demostraba el valor y la fuerza de su captor. El sheriff se aseguró de que todo el mundo se fijara bien en ella mientras solicitaba sus donativos.

Cuando ya se marchaban, en la última manzana de la corta calle, una pequeña tienda llamó la atención del sheriff. El escaparate resplandecía, repleto de gemas de todos los colores y perlas de todos los tamaños, engastadas en collares de oro y de plata, además de relojes, anillos, broches, relicarios, pistolas de bolsillo, alfileres de corbata, pulseras y cigarreras. Debido a su reducido tamaño, la propia tienda parecía un joyero, un pequeño y reluciente mundo que solo se podía admirar desde fuera, sin penetrar en él. Aun así, el sheriff les ordenó a todos que se detuvieran, desmontó, se estiró la ropa mientras se aseguraba discretamente de que no hubiera nadie a la vista y entró en la joyería.

Sus hombres aguardaron largo rato bajo el sol.

Por fin, el sheriff salió luciendo una sonrisa engreída y un reloj de oro, cuya cadena pendía de un ojal de su chaleco y se perdía en el interior de su faltriquera.

De vuelta en la pradera, sacó algo de dinero de una bolsita que llevaba escondida bajo la ropa y llamó a sus ayudantes.

—Tomad, chicos. Un pequeño adelanto de la recompensa.

Josiah tomó el dinero con una codicia sumisa, dándole profusamente las gracias. Asa lo rechazó con un gesto educado pero apenas perceptible y se giró antes de que el sheriff tuviera tiempo de dar rienda suelta a la cólera que se le agolpó en la cara. Después de este incidente, Asa y el sheriff pasaron varios días sin apenas intercambiar palabra. Por el contrario, la relación entre Josiah y su jefe se volvió más estrecha si cabe, pues el primero no paraba de darle pruebas de la sumisión más abyecta y obsecuente al segundo.

Prosiguieron su viaje por la pradera. Håkan continuaba negándose a comer y, pese a los amables ruegos de Asa, solo consentía tomar un poco de agua. Al cabo de unos días, llegaron a otro pueblo, donde el sheriff, de nuevo, exhibió a Håkan junto al pasquín y ofreció una detallada narración de su captura. En esta ocasión, gracias a su tremendo heroísmo, no solo logró derrotar al Behemot, sino que también se impuso a varias leyes de la naturaleza en el proceso. La gente contribuyó generosamente.

Tuvieron que atar a Håkan al caballo, pues se hallaba demasiado débil para sostenerse en la silla de montar. No aceptaba nada de comer. Incluso habían dejado de darle las sobras y la basura. Si el sheriff no hubiera decidido desviarse para detenerse en los dos últimos pueblos, a esas alturas ya se habrían reunido con los hermanos en Illinois. Cuando el sheriff anunció que iban a visitar una ciudad que se encontraba en la dirección opuesta, Asa por fin se opuso

abiertamente a su itinerario.

—Sería un pecado ejecutar a esta cosa sin que sirviera de ejemplo —le explicó el sheriff—. Antes de entregarlo, pretendo edificar a todos los habitantes de todos los pueblos que se alzan entre nosotros y los hermanos.

—Y sacar un buen beneficio de ello.

—Cuidado con tu lengua, granuja.

—Va a morir.

—Por supuesto.

—Antes de que lleguemos.

—Yo lo protegeré.

—No. De hambre.

—¡Bah!

—No va a llegar. Mírelo.

El sheriff no era un hombre al que le gustara recibir órdenes de nadie, así que, cuando se volvió para mirar el bulto derrumbado en el suelo, lo hizo en contra de su voluntad. Y también en contra de su voluntad, sin decir una palabra, le dio la razón a Asa. Agarró a Håkan, lo obligó a incorporarse y le plantó ante la cara una cucharada de sobras de sémola.

—¡Levántate, maloliente saco de pecados! ¡Come! —chirrió, abriéndole la boca a Håkan y metiéndole la comida. Pero la sémola se quedó allí, sin que se la llegara a tragar—. ¡Come, apestoso réprobo infernal!

Håkan, cubierto de comida, no pareció sentir la mano que empezó a abofetearlo una y otra vez.

—Basta —ordenó Asa.

El sheriff ni se dignó a responder. En su lugar, señaló a Asa con un dedo admonitorio, mirándolo con severidad. Josiah, mudo de asombro, retrocedió unos pasos sin perder detalle de lo que sucedía ante él. Musitando para sí, el sheriff se acercó a su caballo, rebuscó en una de las alforjas y regresó con la caja de lata de Håkan, de la que extrajo un escalpelo. Se inclinó sobre Håkan con la cuchara en una mano y el escalpelo en la otra.

—Un tajo por cada cucharada que no comas.

Trató de alimentarlo de nuevo, pero la comida le chorreó por la barbilla y le cayó sobre el pecho. El sheriff le subió una manga de un tirón y le abrió un corte profundo en el antebrazo.

—Uno.

El blanco de la grasa y del hueso quedaron a la vista por un instante, justo antes de que la hendidura se llenara de sangre y empezara a rebosar.

—Vamos a por el segundo —chirrió el sheriff, clavándole la cuchara en la boca.

—¡Sheriff! —exclamó Josiah.

El sheriff se volvió y se topó con que Asa le apuntaba con una pistola a la cabeza; esta, echada hacia atrás, se parecía más que nunca a una pelota deforme sobre una caja. Ambos se miraron en silencio.

—Asa, Asa, te colgarán por esto.

—Atrás, sheriff.

—Oh, Asa, Asa —repitió; trataba de parecer calmado, pero su ira se revelaba tan sólida como su propio cuerpo.

—Me lo voy a llevar conmigo.

—Oh, Asa. Cuando lo sepan los hermanos.

—Exacto, cuando lo sepan los hermanos. Lo sabrán por mí. Les llevaré a este hombre sin demora y les contaré cómo usted se ha estado beneficiando en su nombre. Se lo comunicaré a mi tío. Los ancianos me escucharán.

—Aquí tienes mi dinero. Todo. Tómalo, por favor —exclamó Josiah. Aterrado, arrojó las monedas al suelo, como si de pronto se hubieran transformado en una serpiente o en una araña.

—Debes de haber perdido la cabeza —siseó el sheriff, mirando a Asa con los ojos entrecerrados.

—Bien sabe Dios que mucha gente lo vio recibir ese dinero —continuó Asa, ignorando la interrupción del sheriff—. Se lo entregaron a usted. Y usted afirmó aceptarlo de buena fe, en nombre de los ancianos. Los enviaré a hablar con ese relojero que tanto le gustó.

—Pretendes quedarte con toda la recompensa, ¿verdad? No eres más que un bastardo codicioso.

—Plattsville es el pueblo más cercano. ¿Cinco días a pie? Para cuando usted llegue allí, yo ya se lo habré contado todo a los ancianos.

—Te despedazaré, arrojaré tus miembros a los cerdos y me mearé sobre sus excrementos.

—No, no lo hará. Va a huir. Al fin y al cabo, irán a por usted. Va a tener que esconderse.

Por un instante, los rasgos del sheriff, contraídos y retorcidos por la rabia, revelaron sus pensamientos: sabía que Asa tenía razón.

Asa les cubrió la cabeza al sheriff y a Josiah con sendos sacos y ayudó a Håkan a montar en el caballo. Amortiguados por la arpillera, los ruegos incoherentes de Josiah se tornaron en un mascullar blando y húmedo. El sheriff, cuya aguda voz atravesaba el saco como una cuchilla, le ordenó que cerrara la boca. Una vez listo, Asa partió con Håkan a su lado, llevando a los otros dos caballos de la brida. El sheriff se deshizo de la capucha y se puso a insultar a los jinetes, pero estos se encontraban ya tan lejos que aquellas estridentes imprecaciones parecían estar dirigidas solo a la pradera. Josiah aún seguía con el saco en la cabeza cuando ambos se perdieron de vista.

17.

El azul y el frío eran una sola cosa. Håkan percibía el fresco cielo azul con la piel y con los ojos. Y, gracias a aquella consonancia entre la vista y el tacto, advirtió que ya había recuperado la consciencia. Sus calambres le indicaron el largo tiempo que había pasado inconsciente. Poco a poco, comprobó el resto de sus sentidos (el susurro y el silbido de la hierba, el olor a rescoldos y estiércol, la amargura del sueño en la boca); confirmó la dureza del suelo bajo sus pies (tan distinto del pozo viscoso por el que se había estado deslizando durante días); conjuró unos pocos recuerdos (imágenes amables que podía convocar y rechazar a voluntad, no como los fantasmas que lo acosaban en sueños); probó a decir algunas palabras en su cabeza *(jag är här därför att jag kan tänka att jag är här).* Montones de puntitos brillantes, pero de colores indefinidos, brotaban y se apagaban en el cielo cuanto más lejos trataba de mirar. Aún se encontraba en la llanura.

—¿Te duele?

Asa apareció a su espalda y se sentó junto a él. Håkan no había sentido ningún dolor hasta su pregunta, pero, ahora, un fuego comenzó a arder en su pecho y el corte en el antebrazo palpitó como si tuviera vida propia.

—Sí.

—Si puedes soportarlo, deberíamos dejar las gotas. Creí que iba a perderte.

—Sí.

—¿Te parece bien?

—Sí.

Håkan se miró el antebrazo; no sabía cómo se había cortado, pero la herida había sido limpiada y vendada de forma rudimentaria aunque eficiente. Asa le acercó una galleta remojada a los labios. Håkan se la comió con placer. También aceptó todas las cucharadas de estofado que se le ofrecieron. Alguien había cocinado para él, pensó antes de quedarse dormido.

Cuando despertó, la última fosforescencia del día estaba a punto de extinguirse en el horizonte. Alguien había encendido un fuego, y Asa dormía junto a él. Una cazuela borboteaba al borde de las brasas. Tomar aquellos bocados después del largo ayuno le había devuelto el apetito. Tosió un par de veces, creyendo que el pecho iba a partírsele en dos. Asa se despertó.

—Tienes mejor aspecto. ¿Hambre?

—Sí.

Asa lo irguió para recostarlo contra la silla de montar, y acto seguido le dio una taza de estofado. Comieron en silencio. Håkan solo conservaba un recuerdo borroso de lo que había sucedido después de que lo cosieran en la celda, pero sí se acordaba de que lo llevaban a Illinois para que los hermanos lo ahorcaran. ¿Dónde estaba el sheriff? ¿Acaso aquella cabeza chirriante y salpicada de marcas de viruela no había sido más que un sueño? ¿Por qué no seguía maniatado? ¿Se atrevería a preguntarlo?

—¿Dónde estamos? —inquirió por fin. Sonó como una disculpa.

—Hemos vuelto al territorio.

Håkan se sentía confuso.

—Al oeste. Los Estados Unidos han quedado atrás —explicó Asa.

—¿Illinois?

—No, Illinois no.

—¿Y el sheriff?

—Ya no hay sheriff.

Asa le contó lo sucedido.

—Te creo —concluyó, rellenando la taza de Håkan—. Muchos nos imaginábamos lo que realmente les pasó a aquellos emigrantes en la ruta. Los Ángeles de la Ira. Llevan años deambulando por estas partes, en guerra con los gentiles. Se trata de la milicia de los hermanos. Pero, a estas alturas, no son más que una banda de forajidos. Algunos de los ancianos aún los apoyan, pero la mayoría ya no quiere tener nada que ver con ellos. Mi tío es uno de los ancianos. Y no quiere tener nada que ver con los Soldados de Jehú. Han corrido muchas historias sobre ti y lo que hiciste. No obstante, me bastó con echarte un vistazo para saber que no podían ser ciertas. Aún siguen buscándote por los hermanos muertos. Pero nunca nos encontrarán.

La angustia y el alivio se entremezclaron en la garganta de Håkan. Apenas podía respirar. La redención resultaba imposible, pero al menos había alguien que sabía que él no había matado a Helen y a todos aquellos inocentes. Se le nubló la vista y tragó saliva, intentando que el aire volviera a entrarle en los pulmones.

—Pensaba irme al oeste de todas formas —dijo Asa tras una pausa.

El atardecer había dado paso a la noche, y su cara apenas resultaba visible a la luz de las brasas moribundas. Avivó el fuego, haciendo que las llamas azules se elevaran hacia el cielo entre una efervescencia de chispas.

—¿Quieres contarme tu historia? —preguntó con timidez, como si la respuesta a esa pregunta fuera a revelar algo sobre él, y no sobre Håkan.

El forastero logró por fin tragar saliva y se enjugó las lágrimas.

—Vengo de Suecia. Perdí a mi hermano. Me dirijo a Nueva York para buscarlo. La gente de la ruta. Me encontré con ellos. Ellos. Luego.

El nudo de su garganta se hinchó. Tosió y sintió que iba a expulsar los pulmones por la herida. El dolor acabó por liberar las lágrimas.

—Deja que te incorpore un poco —dijo Asa, pasándole un brazo por la espalda y colocándole detrás una manta doblada.

—Estoy cansado —gimió Håkan con suavidad, con la cara desfigurada por el llanto.

Asa lo agarró más fuerte.

—Estoy cansado.

Håkan apoyó la cabeza en el hombro de Asa, sollozando.

—Muy cansado.

Asa le pasó el otro brazo por el pecho.

—Muy cansado.

Aquella era la primera vez que abrazaban a Håkan.

Viajaron hacia el oeste, casi siempre en silencio. De cuando en cuando, sin embargo, se miraban desde sus respectivas monturas e intercambiaban una sonrisa fugaz. Nadie le había sonreído así a Håkan en su vida, por ningún motivo. Le gustaba. Al cabo de un tiempo, aprendió a devolverle las sonrisas. Cada tarde, cuando acampaban, mientras encendían el fuego y preparaban la cena, le parecía casi milagroso que alguien lo viera, que habitara el cerebro de alguien, que estuviera en la conciencia de alguien. Y la presencia de Asa también surtía su efecto sobre la llanura, que dejó de ser la opresiva inmensidad que, durante tan largo tiempo, solo se había confiado a la mirada de Håkan.

Aunque seguía estando débil, Håkan insistió en retirarse los puntos del pecho lo antes posible; el recuerdo de la sutura infestada de gusanos de Pingo lo acosaba sin cesar. Asa se ofreció a hacerlo, pero Håkan prefirió ocuparse él mismo, aunque eso le impidiera tomar la tintura. Mientras levantaba las puntadas con unas pinzas y retiraba el hilo de sutura ayudándose con un escalpelo, Asa lo miraba fijamente, dedicándole palabras inconexas de ánimo, que solo lo ponían más tenso. Pero, en cuanto hubo concluido y el dolor amainó, Håkan se percató con sorpresa de lo mucho que lo había ayudado su presencia.

A Asa le encantaba la comida. Y lo cierto es que para Håkan ese placer resultaba incomprensible. Naturalmente, prefería unos alimentos antes que otros (fresas con leche antes que perro de las praderas quemado), y disfrutaba mucho cuando conseguía preparar algún plato de su gusto. Pero nunca había perseguido ese goce; ni siquiera experimentaba antojos particulares. Comer era algo que simplemente había que hacer para sobrevivir. Por lo tanto, le sorprendió el cuidado con el que Asa preparaba cada una de sus comidas. Reunía los ingredientes a lo largo del día, deteniéndose una y otra vez para coger hierbas, flores, setas y huevos. Solo las mejores piezas de la caza de Håkan iban a parar a la cazuela, y siempre se deleitaba experimentando con diferentes métodos de cocina: asado, ahumado, horneado bajo tierra, en adobo. Asa hizo que Håkan viera la comida de un modo similar a como Lorimer le había hecho ver los cuerpos: revelando profundidad y significado allí donde antes no había nada (pese a que, en lo tocante a la comida, Håkan sabía que carecía de la inclinación y de las aptitudes que había demostrado poseer para la anatomía). Y, al igual que con Lorimer, la pasión de Asa hizo que Håkan descubriera maravillas en lo que hasta entonces había considerado un desierto. En aquel vacío aparente, Asa se las apañaba para obtener una amplia variedad de ingredientes. Dada la escasez de hierbas y condimentos, había aprendido a sazonar la comida con flores. No solo era capaz de diferenciar matices entre especies y familias, sino que sabía exactamente cómo emplear

cada parte de cada flor. Rara vez las ponía enteras en un mismo plato, pues prefería usar los pétalos de esta y los estambres de aquella, mientras que espolvoreaba el polen de esa otra. Y, si las especias escaseaban, los dulces desaparecieron casi por completo en cuanto dejaron atrás a las últimas abejas. Asa se pasaba el día buscando una clase concreta de árbol enano, cuyas nudosas ramas perforaba con una barrena de mano. Costaba aceptar que una planta tan gruesa y tan dura pudiera albergar una sabia tan dulce. Asa la empleaba en la elaboración de pasteles y confites, y hervía las sobras para obtener azúcar. Había algo extraordinario en el hecho de comer dulces en la llanura; algo que, momentáneamente, anulaba su inmensidad. Pero solo existía un ingrediente por el que Asa, que por lo demás era un viajero muy disciplinado, estaba dispuesto a apartarse de su ruta cuanto hiciera falta: cierta ave similar a la codorniz. A diferencia de casi todos los demás pájaros, resultaba casi imposible de atrapar. Incluso tenía la costumbre de mofarse de sus perseguidores; aguardaba hasta el último segundo antes de echar a volar en una curiosa trayectoria vertical, como si alguien hubiera tirado de una cuerda desde arriba. Siempre que avistaba una de esas aves, Asa desmontaba y echaba a correr como un lunático, tratando de arrojarle una manta encima, y maldiciendo entre dientes cada vez que se le escapaba. Fiel a su naturaleza burlona, la codorniz alzaba el vuelo y se volvía a posar lo bastante cerca como para reavivar las esperanzas de Asa. Pero dicha humillación merecía la pena. Aquellos tiernos pájaros sabían a castañas, a crema y, según las palabras de Asa, a los mismísimos cielos que los rodeaban. Su receta favorita era la codorniz con estofado de setas. Håkan admiraba su precisión como cocinero y, por encima de todo, la confianza con que empleaba los ingredientes que tanto tiempo y esfuerzo le costaba obtener.

Mientras cocinaba, Asa se mostraba demasiado absorto en su labor como para hablar, pero durante las comidas mantenían breves conversaciones, que habitualmente giraban en torno a sus planes más inmediatos y el itinerario. Después de lavar los utensilios, volvían a sumirse en un amistoso silencio. Una noche, mucho después de que el fuego se hubiera apagado, Asa se arrimó a Håkan y se tumbó pegado a él. Al principio, la proximidad del cuerpo de su compañero lo asustó. Sin atreverse a moverse, se limitó a mirar las estrellas, preguntándose si Asa, que lo abrazaba por detrás, completamente inmóvil, también estaría despierto. No sabría decir por qué, pero terminó acompasando su respiración a la de Asa. Respiraban juntos. Lentamente, Håkan se quedó dormido, sintiéndose seguro, arropado y feliz. A partir de aquella noche, siempre alrededor de la hora más oscura y después de que las brasas se hubieran apagado entre las cenizas, Asa acudía junto a Håkan y se tendía a su lado.

Se levantaban antes del amanecer, borraban todo rastro del campamento y partían a buen paso. A esas alturas, los hermanos seguramente ya habrían oído los rumores y habrían encajado las piezas de la historia de la captura del Halcón, del plan fraudulento del sheriff y de la huida de Asa y Håkan. Era más que probable que los estuvieran buscando. El plan de Asa consistía en adentrarse en el oeste y ocultarse por un tiempo. Luego, al cabo de uno o dos años, podrían reanudar el viaje y probar suerte en California. Tenía un par de conocidos allí, gente que podría ayudarlos a volver a empezar: conseguir un trabajo, ahorrar un poco, y luego intentar hacer fortuna por su cuenta. En cuanto al asunto de lograr que Håkan pasara desapercibido, Asa no sabía cómo se las iba a apañar. Pero, si algo estaba claro, era que, de un modo u otro, iban a

permanecer juntos.

Viajar con alguien que conocía el terreno y contaba con aptitudes de rastreador transformó la percepción que Håkan tenía de la llanura. Allí donde él antes solo distinguía amenazas y numerosas señales de enemigos, Asa no veía nada, salvo, quizá, alguna variedad de madera aromática ideal para ahumar la carne, algún tubérculo preciado o alguna de las rocas porosas que solía recoger para fabricar sus hornos subterráneos. En cambio, Håkan a menudo se quedaba atónito cuando Asa se detenía en mitad de lo que parecía ser la nada —idéntica, en su vacuidad, a cualquier otro pedazo de tierra que se extendiera en cualquier otra dirección—; su compañero desmontaba, miraba a su alrededor, señalaba un nuevo rumbo y hacía que se alejaran al trote de algún ligero pero, para él, evidente indicio de jinetes. A pesar de que tales paradas repentinas y cambios de dirección los obligaban a seguir una ruta serpenteante e intrincada, Asa, que no poseía brújula alguna, los guiaba de manera infalible hacia el oeste. Pero había algo aún más impresionante que su habilidad para descifrar la llanura y su perfecto sentido de la orientación: el hecho de que su conocimiento del terreno, adquirido a lo largo de numerosos viajes, le permitiera anticipar cada etapa del trayecto. Hasta entonces, Håkan había viajado desde el pasado, pero no hacia el futuro. Había permanecido en un presente perpetuo, dejando atrás diversos paisajes y sus gentes, pero sin dirigirse nunca hacia un destino más o menos concreto que pudiera anticipar. Nueva York, su único objetivo verdadero, era tan abstracta y fantástica como una ciudad de una luna remota y nunca la había visto como un destino claro por alcanzar. Hasta el momento, solo había estado viajando de un ahora a otro. James Brennan erraba por esos territorios siguiendo los rastros de oro que iba encontrando en el terreno; John Lorimer era tan novato en aquellas extensiones como Håkan; y las indicaciones de Jarvis Pickett no habían resultado de fiar. Solo Asa había logrado predecir lo que les aguardaba por el camino, una y otra vez. Mañana llegaremos a un río. En unos tres días, encontraremos buena leña. Si continuáramos en esa dirección, iríamos a parar a un pueblo antes de la puesta de sol. Cuando Håkan aprendió que la Tierra era redonda como una pelota, su idea del mundo y de cómo moverse por él se había transformado de un modo que antes creía imposible; de hecho, cada vez que reflexionaba sobre ello, sentía cómo su mente se curvaba un poco más para amoldarse a esa nueva idea. La habilidad de Asa para predecir el futuro le produjo un efecto similar. La realidad ya no concluía en el horizonte.

Antes de que el sheriff lo capturara, Håkan temió haber dado la vuelta al globo sin acertar a encontrar Nueva York, y creyó que se había quedado atrapado entre la llanura y el desierto para siempre. Dado que había seguido las indicaciones de la brújula, solo se le ocurría otra alternativa, y era que estuviera perdiendo el juicio. Necesitó varios días para darle forma a la pregunta que le rondaba la cabeza y acumular el valor necesario para pronunciarla en voz alta.

—El mundo es redondo —dijo. Como no sabía cuál iba a ser la reacción de Asa, usó un tono que pudiera valer tanto para una afirmación como para una pregunta.

Asa bajó la mirada. O bien había asentido, o bien esperaba que continuara hablando.

—Después del barco, caminamos. Luego estaba en el desierto. Mucho tiempo. Primero era rojo. Luego era blanco. Luego era rojo otra vez. Estuve en el desierto mucho tiempo. Solo. Luego estuve en la llanura, también mucho tiempo. Luego vi el desierto otra vez. —Pensó que

debería explicarse mejor—. Antes del sheriff y de ti, vi el desierto otra vez, pero di media vuelta.

Pensó que lo que había dicho no tenía sentido, y deseó no haber abierto la boca. Un largo silencio.

—¿Di la vuelta al mundo?

Asa alzó la cabeza como si alguien le hubiera tirado del pelo y lo miró fijamente. Håkan se sonrojó, abrumado por la vergüenza. No estaba loco; solo era un tonto. Asa sonrió.

—No. No diste la vuelta al mundo. Es un país muy grande.

Las sombras del invierno empezaban a congregarse a su alrededor, y pronto se hallaron inmersos en una noche larga y cortante. Como el sheriff lo había hecho desfilar con él, Håkan conservaba su abrigo, pero Asa, que en un principio había partido con la idea de hacer un viaje breve, tiritaba bajo un par de mantas raídas que no cesaban de resbalarle de los hombros. Finalmente, Håkan lo convenció de que poner trampas era una prioridad; había empezado un abrigo para Asa, pero aquel desplazamiento continuo le dificultaba la labor. Dieron un quiebro hacia el sur, en busca de parajes más cálidos donde la caza fuera más abundante. El desvío los haría retroceder, pero también confundiría a sus perseguidores.

Cuando llegaron a un bosque pardo, de árboles de madera dura, decidieron acampar y dedicarse a poner trampas durante toda una semana. Asa resultó ser un cazador excelente, y avanzaron mucho en poco tiempo, algo de lo que Håkan casi se lamentaba; estaba feliz de poder descansar y sentirse, en cierto modo, como en casa. Durante aquellos días, Håkan se deleitó en exhibir sus habilidades ante Asa: desollar, diseccionar, curtir, fabricar hilo, coser. Desde que se había separado de Linus, nunca se había preocupado por deslumbrar a nadie de aquel modo. Ni siquiera a Helen. Ahora, para su asombro, descubría que deseaba impresionar a Asa. Y lo logró. La mayoría de las veces, simulaba no darse cuenta de que su compañero lo observaba mientras llevaba a cabo sus delicadas incisiones y retiraba la piel, con tanta facilidad como si el animal muerto agradeciera que lo librara de ella; pero, de cuando en cuando, después de lucirse con alguna floritura del escalpelo, Håkan levantaba la vista para comprobar si Asa había seguido sus movimientos fascinado, y luego, tras cruzar una mirada con él, sonreía, se sonrojaba y volvía a agachar la cabeza. Cuando vencía su timidez, le señalaba los diferentes órganos del cuerpo y sus funciones anatómicas. Sabía que algo había afectado profundamente a Asa cuando este retrocedía y meneaba la cabeza con incredulidad. Para Håkan, no existía mayor confirmación de su valía que aquella negación de cabeza.

Una noche, animado por el respeto que Asa mostraba ante sus conocimientos, decidió compartir con él las ideas de Lorimer. Llevaba días ensayando el discurso en su cabeza. El mejor momento sería hacia el final de la cena, cuando Asa ya no estuviera ocupado cocinando o saboreando la comida, sino sencillamente disfrutando de los últimos bocados, lo que siempre lo dejaba de un humor particularmente plácido. Con la ayuda de los huesos y los órganos que había guardado para tal propósito, Håkan le expuso los aspectos generales de la teoría del naturalista. Asa escuchaba con atención, pero no estaba claro si se hallaba concentrado en las palabras o en la comida. A Håkan no le resultó fácil explicar la naturaleza de aquella vesícula de sustancia consciente, y cómo se desarrolló y generó una corteza protectora y a continuación un cuerpo y una serie de extremidades para promover su propia vida. Finalmente llegó a la parte más ardua

de su exposición, aquella que ponía en cuestión que dios había creado al hombre. Hizo una pausa. Ambos oían cómo la resina que goteaba de los leños siseaba entre las brasas. Håkan retomó la palabra. Tartamudeó y se atascó varias veces, pero terminó su discurso con la sensación de haber presentado de un modo claro y fiel el sistema de Lorimer. Cuando quedó patente que había concluido, Asa dejó su plato en el suelo, se repasó los dientes con la lengua y, poco a poco, se echó a reír. No había malicia en sus carcajadas, ni burla ni desdén. Sencillamente se reía, de una forma inocente y honesta, con toda su buena fe, como si Håkan hubiera compartido un chiste con él. A este se le secó la lengua y le temblaron las manos. Una sensación nueva —como si unas púas afiladas brotaran de sus poros— le recorrió el cuerpo. Nunca antes había sentido indignación. Mientras contemplaba las brasas, se asombró al advertir lo lejano que sentía a Asa. Y también estaba decepcionado consigo mismo, por haber sido incapaz de expresar la importancia del descubrimiento de Lorimer. Habría preferido la confrontación abierta, o incluso la mofa, a la franca risa de Asa. En aquel momento, solo halló un único consuelo: ni siquiera aquella risotada había hecho que su fe en la verdad de Lorimer se tambaleara.

Ya tenían todas las pieles que necesitaban. A algunas les harían falta unos días más para curarse, lo que significaba que Håkan habría de terminar el abrigo por el camino. En previsión de las tormentas invernales, también había reunido una serie de pieles adicionales y ramas flexibles con las que fabricar otro refugio portátil, lo bastante grande para los dos. Asa, por su parte, había ahumado muchos de los animales desollados y había fabricado charqui en abundancia. También había recogido y secado montones de setas, además de un gran saco de unas nueces amargas y aceitosas que había encontrado en el bosque.

La hierba se tornó más seca y afilada a medida que avanzaban hacia el oeste. Cambiaban de caballo con mayor frecuencia, y se veían obligados a desviarse continuamente en busca de agua y comida para los animales. Asa vestía un chaleco de piel. Håkan estaba trabajando en las mangas y en la tienda; afortunadamente, logró acabarla unos días antes de la primera ventisca. Pasaron su primera noche de tormenta abrazados para darse calor. El viento silbaba, sacudía la tela y hacía temblar el armazón. A Håkan se le ocurrió que aquella era la primera vez que dormían bajo el mismo techo. Y supo que Asa, tumbado a su espalda, despierto, tranquilo, pensaba algo similar.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Håkan.

—¿Qué?

Sentía la calmada respiración de Asa sobre él, primero en el cuello y después en la nariz. Olía a tierra cálida y húmeda.

—Esto.

—¿Qué? —Asa se rio entre dientes.

—Esto. Ayudarme. Salvarme del sheriff. Huir conmigo. Dejarlo todo. Y ahora estás aquí. ¿Por qué?

—Por ti.

—¿Pero por qué?

—Porque te vi y lo supe.

18.

Dedicaron el invierno a viajar hacia el norte a lo largo de una portentosa cordillera, en busca de un paso, y luego de vuelta al sur, desandando el camino hasta su posición inicial, pero al otro lado de la sierra. Al principio tenían intención de dirigirse al oeste nada más cruzar, pero el paso se hallaba muy concurrido y hubo quienes reconocieron a Håkan. Las historias no tardaron en propagarse entre los tramperos, los mineros y los granjeros que los rodeaban. El gigante que estranguló a siete sacerdotes. El mataleones. El monstruo que masacró a todas aquellas mujeres y niños indefensos. Se hablaba de una recompensa colosal. Håkan y Asa se marcharon de inmediato y continuaron su viaje hacia el sur, confiando en que, lejos de las rutas y los viajeros, podrían retomar el rumbo al oeste en soledad. Pese a las bravatas y las miradas amenazadoras, nadie los siguió.

Con el inicio de la primavera, Asa anunció que solo les quedaba hacer un último esfuerzo para alcanzar el oeste, y que deberían idear un plan para que Håkan llegara a salvo a California. Tenían, sin embargo, ciertos obstáculos por delante. A pesar de que confiaba en su instinto, Asa no conocía la tierra que se extendía más allá de las montañas. Para empeorar las cosas, su encuentro con los viajeros en el paso les había demostrado que la notoriedad de Håkan había adquirido las dimensiones de un mito. Aunque no llevara puesto el abrigo de león, con su prodigioso tamaño difícilmente pasaba desapercibido. Solo era cuestión de tiempo que la noticia de su paradero llegara a los hermanos y a cazadores de recompensas lo bastante serios como para afrontar el riesgo. Y mientras aún trataban de hallar una solución para estos problemas surgió una nueva dificultad.

Asa trepó a un risco para obtener una mejor vista de los alrededores y buscar un atajo a través del accidentado paraje que atravesaban en ese momento. Cuando intentó bajar, resbaló y cayó rodando por el peñasco, como un objeto inerte que se golpeara y rebotara contra las rocas. Håkan lo vio todo desde lejos, y sintió que, en aquel momento, el peso de la realidad huía del mundo. Más adelante, se avergonzaría al recordar que su primer pensamiento fue que volvía a estar completamente solo. Una vez superada la impresión inicial, corrió a la base del risco, donde Asa yacía en el suelo, gravemente magullado y sangrando, aunque consciente. Una fractura en zigzag le desfiguraba la tibia izquierda.

—Puedo ayudar —dijo Håkan entre jadeos, sosteniéndole la cabeza entre las manos.

Asa no respondió. El dolor había anulado todo cuanto sus ojos tenían de humano.

Simplemente se movían frenéticos, sin llegar a enfocarse en nada. Le palpitaba el pecho. Boqueaba como un pez.

Håkan le rasgó los pantalones. El hueso había estado a punto de atravesar la piel. Pensó que sería capaz de recolocarlo, pero le preocupaban la fiebre y la ponzoña que a menudo derivaban de ese tipo de lesiones. Asa empezó a tiritar. Le castañeteaban los dientes. Los caballos no podían subir hasta allí. Håkan tendría que bajarlo él mismo. Tendría que fabricar una camilla. Pero, primero, el hueso. Necesitaba el sedante. Apretó la cabeza de Asa contra su pecho y luego, con muchísima delicadeza, la posó en el suelo. Los ojos de Asa seguían revolviéndose agitados, mirando más allá del cielo. Håkan dio un paso atrás. No podía dejarlo allí, solo. Ni siquiera por un instante. Ojalá pudiera preguntarle a Asa qué debía hacer.

—Volveré —dijo y, antes de que la duda lo paralizara de nuevo, dio media vuelta y voló ladera abajo hacia los caballos.

Cogió su caja de lata, unas mantas y un poco de cuerda, y corrió de regreso.

Ahora, Asa apretaba la mandíbula en una sonrisa siniestra, como si ofreciera sus dientes para la inspección de un ser remoto. Parecía perdido. Asa nunca había parecido perdido. Y estaba temblando. Håkan consiguió verterle unas gotas de tintura por la comisura de la boca. Poco a poco, el temblor se mitigó. Håkan palpó entonces la piel sobre la fractura. Estaba tensa, como una vejiga hinchada. Por primera vez, tuvo miedo de un cuerpo: temía herirlo, temía el poder que la fragilidad de ese cuerpo ejercía sobre su persona. Con suavidad, tendió a Asa sobre una manta; acto seguido, lo arrastró hasta un árbol, lo sentó con la espalda apoyada en el tronco y lo ató a él, no sin antes acolcharle el torso y las axilas con otra manta. Estudió la fractura, y luego contempló las montañas, el cielo, el suelo. Cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos. Un halcón emitió un chillido; otro le respondió. Håkan se apartó las manos de la cara. Como si acabara de despertarse, abrió los ojos y se arrodilló a los pies de Asa. Le agarró el tobillo; suavemente, lo movió arriba y abajo, a un lado y al otro, y de pronto, con una fuerza repentina, tiró. Los huesos, al reacomodarse bajo la carne, crujieron como caballos masticando maíz. Håkan siguió tirando del tobillo y girándolo, conteniendo la respiración, cegado por el sudor, hasta que, con un largo suspiro, lo soltó. El hueso parecía haber vuelto a su sitio, pero la sangre aún manaba bajo la piel. No le quedaba más remedio que confiar en que no había roto ningún vaso principal. Con unas cuantas ramas, mantas y cuerda, improvisó una camilla en la que arrastró a Asa hasta el campamento. La pendiente estaba plagada de piedras afiladas. Bajó despacio, tanteando cada paso. Hacía mucho que el sol se había puesto cuando por fin llegó hasta los caballos. Acampó.

A la mañana siguiente, Asa amaneció con fiebre. Deliraba e intentaba levantarse para reparar una escalera. Era una escalera importante. Había que arreglarla. ¿Qué harían sin la escalera? Valiéndose de una lanceta, Håkan le drenó la lenta sangre azulada de la pierna, temiendo encontrar restos de pus. Se pasó la mayor parte del día yendo y viniendo de un arroyo cercano, para humedecer una y otra vez la compresa que le aplicaba a Asa en la frente, en los labios y en las muñecas.

Después de coexistir momentáneamente, la luna prevaleció sobre el sol. Håkan encendió un fuego, pero no cocinó nada. Asa no dejó de debatirse consigo mismo durante la mayor parte de la noche, pero, cuando por fin se calmó y concilió el sueño, su rostro adquirió una expresión seria y

calmada, mostrando una fortaleza serena que hacía pensar en un rey. Hasta entonces, la palabra rey, igual que tantas otras, no se correspondía con ninguna imagen en la mente de Håkan; nunca había visto a un rey, ni siquiera en un retrato. Pero en ese momento, mientras observaba dormir a Asa, aquellos sonidos quedaron vinculados, para siempre, con su cara. Le aplicó un poco de pomada en las marcas que le habían dejado las ligaduras y se tumbó junto a él, descansando la cabeza sobre su pecho. El corazón de Asa latía despacio. Aun inconsciente, conseguía reconfortar a Håkan. En la oscuridad, entre latido y latido, se le apareció la cara de Linus. La figura de su hermano, que solía protegerlo del hambre, del frío y del dolor, siempre se había presentado ante él como la viva imagen de la seguridad. Hasta ahora. En esta ocasión, mientras los rasgos de Linus cobraban nitidez en su cabeza, Håkan vio algo diferente: vio a un niño. El Linus al que había querido y perdido no era más que un niño. Ciertamente, lo había protegido y había cuidado de él, pero Håkan nunca antes había comprendido lo joven e inocente que era su hermano por entonces. Sus historias, sus fanfarronadas, su sabiduría, su confianza ilimitada… Solo se trataba de las vanas elucubraciones de un niño. Cuando cayó en la cuenta, Håkan se echó a llorar. Había sobrepasado a su hermano mayor. Nunca volvería a hallar aquel solaz y aquella seguridad en la imagen de Linus. Entonces escuchó los latidos calmados de Asa y sintió su pulso contra la sien. Asa no era un niño. Se preguntó, de manera pasajera, qué pensaría Linus de él. ¿Qué pensaría de ellos? A pesar de que continuaba queriendo a su hermano, Håkan descubrió que no le importaba.

A la mañana siguiente, Asa se despertó hambriento y sin fiebre. A Håkan casi le fallaron las rodillas de puro alivio.

—Sobrevivirás —murmuró, y le dio la espalda a su compañero cuando notó que se le desbordaban las lágrimas.

Después de desayunar, Asa le dijo que hiciera los preparativos necesarios para ponerse en marcha. Håkan se negó. No se podían arriesgar a que las heridas se agravaran o a que le volviera la fiebre. Asa no quiso escucharlo. Pronto tendrían encima a los hermanos, a los Ángeles de la Ira, a los cazadores de recompensas, a los valedores de la ley. Según él, su única esperanza residía en llegar a los cañones. Si lograban no perderse, seguramente conseguirían que sus perseguidores los perdieran a ellos. La discusión concluyó cuando Asa intentó montar en el caballo. Con grandes dificultades, Håkan consiguió subirlo a la montura. El dolor distorsionó los rasgos de Asa cuando se sentó en la silla, y la cara se le puso lívida cuando la pierna herida empezó a golpear suavemente contra el caballo en movimiento. Håkan lo ayudó a desmontar antes de que se desmayara. Probaron con distintas tablillas y correas, pero, en cuanto se acomodaba en la silla de montar, el dolor se tornaba insoportable. Derrotado, Asa eligió un escondrijo más apartado para acampar allí durante unas semanas.

El tiempo transcurría despacio. Al principio, Håkan pensó que disfrutarían de aquel descanso en un enclave tan benigno —rodeados de agua fresca, árboles y arbustos ricos en frutos, y en una senda de caza accesible—, pero, durante los primeros días, Asa se mostró tan exasperado por su estado que apenas pronunció palabra. Håkan realizaba pequeñas expediciones en busca de los ingredientes que más le gustaban, pero la mayoría acababa echándose a perder junto a la hoguera. Poco a poco, la irritación de Asa se convirtió en ansiedad. No permitía que Håkan

saliera de la estrecha franja que rodeaba el risco. Se acercaban, decía. Sin duda. Alguien se acercaba. Solo era cuestión de tiempo. Håkan, como siempre, le creía. Al fin y al cabo, no solo le debía la vida, sino también el mundo. Ese mundo que había perdido después de la matanza. Acosado por las vidas que había arrebatado, Håkan se había pasado meses sintiéndose mancillado, como si hubiera caído en desgracia. La vergüenza de ser, al menos a ojos de los demás, un asesino, un asesino de mujeres —el asesino de Helen—, bastaba para alejarlo para siempre de la sociedad de los hombres. Pero ahora el mundo había regresado. Asa se lo había devuelto, rebosante de propósito y significado.

Pese a sus constantes inquietudes y al humor sombrío que parecía haberse apoderado de él, Asa no dejó de manifestar su admiración y su gratitud por las habilidades curativas de Håkan. Había visto a demasiada gente perecer en circunstancias similares —una caída, una fractura, pérdida de sangre, gangrena, amputación, delirio, muerte— como para no apreciar sus talentos en su justa medida. El relato de cómo le había recompuesto la pierna lo fascinaba sobremanera, y, sin importar cuántas veces lo hubiera oído («Cuéntame lo de la pierna y lo que hiciste», le pedía a Håkan una y otra vez, igual que un niño), siempre lo escuchaba con reverencia, boquiabierto. Cada compresa y pomada que Håkan le aplicaba, cada sangría, cada sutura, eran recibidas con la más solemne devoción.

Cuando no andaba buscando comida o atendiendo las heridas de Asa, Håkan se enfrascaba en la fabricación de un par de muletas y diferentes tipos de tablillas, tallando, cosiendo y pegando toda clase de materiales. Con el tiempo, Asa volvió a cocinar. Necesitaban aprovisionarse de carne curada y conservas para su viaje a los cañones desiertos.

—Los cañones son nuestra única esperanza —repetía Asa al final de cada jornada—. Demasiados días escondidos aquí. No conseguiremos dejarlos atrás. Pero quizá podamos despistarlos.

Una noche, al cabo de muchas dudas, y sintiéndose estúpido por haber esperado tanto, Håkan preguntó:

—¿Qué es un cañón?

—Nunca he estado allí —respondió Asa—. Dicen que es un paraje sin igual. Como una pesadilla. Túneles rojos excavados por ríos que desaparecieron hace mucho tiempo. Como viejas cicatrices en el terreno. Muy profundas. A lo largo de leguas y leguas. Pocos entran. Menos aún salen.

Más tarde esa misma noche, mucho después de que se hubieran acostado, Håkan se despertó. Notó a Asa a su espalda, dándole vueltas a la cabeza; habían sido sus pensamientos los que lo habían despertado. También notó que Asa sabía que estaba despierto.

—Ahora ya no podemos ir a California —le dijo por fin. Luego, después de una larga pausa —: Te estarán buscando. No lo lograrías. Iremos a los cañones. Esperaremos allí. —Se quedó callado un momento, como si su silencio fuera una pequeña muestra de aquella futura espera—. Luego, a San Francisco. No sé cómo, pero lo conseguiremos. —Otra pausa—. Daré con mis amigos. Ellos nos ayudarán a embarcar. —Otro silencio—. Iremos en barco a Nueva York. Allí nadie nos buscará. Estarás a salvo. Estaremos bien. —Pausa—. Y encontraremos a tu hermano.

De pronto, algo dentro de Håkan se fundió. Solo ahora que aquella bola helada se derretía y se

evaporaba, se percató de que la había guardado en el pecho durante años. Solo ahora que sabía que volvería a ver a Linus —pues no cabía duda de que, con la ayuda de Asa, volvería a verlo—, sintió todo el dolor que aquella fría esquirla le había suscitado. Y comprendió que, hasta ese momento, no había tenido ninguna posibilidad de encontrar a su hermano. ¿Llegar hasta Nueva York? ¿Dar con él en aquella infinita ciudad? ¿Cómo podría haberlo logrado? El amor y el anhelo lo habían mantenido en movimiento, pero ahora, con Asa a su lado, caía en la cuenta de lo vana que había sido hasta entonces su búsqueda. Sin la ayuda de Asa se hallaba condenado al fracaso.

¿Cómo responder a sus palabras? Igual que un conjuro, habían cambiado la realidad al ser pronunciadas.

19.

Llegó por fin el día de partir. La pierna de Asa había mejorado bastante, de modo que ahora podía desplazarse con el par de muletas que Håkan había fabricado para él. A partir de una serie de huesos, madera, cuero y lona, también había ideado una abrazadera articulada que le ayudaba a subirse al caballo y suavizaba el impacto de la pierna contra el costado del animal, al tiempo que mantenía el hueso en su sitio. Los dos caballos de refresco iban cargados con el agua y las provisiones que habían reunido durante el último par de semanas.

El tiempo se tornó más caluroso; el paisaje, más rojo. La cordillera quedó reducida a unos pocos pilares encorvados. Los bosques desaparecieron, y ya solo se encontraban con unos brotes espinosos y grises de cuando en cuando. Las aves ya no volaban en bandadas; solo un pájaro aquí y luego, después, quizá, otro allá. El aire estaba tenso, como si el conjunto del cielo hubiera inspirado hondo y ahora contuviera el aliento. Y el sol, siempre el sol. Pequeño en el cielo, inmenso en el suelo.

Asa calculaba que tendrían que atravesar unas cien leguas de cañones, con un alto a mitad de camino, antes de llegar a los bosques. Los caballos eran su principal preocupación. En aquel paraje escaseaba el agua y apenas había comida. Por fortuna, los animales siempre se mantenían atentos y localizaban enseguida los matorrales comestibles, incluyendo una variedad de nopal carnosa y espinosa pero casi inofensiva. También se alimentaban de plantas forrajeras y arbustos, y aprendieron a roer pinos contrahechos y yucas atrofiadas. Les asomaban las costillas y sus ojos desorbitados lanzaban miradas cada vez más desquiciadas, pero seguían avanzando. Uno de ellos, el que había pertenecido al sheriff, tenía un gran talento para detectar el agua que corría bajo tierra. Se detenía, resoplaba y rascaba el suelo con los cascos delanteros. Håkan lo ayudaba. El caballo nunca se equivocaba.

Fue totalmente repentino. De algún modo, sin que hubieran subido ninguna ladera, se encontraron mirando hacia abajo. Sus ojos necesitaron unos momentos para ajustarse a la oscuridad que se extendía bajo sus pies. Les llegaban ráfagas de aire fresco desde las profundidades. Era una sensación tan grata que Håkan tuvo que recular cuando se imaginó a sí mismo zambulléndose en aquel abismo. La profunda garganta, de múltiples brazos angulosos, parecía un relámpago negro y horizontal.

Recorrieron el borde del precipicio, explorando cada bifurcación en busca de una forma de bajar, pero la pendiente siempre se revelaba demasiado empinada para los caballos. Håkan nunca había sido testigo de tal desolación. Los desiertos que había recorrido hasta entonces parecían rebosantes de vida en comparación con aquel paisaje. Estaban yermos, pero habían sido creados de ese modo, y a lo mejor aquella vacuidad solo constituía el primer estadio de un largo proceso que los llevaría hacia un futuro opulento. Eran perfectos lienzos en blanco. Se hallaban plenos de promesas. Pero el cañón ya estaba terminado. Alguna fuerza portentosa había puesto todo su empeño en modelarlo: había partido el terreno como una hogaza de pan; había, en algún momento, vertido agua en aquellas gargantas; incluso había organizado los barrancos y las corrientes en formas armoniosas. Y luego, por algún motivo, había desistido y se había retirado. Los ríos se habían secado. La tierra se había endurecido, tornándose amarilla y carmesí. Todo cuanto restaba era una majestuosa desesperanza.

El sol empezó a ponerse, y aún no habían encontrado un camino para bajar al cañón.

Más enojados que debilitados por la sed, los caballos se negaron a seguir adelante. Los jinetes acamparon al borde del precipicio, comieron algo de charqui y se acostaron. A la mañana siguiente, sin embargo, su suerte cambió. Antes del mediodía, hallaron una pendiente pedregosa más o menos aceptable, y, en cuanto alcanzaron el fondo, el caballo del sheriff se lanzó al trote y dobló un recodo, tras el que corría un pequeño arroyo. Asa se echó a reír. Confesó que la noche anterior, al acostarse, había pensado que morirían al cabo de pocos días. Mientras los caballos bebían y Håkan se refrescaba, Asa se alejó por la garganta. Un momento después, regresó lleno de excitación. Había un grupo de arbustos y arbolitos corriente arriba, que sin duda servirían de alimento a los caballos. Todo lo que necesitaban era un escondrijo lo bastante próximo al agua y a los arbustos. Cuando ya no faltaba mucho para la puesta de sol, descubrieron un pasadizo curvado que conducía a una suerte de galería, parte de la cual se hallaba cubierta por un liso domo anaranjado. Demasiado magnífico para ser obra del hombre, demasiado íntimo para ser natural, se trataba de un lugar inquietante a la par que acogedor. No estaba totalmente cerrado ni totalmente abierto. La bóveda, que abarcaba tres cuartas partes de la cámara, era lo bastante amplia como para acogerlos y ocultarlos a los dos, además de a los caballos, pero el extremo más alejado del refugio se abría hacia la pared de la garganta, lo que les permitía atisbar la entrada del pasadizo desde arriba; nadie podía acercarse sin ser visto. Ocultaron el acceso a la cueva con piedras, que podían retirar fácilmente siempre que quisieran. Asa dijo que ni en sueños habría imaginado un escondrijo mejor.

Pasaron los días y las semanas. Asa opinaba que, si esperaban lo suficiente, sus perseguidores, al comprobar las hostiles condiciones de la zona, se darían por vencidos y continuarían hacia el oeste; eso significaba que terminarían adelantándolos, y no había nada mejor, añadió, que ir detrás de tus propios perseguidores.

La austera existencia que llevaban en el domo llenaba de dicha a Håkan. Vivían con frugalidad de las vituallas que habían acumulado en las montañas, y pasaban los días sumidos en un completo silencio. Asa le había dicho que debían hacer el menor ruido posible, pues el sonido viajaba con rapidez, con fuerza y hasta muy lejos a través de los cañones. A Håkan no le importaba. La bóveda naranja, veteada de rosa y púrpura, mantenía el aire fresco durante el día y

templado por la noche. Le gustaba pasar mañanas enteras tumbado junto a Asa, contemplando el domo y señalando, entre susurros, los rostros, los animales y toda clase de escenas fantásticas que brotaban y desaparecían en las intrincadas curvas de la cúpula. Al examinar los estratos coloreados de la pared, Håkan encontró unos fósiles llamativos (corazas con patas, caparazones en espiral, peces espinosos), pero no se los mostró a Asa.

Una vez al día, por la tarde, cuando el fondo de la quebrada se sumía en las sombras (y, por lo tanto, resultaba más difícil distinguir nada desde arriba), llevaban a los caballos a comer y recogían agua del arroyo. Puesto que las piedras que ocultaban y cerraban la entrada solo se podían retirar y volver a colocar desde el interior, se veían obligados a turnarse. Al principio, Asa se negó a que Håkan se ocupara de la tarea. Según decía, aquel era el único momento del día en que podían descubrirlos y matarlos. Pero Håkan insistió: debían compartir los riesgos. Al final, y no sin abundantes recelos, Asa accedió. Aunque echaba de menos a Asa cuando se separaban, Håkan también disfrutaba de aquella hora diaria de soledad, ya fuera descendiendo por la garganta junto con los caballos, contemplando el terreno desde abajo, o quedándose en el domo, paseándose de un lado a otro, tarareando por lo bajo —por miedo a que Asa lo oyera desde el riachuelo— y escuchando cómo su voz rebotaba desde los recovecos más inesperados.

Fue en una esas tardes, después de que Asa partiera con los animales, cuando Håkan, que estaba tarareando, oyó un gran fragor. Galopes. Muchos caballos. Asa gritando. Un disparo. Otro. Asa aullando. Galopes. Håkan se arrastró hasta el extremo abierto del refugio, desde donde podía ver la entrada mientras permanecía oculto por las sombras. El sonido de cascos, los gritos y los disparos sonaban cada vez más altos, y los ecos de unos se solapaban con los de los otros, de modo que resultaba imposible decir de dónde procedían y en qué orden se producían; causa y consecuencia, pasado y futuro se volvieron del revés, confundiéndose entre las reverberaciones. Por un momento, bajo aquel remolino de sonido, Håkan pensó que a lo mejor Asa ya había sido abatido, a pesar de que sus gritos aún resonaran en el aire. Pero, justo cuando la ola de ecos empezaba a cernirse sobre él, Asa torció una curva al galope. De pie en los estribos, con el cuerpo echado hacia delante, sobre el hocico del caballo. Cuando no aguijaba al caballo con un trozo de cuerda, lo blandía frente a los ojos del animal, transmitiéndole su propio frenesí. Pasó a toda velocidad por delante de la entrada oculta y volvió la cabeza hacia el balcón oscuro, desde donde lo contemplaba Håkan. Era imposible que Asa lo viera, pero la mirada alzada y la sonrisa furtiva, cálida y serena que por un instante asomó a sus labios (un instante en que la persecución, el ruido y el mundo parecieron detenerse) bastaron para informar a Håkan de que sabía que lo estaba observando. Un segundo después, Asa se perdió de vista. Tres jinetes pasaron al galope tras él. También ellos desaparecieron. Los gritos y los disparos continuaron. Y luego se apagaron.

Aquel silencio pulverizó y dispersó a Håkan. En aquel silencio no había espacio para él. Ni para nada.

Alguien soltó una carcajada. No era Asa.

Había demasiado aire, demasiada luz.

Ecos de cascos en la distancia. Al paso. Acercándose. Luego, los tres jinetes siguieron tranquilamente garganta abajo. Charlando. Riéndose. El caballo de Asa sujeto por la brida. El

cuerpo de Asa atado a él. Justo debajo de Håkan. La sangre brillando en la cabeza de Asa.

Håkan permaneció inmóvil mientras se ponía el sol, salían las estrellas y alboreaba la mañana. Tres veces seguidas.

20.

No sabía cuántos años habían pasado desde que se había ido de los cañones. Un par de inviernos atrás, se había descubierto las primeras canas en el cabello. Los troncos y las piedras que antes levantaba sin esfuerzo ahora lo hacían gruñir. En algún momento, su voz, que solo oía al toser (o en las raras ocasiones en que se ponía a canturrear o se decía algo a sí mismo), había empezado a sonar como la de un viejo. Quizá como la de alguien mayor que su padre.

Casi nunca salía de su morada. Mucho tiempo atrás, cuando se asentó en aquellos lares, había tomado la decisión de construir bajo tierra. Pensó que así el refugio sería menos visible. Le llevó meses excavar la zanja principal, que conducía a una estancia más o menos cuadrada. Pese a todo, se instaló en el agujero en cuanto fue lo bastante grande como para cobijarlo, y allí había vivido desde entonces, sin dejar nunca de ampliar su escondrijo ni de practicarle mejoras. Cuando prolongaba la zanja principal, hacía lo propio con el tejado a dos aguas que la cubría. Al principio, aunque apenas asomaba por encima del nivel del suelo, aquella estructura sobresaliente le causó cierta inquietud; pero pronto descubrió que aquellos setenta o noventa centímetros eran necesarios para asegurarse un correcto drenaje y para mantener el túnel seco. Durante la primera estación lluviosa, no le quedó más remedio que empedrar los suelos y revestir las paredes con piedras y troncos, para evitar que se embarraran y terminaran desmoronándose. Resultó ser muy diestro en esta última actividad, incluso disfrutaba creando diferentes diseños, y puede que esta fuera una de las razones por las que siguió ampliando el refugio a lo largo de los años. Al margen de la estación, mantenía varios fuegos encendidos al mismo tiempo, al menos durante unas horas, para asegurarse de que las paredes y el suelo permanecieran secos. Esto le ocupaba una parte considerable de la jornada, pero no le importaba. Le daba algo que hacer. Las incrustaciones de piedras de los muros, además de las hogueras diarias, convertían los túneles y la cámara en lugares habitables, y rebajaban la fetidez del aire. Håkan incluso ideó un conducto de cuero conectado a un humero, e instaló varias de estas chimeneas a lo largo de toda su madriguera.

Durante todos los años que vivió allí, no cesó de cavar. Aunque sabía que una vivienda más grande también resultaría más llamativa, la inexplicable sensación de seguridad que obtenía de multiplicar las zanjas superaba a su sentido común. Una vez que el corredor principal y la celda cuadrada estuvieron terminados y amueblados (suelo, paredes, humeros, una rústica cama, algunos troncos y piedras a modo de mesas y sillas), empezó a trabajar en un nuevo pasadizo,

que conectaría con otra de las paredes de la cámara. Avanzaba poco a poco; comenzaba por el extremo más alejado de la nueva zanja, y, al final, la conectaba con la estructura ya concluida; así, las estancias donde vivía permanecían limpias durante la construcción.

Había elegido aquel lugar tras descubrir que, debajo de una dura capa superficial, se extendía un terreno de arcilla maleable. Para romper el estrato superior, había fabricado una especie de ariete con una rama larga y una gran roca puntiaguda. Quebraba a golpes el apiñamiento de guijarros, raíces y tierra seca, y a continuación empleaba varios tipos de troncos huecos para extraer el material a paladas. Cuando alcanzaba la capa arcillosa, solía utilizar una piedra triangular, grande y plana para cortar la arcilla y sacar grandes bloques de una vez, en lugar de palear. Clavaba el ángulo más agudo de la piedra —una punta de flecha alargada y estrecha— con una leve inclinación y, acto seguido, apoyándose en dos varas, se encaramaba encima y saltaba sobre ella hasta enterrarla del todo, expulsando así un gran bloque de arcilla. Trabajaba sin descanso, pues perdía la noción del tiempo y de sí mismo mientras cavaba o cortaba y transportaba troncos. Cuando caía la noche, sin percatarse, continuaba su labor a oscuras. Al acostarse, a menudo descubría heridas que ni siquiera había notado durante el día.

Su compulsión lo llevó a trabajar en diferentes corredores al mismo tiempo y, en pocos meses, contaba con una compleja red de túneles subterráneos. Algunas zanjas estaban interconectadas; otras se prolongaban separadas de todas las demás; unas pocas partían de la celda principal. Muchos de los túneles eran canales angostos, meros bosquejos de empresas más ambiciosas. Sin embargo, no había manera de evitar que tan vasto laberinto se acabara desmoronando. No había piedras ni vigas suficientes para prevenir las avalanchas, y resultaba totalmente imposible mantener encendidos todos los fuegos necesarios para secar el barrizal. Los elementos prevalecían. Los túneles más remotos se deterioraron por falta de mantenimiento y se vinieron abajo tras numerosas inundaciones y corrimientos de tierra. Al final, Håkan se retiró a la celda original y conservó nada más que unos pocos túneles subsidiarios. Tardó meses en rellenar las zanjas abandonadas.

Tras la muerte de Asa, había permanecido en el domo hasta la llegada del invierno. Apenas se alimentaba, y solo salía de la cámara ocasionalmente, para reponer sus reservas de agua. El mundo había quedado reducido a las figuras anaranjadas que se vislumbraban en la bóveda. Cada instante era una prisión, cercada por barrotes que la separaban tanto del pasado como del futuro. Ahora-aquí, ahora-aquí, le retumbaba el corazón en los oídos. Sentía una indiferencia absoluta hacia sí mismo y hacia su destino. Aunque intenso y ensordecedor, su sufrimiento le llegaba como un eco remoto del grito de otra persona.

Más adelante, al recordar aquellos meses, se vería a sí mismo como uno de los fósiles incrustados en la pared rocosa.

Una noche, casi murió de frío. Hacía mucho que la negrura había tomado el domo naranja. En lugar de las caprichosas imágenes que brotaban y desaparecían en las ondulaciones de la piedra, Håkan empezó a ver a personas conocidas. Sus padres, el administrador de la propiedad, los granjeros vecinos. También veía animales. El potro que su padre había vendido al molinero. Un

buitre inmóvil manchando el cielo del desierto. La mujer que lo había mantenido cautivo, sus guardianes, el hombre gordo. Jarvis Pickett y el indio de pelo corto. Un cerdo blanco. La mujer que batía mantequilla al lado de los escolares. Los escolares. El caballo que les había robado a los hermanos. Lorimer, Antim, el marinero que le había dicho que aquella ciudad marrón de la costa no era Nueva York, el guía, la familia Brennan, el sheriff, Linus, los marineros chinos que almorzaban en Portsmouth. En ese preciso instante, mientras Håkan escudriñaba la oscuridad, la mayoría de ellos probablemente siguieran vivos. En ese preciso instante, la mayoría estaría haciendo algo: los escolares, ya convertidos en hombres jóvenes, estarían arando y ordeñando; los marineros, asegurando estachas de atraque; los caballos, mirando al vacío; Linus, caminando por una calle concurrida; muchos de ellos, tanto hombres como mujeres, estarían dormidos; algunos padecerían dolor; todos ellos tendrían alguna imagen en la mente; unos pocos estarían conversando; alguno estaría tomando un trago de agua fría. Pero Asa estaba muerto. El cuerpo rígido y tembloroso de Håkan se relajó de pronto, y sintió que su consciencia se hundía como una brasa en las cenizas. No sabría decir por qué se debatió contra aquella placentera liberación. Pero el hecho es que, a la mañana siguiente, se puso en marcha.

Los asesinos de Asa se habían llevado a los caballos, por lo que Håkan viajaba ligero de equipaje. Mediante una serie de lonas y correas de cuero, se cargó a la espalda, sobre el abrigo de piel, todas las mantas, provisiones, armas y herramientas que pudo. Salió del cañón y puso rumbo al noroeste, donde, según Asa, había árboles y ríos. Al igual que antaño, evitó los caminos y todo indicio de presencia humana, pero en esta ocasión era el agotamiento, más que el miedo, lo que lo llevaba a obrar así. Preguntas, acusaciones, amenazas, veredictos. Hablar. No quería hablar. A falta de un destino claro y ningún otro propósito salvo la soledad, resultaba más fácil eludir a los demás. Ir a pie le permitía viajar por terrenos agrestes que, de otro modo, serían inaccesibles.

Cruzó desiertos y vadeó ríos, escaló montañas y atravesó llanuras. Comió pescado y perros de las praderas, durmió sobre musgo y sobre arena, desolló caribúes e iguanas. Numerosos veranos le llenaron el rostro de arrugas, y otros tantos inviernos se lo curtieron. Sus manos, quemadas y congeladas año tras año, estaban atravesadas de líneas y arrugas sobre las que se cruzaban nuevas líneas y arrugas. En una ocasión, vio el océano, pero dio media vuelta de inmediato, pensando que habría asentamientos en la costa. Siempre se detenía en ubicaciones poco acogedoras —nunca en una vega, en las proximidades de una fuente de agua o en un lugar en el que abundara el alimento—, casi nunca acampaba y rara vez encendía un fuego. En su cabeza reinaba un silencio absoluto. Apenas pensaba en algo que no fuera inmediato. Los años se desvanecían bajo un presente sin peso.

A través heladas y deshielos incontables, caminó en círculos más amplios que naciones.

Hasta que detuvo.

Tras todos aquellos años viajando casi descalzo, sus pies habían quedado reducidos a dos cosas oscuras y nudosas. Ampollas, astillas y heridas habían afectado a su forma de caminar, y ahora apoyaba el peso principalmente en la parte exterior de las plantas de los pies. Esos andares estevados le habían dañado las rodillas y, como resultado, sus piernas habían perdido agilidad. Aunque, con el tiempo, había aprendido a sobrevivir con muy poco, siempre había cargado con algunos artículos esenciales a la espalda, y ahora padecía molestias permanentes en la columna y en el cuello. Aun así, pese a sentirse magullado y exhausto, no fueron estos los motivos por los que se detuvo. Se detuvo porque era el momento de detenerse. No había llegado a ninguna parte. Sencillamente, no había más pasos que dar. Así que dejó sus cosas en el suelo y se puso a cavar.

Al margen de la maleabilidad del terreno, no había nada notable en aquel lugar, y precisamente por eso lo escogió. Estaba próximo a unas pocas lomas, lo que garantizaba que los viajeros no pasarían por allí, no cuando el paraje circundante era tan llano. Había agua cerca, pero no tanto como para cruzarse con peregrinos sedientos. Había caza, bayas, nueces y setas en los alrededores, aunque no tan abundantes como para hacer que alguien se desviara de su rumbo. El clima, sin llegar a ser hostil, no resultaba atractivo. Las primaveras, fugaces, daban paso a veranos abrasadores que calcinaban las plantas en cuestión de días. Cuando llegaba el frío, las colinas, la maleza y los escasos árboles de la zona se convertían en acero herrumbroso. Durante unas pocas semanas al año, el suelo se transformaba en una gran roca irrompible.

El silencio y la soledad habían enturbiado su percepción del tiempo. Un año y un instante duran lo mismo en una vida monótona. Las estaciones se marchaban y regresaban, y las ocupaciones de Håkan no experimentaban cambio alguno. Había que rellenar una zanja abandonada. Había que hervir más pegamento. Uno de los pasadizos requería mantenimiento. Había que alargar un viejo corredor. Había que poner trampas. Un canal de desagüe se había desbordado. Unas piedras del revestimiento se habían desprendido de la pared. Necesitaba agua potable. Había que remendar el abrigo. Podría reducir las goteras de un tejado. Había que atasajar la carne antes de que se estropeara. Uno de los conductos de cuero para el humo estaba demasiado viejo. Necesitaba leña. Había que fabricar una herramienta nueva. Las losas del suelo se habían aflojado. Antes de que pudiera completar una tarea, surgía otra que requería su atención, así que siempre se encontraba ocupado en una de estas faenas, las cuales, con el paso del tiempo, se unían para formar un círculo o, más bien, una especie de patrón, que, pese a ser invisible a sus ojos, se repetía, de eso estaba seguro, a intervalos regulares. Esas tareas recurrentes hacían que cada día se pareciera al anterior, y que las jornadas, del amanecer a la puesta de sol, carecieran de indicadores para dividir el tiempo. Ni siquiera comía a horas regulares. De hecho, su dieta se había reducido a lo mínimo posible para mantenerse con vida. Desde la muerte de Asa, sentía repugnancia por la comida. Se alimentaba poco y rápido —charqui, cualquier cosa que le proporcionara el entorno, algún ave o roedor apenas asado en un espetón—, y solo cuando se sentía mareado o inexplicablemente hambriento. Las codornices de Asa abundaban en los alrededores de la madriguera, lo que venía a confirmar su carácter burlón. Al principio, la mera presencia de los pájaros lo enfurecía, pero, con el tiempo, aprendió a ignorarlos. Nunca intentó atrapar uno. Sí capturaba, no obstante, otras criaturas mediante

trampas. Temiendo una escasez de caza que lo obligara a alejarse de su madriguera, no paraba de ahumar carne o curarla al sol. Aquí y allá, en las bocas de algunos de los túneles y junto a unas pocas hogueras distantes, se veían tiras de carne amarronada y cadáveres enteros colgando de cruces y postes. Almacenaba la carne seca con gran cuidado. Pero nunca sentía hambre, solamente el mareo y la irritación que lo alertaban del inminente colapso de su cuerpo. A veces le sorprendía que su salud fuera tan robusta. No había perdido ni un solo diente; algo asombroso, ya que nunca había visto a un adulto con la dentadura completa. No se le ocurría más que una explicación, que era asimismo otro motivo de perplejidad: aunque no sabía cuántos años tenía, estaba seguro de haber alcanzado la edad en que el cuerpo humano ha llegado a su madurez y comienza a decaer. Y, sin embargo, no había dejado de crecer. Notaba cada nuevo estirón cuando el calzado comenzaba a apretarle demasiado. Los zapatos no eran algo fácil de fabricar, y se veía obligado a remendar continuamente los que ya tenía o a confeccionar un nuevo par. Ahora que pasaba la mayor parte del tiempo en la madriguera, le bastaba con envolverse los pies en cuero, lona y pieles. Pero, siempre que se embarcaba en una de sus infrecuentes excursiones más allá del arroyo, necesitaba mayor protección, y el calzado que guardaba para ello solo le servía unas pocas veces antes de tener que volver a agrandarlo o cambiarlo. Sus ropas, una mezcolanza de harapos y pieles, eran demasiado holgadas como para que se le quedaran pequeñas, pero había tenido que alargar las mangas del abrigo en varias ocasiones. No obstante, la mejor referencia para medir su crecimiento era la madriguera. Nunca llegó a ser tan grande como para no caber en las cámaras o en las zanjas, pero, llegado cierto punto, los espacios que antes le resultaban confortables empezaban a parecerle opresivos y, al final, se sentía tan encerrado que no le quedaba más remedio que ahondar el suelo para tener espacio para la cabeza, o excavar las paredes para ensanchar una celda o un túnel. Algunos de los corredores adicionales habían surgido de esa sensación de encierro. Y con sus escasos muebles sucedía algo similar. Una noche, advertía que una piedra que usaba de silla lo obligaba a doblar demasiado las rodillas. Una mañana, descubría que sus talones llegaban al borde de la cama. Como hacía años que no veía a otro ser humano, ignoraba lo alto que parecería al lado de una persona normal, pero sabía que llamaría la atención. Una razón más para mantenerse apartado. Pero todo esto no eran más que reflexiones fugaces. Rara vez pensaba en su cuerpo o en sus circunstancias, ni en nada relacionado con ello. La empresa de mantenerse con vida consumía todo su tiempo.

Hacía mucho que había abandonado cualquier ambición de encontrar a Linus o de llegar a Nueva York. No se trataba de los impedimentos prácticos, aunque también los hubiera —era un hombre perseguido que nunca pasaría desapercibido; carecía de dinero y de los medios para obtenerlo; no tenía caballo—. Sencillamente, ya no había objetivos ni destinos. Ni siquiera el deseo de morir que había experimentado después de las más demoledoras tragedias de su vida. Ahora era algo que vivía. No porque fuera su deseo, sino porque era inevitable. Seguir vivo era la trayectoria de menor resistencia. Se trataba de algo natural y, por lo tanto, involuntario. Cualquier otra cosa habría requerido una decisión. Y la última decisión que Håkan había tomado había sido la de cavar su madriguera. Si persistía en esa tarea, tan solo se debía a que no podía reunir la fortaleza necesaria para tomar la decisión de parar.

Durante los largos años que vivió en la madriguera, no pasó ni un alma por allí. Al principio,

se mantenía en guardia por la posible aparición de jinetes, e incluso construyó una plataforma en lo alto de un árbol que proporcionaba una buena panorámica del terreno circundante. Casi nunca encendía un fuego, y se pasaba la mayor parte del día tratando de percibir el sonido de los cascos y de los carromatos entre el viento, y escudriñando el horizonte en busca de humo o ganado. Sin embargo, con el paso de las estaciones, quedó patente que su enclave estaba demasiado apartado de todas las rutas y caminos, y que nadie acudiría expresamente a aquella tierra estéril y gris con la intención de reclamarla para sí.

Poco a poco, sus miedos se disiparon y se retiró a su laberinto, del que casi nunca salía. En las pocas ocasiones en que se asomaba al exterior, su mundo no se extendía mucho más allá del arroyo. Y siempre caminaba por una ruta diferente para evitar trazar un sendero. Además de coger agua, se dedicaba a poner trampas y a explorar los alrededores para borrar cualquier rastro que pudiera haber dejado a su paso. Pero, la mayor parte del tiempo, se abstenía de salir de la madriguera. Después de haber pasado tantos años al aire libre, disfrutaba estando bajo techo. No es que temiera los espacios abiertos. Más bien, los consideraba como algo parecido a la lluvia: una circunstancia que prefería evitar. Que permaneciera dentro de la madriguera, no obstante, no significaba que llevara una vida sedentaria. Se pasaba el día recorriendo las zanjas techadas, reparando el revestimiento, cavando y avivando las hogueras, rodeado del aroma resinoso que desprendían las cubiertas de madera de pino. Quizá, pensaría más tarde, había elegido ese tipo de vivienda tan particular de forma inconsciente, para poder seguir caminando sin tener que salir de su casa. La noche acostumbraba a sorprenderlo trabajando, y, aunque el cuerpo le palpitaba de agotamiento, solo conciliaba el sueño al cabo de un prolongado trance, en el que se dedicaba a observar el fuego: las llamas que, decreciendo, daban paso a los rescoldos, que daban paso a las cenizas, que daban paso a la oscuridad. Su mente estaba vacía, pero, de algún modo, esta nada reclamaba toda su atención. El vacío, descubrió, es una demanda absoluta; basta con una fracción de un átomo (o el destello de un pensamiento) para poner fin a un vacío universal. Exhausto por aquella nada, a menudo se levantaba, encendía otro fuego en alguna parte de la madriguera y volvía a trabajar en el revestimiento de las paredes, colocando guijarros alrededor de las piedras y las losas. Aquello apenas ayudaba a mantener la arcilla en su lugar, pero le proporcionaba una gran satisfacción. No había diseños preconcebidos. Simplemente, le gustaba encajar piedrecitas en la pared, lo más apretadas posible, para luego retroceder y admirar los patrones creados por el azar. Localizar, seleccionar e insertar las piedras era un proceso lento, y, como normalmente tenía tareas más urgentes que atender, solo había conseguido terminar unos pocos tramos de algunos túneles y ciertas partes de la celda principal.

Un año y un instante duran lo mismo en una vida monótona. Las estaciones se marchaban y regresaban, y las ocupaciones de Håkan no experimentaban cambio alguno. Un canal de desagüe se había desbordado. Unas piedras del revestimiento se habían desprendido de la pared. Había que atasajar la carne antes de que se estropeara. Había que rellenar una zanja abandonada. Necesitaba agua potable. Uno de los pasadizos requería mantenimiento. Las losas del suelo se habían aflojado. Había que alargar un viejo corredor. Había que hervir más pegamento. Podría reducir las goteras de un tejado. Había que poner trampas. Había que fabricar una herramienta nueva. Había que remendar el abrigo. Uno de los conductos de cuero para el humo estaba

demasiado viejo. Necesitaba leña. Antes de que pudiera completar una tarea, surgía otra que requería su atención, así que siempre se encontraba ocupado en una de estas faenas, las cuales, con el paso del tiempo, se unían para formar un círculo o, más bien, una especie de patrón, que, pese a ser invisible a sus ojos, se repetía, de eso estaba seguro, a intervalos regulares. Esas tareas recurrentes hacían que cada día se pareciera al anterior, y que las jornadas, del amanecer a la puesta de sol, carecieran de indicadores para dividir el tiempo. Ni siquiera comía a horas regulares. De hecho, su dieta se había reducido a lo mínimo posible para mantenerse con vida. Desde la muerte de Asa, sentía repugnancia por la comida. Al principio, cuando todavía seguía viajando, a veces posaba la mirada en la cuchara de Asa, y la intensidad casi acústica de su presencia lo llevaba al borde de las lágrimas. Aún guardaba, en la caja de los instrumentos médicos, el trozo de papel donde Helen había escrito su nombre. Resultaba apropiado que no supiera leer aquellos signos; al fin y al cabo, ni la persona que los había trazado ni aquella a la que se referían seguían existiendo ya. Con el paso del tiempo, dejó de conjurar los rostros de Helen y de Asa, dejando que se hundieran en la negrura que los reclamaba, pese a que, de cuando en cuando, regresaban en forma de destellos a los que siempre daba la bienvenida. Estas visitas eran breves, pero tan vívidas que ponían en cuestión la realidad que lo rodeaba. También había otras imágenes que lo asaltaban ocasionalmente. Los hombres a los que había matado lo observaban en sus sueños. A veces, los rasgos de Lorimer cobraban forma detrás de sus gafas —las gafas surgían en primer lugar, luego la barba alrededor de la sonrisa y finalmente el resto de su persona, amable y salvaje—; pero esta aparición no era como los ecos de los muertos, que emitían un tono vivo cuando entraban en contacto con el espacio y los objetos que los rodeaban. El naturalista retornaba, más bien, como un interrogante. Håkan tenía la certeza de que continuaba con vida; sencillamente se preguntaba dónde estaría. Con el transcurso del tiempo, estas visitas se fueron volviendo más esporádicas, hasta que la mayor parte de sus recuerdos parecieron haberse evaporado de su mente. El pasado rara vez volvía a él. Gradualmente, el presente se impuso, y cada momento se tornó absoluto e indivisible.

Como las losas dispuestas en el suelo se allanaban y se secaban con cada pisada, la parte original de la madriguera era también la más confortable. Las innumerables hogueras que había encendido a lo largo de los años habían endurecido la arcilla de las paredes, otorgándole la textura de la loza. Allí abajo, los sonidos se convertían en pequeños objetos sólidos. No había eco. La vida solo existía en forma de murmullo. Los sonidos fuertes quedaban amortiguados, de modo que no se escuchaba nada más que el rumor de la lona y el crujido del cuero. A veces, el vello de los antebrazos se le erizaba de placer ante el clac de la madera contra la madera y el clic de la piedra contra la piedra. Cada aspecto del fuego emitía su propio sonido: el crujido de la leña menuda, el susurro de las hojas, el crepitar de las chispas, el siseo de la sabia, el reventar de las piñas, los troncos que se derrumbaban, la expiración de los rescoldos. Cada vez que tosía o pronunciaba una palabra en alto, su voz sonaba monstruosa, como la de un gigante torpe, un invasor en su propia casa. Era todo un alivio que las paredes de arcilla absorbieran esos extraños gruñidos al instante, sin dejar rastro. En aquella quietud subterránea, sus movimientos se volvían deliberados y pausados. Todo requería más tiempo, y Håkan realizaba cada acción con una consciencia plena de lo que estaba haciendo, como si tratara de expandir el presente en el que se

hallaba confinado. Al dejar la taza de lata en la mesa, no se limitaba a soltarla sobre la superficie, sino que la depositaba con extremo cuidado, de modo que, cuando la lata y la madera entraban en contacto, el momento se prolongaba hasta suscitar una sensación milagrosa, como si se hubiera producido un encuentro amable y aun así trascendental entre dos mundos ajenos. Era reacio a cortar la leña dentro del refugio, pues sentía que había algo irreverente e incluso de mal gusto en esos golpes tan fuertes. Cuando cocinaba un estofado o fabricaba pegamento, ponía mucho cuidado en revolver el líquido sin golpear la olla. A pesar de que al principio no era plenamente consciente de ello, a menudo se descubría rascándose la barba sin otro objetivo que el de disfrutar del sonido.

Si los muros de arcilla, que amenazaban con sufrir corrimientos, desmoronarse o incluso venirse abajo en una avalancha, precisaban una atención constante (revestir, volver a revestir, colocar contrafuertes, apuntalar), los techos a dos aguas requerían, quizá, más trabajo aún. En su mayor parte, se componían de ramas de pino que Håkan había aprendido a entrelazar cuando aún estaban verdes y flexibles, atándolas con cordones de piel en caso necesario. El resultado era una cubierta lo bastante tupida como para mantener los suelos de los corredores más o menos secos, aunque rara vez llegaba a ser impermeable. En la celda y en los pasadizos donde hacía su vida diaria, Håkan reforzó el techo con lonas enceradas. Asimismo, fabricó unos marcos rectangulares a partir de unas ramas: las ató con un cordón hecho de tripas, y tensó unas cuantas pieles sobre ellas, creando una serie de paneles móviles que, en algunos casos, se podían abrir y cerrar mediante bisagras de cuero. Montaba aquellas estructuras, que combinaban ramas, lona y paneles de piel, sobre vigas clavadas oblicuamente a cada lado de la zanja, y las ataba a la cumbrera del corredor mediante una soga compuesta de tiras de cuero entrelazadas. Håkan utilizaba su pegamento, perfeccionado a lo largo de los años, para sellar las aberturas que pudieran quedar entre las distintas partes del conjunto. Se trataba de estructuras más bien precarias, y muchos de los raros sucesos que interrumpieron su monótona existencia a lo largo de los años fueron problemas relacionados con la techumbre. A veces, bajo el peso de la lluvia o de la nieve, o a causa del mero envejecimiento de la madera, una sección del techo se venía abajo. En una ocasión, todo aquel conjunto de vigas, viguetas y demás le cayó encima mientras dormía. Se le clavó una rama gruesa en la pierna. A través de la grasa amarilla, pudo verse el fémur. Al principio no sanó bien. Håkan temió por su pierna y llegó a considerar distintas estrategias para practicarse una amputación. Luego temió por su vida. Pero, a pesar de la fiebre y del dolor que lo atontaba, logró drenar la herida, mantenerla limpia, coserla y vendarla, y, finalmente, se curó. Desde entonces, se aseguró de que todas sus camas estuvieran protegidas por un robusto dosel.

Unos años más tarde se produjo otro incidente, pero, en esta ocasión, ningún dosel podría haberlo evitado. Cayó un rayo en el techo de uno de los corredores laterales. Para impedir la propagación del fuego, Håkan derribó las secciones que estaban conectadas con el pasadizo en llamas. Pese a haber quedado aislado, el frente de fuego continuó ardiendo incluso después de que cesara la breve tormenta que lo causó, y, por un momento, cuando las llamas empezaron a aplacarse al atardecer, pareció como si hubiera dos horizontes, cada uno resplandeciendo con su propio ocaso.

También se produjo otro fenómeno, menos imponente pero más profundo, relacionado con

una parte diferente del techo, y en esta ocasión se prolongó durante cierto tiempo. Håkan estaba trabajando en un túnel lejano, cavando una honda bodega destinada a las pieles curtidas, pues habían de almacenarse en un lugar hermético, a prueba de agua. Después de asegurar unos pedazos de cuero y de lona sobre la estructura sobresaliente, se metió en el hoyo para comprobar el resultado. Para su gran asombro, se encontró con que una de las paredes le mostraba una imagen del sol poniéndose entre las copas de los árboles; todo ello del revés. Se trataba de una réplica perfecta del mundo que se extendía fuera del agujero. Con unos colores idénticos a los de la realidad. Y en movimiento. Los árboles se mecían; las aves pasaban volando; el sol seguía su curso descendente. Hacia arriba. Parecía la alucinación de otra persona; como si alguien, muy lejos, estuviera soñando con ese lugar (al revés), y Håkan, por alguna razón, fuera testigo de ese sueño. Sobreponiéndose a la perplejidad, desmontó uno de los paneles de cuero para ver si en el exterior sucedía algo fuera de lo normal. Cuando la luz irrumpió en la bodega, la imagen de la pared se desvaneció. Håkan miró a su alrededor. El mismo paisaje ceniciento de siempre. Nada fuera de lo habitual. Volvió a entrar y encajó el panel en su sitio. La estancia quedó a oscuras y la imagen reapareció. Cuando se inclinó ante ella, su sombra le reveló la existencia de un orificio en la lona, que dejaba pasar un pequeño rayo de luz; este, al parecer, generaba aquella imagen invertida y en movimiento al caer sobre la pared. En su cabeza no había lugar para la superstición ni la magia. Pese a lo asombroso del prodigio, sabía que respondía a causas naturales. Pero no alcanzaba a dar con la explicación. Durante unos días, la imagen permaneció en la bodega: aparecía en la pared cuando el sol comenzaba a ponerse y se desvanecía antes de que este se ocultara tras el horizonte. Pese a que conocía cada detalle del paraje que lo rodeaba, Håkan no se cansaba de contemplar aquella inversión un tanto acuosa del mundo. Y finalmente, una tarde, la imagen desapareció. Håkan lo intentó todo, pero nunca consiguió que regresara.

Tales acontecimientos le proporcionaban una suerte de vago calendario: antes y después del accidente o del rayo o de la imagen en movimiento. Y hubo unos pocos incidentes más que, tímidamente, dividieron su monótona vida en diferentes etapas. El oso que le hizo compañía, guardando las distancias, durante todo un otoño. La lluvia de estrellas. La zorra que se puso de parto en uno de los túneles. Las diversas ocasiones en las que la luna se tiñó de rojo. Los pájaros que se quedaron con las patas pegadas al suelo congelado. Varias fuertes tormentas. Con el tiempo, no obstante, empezó a confundir el orden de los hechos. Cuando hacía memoria, veía su vida en el laberinto como un periodo uniforme. Estos escasos momentos extraordinarios se apelmazaban entre sí, formando un bloque independiente, que no guardaba relación con la monotonía predominante de aquellos años. Las estaciones se marchaban y regresaban, y las ocupaciones de Håkan no experimentaban cambio alguno. Podría reducir las goteras de un tejado. Había que poner trampas. Un canal de desagüe se había desbordado. Unas piedras del revestimiento se habían desprendido de la pared. Había que rellenar una zanja abandonada. Había que remendar el abrigo. Uno de los pasadizos requería mantenimiento. Necesitaba leña. Había que alargar un viejo corredor. Necesitaba agua potable. Había que fabricar una herramienta nueva. Había que atasajar la carne antes de que se estropeara. Las losas del suelo se habían aflojado. Uno de los conductos de cuero para el humo estaba demasiado viejo. Había que hervir más pegamento. Antes de que pudiera completar una tarea, surgía otra que requería su

atención, así que siempre se encontraba ocupado en una de estas faenas, las cuales, con el paso del tiempo, se unían para formar un círculo o, más bien, una especie de patrón, que, pese a ser invisible a sus ojos, se repetía, de eso estaba seguro, a intervalos regulares. Esas tareas recurrentes hacían que cada día se pareciera al anterior, y que las jornadas, del amanecer a la puesta de sol, carecieran de indicadores para dividir el tiempo. Ni siquiera comía a horas regulares. De hecho, su dieta se había reducido a lo mínimo posible para mantenerse con vida. A veces le sorprendía que su salud fuera tan robusta. No había perdido ni un solo diente; algo asombroso, ya que nunca había visto a un adulto con la dentadura completa. No se le ocurría más que una explicación, que era asimismo otro motivo de perplejidad: aunque no sabía cuántos años tenía, estaba seguro de haber alcanzado la edad en que el cuerpo humano ha llegado a su madurez y comienza a decaer. Y, sin embargo, no había dejado de crecer. Como hacía años que no veía a otro ser humano, ignoraba lo alto que parecería al lado de una persona normal, pero sabía que llamaría la atención. Una razón más para mantenerse apartado. Pero todo esto no eran más que reflexiones fugaces. Rara vez pensaba en su cuerpo o en sus circunstancias, ni en nada relacionado con ellos. La empresa de mantenerse con vida consumía todo su tiempo.

21.

Aquellos brazos que se agitaban sin cesar, sobresaliendo de un tronco erguido. Aquellas piernas, como un par de ridículas tijeras. Aquellos ojos que miraban de frente desde aquella cara plana, sin pico, sin hocico, con un agujero a modo de boca. Y los gestos. Manos, frente, nariz, labios. Tantos gestos. Aquellos rasgos deformes y descolocados, y sus movimientos, excesivos y obscenos. Pensó que no podría haber nada más grotesco que aquellas formas. Luego pensó que él se parecía a ellos. Luego corrió a por su pistola.

Como había perdido la capacidad de pensar en el futuro, había dejado de considerar qué haría en caso de que alguien se presentara en la madriguera. Y, ahora que cinco hombres se acercaban a su morada, le pareció toda una obviedad. Por supuesto que alguien tenía que presentarse allí en algún momento. Con la llegada de los hombres, una dimensión olvidada de la realidad reapareció de súbito ante sus ojos, desafiando sus sentidos. El mundo era nuevo, complejo y aterrador. Preparó el arma con manos temblorosas.

Corrió un panel de cuero del techo y le echó un vistazo al exterior. Los hombres se aproximaban tranquilamente a caballo, inspeccionando la madriguera y señalando este o aquel detalle. Se mostraban alerta y, al mismo tiempo, relajados, como si supieran que él vivía allí, pero también tuvieran la certeza de que lo superaban en número. ¿Acaso lo habían estado espiando? ¿Desde dónde? ¿Cómo no lo había advertido? Todo en su actitud —el volumen de las voces, las risas ocasionales, el paso lento y las riendas flojas, la despreocupación con la que sostenían los rifles— llevaba a la misma conclusión: estaban seguros de que allí no había nadie más. Poseían la arrogancia del conquistador que sabe que le basta con dejarse ver para vencer.

Tres de ellos eran soldados, pero parecían pertenecer a ejércitos distintos. Los dos primeros llevaban un uniforme gris demasiado grande y quepis a juego, mientras que el tercero vestía de azul e iba tocado con un sombrero con una especie de adorno que le alzaba el ala. Su manga izquierda estaba vacía, plegada y abrochada al codo. En el brazo derecho llevaba tres galones amarillos. Al margen del color y del rango, los tres uniformes estaban viejos y sucios. Los dos hombres restantes mostraban el mismo aspecto que muchos de los tipos a los que Håkan había visto en sus viajes: pantalones de piel de ciervo, camisas de franela, sombreros de ala ancha. Los civiles tenían bayos corrientes, pero los soldados montaban caballos de tiro, altos y corpulentos; robustos, musculosos, casi sin cuello, con las cuartillas y los cascos cubiertos por espesas cernejas cargadas de abrojos y cardos. Håkan no sabía nada de razas equinas, pero resultaba

evidente que aquellas bestias estaban hechas para el arnés y no para la silla.

—¡Amigo! —gritó el soldado de azul—. ¡Eh, amigo! ¡Somos amigos!

Håkan se percató de que estaba jadeando. Surgida de la nada, una colonia de pequeñas motas incandescentes brotaba, se desvanecía y reaparecía ante sus ojos. Sentía el cuerpo menos pesado. Aun si tuviera intención de responder, su lengua, pegada al paladar, se hallaba demasiado seca y torpe como para permitirle pronunciar palabra.

Uno de los soldados de gris dijo algo por lo bajo, y los demás soltaron una carcajada. Se acercaron sin desmontar hasta unas piezas de carne que colgaban de unos postes. El otro soldado de gris cogió un trozo. Lo probó y acto seguido lo escupió. Se frotó la lengua con la manga, maldiciendo entre ruiditos grotescos. Más risas.

A Håkan le pareció que podía olerlos. Hedor humano. ¿A qué salvajismo lo someterían esta vez? Porque se trataba de hombres salvajes y crueles. Lo sabía por sus cicatrices, sus risas y, por encima de todo, su calma: la calma de la gente que, en cualquier momento, puede recurrir a la violencia absoluta. Miró la pistola que sostenía en la mano como si alguien se la hubiera plantado allí mientras estaba distraído. Acabar con otra vida.

Los forasteros se detuvieron a unos quince pasos de él. ¿Acaso lo habían visto? Tras conferenciar durante unos instantes —más por señas que con palabras—, uno de los civiles guardó su rifle en la funda de la silla, desmontó y dio unos pasos hacia Håkan.

—No queremos hacerle daño, señor. Para nada. Solo queremos hablar.

No tenía más opción que dejarse ver desarmado. Quizá su tamaño los intimidara. Quizá su tamaño los llevara a dispararle sin preámbulos. Se había reconciliado con la idea de la muerte, pero no deseaba compartir esa experiencia tan singular y definitiva con aquellos brutos. Antes de soltar la pistola y dirigirse hacia una de las salidas, cayó en la cuenta, fugazmente, de que aquella era la primera vez en su vida que temía a hombres más jóvenes que él.

El abrigo de león estaba colgado de uno de los postes al pie de la cama. No hacía frío, pero se lo puso igualmente. Tras retirar una sección del tejado, apoyó un pie en una mesa y salió.

Emergió de la zanja en cuclillas, así que su altura no se reveló de inmediato, pero, cuando se levantó hasta quedar completamente erguido, miró al frente y vio cómo el asombro se apoderaba de los rostros de los forasteros. Él mismo estaba sorprendido. Al fin y al cabo, habían pasado años desde la última vez que había estado al lado de otra persona, o de algo cuya talla le sirviera de referencia; algo que no formara parte de la naturaleza o que él no hubiera fabricado con sus propias manos. Aquellos hombres eran como niños. En cuanto a los caballos, había algo que no terminaba de encajar. Håkan y los hombres se estudiaron mutuamente; él, recordando lo que era un hombre; ellos, descubriendo lo que un hombre podía llegar a ser.

Uno de los civiles amartilló su pistola. El soldado de azul levantó su única mano sin apartar la vista de Håkan.

—Eres tú —dijo.

Håkan bajó la mirada hacia sus pies descalzos. Después de tantos años viéndoselos, se habían convertido en meros objetos desligados de sí mismo. Es más, callosos e insensibles al tacto, habían dejado de mediar entre el mundo y su consciencia hacía mucho tiempo. No eran más que otro artículo de uso diario.

—Eres tú —repitió el soldado manco—. ¿Lo veis? —preguntó volviéndose hacia sus camaradas—. ¡Es él! —Y, a continuación, mirando de nuevo a Håkan—: El Halcón.

La deshonra, la culpa, el miedo retornaron desbocados, arrasando los años que había vivido en soledad. Volvía al comienzo.

Quizá como reacción a su vergüenza, por un momento olvidó que resultaba muy fácil reconocerlo, y pensó que, si el soldado de azul sabía quién era, debían de haberse cruzado en algún momento. En una fracción de segundo, todos los rostros que podía recordar desfilaron, fugaces, por su mente. Ninguno correspondía al soldado de azul. A lo mejor era uno de los niños de la ruta de emigrantes. A lo mejor era uno de los niños que le arrojaron verdura podrida durante las exhibiciones del sheriff. Sin embargo, Håkan sí conocía la expresión de la cara del soldado. Era la mirada de la gente que había oído hablar de él, pero que nunca lo había visto en persona. Se preguntó brevemente si los uniformes significaban que los recién llegados eran hombres de la ley.

—El asesino de los hermanos, con la piel de león y todo.

La explicación del soldado de azul resultaba, a todas luces, innecesaria. La expresión pasmada, petrificada de los cuatro hombres restantes dejaba claro que sabían perfectamente quién era Håkan.

—¿Está vivo? —preguntó uno de los civiles, sin dirigirse a nadie en concreto.

—Y tanto —dijo el soldado de azul, con un gesto que abarcaba toda la envergadura de Håkan, de la cabeza a los pies.

Håkan miró a su alrededor, deteniéndose en las diferentes secciones de la madriguera. Consciente de que estaba a punto de abandonarla para siempre, apreció por vez primera su enorme magnitud.

El soldado de azul se había reunido con los demás, y los cinco discutían entre susurros. De cuando en cuando, se volvían y, aún fascinados, le echaban un vistazo a Håkan.

—¿Tienes algún arma? —preguntó uno.

—Dentro.

—Menudo sitio te has buscado —dijo uno de los soldados de gris—. Menudo sitio.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el soldado de azul, ignorando el comentario de su compañero.

—Cavé —respondió Håkan.

—No, no. ¿Cómo hiciste aquellas cosas? Todo eso. Ya sabes, lo de los hermanos, escapar de la ley. Permanecer oculto tanto tiempo.

—Caminé —dijo, respondiendo solamente a la última parte de la pregunta.

Los hombres se rieron.

—Caminó —comentó uno de ellos, y soltó una risita idiota.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No lo sé.

—Eres una leyenda, ¿lo sabías?

Una vez más, sus pies.

Uno de los civiles tomó un trago de un frasco y se lo ofreció a Håkan, que negó con la cabeza.

—Menudo sitio —dijo de nuevo el soldado de gris.

Los hombres desmontaron, escoltaron a Håkan a su celda y, tras apropiarse de las armas que allí encontraron, recorrieron a pie los alrededores, inspeccionando la madriguera y repartiéndose sus diferentes secciones entre los cinco.

Anocheció. Después de que los hombres mantuvieran una larga conversación en torno a una hoguera, lejos de la estancia principal, le pidieron a Håkan que se uniera a ellos. El soldado manco del uniforme azul habló en nombre de todos.

—Tenemos ciertos asuntos que tratar contigo. Una oferta. —Hizo una pausa, mirando a Håkan a los ojos—. Todos admiramos tus logros. Como ya he dicho, eres una leyenda. Acabar con aquellos colonos. Y luego con aquellos paganos, los hermanos. Y luego. —Se rio por lo que estaba a punto de decir—. ¡Y luego escapar con el caballo del sheriff! En serio. ¡Demonios!

Hablar. De eso había estado huyendo Håkan. El hecho de que fueran cumplidos no lo mejoraba en absoluto. No quería hablar más.

—Nosotros también, todos nosotros, tenemos historias sobre la guerra. Pero no como las tuyas. En cualquier caso, la paz reina de nuevo —dijo, mirando a los soldados grises con una sonrisa— y ahora nos dedicamos a ir de un sitio a otro, tratando de sobrevivir. Ya sabes. Hay montones de oportunidades ahí.

Alguien no dejaba de escupir en la hoguera. Las brasas siseaban una y otra vez.

—Así que estuvimos pensando. Y se nos ocurrió que podrías sernos de utilidad. No tendrías que hacer nada. A no ser que quieras, por supuesto. Solo dejarte ver, nada más. Simplemente te dejas ver con tu gran piel de león. Nosotros entramos en un sitio. Una tienda, una taberna, un banco, lo que sea. Y luego entras tú. La gente te ve. Se queda paralizada. Del resto nos ocupamos nosotros. Hasta podríamos ser tu banda. La banda del Halcón, o los Halcones, o algo así. Puedes quedarte con todo el mérito. Pero con tu nombre, con tu reputación y. Y. Bueno. —Incapaz de dar con la palabra adecuada, se limitó a señalar a Håkan—. Contigo. Contigo, nadie podrá pararnos.

Håkan lo miró fijamente a los ojos.

—No.

Durante el silencio que siguió a su respuesta, Håkan notó que un mecanismo interno se activaba en los hombres; no cargaron sus armas, sino a sí mismos.

—Bien, claro —dijo el soldado azul, sin perder la compostura—. Aún no he acabado. Como he dicho, puedes venir con nosotros como nuestro. ¿Cuál es la palabra? Líder. Puedes venir con nosotros como nuestro líder, o bien como nuestro prisionero. Sigue habiendo un precio por tu cabeza. Un montón de dinero. No tanto como el que conseguiríamos si quisieras acompañarnos, pero aun así es una bonita cantidad. Como he dicho, eres una leyenda.

Aunque el soldado de azul tenía los ojos fijos en el fuego, Håkan sabía que los demás estaban preparados para atacar a la más mínima señal.

—Mira —dijo finalmente el soldado de azul—. Nos gusta tu casa. Estamos cansados. Así que nos quedaremos unos días. Cuando nos vayamos, tú nos dirás qué dirección tomar.

Al día siguiente, los hombres se dedicaron a descansar, a abrevar a los caballos y a emborracharse, pero siempre había alguien vigilando a Håkan. Se paseó por el campo y por el

bosque de los alrededores, asegurándose de mantenerse a la vista de los guardias en todo momento, para evitar sospechas. En primer lugar, recogió unas cuantas setas y nueces, unas pocas hierbas y algunas flores. Luego, trató de cazar una codorniz, encorvado y con una manta en las manos. Las aves siempre alzaban el vuelo en el último segundo, para ir a posarse a unos pasos de él y contemplarlo con la cabeza inclinada en un gesto insolente. Los hombres lo observaban y se reían, palmeándose los muslos y abrazándose la barriga. Fingían simpatizar con Håkan, aullando cada vez que erraba, y luego se burlaban de él dedicándole condescendientes palabras de ánimo, señalando la diferencia de tamaño entre el cazador y la presa.

El sol empezaba a ponerse cuando por fin consiguió todos los ingredientes. Encendió un fuego sobre las cenizas de la noche anterior. Mientras desplumaba a las codornices, repasó mentalmente el orden en que debía preparar y cocinar los alimentos. En un estofado, el orden lo es todo, solía decir Asa. Håkan se sorprendió al comprobar lo bien que recordaba cada detalle; la imagen de Asa, asombrosamente vívida, lo guiaba a cada paso. Una vez que hubo limpiado las aves, seleccionado las flores, pelado las nueces, preparado la manteca y troceado las setas, Håkan se encaminó a su celda, asegurándose de que lo vieran. Incluso cruzó una mirada con uno de los civiles y señaló la zanja para informarlo de sus intenciones. El hombre, ocupado con un frasco, lo ignoró por completo.

Cuando llegó a la cámara cuadrada, Håkan sacó la caja de lata de un agujero oculto debajo de un leñero. Junto a ella descansaba la cuchara de Asa. Se detuvo un momento. Luego, abrió la caja. Allí, entre sus instrumentos médicos, estaba la botellita de tintura. Después de tantos años, su contenido se había evaporado. No quedaban más que una pátina de color caramelo adherida a la pared interna de la botella y unas heces cristalizadas en el fondo. Håkan tomó la cuchara de Asa y se escondió la botella en una manga. Soltando un fuerte gruñido, para asegurarse de que alguien lo mirara, trepó fuera de la zanja, saludó al guardia con la cuchara, puso la olla al fuego y empezó a cocinar.

Aquella era la primera comida de verdad que preparaba desde la muerte de Asa. Setas guisadas en manteca. El aroma de las hierbas y las flores. Las codornices que se iban dorando poco a poco. Algunos de los hombres se acercaron a la olla olfateando el aire. Los civiles ya estaban borrachos. Finalmente, añadió el agua. Todas las cabezas que lo rodeaban se volvieron hacia la fragante nube de vapor. Cuando el líquido rompió a hervir y se tornó más espeso, Håkan se sacó la botellita de la manga y la echó en la olla, cerciorándose de que se hundía hasta el fondo.

Los civiles se aproximaron con sus platos y sus cubiertos de metal. Håkan les sirvió la comida. Luego tomaron asiento junto al fuego, torpes y atontados por la bebida. Su regocijo inicial se había transformado en una confusión concentrada: ceños fruncidos, miradas decididas, movimientos calculados pero altamente ineficaces. Comieron con entusiasmo, sin dejar de beber entre bocado y bocado.

—¡Dudley! ¡Muchachos! ¡El gigante sabe cocinar!

Håkan recordaría aquel nombre para siempre, aunque nunca supo a cuál de ellos correspondía.

—Ah. Esto está delicioso, de veras —dijo el hombre, y perdió el conocimiento; el otro le siguió poco después, cerrando lentamente los ojos.

Los tres soldados se aproximaron al fuego y se rieron de los civiles. El hombre de azul trazó la señal de la cruz sobre ellos.

—Con la esperanza de una gloriosa resurrección —dijo con burlona solemnidad.

—Puede que en un par de días —añadió uno de los soldados de gris.

Más risas.

—Eso huele muy bien. Sírvenos un poco —le pidió el soldado de azul a Håkan.

—A mí no —dijo el otro soldado de gris—. Ya probé su carne curada. Y con eso me bastó.

Risitas.

—Pero esto es comida de la buena. Como si fuera casera —dijo su compañero de gris.

Håkan le ofreció una cucharada.

—¿No me has oído? He dicho que no quiero.

—Bien —masculló el soldado de azul mientras masticaba—, más para nosotros.

El hombre que había rechazado la comida escupió por encima del hombro. Los otros dos se concentraron en devorar sus codornices.

—Tomemos un poco de esto —dijo el soldado de azul, y se levantó para coger el frasco de los civiles.

Pero se tambaleó e, incapaz de impedir la caída con su única mano, se derrumbó. El soldado de gris que se hallaba sentado a su lado intentó ponerse en pie, pero tampoco lo logró. El hombre restante comprendió inmediatamente lo que sucedía y echó mano de su arma. Pero, antes de llegar a desenfundarla, Håkan lo golpeó en la cabeza con la olla. No se paró a comprobar si estaba inconsciente o muerto; prefería vivir con la duda antes que con la certeza de haber matado a otro hombre.

22.

Después de tantos años de vagabundeos sin descanso, seguidos de tantos años sumido en un aturdimiento paralizado, contar con un propósito era como hallarse poseído por un espíritu. Si en la madriguera había vivido recluido en el presente, ahora solo existía para el futuro. Entraba en guerra con cada instante. Al final de cada día, sentía que había superado un nuevo obstáculo. Apenas descansaba. Tenía un plan.

Su intención era regresar al oeste y dar con el oro que James Brennan había dejado escondido. Para conseguirlo, en primer lugar, tenía que localizar Clangston, desde donde llegaría fácilmente a la mina y al agujero secreto de Brennan. Había pasado una eternidad desde que la dama de Clangston y sus hombres se apropiaran de la mina, y Håkan confiaba en que, a esas alturas, ya estuviera agotada y olvidada. Y, si el sitio aún bullía de actividad, sus antiguos captores serían demasiado viejos, o tal vez incluso estuvieran muertos. En cualquiera de los casos, el escondrijo de Brennan se encontraba bastante apartado de la explotación, y era muy probable que nadie lo hubiera tocado durante todos aquellos años. Gracias a ese oro, Håkan hallaría la forma de entrar en San Francisco. Primero conseguiría un carromato cubierto y contrataría a un conductor. A continuación, localizaría un barco, compraría el silencio del capitán y se haría a la mar.

Para que sus perseguidores no lo alcanzaran, se había llevado a los cinco caballos consigo. Unos días después de huir de la madriguera, cuando empezó a sentirse a salvo, liberó a cuatro de ellos y se quedó con el más grande de los animales de tiro. Era amarillo y naranja, y lo bastante voluminoso como para formar parte de uno de esos sueños donde lo familiar se presenta como algo incuestionablemente extraño. Su carne parecía hecha de algún material que escapaba a la distinción entre lo vivo y lo inerte. Sus músculos se definían con tal precisión bajo el pelaje que parecía que hubieran desollado al animal, y apenas cedían al tacto, como bolsas llenas de arena. Tanto su actitud como su paso adolecían de cierta resignación, lo cual contradecía su inmensa fortaleza y tamaño. Juntos, Håkan y el caballo ofrecían una estampa impresionante, pero también, en cierto modo, razonable. Se contrarrestaban el uno al otro. Montado en su lomo, Håkan casi pasaba desapercibido.

Consciente de que sus pieles y sus andrajos llamarían la atención por el camino, Håkan se apoderó de casi toda la ropa de los civiles. Dedicó las primeras noches a confeccionarse un par de pantalones y una camisa, añadiendo parches por todas partes, para adaptarlos a su talla. Asimismo, descubrió que uno de los sombreros de ala ancha, que también hubo de agrandar, le

venía de maravilla para eclipsar sus rasgos. Llevaba el abrigo de león enrollado y atado a la silla de montar.

Solo tenía una única certeza: que Clangston se encontraba al este de San Francisco. Ahora sentía no haber prestado más atención durante su viaje con los Brennan. Pero, después de todos aquellos años recorriendo esos territorios, infirió que, mientras se dirigían al este, también debieron de desviarse ligeramente hacia el norte; al fin y al cabo, no llegaron a adentrarse mucho en el desierto. Por lo tanto, como él estaba al sur de San Francisco, su plan era llegar al mar y dirigirse acto seguido al noreste, en un curso serpenteante que, en algún momento, habría de conducirlo a los alrededores de Clangston.

Aquel viaje fue como muchos otros de sus viajes. Estaba tan habituado a las privaciones que ni siquiera las advertía. Las escasas maravillas con las que se encontraba por el camino le parecían viejas y fatigadas. La naturaleza ya no trataba de matarlo ni de asombrarlo. Pero, aunque había pasado la mayor parte de su vida en aquellos desiertos, praderas y montañas, continuaba sin considerarlos como algo propio. Al cabo de miles de noches durmiendo bajo las mismas estrellas, miles de mañanas despertándose bajo el mismo sol y miles de días caminando bajo el mismo cielo, seguía sintiéndose fuera de lugar. Aquella tierra —con sus bestias y sus plantas— lo había alimentado durante tanto tiempo que se había convertido, en un sentido estricto, en parte de su cuerpo. Si Lorimer estaba en lo cierto, la vastedad que ahora lo rodeaba era su propia carne. Y, aun así, nada —ni los innumerables pasos que había dado ni los conocimientos que había adquirido, ni los adversarios que había derrotado o las amistades que había trabado, ni el amor que había sentido ni la sangre que había derramado— hacía que sintiera aquella tierra como suya. Salvo por su hermano, apenas echaba de menos su infancia en Suecia, pero a veces pensaba que aquel corto periodo (el cual, comparado con los largos y azarosos años que le siguieron, se revelaba tan breve que había llegado a creer que recordaba todos y cada uno de los días que había pasado en la granja desde que tuvo uso de razón) era como un pequeño agujero perforado en la extensión ilimitada y que todo —las praderas, las montañas, los cañones, las planicies salinas, los bosques— se colaba por él como por un sumidero. Aunque inmensos, aquellos parajes nunca lo habían acogido entre sus brazos; ni siquiera cuando cavó un hoyo y halló cobijo en el seno de la tierra. A ojos de Håkan, cualquier persona con la que se cruzara, niños incluidos, tenía más derecho que él a habitar aquel territorio. Había penetrado en la naturaleza salvaje con la intención de atravesar sus dominios y salir por el otro lado. Que hubiera cesado de intentarlo no significaba que aquel lugar se hubiera convertido en su hogar.

Durante las primeras semanas, se ciñó a su costumbre de evitar a la gente. Resultaba fácil mantenerse apartado de las pocas casas y granjas que divisaba a lo lejos, y, al tratarse de un tímido forastero que se limitaba a ocuparse de sus propios asuntos, los ladrones y los vándalos que seguramente abundaban por aquellos campos lo dejaban tranquilo. No obstante, en su viaje por aquellas regiones, se encontró con señales un tanto extrañas de presencia humana. Una mañana, se topó con una hilera de postes muy altos. Guardaban una distancia de veinte pasos entre unos y otros, y estaban unidos por un cable atado al extremo superior. Había unos cuantos pájaros posados en él. La línea era tan larga que se curvaba siguiendo el contorno de la tierra en ambas direcciones, para después achicarse y finalmente desaparecer. Håkan sintió una aprensión

inexplicable al pasar a caballo bajo la negra cuerda, como si acabara de cruzar la frontera de un territorio inimaginable.

A medida que proseguía hacia el norte, las granjas dispersas empezaron a convertirse en pueblos, y estos, a su vez, en ciudades. No era muy complicado rodearlos sin que nadie lo molestara, pero resultaba bastante difícil evitar a los arrieros que cuidaban de su ganado, a los granjeros que trataban de vender sus productos y a los comerciantes que transportaban sus mercancías. Normalmente, un saludo con el sombrero bastaba. Pero, más adelante, se encontró con un nuevo obstáculo que lo forzó a enfrentarse a más desconocidos: las vallas. Hasta entonces, casi nunca las había visto en América, y solo alrededor de las casas. Ahora dividían las llanuras, extendiéndose en todas direcciones. Algunas se prolongaban hasta partir el horizonte en dos. Hubo ocasiones en que le llevó un par de días rodearlas. Y esos desvíos, largos o cortos, derivaban inevitablemente en breves encuentros con algún trabajador, que se apoyaba en un poste de madera al verlo aparecer. En su primera conversación, Håkan apenas fue capaz de pronunciar unas pocas palabras. No oía nada salvo el bramido del miedo en su interior, y su rostro se negaba a actuar como le ordenaba. Pero aquel día hizo un gran descubrimiento: no importaba. La mayoría de los hombres se mostraban tan lacónicos como él, y el resto estaba demasiado ansioso por contar sus propias historias como para escuchar las de otro. Tanto si Håkan hablaba como si no —tanto si prestaba atención como si no—, su actitud no afectaba lo más mínimo a los demás. Aun así, nunca desmontaba durante las conversaciones, seguro de que, si se ponía en pie, su altura llamaría inmediatamente la atención. Al margen de eso, no había mucho más que hacer. Cuando lo saludaban, él devolvía el saludo; cuando le hablaban, bajaba la mirada; como respuesta a la mayoría de las preguntas, soltaba un gruñido ambiguo. A lo largo de los días siguientes, consultó a algunos de aquellos ganaderos sobre Clangston. Los primeros nunca habían oído hablar de aquel pueblo, pero, a medida que avanzaba hacia el norte, empezó a toparse con más y más gente que lo conocía. La ciudad minera, la llamaban. Iba por buen camino, le decían.

Desde la llegada de aquellos cinco hombres a la madriguera, Håkan no había dejado de sorprenderse ante la juventud de los habitantes del oeste. Quizá siempre había sido así, y simplemente, cuando él también era joven, no se había percatado. Pero ahora rara vez veía a alguien de su edad. Los hombres vigorosos con los que se cruzaba inclinaban la cabeza a su paso, en señal de respeto hacia su vejez. Sacando provecho de ello, Håkan comenzó a actuar como si fuera mayor, más débil y más pequeño, encongiéndose y encorvándose sobre la silla de montar. Su ropa remendada contribuía a la credibilidad del personaje. A veces, cuando alguien le hablaba, fingía que no lo oía. Y así, con cada nueva interpretación, fue perfeccionando su papel. Dejaba caer la cabeza y entrecerraba los ojos bajo un ceño premeditadamente fruncido, que apenas resultaba visible tras los largos mechones de pelo que, de manera deliberada, le tapaban la cara. Transformó su voz en un murmullo tembloroso y quebradizo. Sabía que eran imaginaciones suyas, pero tenía la impresión de que su caballo de tiro amarillo se sumaba a la treta agachando la cabeza y suspirando con desánimo cada vez que se detenían. Incluso la crin anaranjada se le desparramaba por la frente —igual que el pelo de su jinete— cuando, apático y abatido, arrancaba una brizna de hierba del suelo. A decir verdad, Håkan disfrutaba cada vez más de su

papel de hombre endeble. No solo porque aquel disfraz de cuerpo encogido y encorvado le hiciera sentir seguro, sino también porque hallaba un inmenso e inesperado placer en el arte del engaño. La mentira era una experiencia totalmente nueva para él. En esos días cayó en la cuenta de que, salvo por el incidente de la tintura y el estofado de codorniz, nunca había mentido ni traicionado la confianza de nadie. No creía que aquello se debiera a que fuera un hombre de virtud excepcional. Simplemente, no se había dado la ocasión.

Un poco más al norte, el suelo oscuro se aclaró, las vallas desaparecieron y el campo recuperó su propio orden; una armonía que Håkan nunca llegó a comprender, pero que siempre había venerado. Dormía en uno de sus refugios portátiles, y tan solo comía unos trozos de charqui al día. Apenas podía reprimir el impulso de poner trampas, desollar y curtir pieles. Aquellas labores habían definido su vida durante tantos años que no sabía qué hacer sin el contacto diario de los pequeños cuerpos y el asombro que le suscitaban sus anatomías liberadas de pelaje. Pero se obligaba a abstenerse. Quería mantener sus ropas limpias, y no le apetecía ofrecer el aspecto de un trampero ni despedir su olor, con las presas almizcladas colgando de la silla de montar. No deseaba ser más que un pobre y viejo granjero a lomos de su caballo de labranza.

Una tarde, cuando coronó una colina, avistó a lo lejos el trazado de un camino. Jinetes y carromatos entre nubes de polvo. Incluso carruajes. De acuerdo a las palabras del último hombre con el que había hablado, aquel camino conducía a Clangston. Håkan se dio la vuelta y miró hacia el desierto. Nunca más volvería a verlo.

23.

Llegó a Clangston al amanecer, mostrando un aspecto más decrépito e insignificante que nunca. No había pisado más ciudades que Gotemburgo, Portsmouth, San Francisco y la localidad del sheriff, y, al haber pasado un tiempo tan breve en cada una de ellas, carecía de una noción precisa de su tamaño; pero Clangston era, indudablemente, la más activa de todas. Håkan se quedó sentado en su caballo, aturdido por el tumulto y el estruendo que lo rodeaban, y, después de un rato, entró en la ciudad al paso. Montones de carros y carretas, sobrecargados de mercancías tintineantes, circulaban a toda prisa por su lado; los conductores sacudían las riendas, vociferaban e insultaban por igual a sus caballos y a los transeúntes distraídos. Lo increparon por su errático y lento avance, y alguien incluso le arreó un fustazo en el hombro. Gentes de toda clase recorrían apresuradamente las calles. Trabajadores que portaban palas y picos, damas ataviadas con vestidos elegantes, recaderos, jóvenes sobre monturas arrogantes, cuadrillas de mineros chinos, caballeros con abrigos más deslumbrantes que cualquiera de los vestidos de las damas, hombres de ojos hambrientos y zapatos harapientos, camareros cargados con bandejas repletas de comida y bebida, grupos concurridos de mensajeros que trasportaban cajas y maletines, siempre armados y con sus trajes severos. Y todos y cada uno de los pies —calzados con charol o cuero ajado, descansando sobre la más escuálida de las suelas o el más alto de los tacones, envueltos en harapos y bramante o en cordones y hebillas— debían pisar el barro negro, marrón y rojo que se extendía por la calle de un umbral a otro, como un río estancado de fango, excrementos y comida podrida. Sin embargo, aquel cenagal no frenaba a nadie. Hasta los borrachos y los mendigos, que eran muy numerosos, parecían ir con prisa por la calle, dando tumbos con una resolución carente de sentido o pidiendo dinero y alimento a los desconocidos, haciendo gala de una diligencia muy formal. En los bares, sumidos en penumbra, no se bebía para pasar el rato; o bien se trataba de una excusa para llevar a cabo diversas transacciones, o bien constituía una actividad que se desarrollaba con gran rigor y dedicación. En las mesas verdes, los hombres repartían, recogían y jugaban las cartas con enérgica seriedad. Canciones desbocadas provenientes de instrumentos invisibles que Håkan no reconocía se atropellaban y se confundían entre sí, como si una multitud estuviera discutiendo en distintas lenguas al mismo tiempo. Tras una ventana, una serie de caras sonrosadas se sometían a un cuidadoso afeitado. Hombres con infantiles mejillas desnudas. Bigotes, patillas, barbas de extrañas formas, cabellos tan lustrosos que parecían haber sido peinados con miel. Mujeres que colgaban de sus torres de

rizos y tirabuzones. Abstraídas y desdeñosas, estas damas prestaban más atención a los arrugados dobladillos de sus vestidos, que pendían sobre el barro, que a las continuas reyertas que se producían a su alrededor. En un umbral, junto a una carreta, bajo un letrero, en un mostrador, siempre había alguien que recibía empujones, puñetazos o patadas entre gritos. Algunas peleas se interrumpían; otras se enardecían, instigadas por los corros de mirones. También se veían lujosos carruajes, remolcados por tiros de cuatro o hasta seis caballos. Flotando sobre sus livianos muelles y ballestas, las cabinas historiadas parecían cabecear sobre aguas plácidas en vez de rodar a través de la porquería; al menos hasta que llegaban a una esquina, donde, invariablemente, se topaban con otro coche o carromato que quería cruzar o dar media vuelta, lo que concluía en una turbulencia de caballos que relinchaban y resoplaban nerviosos mientras los conductores gritaban y hacían restallar sus látigos en el aire. En el interior, las mujeres miraban al frente, con una indiferencia calculada. ¿Seguiría con vida la dama que lo había mantenido cautivo? ¿Dónde se encontraba la posada? Håkan miraba a derecha e izquierda sin cesar, tratando de localizar aquella calle solitaria, de una sola acera, que había sido el origen de Clangston, pero ahora los edificios y las calles se habían multiplicado. Todas las construcciones, desde los establos hasta las tabernas, parecían nuevas, pero también ofrecían un aspecto desgastado a causa de aquella incesante actividad. Había muchas casas de elaborado diseño, algunas de las cuales le recordaron al ornamentado armario que había hallado en el desierto, varios años atrás. Casi todos los edificios eran alguna clase de establecimiento. Gran parte de ellos se dedicaban a la venta de productos, mientras que en otros no había más que filas y más filas de escritorios, donde oficinistas pulcramente acicalados se concentraban en grandes hojas de papel. Pese a la quietud reinante a su alrededor, la angustia de los escribientes, encorvados sobre sus libros mayores, superaba con creces la de cualquier otro hombre que estuviera gritando o peleando en una esquina de la calle. En todos los establecimientos había una intensa actividad. En las resplandecientes galerías concurridas, los clientes examinaban cada mercancía con ojo experto, comparaban con gran seriedad los artículos que les mostraban los vendedores ataviados con delantal, trataban de regatear, compraban los productos por docenas. Los dependientes no paraban de sacar barriles, sacos y cajas de la trastienda, para después colocarlos en las estanterías y en los mostradores correspondientes. Enrollaban blandos pilares de tela. Recogían alambres y cuerdas, formando ruedas inmensas. Abrían los fardos, exhibían su contenido, los inspeccionaban a fondo y los volvían a sellar. Montones de conservas y frutas brillaban tras sus vitrinas y campanas de cristal. Los comerciantes envolvían los paquetes, dispuestos en hileras interminables, en grandes trozos de papel marrón, y luego los ataban con cordel de sisal. El dinero cambiaba de manos. Oro en todo tipo de formas: monedas, pequeños lingotes, pepitas, polvo. También algo de dinero en papel. El frenesí comercial sobrepasaba los confines de las tiendas y se desbordaba por las calles abarrotadas de puestos y casetas, que exhibían mercancías de toda índole. Y, más allá de estos expositores improvisados, aún se desarrollaba una última forma de comercio, aunque fuera a menor escala. Con gritos agudos y roncos, los buhoneros, los vendedores de puerta en puerta y los comerciantes ambulantes, que llevaban sus cajas sujetas por correas al torso, recorrían las calles voceando sus productos. Aquellos que no portaban cajas eran predicadores, y abundaban por doquier.

Al advertir que, a pesar de la puesta de sol, la ciudad seguía iluminada, Håkan reparó en que las calles se hallaban alumbradas por una serie de lámparas; sus llamas, azules y amarillas, parecían distorsionarse y multiplicarse tras los ondulados paneles de cristal. Sumadas al resplandor proveniente de las tiendas, los bares y las oficinas, las farolas producían un crepúsculo permanente. Aquella ausencia de noche inquietó a Håkan. Estaba cansado y no sabía dónde dormir. Montones de hombres y mujeres andrajosos yacían en los callejones hediondos, pero, incluso si no se hubiera sentido repelido por la fetidez y la proximidad de otros cuerpos, no podía dejar a su caballo sin supervisión. También existía el riesgo de que lo reconocieran y lo apresaran mientras dormía. Dar media vuelta, sin embargo, era impensable, de modo que decidió atravesar la ciudad; descansaría cuando plantara el campamento en las afueras. Debajo de una farola, un hombre que tiraba de una carretilla con un arnés (lo que le recordó el carro que había ideado para los Brennan) empezó a instalar su puesto. Desplegó un letrero con unas palabras cosidas a la tela y procedió a alinear sobre la carretilla una amplia serie de jarras y botellas.

—¡Damas y caballeros, damas y caballeros! —exclamó—. Una medicina para cada enfermedad, un tónico para cada padecimiento. Todo mal tiene su cura, damas y caballeros. Y yo tengo los remedios aquí mismo. ¿Ampollas, manchas, espinillas? Este ungüento dejará su piel completamente suave, erradicando hasta las corrupciones más inveteradas. ¿Catarro, tos, congestión? Este jarabe elimina toda clase de trastornos de sus vías respiratorias. ¿Molestias estomacales? ¿Se trata, tal vez, de sus fluidos o de sus intestinos? ¿Hidropesía, dispepsia, diarrea? Mis disculpas, señoras. Perdonen mi lenguaje, pero la carne es una materia vil. ¿Se trata, digámoslo de un modo más elegante, de su digestión? Jamás creerían las maravillas que dos o tres gotas de este potente fármaco patentado pueden conseguir. ¡Alivio instantáneo! ¿Se siente usted abatido, fatigado, débil? Es incapaz de seguir adelante. Ya ha tenido suficiente. Levantarse por las mañanas supone toda una batalla. La menor de las tareas representa una labor titánica y extenuante. Hasta el placer le supone una carga. ¡Pues bien! He aquí la cura. En este frasco. ¡El rejuvenecedor! El único, el auténtico, el original rejuvenecedor. Un licor elaborado con hierbas recogidas por un doctor indio, combinadas con los más recientes descubrimientos llevados a cabo por los investigadores químicos de Europa. Contiene nutrimentos corporales fundamentales, así como esencias vitales que proporcionan a todos los humores del cuerpo su principio restaurador correspondiente. ¡Es pura vida! ¡Sienta cómo regresa a su cuerpo! ¡La vitalidad, el empuje, el vigor! E, incluso si está usted sano, ¡pruebe mi específico para obtener ese último empujoncito extra!

Un pequeño grupo de gente se había congregado alrededor de la carretilla. Håkan estaba embelesado. Durante años, se había preguntado sin cesar qué progresos se habrían realizado en las ciencias médicas. ¿Se habrían descubierto nuevas relaciones entre los órganos y sus funciones gracias a la anatomía y a la fisiología? ¿Se habrían demostrado las teorías de Lorimer, se habrían difundido por el mundo? ¿Tal vez los nuevos hallazgos las habían dejado anticuadas?

—Recolocar los huesos, damas y caballeros, es cosa del pasado. ¿Tiene las articulaciones agarrotadas? ¿Le acosan los dolores de espalda? ¿Siente los cambios del clima en la cadera? Magnetismo —susurró mientras exhibía una barra de metal que medía lo mismo que la palma de su mano—. Un francés ha descubierto la manera de utilizar este vigorizante cilindro magnético

que aquí les muestro para invertir el flujo de las energías, y transformar el dolor en bienestar y la enfermedad en salud. Además, está hecho de hierro, la primera y única fuente de todas las sustancias vivificantes.

Aquel era el tercer hombre de ciencia que Håkan conocía en su vida. Con Lorimer, había sentido de manera inmediata y nítida que todo cuanto decía era cierto. La razón vino más adelante a validar sus palabras, pero, al principio, había sido una experiencia casi física, como si despertara de un sueño muy vívido. Su segundo encuentro con la ciencia se produjo gracias al indio de cabello corto. En este caso, de nuevo, la evidencia de su talento no dejaba lugar a dudas. Su conocimiento del cuerpo humano y de cómo repararlo, sus fiables drogas y pomadas, su método casi infalible para prevenir las infecciones e incluso su trato suave y atento le otorgaban una autoridad que solo el poder de la naturaleza podía igualar. Pero este hombre, con su carretilla, sus tónicos y sus imanes, no era más que un necio y un farsante. Sus embustes resultaban tan evidentes para Håkan como el talento de los otros dos.

—Pero ¿por qué hablar de hierro cuando podemos hablar de oro? Eso es, damas y caballeros, oro. Todos lo ansiamos. Todos. Pero, cuando lo encuentren (porque lo harán, señores, claro que lo harán), ¿cómo sabrán que lo que han hallado es realmente oro? ¿Eh? Al fin y al cabo, no es oro todo lo que reluce, damas y caballeros. Hay vetas de oro falso por doquier. ¡Toda una plaga! ¿La cura? Este líquido detector que tengo aquí. Observen cómo esta mixtura milagrosa y sin parangón reacciona al contacto con el mineral falso.

Håkan dio media vuelta y se alejó.

Las tiendas ya estaban cerrando, y la gente empezaba a congregarse en las tabernas y en las posadas. Las multitudes se hallaban tan apretadas que resultaba casi imposible ver lo que acontecía dentro de los establecimientos. La música se había vuelto más alegre. En ciertos locales, la clientela también cantaba. En la puerta de algún salón o en la entrada de algún hotel, la muchedumbre se abría de cuando en cuando para engullir o expulsar a mujeres empolvadas de vestidos relucientes y a sus acompañantes ataviados con frac y sombrero de copa. El aroma de platos desconocidos lograba, en ocasiones, imponerse al tufo que se elevaba del barrizal.

Mientras su caballo seguía adelante, arrastrando los cascos greñudos por el fango, las luces se volvieron más tenues y las peleas más ruidosas. Por aquella parte de la ciudad no circulaba ningún carruaje. Finalmente, las farolas desaparecieron por completo, y fueron reemplazadas por un puñado de hogueras esporádicas que se repartían por las veras del camino. Las casas y las tabernas ya no resplandecían con la luz de los candelabros, sino que solamente se apreciaban gracias al brillo ambarino de las lámparas de aceite colgadas aquí y allá. En aquella oscuridad temblorosa, la gente bebía, jugaba, cantaba y reñía. Nadie le prestaba atención al eco de los disparos que resonaban en el aire, no muy lejos de allí. A nadie parecía importarle lo que sucediera más allá de su estrecho círculo de luz. Mientras Håkan recorría la calle, cada una de aquellas manchas iluminadas iba revelando una escena aislada: mineros con el rostro arrasado por el polvo y el fracaso; trabajadores chinos fumando una pipas finas y elegantes; mujeres derrotadas, tristemente seductoras; negros que trataban de volverse invisibles mientras disfrutaban de sus modestos placeres; un niño pequeño encorvado sobre una caja, soplando sobre el par de dados que sostenía en la mano; borrachos que habían quedado reducidos a meros bultos

en las verandas, debajo de las carretas, entre la suciedad. La vista apenas alcanzaba a adentrarse un metro en la ambigua penumbra, pero el oído percibía claramente la dimensión de la ciudad, tras los lejanos estratos de las risas y las reyertas. Una de las peleas montaba tal alboroto que Håkan se sintió obligado a acercarse. Oyó gritar a varias mujeres. Solo había escuchado aquel sonido una vez en su vida. ¿Había acudido alguien en su auxilio? Por fin llegó a la densa muchedumbre que se había agolpado alrededor de la escena, y se asomó por encima de las cabezas.

Años atrás, cuando temió haber dado la vuelta al mundo y hallarse atrapado en una vasta llanura flanqueada por dos desiertos igual de vastos, pensó que estaba perdiendo la cordura, que su cerebro estaba enfermo. Sin embargo, el terror aturdido que experimentó entonces no fue nada comparado con lo que sintió ahora, al mirar más allá de aquellas cabezas. La locura habría supuesto una benigna justificación. La muerte. Esa era la única explicación que podía hallar para lo que veía ante él. En algún momento, pensó, debía de haber muerto. Y ahora miraba la vida desde el otro lado. Por un breve instante, esa fue la única respuesta que halló.

Más allá de los sombreros de copa plana y de ala ancha, más allá de las tocas y los altos peinados, vio, junto a una hoguera, a un gigante vestido con una piel de león; llevaba la cabeza oculta bajo la cabeza de la bestia, y empuñaba una pistola y un puñal ensangrentado.

A sus pies yacen los cadáveres ensangrentados de dos mujeres. El hombre es incluso más alto que Håkan. Está jadeando. Todo el mundo lo contempla. Nadie interviene. El gigante permanece allí plantado, frente a ellos, con el cuerpo aún tenso tras el ejercicio de la violencia. Su rostro se desvanece bajo la sombra de la capucha, pero su expresión debe de ser salvaje. De algún lugar indeterminado, surgen un sheriff y dos ayudantes. Disparos. Ninguno da en el blanco. De algún modo, el sheriff y sus hombres se imponen al agresor. El gigante ataviado con la piel de león es capturado y arrastrado a la oscuridad.

Dos hombres salidos de ninguna parte desplegaron sendos biombos, ocultando a las mujeres muertas. Después apareció un hombre vestido con un brillante traje rojo que, situándose ante los bastidores, se dirigió a su público.

—Volveremos en lo que dura un parpadeo, amigos míos. No se vayan. Estaremos listos en medio segundo. ¿Cómo escapará el Halcón de este aprieto? Una advertencia: el próximo acto no es apto para quienes padezcan del corazón. Permanezcan donde están. Pasaremos a recoger sus contribuciones.

Håkan se encogió en la silla de montar y le dio un suave toque al caballo. Cuando pasó junto a los biombos, vio cómo las mujeres se quitaban los vestidos ensangrentados entre risitas. Un muchacho estaba colocando un alto cactus fabricado con tablas angulosas y pintado de un verde que en realidad era azul. El gigante, sentado en un cajón de embalaje, bebía de un frasco. El abrigo de león no era más que una grotesca imitación, hecha de pieles de roedor y trozos de lana. El hombre llevaba zancos en los pies.

Lo que Håkan acababa de ver escapaba a su capacidad de comprensión. Pero resultaba evidente que era mucho más conocido de lo que nunca habría imaginado, y que, en lugar de acallar su historia, el tiempo solo la había propagado. Su único consuelo era que, pese a su indeseada notoriedad, nadie lo había reconocido. Estaba a buen resguardo en su avejentado

cuerpo.

Si no recordaba mal, no le llevaría más de tres días llegar hasta la mina. El oro, San Francisco y el mar no quedaban lejos.

A la mañana siguiente, Håkan descubrió que Clangston, en realidad, no acababa nunca. Gradualmente, los edificios se tornaban más esporádicos, y se veía menos movimiento en la calle principal, pero aún había tiendas, bares y otros establecimientos misteriosos desperdigados aquí y allá, y además, el tráfico de entrada y salida en la ciudad se mantenía constante. Por la noche, se apartó del camino y acampó en un rincón discreto, donde encendió una pequeña hoguera.

Igual que Clangston nunca acababa, la mina nunca comenzaba. En cierto momento, Håkan advirtió que casi todos los carromatos de caja plana transportaban a cuadrillas enteras de hombres polvorientos, apoyados en picos y palas. El suelo temblaba, agitado por explosiones distantes. Numerosas zanjas y agujeros, muchos de ellos encofrados y entibados con maderos, interrumpían la monotonía ocre de la tierra. Surgidas de la nada, las pesadas cabezas de las herramientas de hierro asomaban del terreno en diferentes puntos del paisaje, para volver a hundirse de inmediato. Cada impacto contra la roca iba seguido por un eco sordo. El camino dio un quiebro para seguir el curso de un río estrecho. Håkan no lo recordaba de la época que pasó con la familia Brennan. No tardó en comprender que había sido creado por el hombre; fluía en línea recta, inflexible, y en algunos tramos se hallaba recubierto de losas de piedra y cantos rodados. Una serie de esclusas abiertas, protegidas por centinelas armados, se repartían cada cien pasos a lo largo del canal. Asimismo, al otro lado de la rivera, discurrían un par de líneas paralelas: se trataba de dos barras de madera que reposaban sobre unos tablones, dispuestos a intervalos regulares. Håkan estaba empezando a preguntarse sobre el propósito de esa construcción cuando una carreta, con unas ruedas acanaladas que encajaban perfectamente en las barras de madera, pasó zumbando a su lado; dos hombres se ocupaban de propulsarla, accionando una palanca que subía y bajaba como un balancín o una bomba. Poco después del mediodía, Håkan por fin divisó el final del camino, del canal y de las líneas de madera.

* * *

Vasta, frenética, intrincada, rugiente, retorcida, la cantera era una ciudad desquiciada y llena de terrazas donde moraba una especie desconocida. Los carros repletos de ganga, tirados por bestias miserables, se tambaleaban a lo largo de las numerosas sendas que discurrían por aquel laberinto. Los vehículos de balancín, idénticos al que había visto por el camino, rodaban sobre las barras de madera entrando y saliendo de los túneles, cargados de piedras, herramientas y hombres. El sonido del metal contra la piedra, como gotas de un fuerte aguacero, colmaba el aire por completo. Las nubes de humo florecían aquí y allá, seguidas por el bramido de una explosión. Bajo el sol maligno, los hombres polvorientos iban y venían por estrechas repisas, trepaban y descendían por escalas y se arrastraban para entrar y salir de las galerías, acarreando pertrechos y piedras. Algunos daban instrucciones mediante gestos y gritos, pero reinaba tal tumulto que resultaba imposible oír ninguna voz. Había guardias armados por doquier. De manera casi continua, se producían pequeñas avalanchas que provocaban desbandadas de

mineros en todas direcciones. Aquel lugar tan inhumano, con sus mugrientos agujeros, sus paredes abruptas y sus terrazas que se adentraban en la tierra quebrada como una escalinata gigantesca, se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Estuviera donde estuviera, el escondrijo de Brennan había sido barrido como el polvo.

24.

Nada que se hubiera abandonado en la naturaleza salvaje podía recuperarse jamás. Cada encuentro era el último. Nadie regresaba de más allá del horizonte. Era imposible volver a nada ni a nadie. Todo lo que quedaba fuera del alcance de la vista se perdía para siempre.

La decepción inicial creció hasta convertirse en desesperación, pero pronto se atemperó, dejando una sensación de alivio tras de sí. Håkan nunca había poseído nada. Pingo, el único caballo que de verdad había sido suyo, había muerto poco después de que se lo regalaran. La caja de lata con los instrumentos médicos, la brújula y el abrigo de león eran sus únicas pertenencias. ¿Qué habría hecho con el oro? ¿Cómo se utilizaba, para empezar? ¿Cuánto había que dar y qué se podía esperar a cambio? Solo había hecho uso del dinero unas pocas veces en su vida, para realizar un pequeño número de modestas transacciones hacía años, en la ruta de los emigrantes. Le bastaba con pensar en las complicadas negociaciones que habría requerido su plan para que el corazón empezara a palpitarle de ansiedad. Era mucho mejor, concluyó, terminar su viaje como lo había empezado: sin nada.

Siguió cabalgando hacia el oeste, en dirección al mar, a través de la estepa, por el bosque, escalando las montañas, descendiendo por los valles, cruzando los campos, apartándose de los caminos, evitando a otros viajeros y vaqueros, manteniéndose lejos de las ciudades que surgían por todas partes, poniendo trampas cuando le era posible, comiendo lo que encontraba y sintiéndose, la mayor parte del tiempo, seguro, encorvado y encogido a lomos de su gran caballo.

Durante las siguientes semanas, lo embargó una sensación de agotamiento, como si su cuerpo se estuviera transformando en el anciano al que había venido interpretando. Se quedaba dormido encima de la montura y se despertaba de improviso, sin saber cuánto tiempo había transcurrido. En ocasiones, abría los ojos y se encontraba con que se dirigían hacia un granero o una casa, de modo que daba media vuelta con un súbito tirón de las riendas. Pero, normalmente, el caballo se limitaba a detenerse, y Håkan se despertaba a causa de esa inmovilidad. Una vez, emergió sobresaltado de su sopor cuando el caballo se paró ante un par de barras montadas sobre tablones, similares a las que había visto en la mina. Sin embargo, estas barras eran de metal y se prolongaban hasta perderse de vista. Esperó un rato por si aparecía uno de aquellos carros de balancín. Nada. Antes de cruzar las vías, pensó que aquella construcción parecía un puente indefenso y mutilado.

Pasó junto a una iglesia amarilla, la primera que veía en años. Estaba muy deteriorada —

puede que incluso en ruinas—, pero, a la luz de sus molduras, tallas y estatuas, resultaba evidente que antaño había aspirado a la grandeza. Poco después de dejarla atrás, llegó a una suerte de huerto. Lo que al principio le habían parecido unos simples arbolitos resultaron ser unos arbustos pequeños pero recios; sus ramas se contorsionaban en posturas retorcidas en torno a unas varas verticales, a las que estaban atadas con un cordel. De cada uno de aquellos arbustos enanos pendían, a la sombra de sus propias hojas, varios racimos; se trataba de una carnosa variedad de bayas que Håkan nunca antes había visto. Había cientos de esos arbustos plantados a intervalos breves y regulares por todo el paisaje, formando una serie de líneas rectas que siempre guardaban la misma distancia entre ellas. Aquel método tenía algo de punitivo y, en cierto modo, furioso. Cuando siguió adelante, divisó, allá donde presumiblemente concluían las hileras de arbustos, una gran casa con torres. Estaba rodeada de construcciones de menor tamaño, y respondía a la idea que Håkan tenía de un castillo. No muy lejos, también distinguió a unos trabajadores ocupados con los arbustos. Se disponía a dar media vuelta, como siempre hacía en cuanto veía a alguien, cuando oyó llorar a un niño. Su primer pensamiento, un mero destello, fue que, en realidad, se trataba de los lamentos de una cría de león. Otro cachorro, se dijo. Inmediatamente el sentido común acudió a rectificar esa impresión, y se puso a buscar al niño. Lo encontró unas hileras más allá, sucio de tierra y mocos, berreando de una manera un tanto distraída mientras contemplaba el hilo de saliva que le colgaba hasta el suelo. Cuando la criatura reparó en el caballo naranja y en el jinete, la curiosidad acalló su llanto. Håkan no sabía si era un niño o una niña.

—¿Te has perdido?

La criatura lo observaba fijamente desde abajo, presa del hipo que a menudo sigue al llanto. Håkan miró a su alrededor. Los trabajadores no lo habían visto o bien lo habían ignorado.

—¿Vives en la casa grande?

Le pareció que la criatura asentía. En cualquier caso, aquel castillo y sus edificios anejos eran la única vivienda de la zona. Quizá podría dejar a la niña (no sabía por qué, pero había decidido que se trataba de una niña) con alguno de los trabajadores y seguir su camino. Desmontó y, con mucho cuidado, tomó a la niña en brazos y la colocó sobre la silla. Para distraerla, le dio una zarpa de zorro disecada, que a ella le pareció infinitamente fascinante. Despacio, Håkan echó a andar junto al caballo en dirección a la casa. Según se acercaba, los trabajadores interrumpieron lo que fuera que estuvieran haciendo para mirarlos, a él, al caballo y a la niña. Håkan, por su parte, se fijó en que eran indios. Vestían ropa blanca, inmaculada en todos los casos, a pesar de que manipularan aquellas bayas oscuras y trabajaran con palas, tijeras de podar y azadas. Sus ojos se encontraron con los de una joven. Detuvo al caballo e hizo un gesto con la cabeza, señalando primero a la niña y luego a la casa. La mujer asintió. Mediante otro gesto, Håkan le dio a entender que iba a bajar a la niña para entregársela. La joven reculó y bajó la mirada. Håkan se volvió hacia los demás trabajadores, que también agacharon la cabeza, evitando todo contacto visual. La niña jugueteaba con su pezuña de zorro. Håkan decidió que la dejaría en algún sitio seguro, cerca de la casa, donde alguien pudiera verla, y que daría media vuelta enseguida, de forma que no tuviera que hablar con ninguno de los ocupantes de la vivienda.

Cuando llegó al jardín delantero, repleto de extrañas flores de vivos colores y de setos podados

en forma de muros rectos, una dama con un vestido lavanda salió apresuradamente de la casa, gritando en una lengua que Håkan no reconoció. Corrió hacia la niña, la tomó en brazos, la regañó amablemente, le limpió la cara con un pañuelo que se sacó de la manga y la cubrió de besos. Al reparar en la zarpa de zorro, le preguntó algo a la niña. Esta señaló a Håkan.

—Oh, vaya. Discúlpeme —dijo ella, con un fuerte acento extranjero—. Ha sido la emoción. La ha encontrado usted, ¿no es así?

Håkan asintió.

—Gracias, señor. Siempre hace lo mismo. En cuanto una se despista, desaparece sin dejar rastro. Siempre. Cuando sucede de noche, es terrible. ¡Ay, ay, ay, ay! —exclamó pellizcando a la niña en la mejilla y besándola de nuevo.

Håkan miró hacia abajo y alzó una mano para indicar que se disponía a marcharse.

—No, no, no, no —protestó ella—. Debemos agradecérselo. Por favor.

—No, gracias.

—Pero parece usted cansado.

—No, gracias.

—Sí, señor. Comida y algo de beber.

Entonces apareció un hombre imponente, vestido con una levita impecable; llevaba la barba blanca tan acicalada que recordaba al jardín que se extendía a su alrededor. Salió por la puerta, descendió los escalones y se les acercó. A Håkan le resultó un tanto extraño que, con toda probabilidad, fueran de la misma edad. Antes de que el hombre llegara hasta ellos, la dama le explicó en su idioma todo lo sucedido, señalando a la niña, los campos y a Håkan. El hombre lo abordó con una mano extendida.

—Muchas gracias, señor, por encontrar a mi intrépida hija y traerla de regreso sana y salva.

De pronto reparó en la zarpa de zorro, la tomó de las manos de su hija, la examinó mientras ella gemía y acto seguido se la devolvió.

—¿La ha hecho usted?

—Sí.

—¿Le gusta el vino?

—No lo sé.

—Bien, señor, pues está a punto de averiguarlo. —Se dirigió a la dama mientras él emprendía el regreso hacia la casa—: Edith, por favor, asegúrate de que le sirvan una copa de clarete al caballero.

—Sí, capitán.

—Y algo de carne —añadió, alejándose a buen paso.

—Gracias. Me voy —dijo Håkan—. Tengo que irme.

El capitán se detuvo, como si acabara de recordar algo, y se volvió.

—¿De dónde es usted? —preguntó.

Håkan dudó. ¿Sabía la gente que el Halcón era sueco? Aunque así fuera, él se veía incapaz de mentir. No conocía ningún otro país.

—Suecia.

—¡Ah! —El capitán, emocionado, se dio una palmada en la frente y regresó junto a Håkan—.

Jo men visst! Självklart! —exclamó agarrando amistosamente a Håkan por los hombros—. *Ert å lät så utomordentligt svenskt, förstår ni: I must gå. Ingen här, i Amerika, kan uttala gå just på det viset. Kapten Altenbaum. En ära.*

—*Håkan.* —Hizo una pausa—. *Söderström.*

—*Får jag visa herr Söderström runt på godset? Och jag skulle bli väldigt glad om jag fick bjuda på ett glas vin.*

El capitán Altenbaum era finlandés, pero, como casi todos los hombres adinerados del país, se había criado en sueco. Le dio unas pocas instrucciones a Edith y ordenó a uno de los indios que alimentara al caballo de Håkan. Antes de que los criados se llevaran al animal, Håkan tomó de la silla el fardo con sus pertenencias.

—Puede dejar sus cosas. Estarán a buen recaudo.

Håkan bajó la mirada y se aferró con más fuerza al abrigo de león enrollado, que contenía sus escasas posesiones. El capitán asintió y lo guio hacia un edificio situado a unos cientos de pasos del edificio principal.

Los terrenos que rodeaban el castillo no se parecían a nada que hubiera visto antes. El triunfo del hombre sobre la naturaleza era absoluto. Cada planta había sido forzada a adoptar una forma artificial; cada animal había sido domesticado; cada curso de agua había sido represado y reconducido. Y, por todas partes, los indios vestidos de blanco se aseguraban de que cada brizna de hierba se mantuviera en su sitio. El capitán Altenbaum le señalaba todos los detalles. Hablaba en sueco y empleaba muchas palabras que Håkan desconocía. Como no había oído el sueco más que en su cabeza desde que perdiera a Linus —y como, al ser su único hablante, había modelado la lengua de acuerdo a sus propios pensamientos—, a Håkan le resultaba casi imposible asociar aquellas palabras con la voz del capitán y creer que pudieran significar algo para cualquiera que no fuera él mismo. También se sorprendió al descubrir que no se sentía más seguro al hablar en su lengua materna. De pronto, se dio cuenta de que su timidez, su carácter vacilante, su predilección por el silencio no tenían nada que ver con el idioma. Se comportaba de la misma manera al hablar en sueco. Ese ser callado y dubitativo era, simplemente, él, o aquel en quien se había convertido.

A medida que se alejaban del edificio principal, la vegetación recuperó parte de su estado natural, y, poco a poco, el lugar empezó a parecerse a una granja común. No obstante, había muy pocos animales (seguramente, los justos para dar sustento a la familia), y casi todas las actividades de la finca guardaban relación con aquellas largas hileras de arbustos retorcidos.

—Mis viñas —dijo el capitán, abarcando los campos con un gesto de la mano—. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Primero usted. Dígame, por favor, señor Söderström, ¿qué hace tan lejos de casa? ¿Oro?

Håkan negó con la cabeza. Una larga pausa. Nunca había contado su historia en sueco.

—Me dirigía a Nueva York. Me subí al barco equivocado. Perdí a mi hermano. Desde entonces. —Håkan concluyó la frase señalando el mundo a su alrededor—. He estado. He estado.

En el silencio que siguió, la expresión del capitán se fue oscureciendo a medida que asimilaba las escasas palabras de Håkan y la desesperación contenida en sus pausas; las tribulaciones de su invitado lo habían afectado profundamente.

—Debo irme —concluyó Håkan.

—Pero acaba usted de llegar.

—No. De este país. Debo irme.

—Bueno, señor Söderström, a lo mejor yo puedo ayudarle. Pero no si vuelve a rechazar mi clarete.

Entraron en el edificio más modesto de las instalaciones, que resultó albergar una larga escalera. La temperatura y la luz descendían con cada escalón. Cuando llegaron abajo, un pasillo los condujo hasta una bodega amplia y oscura; el mayor espacio interior que Håkan había visto jamás. Estaba repleto de barricas, dispuestas en horizontal sobre camas de madera, formando una serie de pulcras hileras que se perdían en la oscuridad. Las paredes estaban recubiertas de botellas etiquetadas. Tomaron asiento a una mesa situada en un rincón. El capitán Altenbaum descorchó una barrica y, usando una pipeta enorme, extrajo parte de su contenido, para luego servirlo en dos copas.

—Su primera copa de vino, ¿no es así?

Håkan asintió.

—Me honra que se trate de mi vino y que se lo haya podido servir en persona. Espero que le guste.

Cada uno clavó los ojos en su copa. El líquido negro alboreaba hacia el escarlata cerca de la superficie. Håkan tomó un sorbo. Sintió la lengua seca y áspera, como la de un gato. Aquel vino sabía a una fruta desconocida, a sal, a madera y a calor.

—¿Qué le parece?

Håkan asintió.

—Maravilloso. Me alegro.

El capitán revolvió el vino formando un remolino, encajó la nariz sobre la copa, cerró los ojos, inhaló profundamente y tomó un sorbo; lo retuvo un momento, haciéndolo pasar de un carrillo a otro como un bocado demasiado caliente, antes de tragar. Abrió los ojos, y su cara, relajada por el placer de la bebida, se frunció en una expresión pensativa.

—¿Cuánto tiempo lleva en América?

—No lo sé.

Con la cabeza gacha, Håkan les echó un vistazo a las barricas y después bajó los ojos. Quería mirar al techo. Pero, en lugar de eso, su mirada fue a caer sobre sus manos, que le parecieron un par de objetos que alguien hubiera colocado despreocupadamente sobre la mesa. Las ocultó en el regazo. Ahora que había probado el vino, podía oler su azucarada presencia por toda la bodega.

—¿Mucho tiempo? —insistió el capitán amablemente.

—Casi toda mi vida. Era un niño cuando partí.

—Perdió usted a su hermano. ¿Tiene más familia aquí? ¿Amigos?

Håkan negó con la cabeza.

—¿En qué partes de América ha estado?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Llegué a San Francisco. He estado en Clangston. Dos veces. Luego en otra ciudad. Pero

solo unos días. Todos estos años, he estado viajando. El desierto, las montañas, las praderas. No sé cómo se llaman esos sitios.

—¿De qué vivía? ¿De qué trabajaba?

—Estuve. Viajando al este, para encontrar a mi hermano. No pude. Luego me detuve.

El capitán revolvió el vino de nuevo, lo olfateó, tomó un sorbo.

—¿Problemas?

Håkan asintió.

El capitán asintió.

—Bueno, fuera lo que fuera, debió de suceder hace mucho. Ambos somos viejos, al fin y al cabo.

Los dos contemplaron la superficie de la mesa.

—Ahora, yo me dedico a producir este vino. El mejor de América —dijo el capitán Altenbaum, dirigiéndose al contenido de su copa más que a Håkan—. Pero antes fui comerciante de pieles. Así fue como pagué todo esto. Con pieles. —Después de una pausa, el capitán alzó la vista y la fijó al otro lado de la mesa—. Esa zarpa que le ha dado usted a Sarah. Impresionante. Apenas le he echado un vistazo, pero he reparado en que la abrió por completo para curtirla. Un curtido excepcional, por cierto. Tiene un tacto suave y natural. Me pregunto cómo lo hizo. Algo muy inusual. Después la rellenó y la cosió. ¡Con tendones! Solamente perceptible para el ojo experto. Extraordinario. Un trabajo extraordinario.

Håkan miró hacia abajo.

—Con su talento, yo podría encontrarle empleo sin problema. Un empleo tranquilo. Incluso podría usted vivir aquí, si quisiera. Seríamos vecinos.

Esperando que el capitán estuviera mirando su copa, Håkan levantó la vista, pero, al encontrarse con la amable mirada del comerciante de pieles, agachó la cabeza.

—¿Podría ver esa piel enrollada que tiene ahí? —le pidió el capitán.

Håkan miró el fardo junto a su silla, pero no se movió.

—Por favor. Me he fijado en cuántos tipos de piel ha empleado. Parece algo muy extraño. Solo por satisfacer la curiosidad de un colega trampero. Por favor.

Lentamente, Håkan se levantó de la silla, se agachó junto a ella, desató las correas de cuero, retiró la caja de lata y el otro par de objetos que guardaba en el fardo y, a continuación, poco a poco, mientras desenrollaba el abrigo, abandonó la postura encogida y encorvada hasta quedar completamente erguido.

El capitán se puso en pie apoyando las yemas de los dedos en la mesa, como si ese leve contacto familiar pudiera anclarlo a la realidad; miraba fijamente lo que tenía ante sí, boquiabierto e incrédulo. Sus ojos saltaban, temblorosos, del abrigo al rostro de Håkan.

Se quedaron así un rato, en silencio.

Finalmente, el capitán Altenbaum se sentó de nuevo y rellenó su copa. Håkan no había vuelto a tocar la suya desde que tomara el primer sorbo.

—Veo lo mucho que ha aprendido usted con los años. Se ha convertido en un gran maestro. Y todos esos animales. De todas partes. De toda clase. Incluso reptiles. —Un breve silencio—. Y ese león.

Håkan volvió a enrollar el abrigo y miró hacia la escalera, movido por lo que vio en los ojos del capitán cuando este pronunció esas últimas palabras.

—Por favor, siéntese. Por favor.

Aún vacilante, Håkan tomó asiento al borde de la silla. Estuvo a punto de encogerse de nuevo, regresando a su pose decrépita, pero se contuvo.

—¿Son esos sus instrumentos?

Håkan asintió.

—¿Puedo?

Håkan deslizó la caja de lata sobre la mesa, y el capitán, con gran cuidado, con el mayor de los respetos, la abrió y la examinó sin tocar nada.

—Increíble. —Hizo una pausa, le devolvió la caja y bebió otro sorbo; esta vez sin ceremonias de ningún tipo. Suspiró, aparentemente absorto en una mancha que brillaba en la superficie de la mesa; la rascó con una uña—. Tengo una hija —dijo por fin. Su voz sonó seria pero serena, incluso dulce.

Håkan se levantó.

—Aguarde. Por favor. Sea lo que sea lo que le ocurrió. —El capitán no acertó a encontrar las palabras adecuadas—. Sea lo que sea lo que hizo, estoy seguro de que su vida ya ha sido bastante dura. He oído las historias, pero no sé cuál es la verdad. Puede que antaño fuera usted un hombre malo. No lo sé. Pero lo único que veo ahora es a un hombre viejo y cansado que ha estado viajando sin descanso y que necesita concluir su viaje en paz.

Håkan era incapaz de mirarlo.

—Como he dicho —prosiguió el capitán, en tono más sereno—, yo era comerciante de pieles. Mi compañía naviera posee una flota numerosa. ¿Ha oído usted hablar de Alaska?

Håkan no respondió.

—Es un nuevo territorio. No para mí; fue allí donde amasé mi fortuna. Pero es un nuevo territorio para la Unión. Creo que le gustará. Prácticamente vacío. Buena caza. Podría decirse que se parece a Suecia. Puedo hacerlo llegar allí, a salvo.

Más tarde, en el edificio principal, el capitán le mostró un globo terráqueo a Håkan, para indicarle dónde se encontraba Alaska. Señaló las diferentes estaciones y puestos avanzados que su compañía poseía en la costa, y expuso las virtudes de cada uno.

—Tengo unos cuantos comercios de pieles aquí. —El capitán señaló tres o cuatro puntos de la costa—. Empresas de salazones y de conservas aquí y aquí. Un par de pequeñas minas aquí. Y extraemos hielo de aquí y de aquí. Elija el sitio que elija, puede estar seguro de que lo dejarán tranquilo. Y de que la caza será abundante.

A continuación, de una forma un tanto casual, el capitán le mostró lo cerca que Alaska se hallaba de Rusia, cómo las dos masas de tierra estaban separadas por nada más que un angosto estrecho, y, con el dedo, trazó una línea que atravesaba aquel inmenso país hasta llegar a Finlandia y, a continuación, a Suecia.

—El sitio perfecto para usted —dijo el capitán Altenbaum, volviendo a apoyar el dedo en

Alaska.

Håkan, que nunca había visto un globo terráqueo, dio unos pasos a su alrededor, tratando de reconstruir su largo periplo y comprobando la forma en que todas aquellas tierras se unían en un círculo.

Una lúgubre claridad empezaba a borrar las estrellas. El cielo negro y la llanura blanca vacilaron antes de fundirse en un único espacio gris e ilimitado. De cuando en cuando, el gruñido del casco apresado en el hielo, el chasquido de una lona flácida o el crujido de un témpano al romperse ponían de manifiesto la magnitud del silencio.

Habían mantenido el fuego encendido casi toda la noche, pero hacía rato que se habían quedado sin combustible. Pese a ello, ninguno de los hombres sentados alrededor de los agonizantes rescoldos se había retirado. Los bordes del corro estaban sembrados de latas aceitosas, sobras de comida, tabaco quemado y botellas vacías. Todos miraban al suelo, con excepción del chico, que tenía los ojos clavados en el rostro de Håkan.

Durante la larga noche que ahora tocaba a su fin, Håkan había hablado con voz suave y vacilante. Nadie lo había interrumpido; nadie le había hecho preguntas. Pero, aun así, había realizado numerosas y extensas pausas a lo largo del relato. A veces incluso parecía que se había quedado dormido. En esos silencios tan prolongados, los hombres intercambiaban miradas confusas, preguntándose si la historia habría llegado a su fin. De hecho, hubo unos pocos mineros y marineros que se levantaron y se fueron. Sin embargo, no importaba lo mucho que Håkan se ensimismara durante tales pausas ni lo largas que fueran; tras abrir los ojos y acariciarse la barba, siempre proseguía con la narración, con su estilo dubitativo, como si nunca hubiera parado. En esta ocasión, no obstante, después de contarles cómo había viajado a San Francisco con la ayuda del capitán Altenbaum y cómo había embarcado en el Impeccable, uno de los muchos barcos de su flota, Håkan se puso en pie. Sus oyentes se arroparon en sus abrigos y se pusieron a recoger las pertenencias esparcidas a su alrededor. El chico seguía mirándolo.

Ya se advertía cierta actividad en la cubierta y en el sollado. Alguien gritaba órdenes breves y escuetas por todo el barco; unos marineros obedecieron apresurados, cargados con pértigas, almádenas, piquetas, ganchos y rollos de cuerda. Cuando resultó evidente que se disponían a abandonar la goleta, varios pasajeros y el resto de la tripulación se agolparon en la borda para mirar.

Casi de puntillas, como si eso pudiera hacerlos más ligeros, cinco hombres echaron a andar sobre el hielo, cargados con la equipación necesaria. La nieve apagaba todos los sonidos. Parecían estar caminando por un sueño. A unos cuarenta y cinco metros del barco, la superficie de hielo crujió bajo uno de los marineros, que de pronto desapareció entre salpicaduras de agua negra y blanca. Los gritos atrajeron a más espectadores a la borda. Los demás tripulantes sacaron el cuerpo inconsciente del agujero con unos ganchos y lo izaron a bordo con la ayuda de un cabo.

Momentos después, sonó una campana. Flanqueado por sus oficiales, el capitán Whistler se plantó ante el palo mayor, empuñando un megáfono. Este artefacto amplificaba su voz, pero también su irresolución. Anunció a los pasajeros que el hielo se estaba abriendo y que no tardarían en reanudar el viaje. Sin embargo, podían adelantar su liberación si rompían mediante

explosivos la sección más gruesa del hielo, situada a unos noventa metros de la proa. Solicitó voluntarios. El silencio se extendió por el barco mientras el capitán miraba al cielo y jugueteaba con su reloj. Håkan se separó del resto de los hombres y dio unos pasos al frente, hacia el palo mayor. El chico lo imitó. Los oficiales hicieron otro tanto y, finalmente, se les unió el propio capitán.

Los preparativos para aquella corta expedición los mantuvieron ocupados durante buena parte del día. Tras el incidente de la mañana, el capitán Whistler tomó todas las precauciones posibles. Equipó al grupo con salvavidas, tablones y cables, para que instalaran pequeñas estaciones intermedias a intervalos regulares, y aparejó un sistema de remolque en cubierta para recuperar a todos los hombres de una vez, en caso de que la placa de hielo se hundiera en el agua. También largaron ligeramente uno de los botes salvavidas de popa.

Ya por la tarde, el pequeño grupo partió con el objetivo de instalar las cargas. Los hombres iban unidos por una cuerda, y todos estaban atados a la polea de remolque del barco. Håkan encabezaba la marcha. Desde la distancia, parecían un grupo de niños que habían salido de paseo con su padre.

No tardaron en ponerse manos a la obra. Todos delegaban en Håkan en los asuntos relativos al hielo: dónde era seguro pisar, dónde serían más eficaces los explosivos, cómo regresar al barco. Taladraron una serie de orificios para las cargas y un oficial preparó la mecha. La detonación fue una mera tos en el vacío. El hielo, sin embargo, se resquebrajó en todas direcciones alrededor de cada explosión, y los hombres hubieron de volver al barco saltando de témpano en témpano.

Una vez a bordo, Whistler proclamó, con una voz inusualmente firme, que la expedición había sido todo un éxito. No podía prometerles nada, pero estaba convencido de que podrían abrirse paso entre los fragmentos de hielo en cuanto se levantara un poco de viento.

En el Impeccable reinaba un ambiente festivo. Mientras revisaban su equipo, que esperaban poder utilizar en breve, los mineros compartían sus planes y expectativas con sus compañeros. En el puente, el capitán y sus hombres se reían sobre sus tazones humeantes. Por primera vez, el hombre de la Compañía de Refrigeración de San Francisco se dignó codearse con los tramperos y los vulgares marineros. Cuando el día ya se acercaba a su fin, justo antes de la puesta de sol, el cielo se despejó.

Durante la mayor parte de la tarde, el chico, disfrutando del nuevo estatus que había adquirido tras presentarse voluntario para el equipo de dinamiteros, se dejó llevar por la atmósfera de júbilo generalizado y por las historias de los tripulantes, llenas de augurios de fama y riqueza. Cuando, de pronto, se acordó de Håkan, fue incapaz de localizarlo. Pensó que quizá estaría dándose un baño helado, y se pasó un buen rato escudriñando las nuevas grietas y agujeros que se habían abierto en el hielo, frente al barco. Pero, finalmente, lo encontró en un rincón del sollado, acuclillado sobre sus escasos efectos personales. Al igual que todos los demás, parecía estar preparándose para el momento de desembarcar. Su puso en pie cuando notó que alguien lo observaba.

—¿Puedo ir con usted? —le preguntó el chico—. Cuando anclemos en Alaska, ¿puedo ir con usted?

—No voy a Alaska —dijo Håkan, rozando al chico al pasar por su lado; acto seguido, salió a

cubierta.

El sol estaba bajo y rojo. A diferencia de la víspera, el horizonte separaba la tierra del cielo. Los hombres habían empezado a beber. Jugaban a los dados en círculo, acuclillados sobre fichas y monedas. Los silencios expectantes desembocaban en ruidosas ovaciones. Fuera del círculo, los oficiales observaban a los jugadores, sonrientes.

Håkan se encaminó al alcázar, alejándose del gentío. El chico lo alcanzó. Estaban solos en aquella parte del barco. Håkan sintió la presencia del chico a su espalda, se detuvo y miró por encima del hombro, pero enseguida reanudó la marcha hacia la última cornamusa de popa.

—Espere —exclamó el chico—. ¿Adónde va?

—Al oeste —dijo Håkan.

El chico estaba confuso.

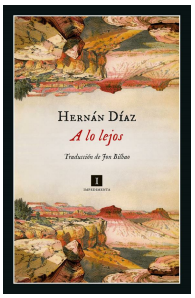
—¿Qué oeste?

—Ahora quizá pueda caminar sobre el mar congelado. Si no, el próximo invierno. Luego, una línea recta hacia el oeste. Hacia Suecia.

Perplejo, el chico se volvió hacia la solitaria extensión. Parecía desorientado por aquella vastedad horizontal: indefinida y desnuda, como otro cielo bajo el cielo. Cuando lo miró de nuevo, Håkan ya estaba a horcajadas sobre la borda helada. El chico se acercó a él, queriendo decir algo. Håkan comenzó a bajar, sin detenerse ni mirar atrás.

Un momento después, el chico, inclinado sobre la borda, vio cómo aquel hombre colosal recogía su fardo y contemplaba la extensión helada que se abría ante él. La ventisca emborronaba el horizonte. Aunque el viento aún no lo había alcanzado, Håkan se puso la capucha de león. El cielo se tornaba púrpura tras los velos de nieve que se alzaban del suelo. Håkan se miró los pies, luego alzó la vista y echó a andar a través de la blancura, rumbo al sol poniente.

A lo lejos



Håkan Söderström, conocido como «el Halcón», un joven inmigrante sueco en California en plena Fiebre del Oro y la guerra civil, emprende una peregrinación imposible en dirección a Nueva York en busca de su hermano Linus, a quien ha perdido cuando embarcaron hacia América. En su camino se topará con naturalistas, criminales, fanáticos religiosos, indios y legisladores, hasta que, cansado de buscar, se retira a las montañas y se convierte en una especie de mito. «A lo lejos» es una novela épica, un western ecologista y antisistema en el que cantinas, vagones de tren, indios y buscadores de oro conviven en místicos espacios silenciosos dignos de Don DeLillo o del mejor Cormac McCarthy. Un coming of age cautivador y emocionante que reconstruye y reinventa los mitos sobre la Frontera americana.

Hernan Diaz nació en Buenos Aires en 1973, pero su familia se trasladó a Estados Unidos, donde vive actualmente. Talento emergente de la nueva narrativa americana, su primera novela, «A lo lejos» (2018), escrita originalmente en inglés, ha supuesto para la crítica la renovación y reinvención del género del western, además de alzarse con el Saroyan International Prize, el Cabell Award, el New American Voices Award y el Prix page of America, y de resultar finalista del premio PEN/Faulkner y del Premio Pulitzer 2018. Actualmente vive en Nueva York, donde trabaja como editor y periodista.

Título original: *In the distance*

Edición en ebook: febrero de 2020

Copyright © Hernán Díaz, 2017
Publicado originalmente en los Estados Unidos por Coffee House Press, Minneapolis, MN, USA / Traducido con el permiso de Coffee House Presss, Minneapolis, MN, USA
Copyright de la traducción © Jon Bilbao, 2020
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2020
Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel
Maquetación: Daniel Matías y Carlos Martínez
Corrección: Ane Zulaika y Luis Villén
Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-61-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
A lo lejos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Sobre este libro
Sobre Hernán Díaz
Créditos